

INFORMATION TO USERS

This was produced from a copy of a document sent to us for microfilming. While the most advanced technological means to photograph and reproduce this document have been used, the quality is heavily dependent upon the quality of the material submitted.

The following explanation of techniques is provided to help you understand markings or notations which may appear on this reproduction.

1. The sign or "target" for pages apparently lacking from the document photographed is "Missing Page(s)". If it was possible to obtain the missing page(s) or section, they are spliced into the film along with adjacent pages. This may have necessitated cutting through an image and duplicating adjacent pages to assure you of complete continuity.
2. When an image on the film is obliterated with a round black mark it is an indication that the film inspector noticed either blurred copy because of movement during exposure, or duplicate copy. Unless we meant to delete copyrighted materials that should not have been filmed, you will find a good image of the page in the adjacent frame. If copyrighted materials were deleted you will find a target note listing the pages in the adjacent frame.
3. When a map, drawing or chart, etc., is part of the material being photographed the photographer has followed a definite method in "sectioning" the material. It is customary to begin filming at the upper left hand corner of a large sheet and to continue from left to right in equal sections with small overlaps. If necessary, sectioning is continued again—beginning below the first row and continuing on until complete.
4. For any illustrations that cannot be reproduced satisfactorily by xerography, photographic prints can be purchased at additional cost and tipped into your xerographic copy. Requests can be made to our Dissertations Customer Services Department.
5. Some pages in any document may have indistinct print. In all cases we have filmed the best available copy.

University
Microfilms
International

300 N. ZEEB RD., ANN ARBOR, MI 48106

8123024

CEA, FIDEL F.

"EL DONADO HABLADOR", DE ALCALA YANEZ Y RIBERA EN LA
EVOLUCION DEL GENERO PICAresco. (SPANISH TEXT)

City University of New York

PH.D. 1981

University
Microfilms
International 300 N. Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106

Copyright 1981

by

Cea, Fidel F.

All Rights Reserved

"EL DONADO HABLADOR", DE ALCALÁ YÁÑEZ Y RIBERA
EN LA EVOLUCIÓN DEL GÉNERO PICAresco.

by

FIDEL CEA

A dissertation submitted to the Graduate Faculty
in Spanish in partial fulfillment of the require-
ments for the degree of Doctor of Philosophy, The
City University of New York.

1981

© COPYRIGHT BY
FIDEL CEA
1981

This manuscript has been read and accepted for the Graduate Faculty in Spanish in satisfaction of the dissertation requirement for the degree of Doctor of Philosophy.

May 8, 1981
date

Maria D. Carrasco (per M.H.)
Chairman of Examining Committee

May 8, 1981

Martin Rozich
Executive Officer

Guillermo Guisado

Isabel Arango

Supervisory Committee

The City University of New York

ABSTRACT

"EL DONADO HABLADOR", DE ALCALÁ YÁÑEZ Y RIBERA
EN LA EVOLUCIÓN DEL GÉNERO PICAresco.

by

FIDEL CEA

ADVISER: PROFESSOR MARÍA SOLEDAD CARRASCO.

Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera (1571-1632) wrote two works of religious character, Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla (1615), and Verdades para la vida cristiana (1632). The subject of this study is his main book Alonso, mozo de muchos amos or El donado hablador (1624 and 1626). The title indicates that it is a picaresque work even though it is quite distant from the schema presented by Vida de Lazarillo de Tormes, and more so, from Guzmán de Alfarache, by Mateo Alemán.

Any picaresque novel, in fact, constitutes a satire in which the vices of a society are pointed out and criticized. Towards that end, the hero works for several patrons who are in general representative prototypes of such a society - perhaps a clergyman, a nobleman or page, a judge, a constable, a captain, a physician, a painter or even a cook. During the first half of the XVIIth century several novels were written following the pattern of Guzmán de Alfarache. Even though the main characteristics of the genre were respected, others like the nature of the hero were altered: the hero no longer had to be of an evil nature or end his days in a dishonorable manner. Other times, the narrative

was entrusted to a third person, or the narrative was even alternated with the dialogue.

It is necessary when studying El donado hablador, to refer to other novels in addition to the two above mentioned, particularly Vida del escudero Marcos de Obregón, by Vicente Espinel, and Coloquio de los perros, by Cervantes. The influence of these novels in El donado hablador is evident. The work of Alcalá Yáñez is peculiar in that it adopts the dialogical form: in the first part, when Alonso tells his life to the vicar of the convent where he lives; and in the second part, to the parish priest of San Zoles, in the solitude of a hermitage where he has retired to do penance. In spite of the important changes introduced by the author in his novel, it still remains within the orbit of the genre, which makes El donado hablador a picaresque work.

INTRODUCCIÓN

Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera (1571-1632), forma parte de ese nutrido número de médicos escritores, de larga tradición en España, quienes sin descuidar su labor profesional, en momentos de ocio crearon obras literarias de importancia. Fruto de su formación teológica y científica son las tres obras que han llegado hasta nosotros: la primera, de carácter mariano, Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla (1615), tiene gran parecido con Verdades para la vida cristiana (1632), también de contenido religioso.

La obra principal del médico segoviano es Alonso, mozo de muchos amos, cuyo título ya nos da a entender que estamos frente a una novela picaresca de la que aquel es el protagonista tanto en la primera parte (1624), como en la segunda (1626). Por su naturaleza y por su manera de actuar, el personaje del doctor Alcalá Yáñez se aleja bastante del comportamiento de los pícaros, lo que en cierto modo, contribuye a que la obra presente un lado un tanto polémico en relación con otras obras del género.

Aunque en general, la temática no es ajena a la que presentan otros autores en este tipo de obras, sin embargo, Alcalá Yáñez concede mayor importancia a determinados tópicos, tales como la honra, la administración de la justicia, el estado de la medicina, el arte pictórico y escénico o el fenómeno religioso.

Dado que es imposible analizar cualquier obra picaresca sin tener en cuenta el Lazarillo y la Vida de Guzmán de Alfarache, al estudiar el

Alonso, mozo de muchos amos, a menudo tendremos que acudir a estas obras a fin de comprobar hasta qué punto el doctor Alcalá sigue o se aparta del esquema que aquellas presentan. Necesariamente tendremos que aludir también a otras novelas, muy próximas a la del médico segoviano tanto en la forma cuanto al contenido, en las que evidentemente encontró motivos de inspiración: entre ellas se destacan El coloquio de los perros, de Cervantes, y la Vida del escudero Marcos de Obregón, de Vicente Espinel, cuyos protagonistas posiblemente moldearon el carácter de Alonso.

De hecho, no hay un solo autor que, bien movido por un impulso creador, bien llevado de cierta originalidad, no introduzca alguna variante al módulo que presentaba la Vida de Guzmán de Alfarache. Otro tanto hace el doctor Alcalá Yáñez quien conscientemente altera la naturaleza del protagonista, mezcla el contenido ascético-picaresco, y sobre todo, lo presenta en una nueva forma narrativa. A diferencia de los pícaros que exponen por escrito su vida y, a ejemplo de Lázaro se la dedican a un personaje ausente e inclusive al mismo lector, el médico segoviano hace que Alonso cuente la suya al vicario del convento en que vive, y más adelante, al cura de San Zoles, de manera que a menudo, entre el narrador y el confidente se establece un verdadero diálogo.

Este aspecto formal, unido a la temática que expone Alcalá Yáñez y la misma psicología del protagonista, hacen que la obra Alonso, mozo de muchos amos (hoy día más conocida como El Donado hablador, sea una de las novelas más importantes entre las que se escriben en la tercera década del siglo XVII. De ella nos ocuparemos en los capítulos que siguen.

"EL DONADO HABLADOR" DE ALCALÁ YÁÑEZ Y RIBERA
EN LA EVOLUCIÓN DEL GÉNERO PICAresco.

SUMARIO

	Página
Cap. I. VIDA Y PERSONALIDAD DE JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ Y RIBERA.	1
Cap. II. LA OBRA DE JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ:	20
A - MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA DE LA FUENCISLA.	20
B - VERDADES PARA LA VIDA CRISTIANA.	32
C - OBRA POÉTICA.	47
Cap. III. <u>ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS</u> o <u>EL DONADO HABLADOR.</u>	57
A - PUBLICACIÓN Y ÉXITO DE LA OBRA.	57
B - COMPOSICIÓN DE <u>ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS</u> o <u>EL DONADO HABLADOR:</u>	
1. Estructura de la novela.	65
2. Estilo.	69
C - ARGUMENTO DE <u>EL DONADO HABLADOR:</u>	
1. Resumen de la primera parte.	79
2. Resumen de la segunda parte.	83
Cap. IV. FORMA DIALOGADA Y MATERIA AUTOBIOGRÁFICA EN <u>EL DONADO HABLADOR</u>	91
A- EL DIÁLOGO RENACENTISTA.	93
B - EL DIÁLOGO EN <u>EL DONADO HABLADOR</u>	97
C - LA NARRACIÓN INSERTA EN EL DIALOGO.	106
Cap. V. ALONSO FRENTE A OTROS PROTAGONISTAS DE NOVELAS PICArescas.	117
A - LA ASCENDENCIA DEL PROTAGONISTA.	121
B - IDENTIFICACIÓN DE NARRADOR Y PROTAGONISTA.	124
C - CRÍTICA Y MORALIDAD EN <u>EL DONADO HABLADOR.</u> CARÁCTER DEL PROTAGONISTA.	127
Cap. VI. EL ESCENARIO GEOGRÁFICO EN <u>EL DONADO HABLADOR</u>	144
A - ITINERARIO DE LA PRIMERA PARTE.	145
B - ITINERARIO DE LA SEGUNDA PARTE.	164

	Página
Cap. VII. LA PROBLEMÁTICA DE LA HONRA EN <u>EL DONADO HABLADOR</u> .	178
A - CONCEPTO HISTÓRICO-LITERARIO DEL HONOR ESPAÑOL.	178
B - CRITICA DE LA HONRA EN LAS PRINCIPALES NOVELAS PICARESCAS ANTERIORES A <u>EL DONADO HABLADOR</u> .	185
C - NUEVO ENFOQUE DE LA HONRA EN <u>EL DONADO HABLADOR</u> .	196
Cap. VIII. EL MÉDICO EN LA NOVELA PICARESCA Y EN <u>EL DONADO HABLADOR</u>	218
A - EL MÉDICO EN LA NOVELA PICARESCA	220
B - LA FIGURA DEL MÉDICO EN <u>EL DONADO HABLADOR</u> .	229
Cap. IX. EL ARTE ESCÉNICO EN <u>EL DONADO HABLADOR</u>	242
A - DEFENSA DE LA COMEDIA Y DE LOS ARTISTAS EN <u>EL DONADO HABLADOR</u> .	243
B - UNA COMEDIA DE TEMA MORISCO EN <u>EL DONADO HABLADOR</u> .	263
Cap. X. OTRAS PROFESIONES Y OFICIOS:	273
A - LOS ARTESANOS.	274
B - LOS MINISTROS DE LA JUSTICIA.	281
C - LOS MILITARES Y LOS CAMPESINOS EN LA SOCIEDAD DEL SIGLO XVII.	293
CONCLUSIÓN.	309
ABREVIATURAS.	315
BIBLIOGRAFÍA.	316

CAPÍTULO I

VIDA Y PERSONALIDAD DE JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ

Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera nació en Murcia en 1571 y fue bautizado el último sábado de marzo de este mismo año. Su padre fue el doctor Hernando Yáñez, oriundo de dicha ciudad, y su madre, doña Petronila de Ribera, natural de Segovia.

Hasta no hace mucho, lo poco que se sabía de Alcalá Yáñez se debía principalmente a la pluma de Diego de Colmenares y a lo que sobre él escribieron don Tomás Baeza y Carlos de Lecea, quienes por lo general, repiten más o menos fielmente lo que ya había dicho el primero. Recientemente, gracias al entusiasmo y tesón de doña Manuela Villalpando, nos es dado conocer algo más de la personalidad de Alcalá Yáñez, ya que después de casi una década consagrada a la investigación por tierras de Segovia, Murcia y Valencia, ha podido fijar la fecha de su nacimiento, ocurrido en el año 1571 y no en 1563, como se venía repitiendo, así como el lugar natal, que fue Murcia y no Segovia, según afirman Diego de Colmenares y cuantos se habían ocupado de él. El equívoco en relación con el lugar de nacimiento parece que fue debido a la afirmación que se lee en la primera página de su obra Alonso, mozo de muchos amos, ediciones de 1624 y 1625, al lado del título y autor, de quien se dice que es "cirujano, vezino y natural de la Ciudad de Segovia". Esta adición parece que se debió al impresor, pues en ninguna de sus obras se repite que sea "natural" de esta ciudad; sencillamente se aclara que es "Médico y Cirujano, o simplemente "Médico, y eso sí, siempre consta que es vecino de la ciudad de Segovia.

via. Aunque había nacido en la ciudad de Murcia, no obstante podía considerarse segoviano con pleno derecho, pues como recuerda Manuela Villalpando,¹ las Siete partidas reconocían la naturaleza del lugar por el hecho de haber morado en él por lo menos durante diez años. En el correr de los tiempos el haberse criado en él o haber contraído allí matrimonio fue suficiente para que fuese considerado como natural del mismo. No es de extrañar, pues, que Alcalá Yáñez, a pesar de haber nacido en Murcia se considerase natural de Segovia adonde había sido llevado de tierna edad, en la que se crió, en donde vivió casi siempre y donde contrajo matrimonio.

Por confesión propia, sabemos que Jerónimo de Alcalá Yáñez siguió estudios por "muchos años" en el Real Convento de Santa Cruz de Segovia, de los dominicos, donde tuvo como profesores en Artes y Teología a Fray Francisco de la Cueva y a Fray Cristóbal de Mendoza; estudió latín con el jesuita P. Fernando de Mendoza, quien más tarde fue arzobispo de Charcas, en Bolivia. Estos datos nos los da Alcalá Yáñez a modo de exculpación, en el prólogo de su obra Verdades para la vida cristiana, posiblemente para justificar el atrevimiento que suponía para un seglar, escribir un libro religioso. Con mayor entusiasmo si cabe, se refiere al reformador del Carmelo con estas palabras:

... también me precio, de auer tenido por maestro todo vn verano, al santo Padre fray Juan de la Cruz, honra de los Padres Carmelitas a cuyo Convento, iuamos a que nos leyese, y explicasse los innos algunos condiscipulos mios, que₂mouidos con su exemplo recibieron su hábito...

Posiblemente ya por aquellos días, pensaba Jerónimo seguir la ca-

rrera eclesiástica, y de ahí el gran interés que mostraba por los temas sacros. Se desconoce el tiempo que dedicó a su formación sacerdotal, y a pesar de que posteriormente abandonó la carrera para entregarse a la medicina, su inquietud religiosa perduró hasta su muerte. ¿Cuál fue el motivo de semejante determinación?

Tan sólo sabemos lo que él mismo nos dice en el prólogo del citado libro, de que abandonó la teología "por humanos respetos", a fin de seguir la medicina y cirugía.

Ciertamente pocos son los datos que tenemos en relación con la vida de Jerónimo de Alcalá Yáñez, situación que contribuye a que la misma se vea envuelta en cierto misterio. Con él sucede, en cierto modo, lo mismo que con otros ingenios que brillaron en el campo de las letras en pasados siglos: tal aconteció, por ejemplo, con Fernando de Rojas, el célebre autor de La Celestina, quien por varias centurias permaneció en el más absoluto olvido; y más cercano a Alcalá Yáñez, con Mateo Alemán, del cual hasta bien entrado el siglo XX se ignoraban ciertos detalles de su vida, en parte por el interés que él mismo había tenido en que permaneciesen ocultos.

La fama de que gozó el doctor Alcalá Yáñez y la estima y cariño de amigos y biógrafos segovianos, posiblemente contribuyeron a ocultar determinados datos en relación con sus ascendientes. Diego de Colmenares que incluyó, ocho años después de la muerte de nuestro biografiado, las Vidas y escritos de los escritores segovianos, en la segunda edición de su Historia de la insigne ciudad de Segovia, aparecida en 1640, no nos dice nada de sus antepasados, y si algo sabemos, es por los breves datos que se leen en el prólogo de la novela

Alonso, mozo de muchos amos. No sería de extrañar que el primer historiador segoviano hubiera hecho con Alcalá Yáñez lo mismo que con Andrés Laguna,³ es decir, ocultar su ascendencia, circunstancia que habría contribuido a que quedasen oscuros ciertos detalles de su vida; de todos modos, a juzgar por algunos indicios que se desprenden ya de sus mismas palabras, ya del carácter de sus libros, parece que provenía de familia de conversos.

Entre las profesiones a que se habían dedicado con éxito árabes y judíos durante siglos, y que más tarde continuarían los conversos, estaba la medicina; entre ellos los hubo muy famosos, no sólo en este campo, sino al mismo tiempo en el de las letras, como aconteció, entre otros, con Andrés Laguna, Huarte de San Juan, Francisco López de Villalobos, Francisco López de Ubeda y el doctor Carlos García.

En las preliminares de Alonso, mozo de muchos amos, el médico segoviano nos da a entender que la medicina era una profesión tradicional en la familia. Así, al dedicar la obra al marqués de los Vélez, escribe:

Dejado aparte que todos mis pasados desde mi bisabuelo el doctor Francisco Yáñez, el doctor Alonso Yáñez, mi abuelo, y el doctor Fernando Yáñez, mi padre, todos sirviendo a sus progenitores de vucelencia, fueron criados de su casa..., y últimamente los doctores Juan Yáñez y Leandro Corvera mis hermanos...⁴

Ya hemos dicho que el padre de Jerónimo de Alcalá Yáñez provenía de Murcia. De su primer matrimonio tuvo a Juan Yáñez, médico, al que aquél llama hermano. En segundas nupcias se casó con la segoviana doña Petronila de Ribera hacia 1560 ó 1561; de este matrimonio nacieron tres hijas y dos hijos, entre ellos Jerónimo. Según parece, los

Yáñez de Murcia eran numerosos, y entre ellos abundaban los médicos.

De acuerdo con algunos documentos del año 1563, uno de ellos del 10 de Junio, un tal Fernando o Hernando Yáñez estaba en problemas con la Inquisición de Murcia. En el auto de fe del día de la Ascensión del mismo año, se lee que "después de quitarle sus bienes se le puso el hábito por tiempo y espacio de tres años y se le prohibió ejercer la medicina y cirugía".⁵ Los tres documentos, que se refieren a este caso, ponderan la habilidad y experiencia del doctor Fernando o Hernando Yáñez, al mismo tiempo que exponen la necesidad que de él tienen los enfermos, por lo cual solicitan de las autoridades del Santo Oficio le permitan ejercer la medicina y cirugía en Murcia y su reino, en especial en la región de Cartagena donde la necesidad era mayor a causa de las frecuentes incursiones de corsarios turcos.

Nos ha sido imposible comprobar si este médico es el mismo cirujano Hernando Yáñez de quien Julio Caro Baroja dice que fue quemado en Murcia en 1563.⁶ Lo que sí es cierto es que este último no pudo ser el doctor Fernando Yáñez, padre de Jerónimo de Alcalá Yáñez, quien hacia 1573 ó 1574 se mudaba a Segovia. De todos modos, cabe la posibilidad de que se tratase del primer cirujano aludido o de algún pariente, y para evitar dificultades con la Inquisición optó por trasladarse a dicha ciudad castellana, una de las más importantes de la península por su industria textil en la que había una colonia judía de gran influencia.

Como se ha dicho, Alcalá Yáñez abandonó la carrera eclesiástica, determinación que da un tanto que pensar. Julio Caro Baroja, al hablar de los años que siguieron a la expulsión de los judíos, dice que

"los conversos, y aún más los hijos de éstos, los hombres de la segunda generación, abrazaron el estado eclesiástico con muchísima frecuencia, y pronto se vio España llena de sacerdotes y religiosos de toda clase cuyos abuelos habían rezado en la sinagoga".⁷ Es indudable que la Iglesia había sido y era un remanso para quienes, hallándose en peligro, habían acudido a ella; de hecho, a fines del siglo XV y primera mitad del XVI, un elevado porcentaje del alto y bajo clero, era de ascendencia judía. El enfrentamiento de tipo ideológico y personal entre sus miembros era inevitable, y no tardaría en llegar.

El documento más fehaciente al par que aterrador contra los sacerdotes de ascendencia hebrea, fue publicado en Toledo por el arzobispo Juan Martínez Silíceo, él mismo de origen villano, que era tanto como decir cristiano viejo, y como tal no podía admitir que la gran mayoría de los presbíteros de su archidiócesis fueran descendientes de judíos. Se convenció de esta situación al constatar que sus "agentes encontraron que en una villa donde había catorce clérigos, tan sólo uno era cristiano viejo".⁸

El estatuto de limpieza de sangre que publicó el cardenal Silíceo el 23 de julio de 1547 causó no poco revuelo, pues afectaba directamente a la mayor parte de los canónigos, capellanes y curas de la archidiócesis toledana, e indirectamente a los de toda España por provenir el documento de la sede primada. El problema adquirió grandes proporciones hasta el punto de que se tuvo que acudir al emperador.

En relación con este aspecto, cabe advertir que Jerónimo de Alcalá Yáñez tenía tres tíos curas: Hernando, Juan y Francisco Alcalá,

los tres, racioneros de Segovia. El hecho de tener tres sacerdotes en la familia no presupone, ni mucho menos, que se trate de una familia de cristianos viejos, sino tal vez todo lo contrario, sobre todo si se tiene en cuenta que el padre era mercader, aparte de que el apellido Alcalá es uno de tantos locativos que adoptaban los conversos.

Algunos críticos habían tratado de explicar, con más o menos acierto, la procedencia del apellido Alcalá que Jerónimo coloca antes del de su padre. Según ha podido averiguar Manuela Villalpando, los abuelos maternos de aquel se llamaban Juan de Alcalá y Elvira Álvarez de Ribera. Sucede que en la familia, los hijos varones llevan el apellido del padre, o sea Alcalá, en tanto que las hijas toman solamente el segundo de la madre, es decir, Ribera. En la época en que vive Jerónimo, es frecuente cambiar el nombre o adoptar otro más eufónico o más poético como hicieron, entre otros, Lope de Vega, Velásquez, Montalbán y Luis de Góngora. Como escribe la citada profesora, "unos por gusto, otros por necesidades de mayorazgos, capellanías, patronazgos, etc..., tenían que tomar determinado apellido que continuaba generalmente la consanguinidad con el fundador del vínculo".⁹ Es lo que sucede con Jerónimo, quien como condición para poder heredar de su tío Hernando de Alcalá, con quien vivió muchos años, debió anteponer el apellido de aquél, resultando ser su nombre Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, aunque en los documentos firma solamente como Jerónimo de Alcalá. El primero y el tercero son los apellidos de los abuelos maternos, lo que quiere decir que de no habérselo cambiado, su nombre habría sido Jerónimo Yáñez Alcalá, que es el que aparece siempre en los libros de matrícula de la universidad valenciana, donde parece

que habían estudiado su hermano, y su padre.

Por lo general, en España tener un miembro de familia al servicio de la Iglesia ya como sacerdote, ya dentro de una orden o congregación religiosa, era garantía de poseer honra y prestigio familiar. ¿No habría encaminado el médico Fernando Yáñez a su hijo Jerónimo hacia la carrera eclesiástica teniendo en cuenta dichas ventajas? No dejan de extrañar las palabras de Alcalá Yáñez, de que por "humanos respetos" abandonó el sacerdocio por la medicina. No sería que, al igual que otros muchos, veía como un obstáculo para su futura carrera el estatuto de limpieza de sangre? Es muy posible que así fuera, y no parecen expresar otra cosa las misteriosas palabras con que ha querido explicarnos su decisión de cambiar la carrera eclesiástica por la de medicina. Justamente, por "humanos respetos", siguieron y han seguido miles y miles de sacerdotes y religiosos la "carrera" que habían elegido, y por miedo al qué dirán los demás, o sea por la presión familiar, social o religiosa han continuado, aunque sin tener que pensar en el famoso estatuto de limpieza de sangre emanado de la sede toledana. Es curioso el hecho de que lo de "humanos respetos" obligase a unos a seguir el camino emprendido años atrás, a pesar de los contratiempos, y a Alcalá Yáñez a hacer lo contrario, acaso al tener en mente al odiado estatuto y las consecuencias que podría tener para él.

Ya por entonces los estatutos de limpieza de sangre no eran ninguna novedad, pues desde años atrás los tenían las Órdenes militares, los colegios mayores, algunas órdenes religiosas, el tribunal de la Inquisición y otras entidades religiosas y civiles. El colegio uni-

versitario de San Bartolomé de Salamanca, según Julio Caro Baroja, exigía "sangre pura"; siguieron su ejemplo otros, como el de Santa Cruz de Valladolid, el de San Antonio de Sigüenza, y el de San Ildefonso de Alcalá. En general, los estatutos de limpieza eran muy exigentes en estas universidades a juzgar por la provisión inquisitorial dirigida el 5 de junio de 1509 a la universidad de Salamanca en la que se ordena lo siguiente:

No recibáis ni admitáis oposición de ninguna persona nuevamente convertida del judaísmo para alguna cátedra o sustitución, ni la recibáis a los dichos grados (de licenciados, doctores, o maestros) ni alguno dellos ni incorporéis ni consintáis incorporar en ellos ni alguno dellos.¹⁰

Es un hecho que Alcalá Yáñez estudió medicina en Valencia, mas ¿por qué se fue a esta ciudad en vez de frecuentar las aulas de Alcalá, Salamanca o Valladolid? ¿Sería tan sólo por la circunstancia de haber estudiado allí algunos miembros de su familia, lo que contribuiría a que se sintiera más seguro al ser conocido de los profesores, a cuyo efecto se matricula siempre, según observa Manuela Villalpando, como Jerónimo Yáñez Alcalá? Es muy posible que las disposiciones que regían las citadas universidades le afectasen también a él, como antes habían afectado al Apóstol de Andalucía, San Juan de Ávila, quien según el parecer de la crítica actual dejó las aulas salmantinas a causa del estatuto de limpieza de sangre vigente en aquel centro.¹¹ Tal vez Alcalá Yáñez optó por ir a Valencia debido a la mayor amplitud de miras que había en su universidad, y por lo mismo era menos exigente, ya que a sus aulas asistían también moriscos.

Desde el reinado de Carlos V se habían creado en el reino de Va-

lencia algunos colegios para hijos de moriscos de quienes se esperaba que con su virtud, ejemplo y prestigio pudiesen atraer a la masa menos privilegiada al seno de la Iglesia. Partidario de esta medida era el humanista Pedro de Valencia, hombre de gran visión y cuya influencia en la universidad levantina fue muy grande; su idea al respecto era bien clara, como dan a entender estas palabras: "Conviene que a los colegios vayan los muchachos de mejor haviilidad y talle, hijos de moriscos y si algunos de ellos viniesen a ser clérigos o religiosos, sería muy conveniente".¹² No hay que olvidarse que la animadversión contra los moriscos era casi general, inclusive de parte de Juan de Ribera, entonces patriarca y virrey de Valencia, hasta el punto de que Felipe II tuvo que llamar la atención a los superiores de órdenes religiosas que se negaban admitir como miembros de las mismas a los moriscos que se habían formado en dichos colegios. Estos centros les permitían gozar de los mismos privilegios que tenía la casta de los cristianos, en el plano cultural, y en ellos adquirían los conocimientos necesarios para poder entrar en la universidad. A esta situación se refiere Luis García Ballester con estas palabras: "Gracias a estos colegios, algunos moriscos, en los últimos años del siglo XVI y primeros del XVII, antes de su expulsión, obtuvieron el grado de doctor en Medicina por la Universidad de Valencia".¹³

De este centro de estudios conservó gratos recuerdos Jerónimo de Alcalá Yáñez, a juzgar por los elogios que pone en boca del protagonista de su novela, quien habla con verdadera emoción del mismo: "Llegué al estudio general, dice, de donde han salido y salen cada día tan excelentes médicos, pues sin adulación ni encarecimiento, en

lo que es medicina, ni en las de Alcalá, ni Salamanca los hacen ventaja".¹⁴ Aunque Valencia fue la primera universidad donde se introdujo el estudio anatómico y por entonces ya tenía un buen ganado prestigio, las palabras de Alonso bien pudieran encerrar cierta ironía y expresar un desahogo personal de parte del autor al ponderar tanto la calidad de la enseñanza impartida en la capital del Turia, en oposición a la de las famosas universidades castellanas, en las que de haber intentado ingresar, tal vez le hubiesen cerrado sus puertas.

Según sus biógrafos, Alcalá Yáñez se graduó en 1598, mas tal afirmación no es exacta, pues aquéllos cometieron el error de tomar al pie de la letra las palabras que aparecen en el prólogo de la primera parte de su obra, Alonso, mozo de muchos amos, en el que al solicitar la benevolencia del público, le promete que esta será la última, ya que no ha de "escribir más libros si no fueren tocantes a la facultad que profesa, pues ya de veinte y seis años de experiencia, con algún linaje de atrevimiento podrá alguno salir a luz".¹⁵ Al relacionar esta obra que se publica en 1624 con los "veinte y seis años de experiencia", el de su graduación habría sido efectivamente el 1598, cuando contaba treinta y cinco de edad, si se tiene en cuenta que Diego de Colmenares y sus seguidores habían fijado el año 1563 como el de su nacimiento. Gracias a la profesora Manuela Villalpando que ha desempolvado infinidad de manuscritos, hoy día conocemos algo más de la vida de Alcalá Yáñez. Según consta en los Libros de Grados de la Universidad de Valencia, "el día tres de agosto de 1599 /Jerónimo de Alcalá Yáñez/ obtuvo el grado de Bachiller en Artes -Medicina- y los grados de licenciatura y doctor, el día 14 de agosto del mismo año,

siendo entonces decano de dicha facultad, don Cristóbal Frigola".¹⁶

Al regresar a Segovia, Alcalá Yáñez empezó a ejercer la profesión de médico, y tres años más tarde contrajo matrimonio con doña María Rubión y Rada que contaba solamente trece, y quien vivía bajo la tutoría de Juan Ruiz de Alegría. El matrimonio debió de tener, por lo menos, doce hijos, de los cuales sobrevivieron nueve al morir doña María de Rubión a los treinta y ocho años, el 31 de enero de 1628.

Manuel González Herrero, hace algunos años, y más recientemente Manuela Villalpando, han señalado el segundo matrimonio del doctor Alcalá del que ninguno de sus biógrafos anteriores había hecho mención. La situación familiar y el desempeño de su profesión obligó al médico segoviano a contraer nuevamente matrimonio con doña Isabel de Briones y Tapia, hija de don Antonio de Zamora y Tapia, y de doña Francisca de Briones. Doña Isabel residía en Valladolid, más no podía contraer nupcias ya que se lo impedía un voto de castidad; del mismo fue dispensada por un Breve del Papa Urbano VIII, a cuyo efecto los interesados adujeron los motivos siguientes:

- Que Isabel tenía más de cuarenta años.
- Que cuenta con pocos medios para su sustento y el de su hermana enferma que vive con ella.
- Que antes de emitir el voto de castidad estuvo prometida en Matrimonio a Jerónimo de Alcalá.¹⁷

No dejan de extrañar las razones presentadas, sobre todo la última; es posible que los mismos padres indujesen a Isabel a hacer semejante promesa, con la que aseguraban el cuidado de la hija enferma, aunque también pudo haber sido una decisión personal. De todos modos, parece que fue esta circunstancia y no otra la que obligó a Jerónimo de Alca-

lá a poner sus miras en doña María de Rubión; veintiséis años después, al fallecer ésta y verse solo frente a la numerosa prole, todavía ve en doña Isabel de Briones a la mujer ideal. El Breve pontificio sería favorable, mas no sin que se cumpliesen ciertas condiciones por parte del médico segoviano. Entre ellas estaban:

- Que Jerónimo la dote con generosidad.
- Que se comprometa a tener con ellos a la hermana enferma, y en caso de fallecimiento de Isabel, se obligue a continuarla manteniendo.
- Que si muere Jerónimo de Alcalá, el voto de castidad vuelva a tener vigencia para Isabel.¹⁸

Doña Isabel debió de ser una mujer excepcional, no sólo porque en ella piensa Alcalá Yáñez después de muchos años de ausencia, sino principalmente por el tono con que a la misma se refiere en varias ocasiones, ya en lo tocante a su capacidad y buen gobierno de la casa, como al acierto que mostró al continuar la educación de los hijos más pequeños del médico segoviano. En su testamento, el doctor Alcalá Yáñez se refiere varias veces a doña Isabel de Briones con muestras de afecto y gratitud; de su condición de excelente administradora llega a decir lo siguiente en su testamento en relación con los bienes que él poseía al contraer matrimonio:

...Yten declaro que al tiempo y quando case de segundo matrimonio con doña Ysabel de Briones mi muger no hice ynventario jurídico ni se haya rraçon de que truje a su poder bien conozco que en su poder no sea disminuido y que lo a conserbado con buen gobierno y prudencia es mi voluntad que en este particular no la apremien ni pidan cuenta que la tengo por tan buena cristiana que no dejara de acer lo que tiene obligacion antes es mi boluntad se guarde y cumpla la promessa que la tengo hecha al tiempo que con ella me casse.¹⁹

Las condiciones que exigía la carta pontificia se cumplieron cabalmen-

te, pues el doctor Alcalá, aparte de comprometerse a mantener de por vida a doña Mariana, la hermana enferma de su mujer, a ésta le concede el derecho de habitar un cuarto de la casa principal, en caso de fallecer él antes. Por otra parte, en la carta de arras del 20 de septiembre de 1628, además de obligarse a cumplir los requisitos exigidos por la Santa Sede, "a los tres días de la carta anterior otorga otra en la que se ratifica de todo lo dicho, pero declara que la dotará de mil quinientos ducados, quinientos más que en la carta de arras."²⁰

El matrimonio no duró mucho, pues el dos de noviembre de 1632 fallecía el doctor Alcalá. Por su parte, doña Isabel se encargó de cumplir la última cláusula, arriba transcrita, pues por un poder que otorga a nombre de su hermano Antonio de Zamora y Tapia el nueve de marzo de 1636, sabemos que en dicho año era monja profesa en el convento de Santa Isabel.²¹

Es un hecho comprobado que en gran parte, el fanatismo religioso en el siglo XVI provino de los mismos conversos, quienes para mejor salvar su persona y no dar de qué hablar se mostraban celosos de la nueva religión adoptada. Sin extremar mucho la nota, podríamos afirmar que Alcalá Yáñez también se inclinó de ese lado en las tres obras que nos ha dejado, una de las cuales es una novela picaresca, pero que en gran parte se diría que es la síntesis de un sermonario de la época.

A primera vista parecería extraño el hecho de que un médico se dedicase a escribir sobre temas sacros; Mateo Alemán, de ascendencia hebrea, le había precedido con la Vida de Guzmán de Alfarache, obra

netamente moralizante, y algo más tarde, con la Vida de San Antonio de Padua, y la de su Mecenaz en México. Es muy posible que Mateo Alemán, al escribir estas obras quisiese ocultar su ascendencia como lo había hecho al tratar de convencer al público por medio del escudo familiar que él mismo se había mandado hacer, con el que pretendía demostrar que provenía de la nobleza alemana. La actitud de Alcalá Yáñez, desde el punto de vista religioso, corre parejas con la de Mateo Alemán, y bien pudiera tildarse de actitud defensiva, a veces rayana en fanatismo.

En páginas anteriores nos hemos referido a algunos aspectos de la vida de Alcalá Yáñez, entre los que están los siguientes: el hecho de que en la familia hubiese por lo menos seis médicos de los que tenemos noticia; el que su padre se trasladase de Murcia, ciudad en la que había gran porcentaje de moriscos, a Segovia; que él mismo abandonase la carrera eclesiástica, en momentos en que los estatutos de limpieza de sangre, promulgados por el cardenal Silíceo, estaban en pleno vigor; el que, al igual que su padre, fuese a estudiar a Valencia, en vez de asistir a cualquiera de las viejas universidades castellanas, máxime viviendo en Segovia; a todo lo anterior se añade el exaltado fervor religioso que se aprecia en toda su obra. Estos factores, a falta de otros datos concretos, justificarían y explicarían la actitud con que Jerónimo de Alcalá Yáñez se enfrentó a la vida, tal vez hostil en no pocas ocasiones, a fin de hacerla después más agradable y fácil a los suyos, y a cuantos recibieron sus servicios médicos. Al mismo tiempo, estas circunstancias concurrentes, son un indicio que nos lleva a sospechar que el doctor Alcalá Yáñez procedía

de familia de conversos.

El doctor Alcalá Yáñez ejerció la profesión de médico en Segovia durante treinta y tres años. A este respecto es interesante notar que entre sus pacientes tuvo muchos miembros de diversos conventos segovianos, y además, según don Manuel González, fue "médico cirujano de los pobres y vergonzantes" durante varios años. Esta circunstancia le sirvió para captar mejor ciertos aspectos de la vida religiosa y social, los cuales se reflejan en su novela Alonso, mozo de muchos amos. En ella, además de sus conocimientos teológicos adquiridos en los años que precedieron a su viaje a Valencia, vierte casi insensiblemente infinidad de experiencias y datos relacionados con la vida conventual, de los que más tarde se haría eco por boca de su personaje Alonso que se expresa primero en calidad de donado, y luego como ermitaño.

Aunque los elogios tributados a Alcalá Yáñez en los versos que encabezan sus obras no dejan de ser un tópico de la época, los mismos revelan el entusiasmo por ensalzar la patria chica y al galeno que había consagrado su pluma a cantar las glorias de la vieja ciudad, primordialmente en el libro Milagros de la Virgen de la Fuencisla.²²

Los elogios se multiplican, sobre todo, en los preliminares de su segundo libro, Alonso, mozo de muchos amos, en cuya segunda parte aparece el nombre de dieciséis vates que galanamente prorrumpen en alabanzas al doctor Alcalá Yáñez y al protagonista de la obra que en dos años se había hecho tan popular. De nuevo se entrelazan con mucha gracia los nombres del médico segoviano y el de la universidad en cuyas aulas gradúa con honores al "hijo pícaro". La experiencia de

Alonso que aconseja, instruye y corrige con la palabra al mismo tiempo que con el ejemplo, aparece repetidamente en la pluma de los poetas, y no es para menos, pues el que "por Alcalá lleva grado" (Don Iván Bravo de Mendoza), "ha de servir como Mozo / y aconsejar como viejo" (J. Garcilópez de Aldana).

Los versos que encabezan su última obra, Verdades..., aluden mayormente a la virtud que adorna a Jerónimo de Alcalá, quien además de curar las enfermedades corporales, se ocupa de la salud del alma a base de lecciones prácticas extraídas de la vida misma.

La siguiente décima, escrita por el segoviano don Antonio de Zamora y Tapia para el epitafio del doctor Alcalá, compendia el sentir de sus contemporáneos en relación con el quehacer profesional, sabiduría y capacidad artística del ilustre galeno:

Debajo esta losa fría
yace el doctor Alcalá,
y aquí con él yacen ya
medicina y poesía.
Vivo en ella florecía
con tal generosidad,
que cuadra con propiedad
a su ser el sobrenombre.
Pues en él, aunque fue un hombre
se ve una universidad.²³

NOTAS

¹ Manuela Villalpando, Jerónimo de Alcalá Yáñez (1571-1632) y Segovia (Segovia: Imp. Herranz, 1976), pp. 10 y 11.

² Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, Verdades para la vida cristiana (Valladolid: Gerónimo Murillo, 1632), Prólogo.
En adelante, al referirnos a este libro lo citaremos con la palabra Verdades...

³ Marcel Bataillon, Erasmus y España (México: Fondo de Cultura Económica, 1966), p. 676.

⁴ Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, Alonso, mozo de muchos amos (Madrid: Bernardino de Guzmán, 1624). Al citar esta obra utilizamos la edición de Angel Valbuena Prat, La novela picaresca española (Madrid: Aguilar, 1966) Dedicatoria. La abreviaremos con la siglas N.P.

⁵ A.H. S. Inquisición de Murcia. Lec. 4559. N. 23.

⁶ Julio Caro Baroja. Los judíos en la España moderna y contemporánea (Madrid: Ediciones Arión, 1962), Tomo II, p. 195.

⁷ Ibid., Tomo II, p. 213.

⁸ Ibid., Tomo II, p. 276.

⁹ Manuela Villalpando, op. cit., p. 12.

¹⁰ Luis Sala Balust, Obras Completas del B. M. Juan de Ávila (Madrid: Ed. Católica, 1952), p. 54, nota 77.

¹¹ Ibid., pág. 54

¹² B. N. Madrid, Ms. 8-888, fols 100^v - 100^r, citado por Luis García Ballester en Historia social de la medicina en la España de los ss. XIII al XVI (Madrid: 1975), p. 114, nota 146.

¹³ Ibid., p. 116

¹⁴ Alonso, mozo de muchos amos, op. cit., N.P., p. 1248.

¹⁵ Ibid., Prólogo.

¹⁶ Manuela Villalpando, op. cit., p. 14

¹⁷ Ibid., p. 26.

¹⁸ Ibid., p. 26

¹⁹ Ibid., pp. 77 y 78.

²⁰ Ibid., p. 27.

²¹ Ibid., p. 25.

²² Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla (Salamanca: Emprenta de Antonia Ramírez, 1615).

Unos le llaman "hijo del mismo Apolo", otros, "Gloria del Castellano Patrio suelo", y no falta quien le pinta rodeado de ninfas postradas a sus pies. Son bastantes los que, una y otra vez, juegan con el nombre de Alcalá y el de la universidad complutense, como hace Pedro de Ledesma Contreras en los versos siguientes:

Pues si es /Alcalá/ en todas ciencias conocida,
 Vos sois la fuente della, por do viene
 Honor a ellas y a Segovia nombre.
 (Preliminares).

²³ Diego de Colmenares, Historia de la insigne ciudad de Segovia y compendio de las Historias de Castilla (Madrid: Diego Díez, Impresor, 1640), p. 778,

CAPÍTULO II

LA OBRA DE JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ

Hemos aludido anteriormente a las obras de Jerónimo de Alcalá Yáñez, las cuales son ciertamente la expresión de sus sentimientos religiosos, aunque el autor, al escribirlas, posiblemente tenía otro objetivo de índole muy distinta. Del mismo modo que el soldado soñaba conquistar la fama mediante las armas, así el escritor del período áureo de la literatura española, trataba de alcanzarla mediante la pluma, y el doctor Alcalá Yáñez no es la excepción; tal parece darlo a entender en la Dedicatoria del libro Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla que dirige al Ayuntamiento segoviano, al decir que "cualquiera pudiera quedar por muy pagado y satisfecho de su trabajo, con sola la honra que de tomarlo a su cargo se le pudiera seguir".¹

En el prólogo de la segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos, nos dice llanamente que "el predicar y escribir son compatibles y tienen un mismo objeto".² Se diría que el médico segoviano se había propuesto hacer el bien, ya a través del buen ejemplo, ya por medio de la pluma, según lo atestiguan los tres libros que nos ha dejado, inclusive el último citado, el cual a pesar de ser una novela, encierra temas verdaderamente capitales.

A.- MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA DE LA FUENCISLA.

La primera obra de Jerónimo de Alcalá Yáñez apareció en Salamanca en 1615, y lleva por título Milagros de Nuestra Señora de la Fvencisla,

grandezas de su nuevo Templo, y fiestas que en su Translación se hizieron por la Ciudad de Segouia, de quien es Patrona. Año de 1613.

En la época en que escribe el doctor Alcalá Yáñez, el prólogo es un elemento esencial a la obra, ya que la presentación del libro, así como su justificación venían a ser una necesidad: de ahí que el autor exponga las razones que le han llevado a escribirlo y muestre una actitud humilde que indudablemente debía favorecer la acogida que él esperaba. Inclusive, los grandes escritores de la época tuvieron que pagar este tributo al público, a veces poco respetuoso y siempre muy exigente.³ No es de extrañar, pues, que Alcalá Yáñez se muestre también muy cauteloso en el prólogo de los Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla. Después de la consabida fórmula, impregnada de humildad, el autor presenta en la Dedicatoria la razón que le ha movido a escribirlo:

...el ser la obra en sí tan piadosa, dice, y yo tan devoto de la causa della que es la Virgen de la Fuencisla, me ha incitado, y hecho que me adelante a los demás. Y así suplico a V.S. tenga por disculpado este mi atrevimiento, pues demás de lo dicho va fundado en zelo de servir principalmente a la sacratísima Virgen nuestra Señora...

(Verdades... Dedicatoria).

¿No suponía cierta osadía el que un seglar se dedicase a escribir un libro religioso? ¿No temería el doctor Alcalá hallar cierta oposición al publicar un libro sobre materia que no era de su incumbencia? Es muy posible que así fuera, y tal parece desprenderse de las palabras que dirige al Ayuntamiento segoviano, recordando tal vez el fracaso de otros escritores o los ataques de algunos envidiosos:

Y ampare V.S. mi recta intención, que seguro con tal amparo, osaré oponerme a las mordaces lenguas de los continuos murmuradores, de quienes tan pocos se escapan, y por lo menos esperaré alguna mayor aceptación para con los humanos, y piadosos, de la que se me diera, si el favor de V.S. me faltara...

(Verdades... Dedicatoria).

A pesar del entusiasmo con que el doctor Alcalá había escrito el libro Milagros..., la verdad es que la obra no tuvo la aceptación que esperaba, inclusive con la aprobación del Ayuntamiento segoviano, el cual había contribuido con quinientos reales a la impresión. Se trata de un librito en octavo de ciento sesenta y tres folios, más quince hojas que ocupan los preliminares y otras cuatro al final, con el índice de los capítulos. En cierto modo, el largo título ya nos da una idea del contenido de la obra.

Las fiestas religiosas siempre tuvieron gran importancia en España, pues en general, desde la época de los visigodos, los monarcas por conveniencia propia, se creyeron obligados a proteger la religión. De hecho, los reyes españoles a partir de Recaredo, que presidió algunos de los famosos concilios toledanos, pasando por Carlos V, quien dedicó gran parte de su política a defender a la Iglesia y la religión contra la influencia protestante, han tomado parte muy activa en las ceremonias religiosas y en los actos del culto. Esto sucede de modo especial, en los siglos XVI y XVII, o sea en momentos en que había que rechazar a toda costa la menor sospecha de contaminación con las ideas de la Reforma u otras afines. Son circunstancias muy propicias para ello, la celebración de las fiestas litúrgicas del Señor, particularmente la del Corpus, y también las de la Madre de Dios. En otras ocasiones, el motivo lo ofrece la inauguración

o consagración de una iglesia o santuario, así como la canonización de algún santo.

Son famosas entre otras de la época, las fiestas que se organizaron en Segovia en honor de la Virgen de la Fuencisla en 1613, y las de Toledo, celebradas con motivo de la inauguración de la capilla del Sagrario en 1616. Asimismo, constituyeron un acontecimiento singular, los festejos que se organizaron con motivo de la canonización de San Isidro en 1620, cuya relación escribió Lope de Vega dos años más tarde, y los que en 1629 se dedicaron a San Pedro Nolasco en circunstancia similar. Dado el carácter que revestían estas fiestas, los organizadores trataban de que en las mismas existiese cierto equilibrio entre el elemento religioso y el profano.

Concretamente en las fiestas de Segovia de 1613, los dos poderes de la ciudad se reparten la tarea que conlleva la organización del evento religioso. Así, la autoridad civil con la colaboración de diversas instituciones y cofradías, se encarga de las actividades y festejos profanos. A su vez, el cabildo catedralicio en unión de las órdenes religiosas, será el responsable de la parte sacra. Alcalá Yáñez relata ampliamente esta última en el libro Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla, aunque es mucho más parco al referirse a las manifestaciones de tipo oficial y popular. Afortunadamente, Diego de Colmenares⁴ completa con creces el vacío que voluntariamente deja aquel, y nos describe con todo detalle la entrada de Felipe III en Segovia el dieciocho de setiembre, como también los regocijos populares. Curiosamente, la llegada del rey y su comitiva divide las fiestas en dos etapas; la primera ha sido de tipo popular, y a los juegos de cañas y corridas de toros en que par-

ticipan nobles y villanos, se suman mascaradas y fuegos artificiales. En la segunda, el tono de las fiestas es más refinado a causa de la presencia del monarca; las diversiones, aunque algunas son también de carácter popular, no obstante revisten mayor categoría y brillantez al intervenir en ellas más activamente los caballeros y gente principal. El orgullo de los segovianos se refleja en fastuosas cabalgatas y en artísticas y lujosas carrozas, como la que representa a Hércules, el fundador de la ciudad según la tradición; otra es todo un himno de alabanza al heroísmo de los ciudadanos que en 1083 contribuyeron a la toma de Madrid; no podía faltar tampoco la carroza que simbolizaba la lealtad de los segovianos a la Reina Católica, en momentos en que otras ciudades todavía le eran hostiles. La vistosidad y el colorido de las cabalgatas y carrozas demuestran el poderío y la riqueza de la ciudad, hecho que los habitantes ponen de manifiesto ante el rey y sus acompañantes. Tras los grandes personajes del Antiguo Testamento, aparece la cabalgata que representa la genealogía de la Virgen María, cuyos componentes llevan un emblema que alude a las virtudes de la Madre del Redentor. Los organizadores han tenido bien en cuenta el doble objetivo religioso-cultural y popular de las fiestas. Por una parte, los personajes bíblicos han desfilado simbólicamente por las calles de la vieja ciudad, con lo que la lección de historia sagrada ha sido muy objetiva y práctica, inclusive para la gente menos docta. Por otra, las autoridades han demostrado al monarca y a su comitiva lo que Segovia ha sido en el pasado y el poderío que todavía representa en el plano económico, cuyos famosos paños llegaban a todos los rincones de Europa.

A primera vista parece un tanto paradójico el doble aspecto de las fiestas de la Virgen de la Fuencisla, mas no lo es, pues lejos de limitarse al campo religioso, van mucho más allá, ya que llegan a rozar el de la política. De hecho, los dos poderes se completan y protegen mutuamente. El rey, que para poder asistir a las fiestas ha solicitado que el inicio tenga lugar el doce de setiembre en vez del veinte, contribuirá con su presencia a dar realce a las mismas. Esta atención exigía in directamente a las autoridades segovianas rendir al católico Felipe III un homenaje digno de su regia persona. En este sentido ofrece especial significado la cabalgata de la genealogía de la Virgen María formada por grandes personajes y reyes del Antiguo Testamento que aparecen rodeados de gran pompa. La Madre de Dios estaba prefigurada en símbolos y jero-glíficos artísticamente bordados en los dorados mantos o en los estandartes de los pajes. Frente al carácter religioso de las fiestas, aparece el oficial, representado por las regias figuras bíblicas; esta cabalgata, escribe Jean-Louis Flecniakoska, "n'est pas uniquement un brillant défilé pour le seul régal des yeux et des oreilles, c'est également un spectacle de propagande..." hasta llegar a calificarla como "un véritable hymne a la monarchie triomphante".⁵

En la Biblia, el rey aparece en muchas ocasiones como el ungido de Dios. En el correr de los tiempos, la teoría de que el poder del monarca era de origen divino, frecuentemente llevó a los reyes a creerse obligados a defender a la Iglesia y la religión. La presencia de Felipe III en Segovia obedece, entre otros motivos de índole religiosa y personal, a razones de estado. Las autoridades eclesiásticas y el pueblo segoviano rendían al rey un homenaje de gratitud por el ejemplo que estaba dando

a sus súbditos, e indirectamente por la defensa que sus predecesores habían hecho de la religión. En principio, su actitud era la misma que el Papa Clemente VIII había mostrado al recibir triunfalmente en su ciudad de Avignon a Enrique IV, entonces en guerra contra los enemigos de la fe. El rey francés, lo mismo que Felipe III, no ignoraban que la religión venía a ser el elemento unificador de su pueblo; de ahí el interés que mostraban en permanecer unidos y en buenas relaciones con los obispos. Margaret Mc Gowan, al referirse a la política del rey de Francia, escribe: "Par ses actes, Henri IV a reconnu que son pouvoir temporel depend d'une orthodoxie dans les affaires spirituelles. Cette inter-pénétration d'intérêts politiques et religieux est peinte sur le char de triomphe où les couronnes papales et royales se sont amicalement jointes".⁶ Este común interés no era ajeno al rey español ni a la autoridad eclesiástica, y la presencia de Felipe III en las fiestas de la Virgen de la Fuencisla, como tres años más tarde en las de Toledo, tenía un alcance mucho mayor que el de una simple demostración personal de fe y amor a la religión.

En Toledo tiene lugar otro acontecimiento mariano similar al de Segovia, del que es cronista Pedro de Herrera, y cuyo relato lleva por título Descripción de la capilla de Nuestra Señora del Sagrario que erigió en la Santa Iglesia de Toledo el Ilmo. Sr. Cardenal Don Benardino de Sandoval y Rojas. Año de 1617. Si la narración de las fiestas segovianas constituye una obra espontánea de Alcalá Yáñez, cuyo éxito según él dependía de que el Ayuntamiento la publicase, por el contrario, Pedro de Herrera describe las de Toledo por encargo del mismo Cardenal, quien piensa ofrecérselas a su sobrino el Duque de Lerma y Cea, el omnipotente mi-

nistro de Felipe III, quien no había podido asistir a las mismas. Fundamentalmente, las dos obras tienen el mismo contenido, ya que el tema es idéntico, o sea los misterios que evocan las diversas fiestas de la Madre de Dios.

En el capítulo primero de los Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla, Alcalá Yáñez se refiere a las imágenes que de la Virgen María hubo en los primeros siglos de la Iglesia. Los capítulos dos, tres y cuatro los dedica a la Patrona de Segovia, en los que trata del origen de la imagen, el encubrimiento de la misma durante la dominación musulmana, y por fin, el hallazgo de la estatua. A continuación refiere los quince milagros que motivan el título del libro. Parece explayarse de modo especial, al contarnos el milagro de la judía Ester, al cual concede mucha mayor extensión; en cambio, los otros catorce los distribuye entre los dos capítulos restantes, siete en cada uno. Seguidamente nos habla de las lámparas de plata y del templo. Desde el capítulo once hasta el veinticinco narra las grandiosas fiestas con que la ciudad de Segovia celebró la traslación de la estatua de la Virgen de la Fuencisla al nuevo santuario. Los festejos se prolongan por once días durante los cuales las musas segovianas devotas de la Madre de Dios rivalizan en cantar sus glorias. En diversos días se representan autos de José de Valdivielso y de Lope de Vega. También tiene lugar el famoso certamen poético, acontecimiento literario ya tradicional en eventos semejantes, convocado por las autoridades de la ciudad. Al mismo acuden, entre otros, los poetas Alonso de Ledesma, Antonio de Balbas y Baraona, Diego de Soto, Juan de Quintela, el Lodo. Diego Luis Freyre de Lima, el Lodo. Antonio Ordóñez, y el doctor Jerónimo de Alcalá Yáñez.

Desde el capítulo veindidós al treinta y tres, vemos desfilar a las Órdenes religiosas masculinas, las cuales se encargan de organizar las actividades sagradas de cada día, en especial la procesión con la venerada imagen, así como de los altares que levantan de trecho en trecho hasta llegar a la iglesia de la comunidad que al día siguiente se encargará de honrar a la Patrona de Segovia. En el último capítulo, el treinta y cuatro, el autor nos habla de las riquezas que atesora el nuevo templo.

Aunque propiamente no hay división alguna, en el libro se advierten claramente tres partes: la primera relacionada con el origen y tradición de las imágenes, el antiguo santuario de la Patrona de Segovia y los milagros realizados por ella. La segunda, más homogénea estaría formada por el material que el doctor Alcalá reúne sobre la justa poética. La tercera es una reseña acerca de las actividades de carácter mariano, a cargo de cada una de las comunidades religiosas de varones existentes en Segovia. Este libro se encuadra perfectamente dentro de la producción de la época, como permite constatar la comparación con el libro ya citado sobre las fiestas de Toledo.

La obra de Pedro de Herrera consta asimismo de tres partes: en la primera, el autor da un resumen de la vida y hechos sobresalientes del Cardenal Primado, don Bernardo de Sandoval y Rojas, y describe minuciosamente la capilla de Nuestra Señora del Sagrario. Luego refiere las fiestas propiamente dichas que duraron desde el veinte de octubre al cuatro de noviembre. En la parte religiosa intervienen grandes oradores, entre ellos el propio Cardenal y Fray Hortensio Félix Paravicino. Los adornos, con motivos marianos, aparecen por las calles, en los arcos y

hasta en las ventanas del Ayuntamiento; y junto a los cuadros de la Virgen María, las imágenes de los patronos de la ciudad. Con el mismo fin, pero de matiz profano, se suceden los acontecimientos de disfraces, juegos de cañas, carreras entre caballeros en la plaza de Zocodover, y en la misma también, corrida de toros.

La nota oficial, igual que en Segovia la da el mismo rey Felipe III, quien con la nobleza se traslada a Toledo. La participación del monarca era hasta cierto punto necesaria para dar realce a las fiestas, al mismo tiempo que correspondía a la invitación del Cardenal Primado. A su vez, el rey no olvida la importancia que tiene el hecho de que él y la corte tomen parte activa en el magno acontecimiento, por la influencia que puede tener tal hecho desde el punto de vista religioso y político.

En la tercera parte, Herrera presenta el material del certamen poético, en el mismo orden en que había aparecido en el pregón de fiestas difundido por Fray Hortensio en nombre del Cardenal. En las composiciones líricas debían cantar las glorias de la Madre de Dios, de los santos patronos toledanos, y una de ellas debía ser en alabanza del Cardenal, quien había erigido la capilla. De entre los poetas que participaron en el certamen, se destacan algunos cuya fama ha aumentado en el transcurso de los años, tales como Luis de Góngora, quien con José de Valdivielso intervino con una composición en octavas, además de con un soneto. Vicente Espinel contribuyó, como había hecho en ocasiones similares, con un epigrama latino.

La similitud entre los Milagros de la Virgen de la Fuencisla de Alcalá Yáñez y la Descripción de la capilla de Nuestra Señora del Sagrario de Pedro de Herrera es grande, y en general las tres partes de la obra

del toledano son comparables a las de aquel, lo que podría significar cierta influencia por parte del médico segoviano. A la parte dedicada a los milagros y la breve referencia al nuevo santuario segoviano, corresponde en la obra de Herrera el relato de los principales acontecimientos de la vida del Cardenal Primado y la prolija descripción de la capilla. En la tercera parte de su libro, Alcalá Yáñez se refiere a la intervención de las órdenes religiosas, y nos pinta con gran lujo de detalles los altares que se han erigido en diversas partes de la ciudad. Herrera, a su vez, enumera también las actividades religiosas, si bien, pone énfasis en otro componente de las mismas: los sermones, de los que ofrece un resumen, por lo que el libro adquiere mayor extensión. En cuanto al tema de la justa poética, en general coincide, pues en los dos casos se trata de ensalzar a la Virge María. Aparte de las observaciones anotadas, hemos de añadir que el maestro José de Valdivielso que en Segovia había participado con un auto sacramental, en Toledo actúa como secretario del jurado. Por lo que respecta a los autores, cada uno interviene en el certamen que reseña: Pedro de Herrera envía un soneto, y Alcalá Yáñez colabora con ocho composiciones de diversos metros, entre ellas también con un soneto.

Tales acontecimientos religiosos eran bastante frecuentes, y la narración de los mismos constituía un exponente de la importancia que tenían. De hecho, estas reseñas de fiestas no eran en sí una novedad, pues en mayor o menor proporción, coincidían con el informe que periódicamente daban de sus actividades las academias literarias existentes en algunas ciudades españolas, y en particular en Madrid, donde más habían proliferado en las primeras décadas del siglo XVII. Ahora bien, entre las re-

señas de fiestas y las de las academias literarias había una diferencia muy importante, pues en estas, el vejamen daba a las mismas un matiz muy alegre debido a la intervención de uno de los miembros más prominentes de dicha academia, quien en forma picante y jocosa, aludía a los "vicios y virtudes" de los presentes. Con frecuencia, en estas obras, el autor no se limita a contar lo sucedido, y su relato supone una verdadera elaboración artística, como ocurre con los milagros que refiere el autor segoviano. El colorido de la narración, la propiedad y precisión del vocablo, así como la vida que parece brotar de esos breves relatos, revelan en Alcalá Yáñez no sólo al escritor, sino también al médico observador.

Si desde el punto de vista literario los milagros propiamente dichos constituyen cuadros muy amenos, desde el punto de vista religioso dejan mucho que desear, pues en algunos el carácter milagroso no se ve por ninguna parte, y la mayoría de ellos, ni entonces ni ahora llenarían las exigencias de un análisis serio. No es de extrañar, pues, que los contemporáneos del escritor segoviano recibiesen la obra con cierta indiferencia.

No hay que olvidar que el libro del doctor Alcalá es producto de la época y que iba dirigido a gentes sencillas y creyentes, desprovistas de juicio crítico en materia religiosa. Para María Remedios Prieto, estos breves relatos del médico segoviano son producto de una "religiosidad elemental y sentimental, casi supersticiosa, propia de un momento histórico de excesiva credulidad comparable en multitud de producciones literarias, en las que se presentan los milagros con la naturalidad de un hecho cotidiano".⁷

Después de leer el libro Milagros..., se comprende que el mismo no llamara mayormente la atención, pues aunque es muy devoto y muy mariano, no deja de ser flojo desde el punto de vista doctrinal. Los "milagros" que allí refiere Alcalá Yáñez son por el estilo de los que aparecen en la obra Verdades para la vida cristiana, de la que nos ocuparemos enseguida, en los que evidentemente predomina el sentimiento sobre el hecho religioso. La opinión de don Manuel González Herrero nos parece muy exacta, pues aunque se refiere a esta última, es extensiva a Milagros..., cuyo contenido es, en parte, de la misma naturaleza que el de aquella. Sus palabras sintetizan cuanto pudieramos añadir sobre la primera obra del doctor Alcalá:

Sorprenden en ella efectivamente, escribe, la extraordinaria abundancia de chismes y consejos increíbles elevados infantilmente al rango de milagros verdaderos, no menos que a la inusitada frecuencia de citas erróneas, en que demuestra sin género de duda, no haber visto los autores que cita y sí haberse fiado ingenuamente de lo leído en los libros.⁸

No es de extrañar que el libro no contara con más impresiones, y que con el tiempo, los ejemplares que quedaban se fuesen extraviando, hasta el punto de que hoy día sólo contamos con dos: uno en la Hispanic Society de Nueva York, y otro, en la Biblioteca Nacional de París.

Tal es el contenido e historia del libro Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla, el cual se inserta en un género menor de tipo descriptivo, muy en boga en el primer cuarto del siglo XVII.

B.- VERDADES PARA LA VIDA CRISTIANA.

Este libro de Alcalá Yáñez es, como el de los Milagros..., de carácter religioso, y guarda estrecha relación con él por la gran cantidad de ejemplos que presenta y por el parecido que tienen con aquellos. Entre

las fuentes que utiliza con mayor frecuencia están: la Vida de los Padres del yermo, la Escala Coeli, el Speculum Exemplorum, la Leyenda Aurea, el Prontuario de Exemplos, los Milagros de Nuestra Señora, las Crónicas de Aragón, varios "Flosantorum", principalmente el de Villegas y el de Cayrasco, y los libros que escribe Cesáreo Cisterciense, sobre su orden.

El título del libro que vamos a considerar ahora es Verdades para la vida christiana, recopiladas de los santos, y graves avtores; el mismo consta de quince hojas que forman los preliminares, más cuatrocientas treinta y dos páginas de texto; el formato es de 13,5 cms. por 20, y es algo mayor que las dos partes de Alonso, mozo de muchos amos, que tienen 9 por 14 centímetros. El libro fue publicado en Valladolid por Jerónimo Murillo en 1632.

Llama la atención el año de impresión y el de las aprobaciones que aparecen en los preliminares; una es del P. Pedro del Castillo, del convento de Ntra. Sra. de la Victoria de Segovia, fechada el 30 de abril de 1621, y la otra es de Fr. Francisco González, del convento del Carmen de Madrid, y fue concedida el 16 de junio de 1621. La suma del privilegio es del 8 de julio de este mismo año; en cambio, la "tassa" es del 12 de julio de 1632, año en que efectivamente se publicó el libro.

En el prólogo de Verdades..., Alcalá Yáñez dice que el libro es fruto de muchos años de lectura a la que se entregaba en los momentos libres que le dejaba su profesión, y en la que encontraba su mejor solaz: "... el contento mayor mío era, aclara el autor, el estar a solas en mi aposento, y escribir el rato que podía hallarme desocupado..."

Como se ve, entre las fechas de aprobación y la publicación del libro, median once años, lo que lleva a pensar que algún motivo especial debió de tener Alcalá Yáñez para diferir la impresión de la obra. Nada nos dice al respecto en el prólogo, posterior a 1630, ya que en él habla del hambre que por entonces hubo en Segovia y del desplome del templo de Santa Eulalia, ocurrido el 11 de mayo de 1629. Sin embargo, en el prólogo de la segunda parte de la edición princeps de Alonso, mozo de muchos amos, trata de justificar la demora en publicar el libro Verdades ..., al decir que "... el no haber salido antes a la luz ha sido la causa el ser el volumen tan grande que temeroso de la impresión, ni el libro se atrevió ni yo pude favorecerle". No deja de causar cierta extrañeza esta aclaración del autor, mayormente que aparece al principio de la segunda parte de su novela, la cual forma con la primera un volumen más grueso que el libro del que estamos hablando.

Como anotábamos anteriormente, el prólogo era un elemento de rigor que podía ser del mismo autor o de algún amigo. En la época en que escribe el doctor Alcalá, el prólogo era tan necesario, que la aceptación o rechazo de la obra por parte del público, con frecuencia dependía de este, lo cual obligaba al autor a tratarlo con mucha cautela. De hecho, en todos los prólogos que escribe el médico segoviano revela cierto temor al enfrentarse al público del que dependía el éxito o fracaso de sus libros.

El prólogo de Verdades... contrasta en cuanto a extensión con todos los demás que escribe, ya que consta de más de seis páginas. Al igual que la mayoría de los autores, Alcalá Yáñez se enfrenta al lector respondiendo a una posible crítica adversa; de ahí que en general, siga las

normas tradicionales con las que se perseguía un efecto particular. En el prólogo de esta obra se distinguen tres aspectos muy concretos: uno de justificación, otro de elogio, y el tercero, de súplica. Evidentemente, el autor no pretende con estas palabras introductorias sino ganarse al público. Primeramente alude a su profesión de médico, "oficio, dice, de tantas obligaciones y cuydados", al que van aparejados siempre "cansancio y pesadumbre", al tener que acudir a asistir a los enfermos a cualquier hora en que se le llame. Humildemente admite el gran atrevimiento que suponía "salir un hombre en público, no con aquella suficiencia que se requiere", habiendo en Segovia grandes maestros en Teología. Mas, en descargo propio, añade:

... pido que se advierta, que antes que siguiese los estudios de Medicina, por muchos años cursé, y oí la sagrada doctrina del Angélico Doctor santo Thomas, teniendo por Maestros dos dignísimos Obispos, que fueron de la sagrada Religión del gran Patriarca santo Domingo...

(Verdades..., Prólogo).

En relación con los ejemplos y milagros que presenta, Alcalá Yáñez dice que no son invención suya, sino que los ha tomado de graves autores y que son hechos narrados en la vida de los santos; por lo demás, aclara, como "no todos son Latinos", muy poca gente podría gozar de su doctrina si alguien no la pusiera a su alcance.

Alcalá Yáñez hace resaltar el propósito aleccionador de su libro, compendio de ejemplos referidos por "personas doctas y santas", con las palabras siguientes:

... el título deste libro es Verdades para la Vida Christiana, a imitación de aquel ingenioso, y cortesano Miguel de Ceruantes, que a sus Nouelas llamó exemplares, dandolas el justo titulo que merecian, un gran tesoro de buenos consejos, y doctrina moral.

(Verdades..., Prólogo)

No podían faltar las alabanzas a las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas. En especial hace resaltar la actitud caritativa del obispo don Melchor de Moscoso con motivo de una de las pestes que sufrió Segovia; mas no solamente las autoridades son dignas de elogio, sino que todos los segovianos son acreedores al mismo, desde los héroes que siglos atrás habían luchado en la toma de Madrid, hasta los que más recientemente habían participado en la construcción de la catedral e iglesia de Santa Eulalia. Por si fuera poco, el ditirambo llega a los elementos de la naturaleza; así, los montes poblados de pinos y cedros, emulan los del Líbano, y el Eresma es manantial de maravillosas perlas.

Por fin, expone modestamente un ruego final, característico del que pide benevolencia:

Y tu piadoso Letor, que forçosamente has de censurar este largo, y prolijo discurso, recibele con pecho beneuolo, no juzgando por atreuimiento, lo que ha sido voluntad de servirte: que deste modo daras animo a otros como yo, para que escriuan y saquen a luz cosas de mayor ingenio...

(Verdades..., Prólogo)

Si el libro Milagros... lo había dedicado a Segovia y a sus autoridades, hace otro tanto con el de Verdades..., aunque sin olvidarse esta vez de los adjetivos ponderativos que constituían el timbre de gloria de la ciudad: "A la muy noble y muy leal Ciudad de Segouia, y a su muy noble Ayuntamiento". Alcalá Yáñez espera, como recompensa al celo y

voluntad con que ha escrito su libro, que el mismo sea recibido "con amor de hijo, favorecido y regalado" sin tener en cuenta que ello es ajeno a su profesión y que lo ha escrito movido por el ejemplo que para el hombre representa la vida del Señor. Sin olvidar la intención que encierran el prólogo y la dedicatoria, explica cómo llegó a reunir la colección de ejemplos que presenta en su obra:

... trabajada en los años de mi edad, obligado a verme con algunos escritos que tenía guardados, sin otros muchos que ley, y he visto por experiencia, y si aora salen a luz, no es por eso, siendo el Señor servido, para adelante dexare de escriuir otras cosas tocantes a mi oficio...

(Verdades..., Dedicatoria)

A continuación siguen las composiciones líricas de amigos y admiradores, las cuales son en realidad, otros tantos miniprólogos de carácter laudatorio. Unas se refieren al arte de curar los cuerpos al mismo tiempo que las almas, objetivo que se había propuesto el doctor Alcalá al escribir el libro; otras aluden a su saber, tan variado y profundo como el que imparte la universidad cuyo nombre lleva el autor.

Como muestra de las ideas que entrelazan hábilmente los poetas al referirse al galeno segoviano que se ocupa tanto de la salud del cuerpo como de la del alma, la siguiente décima de Fray Gabriel Téllez, más conocido en el campo de la literatura como Tirso de Molina, es un buen exponente:

Bysque en tu ciencia divina
 aforismos la virtud,
 pues das, si al cuerpo salud,
 A las almas medicina.
 Dos borlas a tu doctrina
 Celestial y humana ofreces,
 Que en fee que el nombre mereces,
 Que honrando tu sangre está.
 Eres al fin Alcalá
 Que en todas ciencias floreces.

(Verdades..., Preliminares)

Aunque en la portada, el libro lleva por título Verdades para la vida christiana, no deja de llamar la atención que en los preliminares casi siempre se lo llama Verdades para la buena vida. Inclusive, el licenciado Murcia de la Llana afirma que el libro "intitulado Verdades para la buena vida, está impreso conforme al original". Es posible que en el momento de enviar el libro a la imprenta decidiese el autor cambiar el título, aunque no deja de extrañar el hecho de que el corrector, al informar de la fidelidad de la impresión se refiera a él, no con el nombre que aparece en la portada sino como Verdades para la buena vida como se lee en los preliminares y hasta en el mismo prólogo.

PARTES DEL LIBRO.

El libro Verdades... consta, además de los preliminares, de cinco capítulos que el autor llama "discursos", como hace Quevedo en los Sueños, y como haría ya muy avanzado el siglo XVII, Francisco Santos en su obra Periquillo el de las Gallineras. Indudablemente, este vocablo implica en Alcalá Yáñez una idea de novedad, tan característica de la época en que escribe su obra; con la misma intención Vicente Espinel había llamado "descansos" a los capítulos de la Vida del Escudero Marcos de

Obregón, y otro tanto harían Vélez de Guevara y Gracián al llamar "trancos" y "crisis" a las divisiones de sus respectivas obras, el Diablo Cojuelo y el Criticón. Cada capítulo o "discurso" está precedido de una breve consideración a modo de introducción sobre el tema que trata.

Discurso I.

En este primer capítulo se refiere a la lucha que sostiene el enemigo de Dios contra sus criaturas, ya directamente, ya a través de otros seres. A veces, so capa de amigo, explica Alcalá Yáñez, trata de encaminar al hombre hacia la perdición tomando variadas formas, ya disfrazándose de atractiva dama, como cuando pretende seducir al Abad Antonio, ya haciendo de fogoso predicador de un convento de frailes. A fin de que el ejemplo sirva de lección, casi siempre el hombre triunfa de su enemigo al acudir con humildad y confianza al Señor o a la Virgen María de quienes recibe ayuda.

Discurso II.

Este capítulo está relacionado con el anterior, ya que el autor trata de mostrar cómo el Demonio teme la confesión cuando es sincera y va acompañada de verdadero arrepentimiento. Con tal motivo, relata varios sucesos en los que el penitente, por vergüenza, calla algún pecado, y en consecuencia, se condena. Entre los ejemplos de este "discurso" refiere uno que guarda gran parecido con el caso del ermitaño Paulo, de El condenado por desconfiado, de Tirso de Molina, obra escrita hacia 1624 ó 1625. El médico segoviano utiliza la Vida de los Padres del yermo, que

acaso había leído también el fraile mercedario, aunque bien pudo haber tomado la idea del manuscrito del doctor Alcalá con quien, al parecer le unía estrecha amistad, a juzgar por la décima transcrita que el médico segoviano inserta en su libro. El argumento es este:

En los desiertos de Egipto vivía un monje el cual se había pasado gran parte de su vida haciendo penitencia. Cierta día vio no lejos de su celda a un famoso salteador, y al comprobar que se dirigía hacia él, se llenó de miedo y echó a correr hacia el monte vecino; de lejos, le seguía el ladrón gritándole que no huyese, pues quería que lo oyera en confesión; al considerarse perdido optó por subirse a un árbol desde el cual le afeó su conducta, sobre todo por meterse con los siervos de Dios. En vano le suplica el bandido, ya moribundo, el cual se desploma y agoniza allí mismo. Poco después, el ermitaño ve con gran extrañeza que los ángeles llevan al cielo el alma del que él creía condenado, y reflexionando se dice entre sí:

Si al cabo de tantos años de muertes y robos, a ese mal hombre le da el Cielo, qué mas tiene que darme a mi habiéndole servido en esta soledad desde que tuve uso de razón? Y si el Señor a la hora de la muerte da este arrepentimiento y dolor de los pecados a los que de ordinario le ofenden y es bastante para salvarlos, de que me sirve el fatigar mi cuerpo con tantas disciplinas y ayunos, si una misma paga he de tener, como u ladrón, después de tanta penitencia y trabajos?

(Verdades..., p. 140)

Como lo pensó así lo quiso poner en práctica, pues no iba a ser menos que aquel salteador; mas, al bajar del árbol, se cayó al romperse una rama, muriendo allí mismo miserablemente, lleno de soberbia y presunción.

En general, la mayoría de los ejemplos de este "discurso" se refieren a las situaciones en que se encuentra el pecador cuando, por vergüenza, calla alguna culpa en la confesión.

Discurso III.

Está dedicado a la devoción al sacrificio de la Misa y a la Sagrada Eucaristía, devoción tan metida en el alma del pueblo español a través de los autos sacramentales.

A fin de promover la veneración a Jesús en el Santísimo Sacramento, Alcalá Yáñez expone varios ejemplos sobre la profanación de la sagrada hostia, como el acaecido en Segovia en 1410; el siguiente es el resumen del relato que hace el médico segoviano. Don Mair, judío influyente, al saber que el sacristán de la desaparecida iglesia de San Facundo necesitaba dinero, prometió ayudarle si le entregaba una hostia consagrada. Conseguido su intento, la llevó a la sinagoga donde fue profanada y luego arrojada a una caldera con agua hirviendo; en este mismo instante, escribe Alcalá Yáñez, la sagrada forma voló por los aires al mismo tiempo que se agrietaban las paredes, por lo que llenos de miedo, los mismo judíos la llevaron al convento de Santa Cruz, de los Padres Dominicos.⁹

Discurso IV.

En este "discurso" trata de la protección de que son objeto los miembros de la Iglesia militante por parte de los santos a quienes acuden aquellos ante alguna necesidad, sobre todo, al ser tentados por el Demonio. Si es importante, dice el autor, tener amigos en la corte por los beneficios que por medio de ellos se pueden conseguir, con mayor ra-

zón se ha de tener gran devoción a los santos, amigos de Dios y al mismo tiempo mediadores entre Él y la humanidad.

Discurso V.

Este último capítulo del libro Verdades para la vida cristiana lo consagra el doctor Alcalá Yáñez a cantar los loores de la Virgen María a la que profesaba especial veneración. En este "discurso", mucho más extenso que los anteriores, narra los favores otorgados por la Virgen María a sus devotos. Entre los casos más notables que refiere el autor, destacan el de la Patrona de Segovia en favor de la judía Ester, al que nos referiremos posteriormente, y el de la religiosa que huye del convento, conocido tradicionalmente en la literatura universal con el tema de "la monja y el galán". En España, Alfonso el Sabio recoge ya en sus Cantigas la leyenda de la monja que huye del convento (XLIV), y Lope de Vega escribe con el mismo argumento la deliciosa comedia La buena guarda; en el siglo XIX, José Zorrilla populariza el tema en Margarita la Tornera. La versión que ofrece Alcalá Yáñez es la siguiente.

Una monja, antes de abandonar el convento, se despide de la Virgen María y le ruega que haga de guardiana durante su ausencia. Ella, que se ha aficionado de un joven noble, se va con él a otra región donde nadie los conoce. Al cabo de muchos años, ya sin dinero y arrepentidos de haber llevado una vida bastante desordenada, vuelven a su tierra. El caballero, al preguntar por sí mismo, oye que le dicen que años atrás había vivido allí un joven con ese mismo nombre, pero que no saben dónde está. La antigua religiosa también quiere saber qué ha sido de sus hermanas en religión, y con tal motivo se dirige a su antiguo convento. La

portera le informa que algunas han muerto y que otras son ya muy ancianas; al preguntar por sí misma oye, no sin extrañeza, que le dice que "todavía está viva y muy sana", y que por ella Dios les hacía muchas mercedes. Después de despedirse de ella, ve cómo una religiosa anciana, aprovechando que no les veía nadie, le abre la puerta y la invita a entrar en el locutorio al mismo tiempo que le dice:

Fulana, no temas, entra que sola estoy y nadie nos mira... Al tiempo que saliste de mi convento me entregaste las llaves, rogandome mirasse por el, y tuuiesse cuenta con la puerta que tu abierta dexabas; ya lo hize, y por ti he assistido en este oficio todos los años que ha que faltas: ya has venido, toma tus llaves, y guarda tu puerta, y vsa de tu oficio como solias, que tu pecado nadie lo sabe sino solo Dios: Yo soy tu Madre, y te pido que hagas penitencia, y te enmiendes, para que halles misericordia en el Señor, que te ha dado vida sin merecerla; y diciendo esto, desaparecio.

(Verdades..., pp. 420 a 425)

El autor hace resaltar la lección final, o sea la gratitud a la Virgen y la penitencia de la monja, la cual le merece una santa muerte. El caballero, por su parte, después de vender sus bienes y entregárselos a los pobres, se retiró también a un convento en el que entregado a una vida austera, mereció morir santamente.

Tal es el contenido del libro Verdades..., de cuyos ejemplos acabamos de ofrecer una muestra, los cuales son de la misma naturaleza que los que el autor llama milagros en su primera obra. Dado el contenido de este libro, eminentemente devoto- acrece su interés, si consideramos la afinidad que presenta con la obra picaresca Alonso, mozo de muchos amos.

Según Miguel Herrero, "la novela picaresca es un sermón con alteración de proporciones de los elementos que entran en su combinación".¹⁰ Indudablemente, el aspecto moralizador se aprecia en ciertas obras picarescas en las que el autor inserta trozos enteros de los sermonarios de la época, como sucede en el caso de Mateo Alemán y algo más tarde en el del doctor Alcalá Yáñez. Es interesante observar cómo en la novela de este último, Alonso, mozo de muchos amos, entre el elemento picaresco y el elemento religioso, este es el que predomina; normalmente, al principio de los "discursos" aludidos, el autor expone, como haría cualquier predicador desde el púlpito, la parte doctrinal, y luego llega a la conclusión a través de ejemplos sobre la Virgen María o sobre los santos; en muchas ocasiones se refieren a fugitivos, ladrones y asesinos, quienes después de una vida miserable unos mueren repentinamente sin confesión, o bien al final, acaban sus días santamente después de haber expiado sus faltas.

Se comprende que haya una afinidad muy marcada entre Verdades... y Alonso, mozo de muchos amos, en las que el elemento devoto y picaresco es evidente en ambas; esto mismo hace que entre las dos haya algunas con comitancias, lo que nos lleva a pensar que efectivamente, del manuscrito de Verdades... hubo un trasvase de "milagros" y ejemplos que fueron a parar a la novela. En las dos obras refiere algunos que extrae de las vidas de San Benito y de San Antonio, los cuales guardan estrecha relación entre sí. Un caso que evidencia la manera en que el autor aprovechaba el material de que disponía, se aprecia en el ejemplo del viajero que inserta en el capítulo IV de la segunda parte de la novela, del que ya nos había dado una variante en los Milagros, y donde el caminante, al

tener que atravesar una montaña en invierno, se baja de la cabalgadura, mas poco después resbala y va a parar al abismo.

Son evidentes algunas concordancias entre Verdades... y la novela picaresca del médico segoviano; entre ellas está el caso del "predicador de prendas, ciencias, doctrina y gracia tal, que era oydo de todo lo bueno de su lugar".¹¹ Al caer enfermo, no encontraron los monjes quien lo sustituyese en el púlpito, en la fiesta del día siguiente, hasta que se presentó un joven predicador, quien resultó ser el mismo diablo, el cual predicó maravillosamente, aunque sin llegar al corazón de los presentes que es lo que se había propuesto. Este ejemplo tiene su contrapartida en el que refiere Alonso en el capítulo X de la segunda parte de la novela que protagoniza. En esta ocasión, quien pronuncia la homilía es un prebendado el cual, "predicó un admirable sermón, con elegante lenguaje, admirables comparaciones, mucha escritura, bien a propósito traídas..."¹²

El tema que sugieren los cuadros que hace un pintor devoto de la Virgen, se repite con algunas variantes en la segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos. Sobre todo llama la atención la reiteración del milagro de la judía Ester, del que ya había ofrecido una versión poética en el certamen celebrado con motivo del traslado de la Virgen de la Fuen-cisla al nuevo santuario, el 17 de setiembre de 1613. El relato aparece más elaborado en Verdades..., el cual pasa en 1626 a la segunda parte de la citada novela, casi con las mismas palabras.

Diego de Colmenares, al enjuiciar esta obra del doctor Alcalá, le achaca haberse fiado demasiado de la memoria y haber citado ejemplos ajenos sin haberlos visto; sobre todo, le critica por ofrecérselos al lector como si se tratase de su novela picaresca.

... debiera considerar, escribe el gran historiador, que en cada exemplo refiere uno, o mas milagros, que o se creen con veneración o se escarnecen con el descrédito: pues no hay medio entre Religión verdadera o falsa. Mas, verdaderamente el Dotor juzgó toda la naturaleza racional por su natural individuo, que era candidísimo y muy cortés en creer.¹³

Tomás Baeza, que en general sigue a Colmenares y a Carlos de Lecea, elogia muy favorablemente la citada novela de Alcalá Yáñez, mas en relación con Verdades..., no va más allá de lo que dice el primero, pues considera la obra como "una recopilación de máximas de los santos y sentencias de autores moralistas".¹⁴ Sobre todo, se puede considerar como una colección de ejemplos que bordean lo sobrenatural, y muchos de ellos no dejan de ser piadosas leyendas, por lo que no es de extrañar que Diego de Colmenares, y con él otros críticos, juzguen tan severamente este libro del médico segoviano, en el que aquellos están presentados como si efectivamente hubiesen sucedido.

María Remedios Prieto estudia algunos aspectos de esta obra de Alcalá Yáñez a la que llama "especie de Flos Exemplorum", sobre la cual emite el siguiente juicio:

En las historias, muy pueriles y totalmente increíbles en la actualidad, buscaba resostes de eficacia para la práctica que aconsejaba. Eran casos probatorios para aquel entonces y portadores de las condiciones pedagógicas exigidas en aquella época por preceptistas: claridad, brevedad, utilidad y deleite.¹⁵

A la obra Verdades... le sucedió lo mismo que a la de Milagros..., que tampoco volvió a imprimirse; y si hoy la conocemos, es debido a la única copia que se conserva en el Biblioteca Nacional de Madrid. Ciertamente, estas dos obras revelan la fe sencilla del autor, al par que su gran devoción a la Madre de Dios.

C.- OBRA POÉTICA.

Además de las dos obras de carácter religioso y de la novela picaresca ya citadas, el doctor Alcalá Yáñez escribió algunos poemitas que son, en gran parte, tópicos de circunstancia. Los mismos surgieron ya con ocasión de la muerte de Felipe II, ya con motivo del solemne traslado de la patrona de Segovia, la Virgen de la Fuencisla, a su nuevo santuario. Esta particularidad haría que al ser solicitada su colaboración sobre determinado tema, la espontaneidad e inspiración a veces dejen algo que desear. Del médico escritor han llegado hasta nosotros diecisiete composiciones líricas: tres sonetos, seis poesías dedicadas a la Virgen María, cuatro jeroglíficos, tres enigmas y una décima. La mayoría de estas composiciones se encuentran en el primer libro del doctor Alcalá, Milagros de nuestra Señora de la Fuencisla, y las demás, en el de Juan Alonso de Almela, Las reales exequias y doloroso sentimientos..., y en el del segoviano Juan de Quintela Ledesma, titulado Letras divinas.¹⁶

SONETOS

Los dos primeros sonetos que conocemos de Alcalá Yáñez, son una contribución al tributo que la ciudad de Murcia rindió a Felipe II con motivo de su fallecimiento en 1598. En los cuartetos del primero, el autor evoca el tiempo y la muerte, que de por sí ya sugieren la idea de transitoriedad, al decirnos que poco a poco van demoliendo los más suntuosos edificios, morada de los poderosos cuyos triunfos, cual vuelo de ave, borra el olvido. Frente a esta idea que tanto ha preocupado a literatos y a filósofos de todos los tiempos, en los tercetos el poeta

piensa en la gloria del rey que acaba de partir, la cual resistirá al tiempo y a la muerte, y su memoria perdurará a través de los siglos ya que fue "columna de España y muralla de la Iglesia".

El segundo soneto constituye una invitación póstuma al Rey Prudente a desprenderse de todo lo material, a fin de ganar mejor la gran batalla contra la muerte, y así victorioso, volar a la gloria.

El tercero lo escribe quince años más tarde, o sea en 1613, con ocasión de las solemnes fiestas de la Virgen de la Fuencisla. Este soneto está dedicado al obispo don Antonio Idiáquez y Manrique, promotor del santuario en honor de la patrona de la ciudad. Para el elogio que el autor pretende hacer a la primera autoridad religiosa de la provincia, nada mejor que echar una mirada retrospectiva y contemplar al pueblo de Dios sacado del cautiverio por Moisés y llevado a la victoria por medio de David, a quien Yavé encarga la construcción del arca de la Alianza, el cual era morada y símbolo de la presencia divina entre su pueblo. Otro tanto venía a ser el nuevo templo que el señor obispo, cual otro Salomón, había hecho edificar; por si el parangón con tan egregias figuras bíblicas fuera poco, al final añade que con tal obra se ha hecho acreedor a ostentar la tiara.

COMPOSICIONES MARIANAS

El certamen poético que tuvo lugar en Segovia en el citado año, brindó al doctor Alcalá Yáñez la oportunidad para cantar las glorias de la Madre de Dios. En el mismo participó con el anterior soneto, con seis poesías de diversos metros, en las que va exponiendo escalonadamente las

virtudes de la Virgen María desde su concepción hasta su ascensión al cielo; en dicho evento colaboró también con dos jeroglíficos y con tres enigmas.

POEMAS MARIANOS DE ARTE MENOR

Entre las composiciones líricas que brotan de la pluma de Alcalá Yáñez con motivo del certamen mariano, predominan las de arte menor, y entre ellas, ocupan el primer lugar las redondillas, siguen luego las quintillas, y en tercer lugar están los tercetos octosílabos.

1.- A la presentación de nuestra Señora.

Este poemita consta de quince estrofas de las cuales catorce son re dondillas, y la tercera es una quintilla. En ellas narra la presentación de la niña María en el templo de Jerusalén, adonde la llevaron sus padres a fin de educarla en la ley mosaica.

2.- A la Madre de Dios.

Esta poesía está formada por ocho redondillas en las que compara a la Virgen con las mujeres bíblicas: Eva, Abigaíl, Raquel, Lía y Susana, a quienes, dice Alcalá Yáñez, sobrepasa en la virtud de la que cada una de ellas es ejemplo. Por sus versos desfilan además, los símbolos bíblicos que la tradición cristiana ha aplicado a la Virgen María, tales como la rosa mística, la ciudad inexpugnable, el sol, la luna, la estrella de la mañana y algunos más.

3.- A la expectación de nuestra Señora.

Catorce son las quintillas que forman este poemita, en las que la rima es un tanto caprichosa, ya que las estrofas pares conservan la mis-

ma consonancia, en tanto que varían las impares, las cuales también presentan distintas combinaciones métricas. En ellas el poeta evoca los ardientes deseos de los profetas y justos del Antiguo Testamento que esperaban la venida del Redentor. Por razones de semejanza, el autor piensa en el tiempo que la Iglesia denomina de Adviento, en el que los cristianos se preparan mediante la penitencia para la fiesta de la Natividad del Señor, a la que precede la de la Virgen María conocida con el nombre de Expectación, y también de Nuestra Señora de la O, en recuerdo de las antífonas que se cantan en esos días.

4.- A la Asunción de nuestra Señora.

Como la anterior, esta poesía está escrita en quintillas, y es una glosa a una redondilla que trata de la Virgen, cuyos versos rematan algunas de las estrofas que la componen. En ella, el doctor Alcalá ensalza a la Madre de Dios a la que designa con la metáfora bíblica "Azucena del valle", la cual por ser inmaculada mereció ser llevada a la gloria sin pasar por los horrores de la muerte.

5.- Jeroglíficos.

Además de los dos sonetos a los que hemos aludido anteriormente, en 1598 Alcalá Yáñez contribuyó al lúgubre acontecimiento celebrado en Murcia, con dos jeroglíficos en los que al final y a modo de explicación, aparecían un terceto octosilábico en el primero, y una redondilla en el segundo.

En la justa poética que tiene lugar en Segovia en 1613, el médico segoviano también dedica dos jeroglíficos A la Anunciación de nuestra Señora. En uno se veía pintada una fuente a la que se acercaba a beber el

unicornio; en el otro habían pintado, explica el autor, "un Zodíaco con el signo del León, y apartado un Sol que iba a entrar en el signo de Virgo, significado por una donzella hermosa".¹⁷ Al lado de cada símbolo iba la respectiva leyenda latina tomada de las Sagradas Escrituras, y en la parte inferior del cuadro iba la explicación en castellano; en el primer jeroglífico con una redondilla, y en el segundo con dos tercetos octosilábicos.

6.- Enigmas.

Con motivo de las aludidas fiestas segovianas, se habían levantado suntuosos altares en diversos puntos de la ciudad; uno de ellos estaba frente a la casa del doctor Alcalá Yáñez. Para realzar la ceremonia, una vez llegada allí la procesión, se propuso a la concurrencia tres enigmas que había escrito nuestro médico para esta circunstancia, y junto a ellos otros tantos cuadros en los que figuraban tres mujeres.

En el primero se veía a una dama bien aderezada y pintada de negro, y a su lado, seis redondillas. Muy hábilmente, el autor había entrelazado expresiones y palabras muy conocidas, utilizadas frecuentemente para referirse a algún privilegio de la Virgen María, tales como "Ni en mí se vio culpa alguna", "con soberana virtud", "soy de pintores amada", que se prestaban fácilmente al equívoco en el momento de buscar la respuesta.

El enigma segundo iba acompañado de la figura de una mujer a la que se le habían cortado brazos y piernas, y por lo mismo estaba desangrándose. Las cuatro redondillas de que consta se refieren veladamente a la parra, la cual se queja al ser podada, mas lo acepta conscientemente al

saber que tal sacrificio redundará en mejor y más copioso fruto en la próxima cosecha.

La última pintura representaba a una dama vestida de verde y con barbas en la cara como si se tratase de un hombre. En seis redondillas, el autor pondera los encantos de la mujer, su belleza y hermosura, al par que su blancura y presencia en toda fiesta, añadiendo que acaba por convertirse en hombre, según dan a entender los versos siguientes:

Y con ser, qual soy, muger
para que mas os assombre,
otra vez vuelvo a ser hombre,
que es ya lo que puedo ser.¹⁸

Llama la atención este enigma de la mujer con barbas que posiblemente el médico segoviano hizo pintar a propósito, ya que según parece existió en realidad. De hecho, el mismo Alcalá Yáñez habla de la mujer barbuda en el capítulo IV de Alonso, mozo de muchos amos, a la que llama doña María de Peñaranda y con la que compara a la mujer de don Fernando, uno de los amos de Alonso. Es posible que también aluda a este caso patológico, un cuadro de Ribera titulado "La Barbosa de los Abruzos" (1631), el cual se encuentra en la Fundación de la Duquesa de Lerma, en Toledo, y en el que se ve "a la mujer que con sus largas barbas medio cubre el pecho que da a su hijo, mientras el marido aparece en segundo término, todo ello interpretado con el más agudo realismo".¹⁹

En estos enigmas, es interesante observar la implícita alusión a la Virgen en cuyo honor se celebra la procesión, y a quien se podían aplicar perfectamente versos enteros escogidos y rimados con mucho gusto. Con toda seguridad que la mayoría de los presentes, al considerar tales expresiones debió de pensar que se trataba de la Virgen María, cuando en

realidad se referían a la sombra en el primer caso y a la cebolla en el tercero, los dos que más se prestaban al doble juego enigmático de motivo mariano.

7.- Décima.

La última expresión lírica de arte menor de Alcalá Yáñez, es una décima que debió de brotar como fruto de la amistad que le unía a Juan de Quintela y Ledesma. La misma es un elogio con motivo de la publicación del citado libro Letras divinas, en el que aquel la incluye.

POEMAS MARIANOS DE ARTE MAYOR

Aparte de los tres sonetos, Alcalá Yáñez nos ha dejado dos poemas de arte mayor, impresos en su libro Milagros..., al lado de los de otros vates que con él concurren al certamen poético. Son los siguientes:

1.- A la limpia Concepción de nuestra Señora.

En esta composición formada por cinco octavas, el médico segoviano expone primeramente el gozo de cuantos esperaban al Mesías, al pensar que la mujer destinada a ser su Madre, iba a llegar muy pronto. Considera luego el arca de Noé como figura de María por cuyo Hijo se salvaría la humanidad. En las dos estrofas siguientes, el poeta habla de la "llena de gracia" que se ve exenta del pecado por privilegio singular cual convenía a la que había de ser Madre de Dios. Finalmente, se hace eco de la alegría de la humanidad al pensar que si la Virgen María se encuentra ya entre los hombres, el Redentor no ha de tardar.

2.- Al milagro de la judía.

Este es el último poema narrativo con el que el doctor Alcalá participó en el memorable evento mariano; lo forman diecinueve tercetos y un cuarteto al final. En ellos celebra a la Virgen de la Fuencisla y al milagro que obró en favor de la judía Ester, el cual había sido cantado por Alfonso X en el siglo XIII.²⁰

Las composiciones que preceden, así como el libro Milagros..., y en parte la obra Verdades... son un exponente de la devoción mariana de Alcalá Yáñez. Si ninguna de estas obras le dio la gloria literaria a que aspiraba, y menos aún los poemas que acabamos de describir, al menos su novela Alonso, mozo de muchos amos, compensaría con creces tantos desvelos y haría posible que su nombre fuese mucho más conocido por los dichos y lecciones del criado charlatán, que por el ejercicio mismo de su profesión.

NOTAS

¹ Jerónimo de Alcalá Yáñez, Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla, op. cit., Dedicatoria. En lo sucesivo citaremos esta obra como Milagros...

² Jerónimo de Alcalá Yáñez, Segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos (Valladolid: Geronimo Morillo, 1626), prólogo. Ed. de A. Valbuena Prat, op. cit., N.P., p. 1270.

³ En relación con la importancia que tiene el prólogo en el período áureo de la literatura española, son de gran interés las obras de A. Porqueras Mayo, El prólogo como género literario (Madrid: CSIC, 1957), y Joseph L. Laurenti, Los prólogos en las novelas picarescas españolas (Madrid: Ed. Castalia, 1971).

⁴ Diego de Colmenares, Historia de la Insigne Ciudad de Segovia y compendio de las Historias de Castilla. (Madrid: Diego Díez, imp., 1640) p. 609-633.

⁵ Jean-Louis Flechniakoska, "Fêtes solennelles du transfert de la Statue de la Vierge de la Fuencisla", en Les Fêtes de la Renaissance, vol. III (Paris: Éditions ECNRS, 1975), p. 501.

⁶ Margaret M. Mc Gowan, "Les Jésuites à Avignon. Les Fêtes de la Renaissance, op. cit., p. 162.

⁷ María Remedios Prieto, "Picaresca, ascética y miscelánea en el Dr. Alcalá Yáñez, en Picaresca: orígenes, textos y estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca, organizado por el Patronato "Arcipreste de Hita". Dirección, Manuel Criado de Val. (Madrid: Fundación Univ. Española, 1979), p. 659.

⁸ Manuel González Herrero, "Jerónimo de Alcalá Yáñez, Estudios Segovianos. VII (1955), p. 83.

⁹ Verdades..., op. cit., p. 206. Diego de Colmenares en su Historia de la insigne ciudad de Segovia..., op. cit., también se refiere a este milagro, p. 323.

¹⁰ Miguel Herrero García, "Nueva interpretación de la novela picaresca", RFE, XXIV (1937), p. 349.

¹¹ Verdades..., op. cit., pp. 3 y ss.

¹² Segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos, op. cit., N.P., p. 1321.

¹³ Diego de Colmenares, op. cit., p. 777.

¹⁴ Tomás Baeza, Apuntes biográficos de Escritores Segovianos (Segovia: Vida de Alba y Santiuste, 1877), p. 188.

¹⁵ María Remedios Prieto, "Producción literaria del Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez, ES, XVI (1975), p. 54.

¹⁶ Juan Alonso de Almela, Las reales exequias y doloroso sentimiento, que la muy noble y muy leal ciudad de Murcia hizo en la muerte del muy Catholico Rey, y Señor Don Phelippe de Austria, II (Valencia: Impr. Diego de la Torre, 1600), pp. 239-243. Ivan de Quintela y Ledemas y Bracamonte, Letras divinas (Segovia: Tomás Iunti, 1623), f. 10 de preliminares.

¹⁷ Milagros..., op. cit., folio 87-a.

¹⁸ Ibid., folio 140-a

¹⁹ Diego Angulo Íñiguez, "Pintura del siglo XVII". Ars Hispaniae, Vol. XV, (Madrid: Ed. Plus Ultra, 1958), p. 97.

²⁰ Alfonso X, Cantigas de Santa María. Ed. Real Academia Española (Madrid: 1898), Cant. 107, p. 164.

CAPÍTULO III

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS o "EL DONADO HABLADOR"A.- PUBLICACIÓN Y ÉXITO DE LA OBRA.

Nos hemos referido anteriormente a las obras de tipo religioso que nos ha dejado el doctor Alcalá Yáñez, y a la breve producción lírica que ha llegado hasta nosotros. De no haber escrito más, su nombre habría permanecido poco menos que en el olvido, conocido apenas por algún curioso investigador, ya que en el campo de la medicina no parece haber escrito nada; sin embargo, el médico segoviano ocupa un lugar destacado como escritor debido a su novela Alonso, mozo de muchos amos.

Al leer los prólogos y dedicatorias de las tres obras de Alcalá Yáñez, se advierte el temor de quien se va a enfrentar a un público hostil. Ignoramos el motivo que tuvo para diferir por once años la publicación de Verdades..., pero es muy probable que para no correr un segundo riesgo se decidiese a ensayar por otros derroteros utilizando parte del material que tenía destinado a esta obra. Si, como hemos visto, estaba aprobada y lista para ir a la imprenta en 1621 y no se publicó hasta 1632, ¿qué fue lo que movió al doctor Alcalá a demorar tanto la publicación de la misma? Cabe pensar que el autor debió de tener algunas razones para ello, y acaso no fue la menor la que parece sugerir la frase "temeroso de la impresión", referida a dicho libro, según veíamos en una cita del capítulo anterior. Entre otras, se podrían señalar las siguientes:

En primer lugar, hacia 1621, en la mente del autor y del público, todavía estaba fresco el recuerdo del poco éxito que había tenido su primer libro Milagros... del que, en parte, la citada obra era una continuación.

Por aquellos años habían aparecido varias novelas y relatos picarescos¹ que no hicieron sino renovar y acrecer el entusiasmo por las grandes obras del género: El Lazarillo, Guzmán de Alfarache, el Buscón y La pícara Justina. En especial, despertó gran interés la Vida del escudero Marcos de Obregón (1618), la cual se imprimió tres veces en este mismo año, una en Madrid y dos en Barcelona. Dado lo mucho que debe la novela de Alcalá Yáñez a las de Mateo Alemán y Vicente Espinel, las cuales figuraban en su biblioteca, es muy posible que la decisión de dejar a un lado el manuscrito de Verdades... para escribir una novela de carácter picaresco se deba a la influencia de aquellos. Es asimismo factible, que muchos de los ciento veintisiete milagros, ejemplos e historietas moralizantes² que leemos en las dos partes de Alonso, mozo de muchos amos provengan del citado manuscrito. Da pie para pensar así la alusión que hace el autor en el prólogo de la edición princeps de la segunda parte en la que, a modo de aclaración, escribe:

Solo quiero que adviertas que si acaso vinieren a tus manos primera, segunda y tercera parte de Verdades para la buena vida que no son libros hechos de ahora, sino que ha muchos años que tengo licencia de su Majestad para imprimirla...³

A pesar de que el autor habla de tres partes de la obra Verdades..., lo único que conocemos es el libro descrito en el capítulo anterior, dividido en cinco discursos. Nos parece muy fundada la duda de María

Remedios Prieto al enfocar este aspecto del libro del doctor Alcalá

Yáñez cuando escribe:

De todas maneras la alusión al gran tamaño y a tres partes hace sospechar que en un principio se tratara de un manuscrito más voluminoso pues no podemos pensar que esas tres "partes" fueran sinónimas de "discursos" o capítulos porque entonces hubiera resultado un libro pequeño. ¿O acaso no sacaría a la luz más que la primera parte?⁴

Es frecuente leer en obras de la época que el autor promete una segunda y tercera parte que luego no aparecen. Ahora bien, el hecho de que Alcalá se refiera a la continuación de Verdades..., y del gran tamaño que da a entender que iba a tener el libro sin que luego no se diera ni lo uno ni lo otro, nos lleva a pensar que efectivamente gran parte del material destinado en principio a dicha obra, fue a parar a la novela.

El libro Alonso, mozo de muchos amos apareció en Madrid en 1624, impreso por Bernardino de Guzmán a costa de Juan Vicuña y Carrasquilla. Como era de rigor poner la obra bajo la protección de algún personaje influyente, Alcalá Yáñez dedicó la suya al Marqués de los Vélez y de Molina, adelantado y capitán general del reino de Murcia, a quien se dirige en estos términos:

Costumbre es, excelentísimo señor, de los que poco pueden, el ampararse y buscar favor de los grandes y poderosos, para que con su amparo salgan sin temor en público, consiguiendo con más facilidad lo que pretenden...

(Dedicatoria, N.P., p. 1198).

El prólogo de la novela es mayormente presentativo-afectivo, pues en forma muy breve aclara que el protagonista, "un atrevido mozuelo",

va a salir a trotar por los caminos del mundo, "con ánimo de sufrir cuantos naufragios y fortunas le vinieren", palabras que recuerdan a Lazarillo. Como casi todo escritor de la época, también el médico segoviano deja entrever cierto recelo al enfrentarse al lector.

En casi todas las novelas picarescas y en muchas obras de los siglos XVI y XVII, el escritor muestra más o menos agresividad al dirigirse al público. Así ocurre, por ejemplo, en la Primera parte de la Vida de Guzmán de Alfarache y en uno de los prólogos de La pícara Justina, en los que sus respectivos autores se encaran al lector en forma irónica y desconsiderada. "Oh enemigo vulgo", lo llama Alemán, tachándolo por otra parte, de "mordaz, envidioso y avariento", y en términos más duros todavía se dirige al público la famosa pícara leonesa, la cual se expresa así: "El ignorante vulgo es de casta de perro de aldea, que halaga al zafio mal vestido, y ladra y muerde al caballero bien ataviado".⁵

Aunque no en el mismo tono que los anteriores, también Alcalá Yáñez se refiere a la actitud hostil y hasta despiadada del lector ausente; ya en la Dedicatoria de Milagros..., aludía a "las mordaces lenguas de los continuos murmuradores", y ahora en el prólogo de Alonso, mozo de muchos amos, deja entrever asimismo cierta brusquedad al denunciar la insensibilidad y a veces hasta crueldad del lector. Como señala A. Porqueras Mayo, "Dentro de la aspereza habitual en tales prologuistas, cabe una resignación capaz, incluso, de una adjetivación afectuosa, que queda anulada por el 'riguroso' mundo del lector".⁶ De hecho estos sentimientos antitéticos se dan en el doctor Alcalá, quien

si instintivamente alude a la rudeza y rigor del vulgo, por otra parte, no se olvida que necesita captar su benevolencia y afecto, que trata de conseguir con estas palabras:

Este viandante, piadoso lector, no ignora cuán riguroso has de ser con él, por más humillaciones y ruegos que te haga: ...recibe este Mozo amigablemente, que viendo tu virtud y buen natural, estará contentísimo en tu casa, publicando por el mundo tu buen pecho y liberal ánimo, quedando siempre agradecido al bien que le hicieres.

(Alonso, mozo..., Prólogo, N.P., p. 1199)

Por fin, el médico segoviano veía sus desvelos premiados con la aceptación que el público había dispensado a su novela, como lo demuestra el hecho de que al año siguiente, o sea en 1625 se hizo una segunda impresión en Barcelona, a cargo de Esteban Liberós.⁷

La gloria que acarrea el éxito, impulsó al doctor Alcalá Yáñez a quebrantar la promesa que hace en el prólogo de la primera parte en el que asegura que será "el postrero, con propósito firmísimo de que no ha de escribir más libros si no fuere tocante a la facultad que profesa..." (N.P., p. 1199). No cabe duda que la tentación era muy grande, y antes que aventurarse por senderos inciertos, prefirió alargar la existencia del protagonista escribiendo una segunda parte. El prólogo de esta, a diferencia del que encabeza la primera, es primordialmente afectivo, y en él, justifica la continuación de la novela. Aparte de la brevedad que reviste este tipo de prólogo, va acompañado de copiosa adjetivación. El autor califica al lector ausente de "discreto" y le pide que se muestre "amable, benévolo y piadoso para con este "hijuelo" que pone en sus manos. Al recordar que en principio ha quebrantado

su promesa, a modo de justificación aclara que el tema es el mismo, ya que Alonso es el hilo conductor que enlaza las dos partes de la obra; con tal propósito escribe:

Memoria tengo; no se me ha olvidado, discreto lector, de lo que prometí en el primer libro del mozo Alonso... Yo no salgo del punto: en el Mozo me estoy, del Mozo trato, y con el Mozo acabaremos esta vez de enfadarte.

(Segunda parte de Alonso..., Prólogo, N.P., p.1270)

La segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos la pone Alcalá Yáñez bajo el patrocinio del doctor Agustín Daza, cabeza del cabildo segoviano, a cuya sombra, dice, "piensa medrar a los ojos del vulgo, que cual otro Argos, no ha de perdonar, ni aun los pensamientos, censurando no sólo lo escrito, sino también lo que se pudiera escribir". Ibid., Dedicatoria.)

Ciertamente, contrastan las palabras irónicas de la dedicatoria con las que dirige al discreto lector, al que considera capacitado para justipreciar el libro que acaba de escribir. La protección del canónigo Agustín Daza, que había sido representante de Felipe III y Felipe IV ante la Santa Sede, y la fama de las anteriores hazañas de Alonso, contribuyeron a la excelente acogida que tuvo la segunda parte, impresa en Valladolid en 1626 por Geronymo Morillo. Podría pensarse que al tener de nuevo a Alonso por protagonista acaso pierda cierto atractivo mas no sucede así, pues se lee con el mismo interés que la primera; razón tenía Fray Juan, cuando al dar su aprobación escribía lo siguiente:

Aunque dio tanto ser al primero, como todos admiran, tan entero y fecundo se halla para el segundo, que no sé cual de los dos sea mayor, ni primero, porque si el número y tiempo los extingue, la invectiva, ingenio, utilidad y limpieza de Doctrina los iguala, y según esso, digno es este como el primero, no solo de la licencia que pide su autor, sino de muchas gracias /por/ su trabajo.

(Segunda parte de Alonso..., Preliminares).

Samuel Gili Gaya, en el panorama que presenta de la novela picaresca, habla de "desintegración" del género, no de "decadencia ni menos de extinción".⁸ El espíritu reformador y la pintura más o menos realista de la sociedad que presentan estas novelas, así como las tretas que utilizaban los pícaros para vivir a cuenta de los demás, fomentarían andando el tiempo, el nacimiento de otros géneros de novela, entre ellos la costumbrista y la naturalista. Pero al avanzar el siglo XVII disminuyó el gusto por la novela picaresca, y en consecuencia, transcurrió un siglo, y a veces más, en que muchas de ellas, inclusive las más famosas, no se editaron. Alonso, mozo de muchos amos no fue una excepción, pues hasta 1788 no volvió a publicarse; Benito Cano la imprimió en Madrid con el título El donado hablador, Vida y aventuras de Alonso, mozo de muchos amos.^{9*}

En el siglo XIX, la novela del doctor Alcalá Yáñez se imprimió varias veces, ya independientemente, ya con otras obras del género. Recientemente, Ángel Valbuena Prat la ha editado en Novela picaresca española, y según el profesor Francisco Rico, El donado hablador encabezará el tomo III de la serie que publica la Editorial Planeta con el título La novela picaresca española.

Existe una edición crítica de la primera parte de Alonso, mozo de

muchos amos, hecha por John Herbert Utley; se trata de una tesis doctoral inédita, existente en la universidad de Illinois, Urbana. La misma está precedida de un estudio de las novelas anteriores, desde La Lozana andaluza (1528), de Francisco Delicado, hasta la Guía y avisos de forasteros que vienen a la corte (1620), de Antonio Liñán y Verdugo.

La primera parte de la novela del médico segoviano fue traducida al inglés con el título The Life and Adventures of Alonso, the Chattering Lay Brother and Servant of many Masters.¹⁰ Precede al texto una breve noticia biográfica del autor tomada de Diego de Colmenares, y concluye con la décima que don Antonio de Zamora y Tapia escribió para el epitafio del doctor Alcalá. Aparece luego un "Elogium" de George Borrow, el cual, aunque hoy día nos parezca un tanto exagerado, acaso revele el aprecio en que se tuvo esta novela a mediados del siglo pasado. Entre otras ideas, G. Borrow expresa lo siguiente:

... Perhaps with the single exception of the great work of Cervantes, there is no novel in existence that can compete with it for grave, quiet humor; while, for a knowledge of the human mind, and acute observation, we do not believe its equal to be found...¹¹

B.- COMPOSICIÓN DE "ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS", o "EL DONADO HABLADOR".

El autor de la novela picaresca no necesita esforzarse mucho en cuanto a la estructura ya que la misma sigue, en general, el esquema que presentaban el Lazarillo de Tormes y Guzmán de Alfarache. El talento o el deseo de originalidad llevó al escritor de esta clase de novela a introducir determinados elementos, por ejemplo ciertos poemas y hasta sainetes, como hace a veces Castillo Solórzano, aunque básicamente, la composición de la obra y la distribución en capítulos, en gran parte están determinadas por los amos a los que sirven los protagonistas. La novela puede tener una, dos o tres partes, o simplemente una, a pesar de la promesa de una segunda o tercera. A continuación, veamos cómo aparece El donado hablador.

1.- ESTRUCTURA DE LA NOVELA.

La novela del doctor Alcalá Yáñez comprende dos partes que guardan íntima relación entre sí: a pesar de los diez capítulos de la primera y los siete de la segunda, la extensión de cada una de ellas es prácticamente la misma. Como hemos dicho más arriba, la acogida que tuvo la primera parte fue extraordinaria, y prueba de ello es que al año siguiente se reimprimió en Barcelona; el éxito fue tal que movió al autor a publicar la segunda un año después.

Además de la continuidad que supone la actividad de Alonso al servicio de algunos amos más, ciertos temas que presenta Alcalá Yáñez en la primera parte, se repiten en la segunda, posiblemente con el objeto

de reforzarlos a base de consideraciones o ejemplos de variada índole: así acontece con la honra, el matrimonio, la muerte, el hombre en relación con Dios, y el arte escénico. Hay tópicos en los que no insiste el autor, pues parece haberlos desarrollado a gusto, como sucede con la figura del médico y con ciertos aspectos de la educación y la justicia; en la segunda parte se destaca de modo especial, la devoción a la Virgen.

La narración de la primera parte se inserta en el coloquio entre Alonso, que vive en un convento en calidad de donado, y el vicario del mismo, al que cuenta su origen y los amos que ha tenido; el relato tiene lugar a la sombra de frondosos árboles y acompañados por el murmullo de varios arroyuelos que cruzan la propiedad.

Seguramente que el gusto por la naturaleza se lo debía Alcalá Yáñez al reformador del Carmelo, al que ya en 1621 llama en uno de sus prólogos, "el santo padre Juan de la Cruz". Antes hemos visto cómo el autor de El donado hablador se preciaba de haberle tenido por maestro durante un verano, habiendo acudido a su convento a oír sus enseñanzas él y otros condiscípulos, al parecer, todos ellos aspirantes a carmelitas, ya que luego añade "que movidos por su exemplo recibieron su hábito", aunque no el joven Jerónimo Yáñez, el futuro novelista, debido "a humanos respetos (como si algo importara)" según él mismo añade.¹²

Como es sabido, San Juan de la Cruz era un apasionado de la naturaleza cuya contemplación le hacía remontarse al mundo de lo sobrenatural. Según observa un comentarista, "Sus oraciones prefería hacerlas

en la huerta o en pleno campo, a la orilla de un arroyo o de una fuente, y en especial durante las horas de la noche. También llevará a sus novicios a las riberas de los ríos o a la aspereza de los montes para 'aficionarlos a la soledad'...¹³

Llama la atención el marco poético en el que Alcalá Yáñez sitúa la exposición de la primera parte de su novela, aspecto que no se da en ninguna otra obra picaresca. El escritor no debió de esforzarse mucho para pintar el cuadro que aparece en el capítulo primero, ya que tal vez le bastó evocar escenas y momentos vividos en el convento que San Juan de la Cruz acababa de fundar en Segovia, en la ladera de una montaña, y próximo a un valle en el que se levantaría pocos años después el santuario de la Virgen de la Fuencisla. La narración se sitúa en un lugar ameno, muy posiblemente la huerta y alrededores del convento fundado por el austero reformador, y que el médico segoviano describe así por medio del protagonista:

... defiéndennos del universal padre de los vivientes
y de sus rigurosos y ardientes rayos estos copados y
frondosos árboles, que para tener mayor descanso y
gusto nuestro y regalo desta siesta, proveyó la Natu-
raleza los arroyuelos que vienen despeñándose destos
encumbrados y soberbios montes que nos cercan.

(N.P., p. 1200).

La narración tiene lugar en las nueve tardes que preceden al Miércoles de Ceniza, día en que empieza la Cuaresma. Ya al comienzo de su exposición, Alonso se refiere a esos días en que por tradición o por permitirlo las reglas de la orden podían entregarse a un sano esparcimiento por más tiempo:

Así es verdad, y que la orden nos da estos días como por asueto, para que en ellos se tome algún alivio, y sirva por descanso de un tan largo y continuo trabajo, como se pasa en nuestro convento...

(N.P., p. 1200).

Con ocasión de haber servido a las monjas bernardas en Sevilla, el protagonista pondera la virtud y el sacrificio que requiere la vida monástica, y cómo de vez en cuando es necesario algún rato de "sosiego y descanso". Las palabras de Alonso antes citadas, con las que da comienzo a su relato, tienen eco en las que al final de la primera parte dice el padre vicario, las cuales son por cierto, bastante esclarecedoras:

Ejemplo será el nuestro, pues con guardar silencio en nuestra casa, y con tanto extremo, nos es permitido en este tiempo de Carnestolendas (aunque para los de nuestro hábito y religión siempre es cuaresma) el salirnos a pasear por el campo a tomar el aire, y a gozar del sol, después de la demasiada clausura de nuestras celdas.¹⁴

(N.P., p. 1268).

Justamente, en esos días en que se aligeraba el rigor conventual al conceder algunas horas de esparcimiento a los religiosos, es cuando el padre vicario invita a Alonso a que le cuente su vida. A tal efecto destinan el tiempo que va desde el inicio de la siesta hasta la hora de Completas, a la que alude en forma indirecta en varias ocasiones.

La segunda parte de El donado hablador tiene por marco una humilde habitación del que en pasados siglos había sido monasterio de los templarios. La aridez de las tierras que circundan el viejo convento, a pesar del riachuelo que las atraviesa, contrasta con la amenidad en que

se desarrolla la narración de la primera parte. Allí se había retirado Alonso en calidad de ermitaño a fin de cumplir una promesa, y allí acude a descansar y reponerse de una enfermedad, el cura de San Zoles bajo cuya jurisdicción estaba la propiedad. Extrañado de tener ante sí al que había visto varias veces en el convento en que había vivido Alonso y del que se hacían lenguas los frailes, le ordena que le cuente su vida desde que salió del mismo. Aquel, muy obediente, acude durante siete noches a la humilde celda que ocupa el curioso sacerdote, quien en pago, le obsequia con algunas provisiones frescas.

Tanto el vicario como el párroco de San Zoles desempeñan un papel secundario en el relato, ya que intervienen mayormente con el fin de dar agilidad al diálogo, aunque en ocasiones, el sacerdote añade ciertas aclaraciones y explicaciones algo más largas que las del vicario, pues no sin cierta vanidad aclara que es natural de Lérida y licenciado por su universidad.

2.- ESTILO.

Desde el punto de vista de la composición, la trama de El donado hablador, como la de toda novela picaresca, es sencilla, ya que al protagonista le basta exponer su vida desde que nace hasta el momento en que la cuenta, teniendo como base el servicio a muchos amos. No obstante esto, la obra de Alcalá Yáñez no carece de originalidad, pues a pesar de seguir el esquema general fijado por las novelas anteriores, adopta la forma dialogada, con lo que la novela gana en amenidad.

La actitud general de Alonso guarda estrecha relación con la del

paciente Marcos de Obregón; en cambio, se opone a la sicología de los pícaros. De todos modos, con todos ellos tiene en mayor o menor proporción, algunos puntos de contacto, que sin duda alguna, revelan la deuda del médico segoviano con las novelas anteriores a la suya. Entre otros elementos que se podrían señalar, está el gran número de cuentecillos y anécdotas, cantera inapreciable de lecciones prácticas puestas en boca de los pícaros, de algunas de las cuales se sirve el médico segoviano. Efectivamente, en El donado hablador hay por lo menos nueve historietas que algunos años antes había narrado ya Guzmán de Alfarache; cuatro "exemplos" que leemos en la Vida de Marcos de Obregón, se hallan también en la novela de Alcalá Yáñez, y otros tres de los que este utiliza proceden de La casa del placer honesto, de Salas Barbadillo. En una ocasión se aprecian concordancias entre la obra del autor segoviano y el Lazarillo de Tormes y La pícara Justina, en cuanto a fuentes anecdóticas se refiere. El Buscón está presente en cuatro o cinco retratos estilizados y grotescos, variantes femeninos hasta cierto punto, del domine Cabra quevedesco.

A la sencillez y sobriedad que caracteriza a la prosa de El donado hablador, el autor añade una buena dosis de sabiduría popular a base de refranes, diluidos en los frecuentes sermones de Alonso. Por entonces el refrán ya había sido muy utilizado como recurso estilístico, ya que el mismo tenía antecedentes en la literatura española medieval.¹⁵

El siglo XVI es, gracias a Erasmo, el siglo del diálogo español y también, del proverbio o refrán; en 1501 el filósofo holandés publica

sus Adagios, libro que despertó el entusiasmo por esta clase de literatura, tanto que unos años después se imprimió la colección que en la primera mitad del siglo anterior había recogido el Marqués de Santillana. Erasmo, que en cada edición ha ido aumentando el número de adagios, publica en 1531 las Apotegmas, compendio de sabiduría griega y latina.¹⁶ De hecho, el sabio holandés había logrado su propósito al poner la sabiduría antigua al alcance del hombre de su tiempo, el cual se preciaba de hablar la lengua de Virgilio y los que no, como dice Lorenzo Riber, "gustaban de rociar y ennoblecer los escritos en lengua vulgar con citas y sentencias latinas". Pero Erasmo, según aclara este comentarista, al escribir los Adagios selecciona aquellos que se relacionan con la "moral práctica" ofreciendo así material a futuros escritores.¹⁷

Dado el carácter satírico-moralizador de las novelas picarescas, se comprende que en ellas el adagio, refrán o proverbio tenga especial importancia, ya desde el punto de vista estilístico, ya como compendio de sabiduría que utiliza el autor, a fin de reforzar la parte doctrinal que trata de presentar.

Antecedentes del Lazarillo, con elementos picarescos y moralizadores, son La Celestina y La Lozana andaluza; en la primera hay, según hemos dicho antes, doscientos setenta refranes, y ciento veintiocho en la segunda.¹⁸ En el Lazarillo, escribe Francisco Márquez Villanueva, "hay muchos refranes enunciados unos y soterrados muchos más, que sirven de conducta a los personajes y en primer lugar a Lázaro".¹⁹ Mas, no hay que olvidar que él es quien inicia propiamente la estirpe pica-

resca, y que Guzmán de Alfarache llega a ser el prototipo del pícaro; como aquel echa mano de cualquier refrán para justificar su conducta o confirmar lo que está exponiendo, como sucede al referirse a la bota que le han robado en la posada, situación que explica su criado y de la que no tiene por qué extrañarse, ya que los vecinos del pueblo en el que se han hospedado hacen honor al nombre, pues por ellos se había acuñado el refrán: "En Malagón, en cada casa un ladrón, y en la del alcalde hijo y padre."²⁰

De hecho, no hay novela picaresca en la que el refrán no cumpla un fin específico, ya se trate de la moralización, ya se busque un objetivo puramente artístico con el que se aligera la narración al mismo tiempo que se le da un matiz popular. Esta inquietud se advierte asimismo en la novela de Alcalá Yáñez, quien a través de Alonso revela cierta preocupación por el efecto que puede ocasionar una sentencia, un refrán o una expresión latina, dichos en el momento preciso, y en verdad que al protagonista le sobran situaciones para intercalar cerca de doscientos adagios a lo largo de su exposición.

Llama la atención la casi total ausencia de refranes en los capítulos en que Alcalá Yáñez enfoca temas de carácter religioso, acaso inspirado en el Marqués de Santillana quien, según Eleanor O'Kane, prefería no usarlos en sus "composiciones líricas religiosas".²¹ En cambio, en otros capítulos abundan, y hay páginas en las que se encuentra media docena.

Hay momentos en que Alonso utiliza un proverbio para ahorrarse una explicación o evitar aludir a algún aspecto del que prefiere no ha-

blar, como sucede al referirse al tío cura, a cuyo lado inició el duro aprendizaje y de quien habla en forma delicada y sin entrar en detalles, aunque todo ello queda sugerido al dar a entender que en él se cumplió aquello de que "la letra con sangre entra". (N.P., p. 1201). Como no va a solucionar nada, prefiere no insistir en la avaricia del eclesiástico, y como razón última da a entender que no vale la pena, sirviéndose del conocido refrán, "agua pasada no mueve molino". (N.P., p. 1201). El protagonista se declara derrotado en varias ocasiones, al comprobar que su perorata ha resultado vana, por ejemplo al aconsejar a su mujer y a la del hidalgo toledano; en situaciones semejantes la aceptación del fracaso viene dada por refranes tan expresivos como cuando dice: "Pedirme más era pedir peras al olmo" (N.P., p. 1300), con el que alude a la paciencia que necesitaba para convivir en paz con su esposa.

La enunciación de un proverbio, por tratarse de un diálogo, las más de las veces es indirecta, y entonces va introducida por conjunciones, tales como "que", "pues", "porque", "y" seguidas de una o más palabras para llamar la atención sobre lo que va a decir, como se ve en estos ejemplos:

- ... que "mejor es llorar con un ojo que con dos". (N.P., p. 1219).
- ... pues suele decirse "quien ha oficio tiene beneficio". (p.1315).
- ... porque señor, "mozo vergonzoso no es para palacio". (p.1295).
- ... y como son verdaderos los refranes, "pleito bueno, pleito malo, de tu mano al escribano". (p. 1253).

Tampoco escasean los proverbios citados en forma directa; por ejemplo, al referirse Alonso a su ama concluye con "También le dije: Cuando uno no quiere, dos no barajan". (N.P., p. 1222). Otras veces,

el refrán aparece en la forma como lo conoce el lector, al ponerlo en boca de una tercera persona; tal es el caso en que don Fernando dice al criado: "No es la miel para la boca del jumento", (N.P., p. 1225), merecida respuesta, acorde con la sugerencia de Alonso, quien sin ambages ha dicho a su amo después de escuchar algunos versos, "que quisiera más tener que comer". (N.P., p. 1226).

A veces, el refrán aparece dividido, a fin de llamar la atención del interlocutor al mismo tiempo que la del lector. Otras, va como diluido en la exposición; Alonso, al comparar la posición que había alcanzado en México donde llegó a ser considerado como hombre rico y honrado, se lamenta luego de no haber sido más humilde, pues al mostrarse un tanto engreído, no tuvo ningún amigo que más tarde le hubiese podido ayudar, y así exclama: "Cuán poco me costaba una buena palabra, y ya que no tenía miel en la orza, la pudiera tener en la boca". (N.P., p. 1257).²²

Hay refranes que reflejan la situación y carácter del protagonista, como cuando se refiere a su mujer de la que prefería alejarse al ver que se levantaba la tormenta, pues "yo como buen Juan, había de sufrir y callar". (N.P., p. 1298). Conocido es el tono despectivo con que los protagonistas de obras picarescas se refieren a la mujer; Alonso, después de hablar de las exigencias de su esposa y de pintarla en forma grotesca, como para rematar cuanto ha dicho, añade sarcásticamente: "Ojos hay que de lagañas se enamoran". (N.P., 1322).

Conocedor y amante de la lengua latina, Alcalá Yáñez que había traducido al castellano infinidad de ejemplos que aparecen en su obra

Verdades.... salpica alguna que otra vez las páginas de El donado hablador con sentencias extraídas de las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, de la Biblia o de los sabios de la antigüedad. Al hablar de la ciencia del médico, y explicar cómo aun el que más sabe está expuesto a equivocarse, confirma lo que dice con el "común adagio":

Et aliquando bonus dormitat Homerus,

que luego traduce: "De cuando en cuando sabe dar su cabezada el buen Homero". (N.P., p. 1243). Apoya su afirmación con un ejemplo acaecido a "Matía de Gradi", sacado posiblemente de un libro de medicina.²³

Prueba de la habilidad con que Alcalá Yáñez enlaza la trama novelasca, es el cuentecillo que refiere en relación con la gratitud, así como para explicar que lo más raro y valioso, como ocurre con las joyas, deja de estimarse cuando ya casi todos lo tienen. Así aconteció, cuenta Alonso, con un tordo tan bien enseñado, que en cierta ocasión al pasar el emperador, al igual que las personas, empezó a saludar él también con un ¡Salve, César Augusto!, de modo que agradó tanto, que aquél ordenó llevarlo a palacio y a su dueño le recompensó generosamente. Al saberlo, mucha gente se dedicó a criar tordos y a enseñarles aquel saludo, de modo que en el recibimiento que se hizo en otra ocasión al victorioso emperador, salieron a la calle con sus tordos; esta vez no le causaron mucha gracia al oír tantos saludos, así que vuelto a los que le acompañaban les dijo:

Horum salutatorum satis domi habeo,

adagio que traduce Alonso con estas palabras: "Destos saludadores y que me den parabienes, bastantemente los tengo en mi casa" (N.P., p.

1330). Mas, el locuaz pajarillo, como si hubiese entendido, respondió con las palabras que su dueño, acaso desesperado, habría repetido tantas veces al tratar de enseñarle la citada salutación: "Opera impensa perit", o sea según Alonso, "trabajo sin fruto, pues no se saca premio de mi enseñanza" (N.P., p. 1317), respuesta sabia que agradeció y tal vez se aplicó el César, y que valió a su dueño munífica recompensa y al ave ser llevada al palacio.

Si es evidente la influencia que pesa sobre Alcalá Yáñez de parte de Cervantes y los autores de novelas picarescas, no lo es menos la que ejerce Erasmo en cuanto a temática y al uso de los proverbios. En varias ocasiones recuerda en forma indirecta al maestro, como hace el padre vicario al proferir Alonso el refrán "A los viejos hasta los codos, y a los mozos hasta los hombros" (N.P., p. 1233), al pedirle que le explique "ese adagio". El protagonista, como siempre muy decidido, glosa el proverbio con tal claridad que su interlocutor queda plenamente satisfecho. Ciertamente, el médico segoviano tenía un gran modelo en cuanto a paráfrasis de refranes en los Adagios de Erasmo, y además muy a mano ya que la obra del maestro formaba parte de su biblioteca.

Anteriormente nos hemos referido a las concomitancias que hay entre El donado hablador y algunas novelas picarescas en relación con las fuentes de las historietas, cuentos y moralidades; el citado profesor James Wesley Childers ha señalado ocho "ejemplos" en El donado hablador que coinciden con otros tantos del Libro de apotegmas, de Erasmo, lo que no quiere decir que sea la única fuente de que se sirvió el doctor Alcalá, pues junto a dicha obra tenía en su casa toda una "colección

de refraneros" que debieron de proporcionarle abundante caudal de adagios, proverbios y aforismos, muchos de ellos glosados, y que, de una forma u otra, pasaron a las páginas de su novela.²⁴

Además de los refranes, se advierten huellas del habla popular en dichos y voces propios de la gente sencilla, así como frecuentes arcaísmos procedentes, al parecer, de fuentes castellanas primitivas.²⁵

Alcalá Yáñez había recibido, primordialmente, una educación de tipo científico cual convenía a un médico, profesión que acaso siguió más por compromiso familiar que por convicción. Como hemos visto en páginas anteriores, él mismo se refiere a la afición que tenía por la lectura a la que se entregaba en los ratos libres; en su biblioteca, junto a libros de medicina y religión, figuraban obras de sus contemporáneos: Cervantes, Lope de Vega, Mateo Alemán, Vicente Espinel, Luis de Góngora, Diego Hurtado de Mendoza y de algunos escritores latinos, que en mayor o menor proporción influyeron sobre él. Aunque en forma indirecta, ellos fueron sus mejores maestros en el campo de la literatura, en el que el médico segoviano fue un autodidacta, si bien la afición por las letras debió de venirle a través del Padre Hernando de Mendoza quien le había inculcado el gusto por la lengua de Ovidio cuyas obras, así como las de otros clásicos latinos, ornaban su biblioteca. Tal inclinación, además del frecuente uso de los sermonarios, explicaría los latinismos que inserta en su novela, uso que no habría aprobado Cipión, el perro sabio del coloquio cervantino, por parecerle afectación. Sin embargo, el doctor Alcalá está muy lejos de esto, a no ser por algunos cuadros femeninos, exagerados y grotescos, que no

dejan de ser un tributo al género picaresco.

Hace años, Samuel Gili Gaya escribió que el estilo de la novela de Alcalá Yáñez "se halla plasmado según los modelos de la prosa narrativa del siglo XVI, sin que asome por parte alguna señales de la condensación expresiva que las nuevas generaciones barrocas practicaban".²⁶ En verdad, rara vez se encuentra alguna que otra frase feliz, algún zeuma, alguna figura literaria cuya paternidad no se atribuye, ya que enseguida añade "como dicen los poetas".

Aparte del crecido número de refranes, que justificaría el matiz moralizador de El donado hablador, y de la forma dialogada, no hay mayor novedad en cuanto a estilo se refiere, pues la sencillez y naturalidad son las dos notas características de esta obra de Alcalá Yáñez, en la que en expresión de A. Valbuena Prat, se refleja "el habla pura, castiza y sobria" de la Segovia del primer cuarto del siglo XVII.²⁷

C.- ARGUMENTO DE "EL DONADO HABLADOR".

A continuación ofrecemos en forma esquemática el argumento de la novela, indicando los aspectos que ofrecen mayor interés, así como también los cuentos, historietas o fábulas a los que de una manera u otra nos referimos en los capítulos de análisis.

1.- RESUMEN DE LA PRIMERA PARTE DE LA NOVELA.

Según hemos indicado anteriormente, el médico segoviano adopta la forma dialogada en El donado hablador, donde Alonso aparece como protagonista de las dos partes. La primera la cuenta en calidad de donado de un convento de Navarra, y su confidente es el vicario del mismo. El relato tiene lugar en nueve tardes y está distribuido en diez capítulos, tanto en la edición princeps (1624), como en las posteriores; la materia que expone cada tarde forma el correspondiente capítulo, a excepción de los dos primeros, cuya narración pertenece a la primera tarde.

PRIMER COLOQUIO (Caps. I y II).

- Alonso cuenta quienes fueron sus padres y lugar de origen.
- Siendo de tierna edad muere su padre, y su madre se lo confía a un hermano sacerdote.
- Educación que recibe de parte del tío; sufre penalidades a causa de la avaricia del tutor.
- Hacia los quince años, se fuga de casa; en una venta se compromete a servir a unos estudiantes.
- En Salamanca asiste a clases en calidad de oyente.
- Posteriormente sirve a un capitán. (Anécdota de las morcillas).

- Se constituye en defensor de los campesinos. (Actitud desconsiderada del capitán al saber que en casa de una recién desposada no dan dinero a los soldados. Un labrador expresa en forma extraña el concepto que tiene de los militares).
- Trágico fin del capitán a manos de los campesinos.

SEGUNDO COLOQUIO (Cap. III).

- Sirve a un sacristán al que recuerda sus obligaciones con frecuencia y le reprende por el poco respeto que guarda en la iglesia. (Ejemplo que al respecto se lee en la vida de S. Benito).
- Consideraciones sobre la actitud que se ha de guardar en el lugar santo: ejemplos bíblicos.
- El sacristán, cansado de tantos consejos, despide a Alonso.

TERCER COLOQUIO (Cap. IV).

- En Toledo, Alonso entra a servir a un hidalgo y su mujer.
- Exigencias de la esposa de don Fernando, y concepto que el protagonista tiene de la mujer, en general: misoginia.
- Consideraciones sobre la honra, motivadas por las pretensiones del ama. (Historieta del campesino que, con su mujer e hijo se dirigen con un borrico, a un pueblo vecino).
- Actitud típica de don Fernando: carece de oficio y consagra sus ratos de ocio a la poesía.
- El protagonista, acosado por el hambre, los abandona.

CUARTO COLOQUIO (Cap. V).

- En Madrid: visión de la corte.
- Un caballero que acaba de ser nombrado alcalde mayor de Córdoba lo acepta por criado.
- Agudeza de los cordobeses, simbolizados en el potro.
- Alonso critica a su nuevo amo sobre la manera de hacer justicia. (Lección práctica que se desprende de la fábula de la raposa)

con quien van a confesarse los demás animales).

- Conocido entre los vecinos de Córdoba como el "soplancillo", prefiere abandonar a su amo y acompaña a un arriero hacia Sevilla.

QUINTO COLOQUIO (Cap. VI).

- Pasan la noche en una venta. Quieren casar a Alonso con la hija del ventero.
- Sevilla: Para el protagonista, la ciudad es el "archivo de las riquezas del mundo". (Trabaja por poco tiempo en transportar bultos desde los barcos a su destino, mas se siente con pocas fuerzas para imitar a otros ganapanes en semejantes tareas.)
- Feliz encuentro con un galeno quien lo recibe como criado.
- Opinión que tiene Alonso acerca de la profesión de médico, y opinión que del mismo tiene la gente. (Las tres caras del médico).
- Actitud de su amo frente a ensalmadores y curanderos.
- La ciencia del médico: sus limitaciones.
- Atributos de Esculapio, y por extensión, del galeno.
- El amo no aprueba tantos consejos y observaciones del criado, por lo que este opta por alejarse.
- Gratitud del médico para quien diariamente le ha acompañado en el duro trabajo, con buen tiempo o con malo y a cualquier hora en que le llamasen para atender a un enfermo. (El autor reflejado en el profesional).

SEXTO COLOQUIO (Cap. VII).

- En Valencia: El protagonista elogia la ciudad. (El autor evoca indirectamente los años pasados en su universidad).
- Entra a servir en casa de una viuda.
- En el teatro del mundo, cada uno hace su personaje. (Auto sacramental en un pueblo castellano).

- Muerte violenta de un esclavo mulato al atentar contra la honra de la viuda. Solución que presenta el autor.
- Inesperadamente, Alonso va a parar a la cárcel. Actitud de alguaciles y escribanos.

SÉPTIMO COLOQUIO (Cap. VIII).

- Viaje a Nueva España. En Sevilla se alista como criado de don Fadrique que va de alguacil mayor de la ciudad de México.
- Poco antes de llegar a su destino se levanta una tormenta, circunstancia que aprovecha para hablar de la muerte.
- También al protagonista le tienta la codicia e invierte algunos dineros en telas que envía a China.
- Alonso es admirado, por la posición social que ha alcanzado, y hasta llega a prestar dinero a su antiguo amo. (Su actitud ante la honra y ante la vida).
- Un revés de fortuna le obliga a regresar a Sevilla pobre como había salido.

OCTAVO COLOQUIO (Cap. IX).

- Un empresario teatral admite a Alonso en su compañía en calidad de ayudante al saber que había estudiado en Salamanca y que hacía versos.
- Representa papeles de menor importancia.
- Noticias que ofrece sobre las comedias. Actitud del público frente a la representación y frente a los artistas.
- Las comedias antiguas frente a las modernas. Criterio de Alonso y respuesta que da a su interlocutor. (Fábula de la raposa y respuesta que da al león al pedirle su opinión y la de otros animales cuando la leona le pide el divorcio).
- Admiración que siente hacia el director y elogio que hace de los artistas.
- Dispersión de los integrantes de la compañía.

NOVENO COLOQUIO (Cap. X).

- Alonso entra como "ayudante de mayordomo, recadero y medio sacristán" en un convento de monjas bernardas en Sevilla.
- Consideraciones sobre la vida religiosa. Ejemplo de S. Antonio y sus monjes en relación con los ratos de esparcimiento, necesarios tanto al cuerpo como al espíritu, a fin de continuar con bríos por el camino de la virtud.
- Enfermedad del protagonista. Se va al hospital sin avisar y, al regresar ya curado, otro mozo ha ocupado su lugar.
- Entra en un convento de Navarra en calidad de donado, en el que al cabo de muchos años relata su vida al padre vicario.

2.- RESUMEN DE LA ACCIÓN DE LA SEGUNDA PARTE DE "EL DONADO HABLADOR".

Si bien, la edición princeps de la primera parte de la novela de Alcalá Yáñez coincide con todas las ediciones posteriores en cuanto a la distribución en capítulos se refiere, no sucede así con la segunda.

Efectivamente, la edición princeps consta de siete capítulos, correspondientes a otros tantos coloquios entre el ermitaño Alonso y el cura de San Zoles, y en todas las impresiones posteriores aparece dividida en trece, a partir de la edición de Benito Cano, Madrid, 1788. Se desconoce el motivo de la división de los capítulos, aunque es muy posible que se deba a la extensión de los mismos; al coincidir las siete charlas nocturnas con los siete capítulos de la impresión de Geronymo Morillo, Valladolid, 1626, tan sólo señalaremos la equivalencia de estos con los de las ediciones posteriores a la de Cano a quien siguen todos los editores.

PRIMER COLOQUIO (Cano, Caps. I y II).

- En un modesto cuarto de un antiguo monasterio, Alonso cuenta su vida al cura de San Zoles desde que salió del convento.
- Se duele de la poca consideración que tuvieron para con él, aunque reconoce haberse sobrepasado al enjuiciar a los religiosos. Lamenta que no le hubiesen reprendido a tiempo y que su amigo y protector, el padre vicario, le hubiese tenido que despedir. Se propone como ejemplo a fin de que los demás aprendan, al ver lo que le pasó a él, aunque no escarmienta.
- Consecuencia: Ante lo sucedido, Alonso cree que su misión es advertir a los demás de lo que le parece que está mal.

SEGUNDO COLOQUIO (Cano, Caps. III y IV).

- A poco de salir del convento, cae en manos de los gitanos.
- Observaciones sobre la vida de los gitanos: costumbres funerarias, habilidades, trabajo en la fragua. (Anécdota en que descubre el hurto hecho a un hidalgo. Se gana la admiración de los habitantes de un pueblo al devolver una bolsa con algo de dinero y otras cosillas, la cual reclama un compañero en el momento en que el cura lo anuncia desde el púlpito.
- Se aleja del aduar sin despedirse del conde o jefe de los gitanos.
- En el monte encuentra a un caballero muerto. (Se apodera del dinero y de una cadena de oro de este. El tema de la muerte.)

TERCER COLOQUIO (Cano, Caps. V y VI).

- En Zaragoza: Elogio de la ciudad. Riqueza material y centro de la religiosidad española.
- El protagonista compra ropa a su gusto y disfrazado de escudero asiste a bodas y bautizos.
- Reconoce que le perjudica la exhibición y el mucho hablar, y durante algunos días no sale de la posada. (Se aplica la lección del muchachito morisco que usaba dos nombres: uno en la casa y otro en la calle).

- Alonso se casa con una viuda. Consideraciones sobre el matrimonio. Retrato de su mujer. (Sentimiento antifeminista típicamente picaresco).
- A las exigencias y lenguaje desabrido de su esposa, responde el protagonista, al estilo de Séneca, con la paciencia.
- La muerte de la esposa le libera de una "vida de galeras" que había durado "dos años y medio y catorce días".

CUARTO COLOQUIO (Cano, Caps. VII y VIII).

- En compañía de un carretero llega a Lisboa.
- Sirve en calidad de mayordomo a un noble portugués.
- Por su oficio se constituye en protector de la honra de la casa de don Pedro, su amo. (Ejemplo de un caso de honra: nuevo enfoque que presenta el autor).
- Gratitud del caballero. (Historieta en relación con el tordo que también saludaba a Cesar Augusto al entrar triunfante en Roma).
- El protagonista se aleja al prever el resultado de la relación de la hija de don Pedro con un joven de condición inferior.

QUINTO COLOQUIO (Cano, Caps. IX y X).

- En Toro, Alonso sirve a un pintor al que califica de mal artista, aunque de excelentes sentimientos.
- Para el gusto del criado, sus cuadros valían muy poco, en parte porque eran sobre motivos paganos y árabes; además si pintaba cuadros religiosos, los desfiguraba.
- Teoría sobre el color de las imágenes de la Virgen María. Argumentos bíblicos.
- Convencimiento del protagonista de que alguien debe avisar de los defectos y abusos que hay en la sociedad. (Anécdota del prebendado que desde el púlpito amonestó a los miembros del concejo sobre los abusos que originaba la venta de oficios públicos, y reacción favorable que obtuvo).

- Una vez más, Alonso se enemista con el pintor a causa de sus observaciones impertinentes sobre su manera de pintar, y prefiere alejarse.

SEXTO COLOQUIO (Cano, Caps. XI y XII).

- Nuestro protagonista llega al santuario de la Virgen de la Fuen-cisla. (El milagro de la Patrona de Segovia en favor de Ester).
- Monumentos de la ciudad: El acueducto, la catedral, el alcázar. Escritores que cantan las glorias de Segovia.
- La industria de paños. Alonso trabaja de peraile en una casa particular, y más tarde en una empresa textil.
- Ambiente agradable que se respira en el taller, a pesar de lo duro del trabajo.
- Preocupación social de los obreros: aspectos de política nacional e internacional. Sentimientos opuestos entre los trabajadores que acuden al obrador; las discusiones acaban, alguna que otra vez, a golpes.
- Alonso, que no había olvidado los sufrimientos y el hambre pasados en la cárcel valenciana, decide salir de la ciudad.

SÉPTIMO COLOQUIO (Cano, Cap. XIII).

- Alonso se encamina hacia Alicante con el propósito de embarcarse rumbo a Barcelona.
- Atraviesa la Mancha y llega a Murcia: Afecto que expresa el protagonista (el autor no puede ocultar su alegría al referirse al lugar natal), al hablar de la riqueza de la huerta murciana, especialmente a la cría del gusano de seda.
- Alicante: allí se encuentra con antiguos conocidos de la compañía de Pinedo quienes interceden por Alonso, y el "autor" lo admite en su grupo.
- Se embarcan hacia Barcelona; se desencadena una tempestad, y muy de mañana se encuentran frente a las costas africanas donde son hechos prisioneros por los corsarios.
- Los artistas pasan a ser propiedad del virrey. Los renegados españoles le piden que para las fiestas de San Juan les haga representar una comedia.

- Presentan La rebelión de Granada y castigo por el prudentísimo rey Don Felipe II; aquellos consideran que ha sido una ofensa para su religión y para el Profeta, y son condenados a muerte.
- Alonso protesta de la injusticia que se comete con ellos, y sobre todo con él que ha representado papeles muy secundarios, y le perdonan la vida.
- Es rescatado posteriormente, y para cumplir las promesas que había hecho, se retira a la soledad que le brinda el ruinoso monasterio en el que expone esta parte de su vida al curioso párroco de San Zoles.

NOTAS

¹ Los autores y obras a los que nos referimos son los siguientes: Doctor Carlos García, La desordenada codicia de los bienes ajenos (París: 1617); Juan Cortés de Tolosa, Lazarillo de Manzanares (Zaragoza: 1617, y Madrid: 1620); H. de Luna, Segunda parte del Lazarillo de Tormes (París: 1620); A. Liñán y Verdugo, Guía y avisos de forasteros que vienen a la corte (Madrid: 1620).

² James Wesley Childers ha estudiado el origen de los ciento veintisiete cuentos, moralidades..., en A Study of sources and analogues of cuentos in Alcalá Yáñez "Alonso, mozo de muchos amos" (Chicago: University of Chicago Libraries, Illinois, 1941).

³ Segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos, op. cit., Prólogo de la edición príncipe.

⁴ M. Remedios Prieto, "Producción literaria del Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez", Estudio citado, pp. 55-56.

⁵ Mateo Alemán, Primera parte de Guzmán de Alfarache, edición de Francisco Rico (Barcelona: Ed. Planeta, 1967), Prólogo al vulgo, p. 91. Francisco López de Ubeda, La pícaro Justina, edición de A. Valbuena Prat en La novela picaresca española (Madrid: Aguilar, 1966), p. 721.

⁶ A. Porqueras Mayo, El prólogo como género literario (Madrid: CSIC, 1957), p. 154.

⁷ Los preliminares y el texto son los mismos que los de la edición de Madrid, si bien, se advierten muchas voces con distinta grafía, especialmente cuando la vocal "i" forma diptongo, en cuyo caso aparece como "y".

⁸ Samuel Gili Gaya, "La novela picaresca en el siglo XVI", Historia general de las literaturas hispánicas, dirigida por G. Díaz Plaja (Barcelona: Ed. Barna, 1953), Vol. III, p. 91.

⁹ A partir de esta edición, la novela de Alcalá Yáñez se editó casi siempre como El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos. Desde entonces se conoce principalmente como El donado hablador, título evidentemente incompleto ya que sólo hace referencia a la primera parte de la obra. En adelante la citaremos con este título.

¹⁰ The Life and Adventures of Alonso..., edición de William M. Christy (New York: 2 Astor House, 1844).

¹¹ Ibid., Preliminares.

¹² Verdades..., op. cit., Prólogo.

¹³ Emilio Orozco Díaz, Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española (Madrid: Ed. del Centro, 1974), p. 96.

¹⁴ Se diría que con estas palabras colocadas casi al final del último capítulo de la primera parte, Alcalá Yáñez da a entender que la narración concluye la víspera del primer día de Cuaresma. Asimismo parece aludir, un tanto veladamente, a la Orden Carmelitana, a la que estuvo siempre muy unido, primero como discípulo de S. Juan de la Cruz y muy posiblemente también como aspirante, y más tarde, como médico del convento que la Orden tenía en Segovia. Nos mueve a pensar así el hecho de que aun cuando los miembros de otras órdenes religiosas también se entregaban a la penitencia de modo especial en esos días, para los carmelitas, prácticamente todo el año era Cuaresma ya que la abstinencia de carne era permanente, y desde el catorce de setiembre, día del Triunfo de la Santa Cruz, hasta el día de Resurrección, debían guardar ayuno; por otra parte, el silencio era tan riguroso que no podían quebrantarlo sin verdadera necesidad. (Documentación oral recogida a nuestro paso por el convento de los PP. Carmelitas de Segovia).

¹⁵ Ofrece gran interés al respecto, el libro de Eleanor O'Kane, Refranes y frases proverbiales españolas de la Edad Media (Madrid: Anejo del BRAE, 1959), en el que señala el número de refranes utilizados con fines artísticos: Libro de Buen Amor (100 refranes); El Corbacho (300); El Caballero Cifar (60); La Celestina (270), p. 18.

¹⁶ Agustín G. de Amezúa y Mayo cita las colecciones de refranes, sentencias y dichos agudos (publicados a lo largo del siglo XVI en el estudio dedicado a "Juan Rufo y las seiscientas apotegmas", en Opúsculos histórico-literarios, tomo I (Madrid: Artes Gr. Estados, 1951), pp. 128-194.

¹⁷ Erasmo de Rotterdam, Obras escogidas, edición de Lorenzo Riber (Madrid: Aguilar, 1964). p. 16.

¹⁸ Christo Thomas Mocas, "Aspecto lexicográfico de La Lozana andaluza", citado por José A. Hernández Ortiz en La génesis artística de La Lozana andaluza, (Madrid: Ed. Ricardo Aguilera, 1974) p. 164.

¹⁹ F. Márquez Villanueva, "Sebastián de Horozco y el Lazarillo", RFE, XLI (1957), p. 274.

²⁰ Guzmán de Alfarache, ed. de F. Rico, op. cit., p. 332.

²¹ Cf. Eleanor O'Kane, op. cit., p. 31.

²² Alonso, mozo de muchos amos, N.P., p. 1257. El protagonista se lamenta de su actitud errónea con este refrán utilizado ya por el

Arcipreste de Hita, según observa Eleanor O'Kane, op. cit., p. 160.

²³ Manuela Villalpando alude al libro Consilia, de Juanis Mateis de Gradi, que el doctor Alcalá tenía en su biblioteca, Cf. op. cit., p. 52.

²⁴ En el inventario que se hizo a la muerte de Alcalá Yáñez, formaban parte de su biblioteca las colecciones de refranes siguientes: Adagios, de Erasmo; Jeremías, Aforismos; Apotegmas, de Erasmo; Aforismos, de Galeno. Durando...? Sobre las sentencias (Guillaume Durand de Saint Pourcain, Resolutione in Quatuor sententiarum) / Aclaración de Manuela Villalpando/ Refranes, del comendador griego; Sentencias, de varios autores; Proverbios morales (tres libros). Manuela Villalpando, op. cit., pp. 50-65.

²⁵ Se aprecia esto principalmente en las formas verbales que aparecen en textos castellanos primitivos, como advierte María Remedios Prieto, Estudio citado, p. 46.

²⁶ Samuel Gili Gaya, "Jerónimo de Alcalá Yáñez y la tradición novelesca". ES, I (1949), p. 259.

²⁷ A. Valbuena Prat, La novela picaresca española, op. cit., p. 1197.

CAPÍTULO IV

FORMA DIALOGADA Y MATERIA AUTOBIOGRÁFICA EN "EL DONADO HABLADOR".

Después de la publicación de la Vida de Guzmán de Alfarache, a los autores de novelas picarescas no les quedaba otra alternativa, a menos de pasar por simples imitadores, que variar el esquema que presentaba Mateo Alemán; así, unos alteran la condición del pícaro, otros cambian la forma narrativa o utilizan diversos géneros literarios en la misma obra, y no falta quien use la tercera persona en vez del yo autobiográfico. Entre estos escritores se encuentra Alcalá Yáñez quien, entre otras variantes que introduce en su novela, está la forma dialogada. A diferencia del diálogo tácito (sin respuesta posible), que emplean Lázaro, Guzmán, Pablos o Justina con el "personaje" o "lector" ausente al que se dirigen, el médico segoviano utiliza un diálogo auténtico que, afortunadamente no tuvo que inventar, ya que el diálogo castellano había brotado de la pluma de los humanistas con la misma perfección que el diálogo latino del que procedía. Lo único que tuvo que hacer el doctor Alcalá fue adaptarlo, de acuerdo al objeto que se había propuesto al escribir "El donado hablador".

En la antigüedad, el diálogo adquiere categoría literaria cuando Platón pone por escrito las lecciones de Sócrates o su propia concepción de la vida, y hace intervenir al maestro no en calidad de tal, sino como agente externo que conduce a los discípulos al descubrimiento de la verdad a través de la duda metódica; aquel no impone sus ideas o determinados conocimientos, sino que su esfuerzo va encaminado a una bús-

queda común, con lo que el diálogo escolar se transforma en dialéctico.

En Cicerón, quien imita superficialmente a Platón, el diálogo se reviste de una forma distinta desde el momento en que el maestro toma la palabra y expone sus ideas; se aprecia esto sobre todo, en De senectute, en De amicitia, y en De oratore. En este último, Cicerón, antes de entrar en conversación con su hermano Quinto, emplea seis páginas en las que hace algunas consideraciones sobre el concepto que años atrás tenía acerca de la oratoria. El coloquio ciceroniano pervive en los escritos de los Padres de la Iglesia y llega hasta el Renacimiento. Contribuyó a su vitalidad, la forma interrogativa-expositiva que presenta, muy apropiada para la enseñanza de la catequesis y explicación de temas religiosos, a base de preguntas y respuestas. Siguiendo el modelo ciceroniano, Fray Luis de León escribió en castellano a fines del siglo XVI, su famoso libro De los nombres de Cristo.

Otro clásico que también dio gran impulso al diálogo, fue Luciano de Samosata, quien en sus escritos no solamente ridiculiza a sus compatriotas, a los que pinta como ingenuos y crédulos, sino que también se burla de Zeus y de otras divinidades del Olimpo en el Diálogo de los dioses. El humor que hay en sus coloquios proviene, en parte, de las comedias de Aristófanes y Menandro, al que añade, por su parte, una buena dosis de ironía con intención correctora.

Si el diálogo ciceroniano tuvo muchos imitadores y se cultivó hasta el Renacimiento, el coloquio propiamente lucianesco no fue menos afortunado, pues reaparece a finales del siglo XV, gracias a Erasmo de Rotterdam, quien traduce del griego los diálogos más famosos del Lucio

no, y a ejemplo suyo escribe sus propios Coloquios que sirvieron de modelo a cuantos se publicaron en España en la centuria siguiente.

A.- EL DIÁLOGO RENACENTISTA.

Hacia 1500, el diálogo latino, a pesar de que ya contaba con muchos siglos de historia, todavía conservaba la frescura y vitalidad que había tenido en tiempo de Cicerón. A ello había contribuido la Iglesia, la cual durante la Edad Media lo había utilizado frecuentemente con fines didácticos; también se debió al uso que del mismo habían hecho los humanistas europeos, al considerar el latín más apto para la expresión estética que las lenguas romances.

Por los mismos años en que Erasmo escribía sus famosos Coloquios, otro humanista, Baltasar de Castiglione despertaba gran admiración a través de los diálogos de El Cortesano, traducido al castellano por Juan Boscán y publicado en Barcelona en 1534. Sin embargo, si el diálogo llegó a tener en la literatura española tanta importancia, si alcanzó categoría de género literario, fue debido al genio de Erasmo y a sus seguidores, quienes como reacción contra la literatura de ficción, cultivaron el diálogo lucianesco.

A excepción de algunos poemas de poca importancia, casi todo lo que escribió el filósofo holandés cae dentro del "campo moral, social o político", según afirma Marcel Bataillon;¹ el placer de la lectura como tal, lo subordinó siempre a la utilidad, y otro tanto hicieron los erasmistas españoles, quienes antepusieron lo provechoso al simple pasatiempo; con tal intención expusieron sus inquietudes en forma colo-

quial, de modo que dejaron a la posteridad numerosos diálogos de carácter docente, político, lingüístico, o religioso que aun hoy día se leen con agrado. Entre los erasmistas se destacaron Luis Vives y los hermanos Valdés, cuyos diálogos conservan todavía la frescura con que fueron escritos.

Como el autor del Enquiridion, Luis Vives escribió en latín una serie de coloquios sobre la educación, el juego, el matrimonio cristiano y otros de tipo doctrinal; de carácter didáctico es el que el filósofo valenciano titula El convite o banquete, que recuerda los que con el mismo nombre habían escrito Cicerón y Erasmo, el cual trata de la bondad de los alimentos, así como del moderado uso que se ha de hacer de los mismos a fin de conservar tanto la salud del cuerpo como la del espíritu.

Maestros del diálogo castellano son los hermanos conquenses Alfonso y Juan de Valdés, quienes fueron grandes admiradores de Erasmo. El primero nos ha dejado el Diálogo de Lactancio y un Arcediano, y el Diálogo de Mercurio y Carón, en los que defiende la política imperial de Carlos V, cuyo secretario era. No menos interés ofrece el Diálogo de la lengua, de Juan, el cual se destaca tanto por su propia calidad literaria como por los atinados consejos que da en relación con el estilo y por la defensa que hace del castellano, al que consideraba capaz de competir con el latín.

Siguiendo las huellas de Erasmo, muchos de sus seguidores se mostraron hostiles a los libros de caballerías, no tanto porque halagaban los sentidos, sino principalmente porque falseaban la verdad; la influen

cia de estos escritores fue tan grande que consiguieron que se prohibiese su lectura.² En gran parte, tal decisión venía a constituir una victoria del erasmismo, el cual por otra parte, no se contentaba con menospreciar esta clase de literatura, sino que además trataba de sustituirla con otras publicaciones más útiles, y a tal efecto se tradujeron muchas obras de los clásicos, de carácter histórico, biográfico, científico, educativo o doctrinal, y escribieron muchas otras en forma dialogada.³

Disponían estos escritores de un modelo de importancia capital en cuanto a la prosa dialogada en La Celestina. Esta obra de Fernando de Rojas, publicada en 1499, se pensó que estaba destinada a ser leída, a pesar de que el autor la llamó al principio comedia, y posteriormente, tragicomedia. Fernando de Rojas adopta diversos tipos de diálogos a las necesidades y aspiraciones de cada uno de los personajes, lo que contribuye a que se destaque el ritmo lento que presentan los parlamentos de Calisto, de Melibea o de Celestina, por ejemplo, frente al diálogo rápido, cortado y de respuestas breves y en voz baja, propio de quienes están tramando algo, como sucede frecuentemente en el caso de los criados. A pesar de la deuda que Rojas tiene con Plauto y Terencio, según observa María Rosa Lida,⁴ el autor muestra gran dominio en el uso del diálogo y en la pintura de personajes, cuya acción contribuye a hacer resaltar el mal, personificado en Celestina.

Aunque no es propiamente una novela picaresca, dialogada es también La Lozana andaluza, de Francisco Delicado, la cual se publicó por primera vez en 1528. En ella, como en La Celestina, se observan ya muchos puntos de contacto con las novelas posteriores, pues presenta infi

nidad de escenas y personajes que más tarde vemos en el Lazarillo, en Guzmán de Alfarache o en el Buscón.

Ya entrado el siglo XVII, aparecen, además de las novelas citadas, otras que debió de conocer Alcalá Yáñez, sobre todo algunas de Cervantes y la de Vicente Espinel. En 1612, Alonso de Salas Barbadillo publica La hija de Celestina, obra dialogada, a excepción de los momentos en que Elena, la protagonista, cuenta sus andanzas.

En 1613, Cervantes entrega a las prensas las Novelas ejemplares, algunas de marcado corte picaresco, como La ilustre fregona, Rinconete y Cortadillo, y sobre todo, el Coloquio de los perros, la cual ciertamente sirvió de modelo al médico segoviano, y a la que nos referiremos luego.

En 1618 apareció la Vida del escudero Marcos de Obregón, de Vicente Espinel, en la que el protagonista dialoga con un hidalgo, y más tarde con el ermitaño que le ha dado hospedaje; aunque al principio el relato toma la forma narrativa en primera persona, algo más adelante Marcos, emocionado al contar sus peripecias, se olvida de su interlocutor, y no se dirige a él sino hasta pasados algunos capítulos. Si bien en la obra no predomina el diálogo, sí persiste la combinación de diálogo y narración. Obra semi-picaresca y dialogada es Avisos y guía de forasteros que vienen a la corte, de Antonio Liñán y Verdugo, en la que un Maestro de Artes y Teología expone sus ideas y pasa ratos muy amenos con don Antonio, un cortesano pretendiente, y con don Diego, un conocido que encuentran en la calle a quien invitan a quedarse con ellos.

Tales son los precedentes inmediatos y lejanos de El donado hablador, novela en la que no es difícil hallar reminiscencias de las obras citadas, en mayor o menor proporción, y que de una manera u otra tuvieron que ver con la decisión que tomó el doctor Alcalá Yáñez de convertir muchos de los ejemplos destinados al libro Verdades..., en materia novelesca.

B.- EL DIÁLOGO EN "EL DONADO HABLADOR".

Esta obra del médico segoviano es dialogada en sus dos partes, en las que Alonso desempeña el papel de narrador frente a un interlocutor mayormente pasivo, circunstancia que hace que la novela no pierda el carácter autobiográfico. Entre el padre vicario o el cura de San Zoles y el lector ausente del Guzmán de Alfarache o del Buscón, hay gran diferencia, pues aquellos con sus intervenciones más o menos frecuentes, hacen que el relato adquiera mayor agilidad, y que la larga exposición, monótona algunas veces, adquiera mayor interés.

Al pensar en los diálogos literarios con los que El donado hablador pudiera tener bastantes puntos de contacto, se podrían citar principalmente dos: en primer lugar, el de Fray Luis de León, De los nombres de Cristo, en el que intervienen tres personajes: Marcello, Sabino y Juliano. El primero, que representa al autor, explica e interpreta los diversos nombres con que se designa a Cristo en la Sagrada Escritura; al surgir alguna duda entre los oyentes o ante preguntas que hace el mismo Marcello, la exposición se corta por momentos.

Más cercano a Alcalá Yáñez, en el tiempo y en el espacio, está Cervantes, cuyas Novelas ejemplares tenía en su biblioteca; ningún diálogo presenta en la forma narrativa, tanta similitud con El donado hablador como el Coloquio de los perros, del autor del Quijote. Berganza, al contar su vida a Cipión, éste le interrumpe con frecuencia para sugerirle que abandone la murmuración, o para preguntarle algunos aspectos de interés en relación con lo que el amigo le está refiriendo.

En la parte primera de El donado hablador, Alonso cuenta su vida al padre vicario, su bienhechor y confidente. El deseo de este cuando le dice "recibiré mucha caridad en que me dé cuenta muy en particular de su vida, sin que deje ninguna circunstancia", (N.P., p. 1200) le obliga por la categoría de quien se lo pide y por la gratitud que le debe, a exponerle los trabajos que ha padecido al lado de sus amos.

El marco poético del relato lo ofrece la finca del monasterio, poblada de corpulentos árboles y regada por varios arroyos cuyas aguas se precipitan de los vecinos riscos. El lugar de la narración se diría que es un trasunto de la introducción del citado diálogo de Fray Luis, en el que Marcello con los dos amigos se retira a una granja que posee la comunidad agustiniana a las afueras de Salamanca, donde se entregan al auténtico ocio del que brota el maravilloso libro. Allí gozan del "frescor... a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente... que corriendo y estropeando, parecía reyrse". Delante de ellos tenían una "alta y hermosa alameda... y no muy lexos, se veyá el río Tormes... El día era sossegado y puríssimo, y la hora, muy fresca".⁵

En ambiente similar, de paz y sosiego, Alonso contaría su vida al padre vicario durante nueve tardes, desde el remoto día en que había de jado al tío cura hasta el presente. El relato aparece cortado de vez en cuando por alguna intervención del atento superior, deseoso de saber tal o cual detalle que al protagonista parece olvidársele. De hecho, no son muchas las veces que aquél interviene en la narración, y si lo hace, es más que nada para alentar al súbdito y dar vida al relato. Lo hace en forma breve, con expresiones entrecortadas, tales como "ya entiendo, hermano, prosiga"; o bien, haciendo al expositor una breve pregunta a fin de atraer más la atención del lector sobre lo que el donado está refiriendo.

En ocasiones, al mostrar Alonso cierta duda, ya por temor a la falta de tiempo, ya por algún reparo que pudiera presentar el amable oyente, éste lo estimula a que continúe, con estas o parecidas palabras: "Bien puede referirlo, hermano; que temprano es, y la tarde tenemos por nuestra". (N.P., p. 1221). Normalmente el padre vicario, como representante de la autoridad, es quien pone fin a la charla, tomando pie de la hora avanzada, o también al acabarse el tema que Alonso está presentando, como bien puede ser, el momento en que va a entrar a servir a un nuevo amo. Por lo general también es el superior quien abre la charla recordando al donado el tema de la tarde anterior o el lugar en que había quedado la narración. A veces, la intervención del padre vicario es algo más larga a fin de corroborar con sus palabras la exposición que acaba de hacer Alonso.

Son frecuentes las referencias directas que hace el narrador al dirigirse a su interlocutor, y a este fin usa expresiones como "vuestra paternidad", y en menor proporción: "padre vicario", "padre mío", o simplemente "padre". Por su parte, el superior siempre que se dirige al donado lo llama "hermano Alonso" o simplemente "hermano".

El escenario en que se desarrolla la segunda parte de El donado hablador es, en cierto modo, el polo opuesto al de la primera. Frente a los encantos de la naturaleza en que ocurre la narración anterior, en la segunda, Alonso acudirá durante siete noches a la humilde celda que en aquellos días ocupa el cura de San Zoles. Inesperadamente se ha presentado este buen hombre en el ruinoso monasterio, y muy pronto reconoce en el ermitaño al donado que años atrás había visto en hábito religioso. No tardaron en venirle a la memoria las palabras que en cierta ocasión le había dicho al padre vicario: "Repáre vuestra merced, señor licenciado, en aquel mozo; que le prometo que el mundo no tiene pieza mejor; y que a no estar tan de partida, había de tener en esta casa algunos ratos de entretenimiento y gusto, refiriéndonos su vida, y los muchos años que tuvo en el siglo..." (N.P., p. 1271).

Los años pasados al lado del padre vicario habían infundido confianza a Alonso, de ahí que le hubiese contado su vida con espontaneidad. Ahora, el caso era distinto, pues prácticamente no conocía al sacerdote; éste, para ganárselo e infundirle confianza, le cuenta brevemente algunos rasgos de su vida, le explica el motivo que le ha llevado a pasar unos días en su compañía, y no deja de sugerirle, en forma delicada, que aquella propiedad es un anejo de su parroquia. En realidad,

Alonso, ante las palabras que acaba de oír debió de considerarse un intruso, al mismo tiempo que reconocía su dependencia, situación que le obligaba a ponerse a disposición del cura. De hecho, en esta ocasión como en el relato de la primera parte, Alonso se ve constreñido a dar cuenta de su vida al párroco de San Zoles, quien convaleciente de una enfermedad, no encuentra lugar más apropiado que la soledad y la agradable compañía del ermitaño, a quien manda que le cuente su vida.

Es curioso el paralelismo que existe a este respecto entre el deseo del sacerdote, y la intención del señor que ha pedido a Lázaro que le cuente el "caso" de que hablan las gentes, y al que él mismo no es ajeno, a fin de pasárselo en grande al conocer los pormenores del mismo por la confesión del pregonero. El cura sabe por boca de los frailes quién es Alonso y hasta conoce algunas de sus andanzas, pero oyéndole a él mismo, las horas transcurrirán de manera más placentera. Bien quisiera Alonso disculparse, mas reconoce que es forzoso obedecer a lo que más que ruego, como le había pedido el padre vicario, venía a ser en esta ocasión una orden "Me obligará para servirle en que me dé por extenso larga cuenta de sus pesadumbres y la ocasión y motivo que tuvo para venir a esta santa ermita de San Cosme..." (N.P., p. 1271). Estas palabras no dejan de ser un eco lejano de las que Lázaro enviaba a su protector y bienhechor: "Y pues V.M. escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso..."⁶

La narración de la segunda parte de El donado hablador, desde el punto de vista de la forma es más animada que la primera, al ser cortada la narración en muchas más ocasiones, debido a la intervención del

cura; de cuando en cuando, éste introduce alguna anécdota, una historieta, e inclusive, alguna breve explicación de alguna verdad religiosa. Esta vez, Alonso echa mano frecuentemente de ejemplos y enseñanzas sacados de la Biblia, corroborados a menudo por alguna cita en latín por parte del oyente. Para el sacerdote, como antes para el vicario, el ermitaño sigue siendo "el hermano Alonso", o nada más que "hermano". Este, a su vez, se dirige al visitante en términos respetuosos con las expresiones: "vuesa merced", "señor cura", "señor licenciado", y en menos ocasiones, "señor".

La misión del padre vicario y del cura de San Zoles es similar en cada parte respectiva, y si bien es cierto que los dos intervienen con relativa frecuencia, su papel principal consiste en ser depositarios de las confidencias de Alonso. La particular vocación de cada uno de ellos, ofrece algunas variantes al relato y al ambiente en que éste ocurre, algunas de las cuales han sido ya apuntadas.

La quietud y el silencio es el denominador común en ambas partes; en el convento en el que vive Alonso desde hace muchos años, la narración ocurre por la tarde, en horas de asueto; por el contrario, en la segunda parte, el cura, que no está sujeto a ningún reglamento, prefiere oír al ermitaño en las primeras horas de la noche.

Desde el punto de vista de la narración, el papel de Alonso es el mismo, que el de Berganza en el Coloquio de los perros. Este cuenta su vida a Cipión, y a veces parece olvidarse que tiene ante sí al amigo, quien se ve obligado a cortar a menudo el hilo de la conversación, lo que hace que el relato sea verdaderamente un diálogo, muy movido especialmente al principio, cuando los dos conversan acerca de la maravilla

que contemplan mutuamente al verse favorecidos con el don del habla.

Mas, si Berganza tiene su contrapartida en Alonso, Cipión la tiene en los dos eclesiásticos, cuya misión en la obra de Alcalá Yáñez no es diferente de la del perro filósofo.

Aparte de otras reminiscencias cervantinas en la novela del autor segoviano, la proyección del Cipión como dialoguista está reflejada en las intervenciones del padre vicario y del párroco de San Zoles. Así, del mismo modo que aquél, los dos intervienen en sus partes respectivas con frases y oraciones muy breves, que a primera vista se diría que son las mismas que utiliza el amigo de Berganza, aunque en verdad tienen una ligera variante; entre ellas, las más usadas son: "Holgareé de oírlo, hermano"; "prosiga que atento le oiré"; "cuéntelo, hermano que estoy atento"; "no es malo el cuentecillo"; "en verdad, hermano, que me he holgado en oírlo", y otras por el estilo, que los dos confidentes de Alonso utilizan con cierta frecuencia.

Es innegable el parecido que existe entre las dos partes de la novela de Alcalá Yáñez, y se comprende que así sea desde el momento en que el protagonista es el mismo. Como sucede a los personajes de La Celestina, fieles a sí mismos y a sus intereses de principio a fin (a excepción de Pármene), Alonso tampoco evoluciona, de modo que el reformador y predicador de la segunda parte de la novela, es el mismo que el de la primera. Quisiera cambiar todo lo malo, acabar con la injusticia y con el vicio, y llevar a los demás por el camino del bien; tal aspiración le malquista casi siempre con sus amos y hasta con los religiosos a quienes critica sin compasión, y no tienen otro remedio que des- pedirlo.

John Herbert Utley considera ilógica y hasta forzada la segunda parte de El donado hablador cuando afirma lo siguiente:

The second part of the Alonso is rather illogical in view of the fact that the original is a complete unit. The lay brother had told his life story when he was an old man, after fourteen years of peace and contentment in the convent; he had evidently given satisfactory service, and it is almost unbelievable that he should again be thrown into the world to experience new adventures.⁷

Por serias que parezcan las razones que aduce John H. Utley en contra de la segunda parte de la novela de Alcalá Yáñez, no nos parecen convincentes, desde el momento en que no están acordes con lo que se desprende del texto, ni responden a la idea entonces en uso, de alargar la vida del protagonista en esta clase de obras. Se refiere el profesor Utley a un aspecto de carácter humano-afectivo, "caso increíble", o sea, la expulsión de Alonso del convento en el que había permanecido durante catorce años en "paz y contento". A primera vista, la determinación que toman los frailes parece algo violenta, incluso al donado; sin embargo, luego reconoce que no es por "livianas ocasiones" que lo despiden, como él dice primeramente; la situación se ha ido agravando, cosa que el mismo Alonso confiesa, aunque muy tarde: "Las más veces tenía paciencia, y otras no guardaba el respeto que debía a mi superior..., de modo que con mis malas respuestas se acentuaba más su cólera". (N.P., p. 1272). Sin embargo, no era esto solamente, sino que con su conducta había creado el malestar en el convento, por lo que todos los padres estaban en contra. Muy a pesar suyo tendrá que oír los motivos por los que se le pone en la calle:

Hermano Alonso, le dice el vicario, no entienda que se le despide de nuestra casa por negocio ligero y de poco caudal... Todos los padres están enfadados con su proceder. Tiéñenle por hablador, y que se mete a negocios de gobierno del convento; cosa que no es permitida a un lego, cuanto más a un donado.

(N.P., p. 1275)

El protagonista de la novela, no era viejo ni mucho menos en el momento de abandonar el convento; si consideramos la edad que tenía cuando se separó del tío cura, si añadimos el tiempo que él mismo va anotando a medida que nos habla de los distintos amos a quienes había servido, y por fin los que pasó con los religiosos, tenemos que se encontraba por entonces en plena madurez, ya que no llegaba a los cuarenta.

Verdad es que la primera parte constituye una unidad completa hasta el momento en que Alonso pone punto final a su exposición respecto de su vida anterior; pero sucede que no acaba ahí todo, pues las circunstancias obligan al donado a cambiar de rumbo y a reanudar sus aventuras.

Salvo pocas excepciones, entre ellas la Vida de Lazarillo de Tormes, en la cual el "caso" que motiva la carta-exposición aparece como un relato cerrado, es decir, sin continuidad posible como hubiera deseado el interpolador de Alcalá, casi todas las demás novelas picarescas prometen una segunda o tercera parte, como sucede en Guzmán de Alfarache, en La pícaro Justina y en el Buscón, entre otras. Curiosamente, en el prólogo de la primera parte de su novela, el doctor Alcalá Yáñez se había comprometido a "no escribir más libros" a no ser que tratasen de medicina, más en consonancia con su profesión; no obstante hay que tener en cuenta que se trata de un ardid al que recurre el escritor con

el objeto de ganarse al público, el que unos años antes no había hecho mayor caso de su primera obra Milagros...; en esta ocasión apela también al sentimiento del lector al que cree conocer por experiencia bastante bien, y sirviéndose de un estupendo símil trata de ganárselo por la vía afectiva con las siguientes palabras: "Y pues es el postrero el que llega a tus manos, trátalo como a hijuelo pequeño, a quien se sufren y sobrellevan innumerables faltas". (N.P., p. 1270). El hecho de ser Alonso, mozo de muchos amos, como llamó a la primera parte, un relato abierto, ofrecía la posibilidad de alargar la vida y aventuras del protagonista en forma de sarta, la cual se prestaba tanto a la crítica social. Tal decisión de Alcalá fue un acierto, y el éxito extraordinario que suponía la edición de Barcelona al año siguiente de la de Madrid, contribuyó a que la parte complementaria apareciese un año más tarde, o sea en 1626 en Valladolid, de la cual Alonso sigue siendo el dicharachero protagonista.

C.- LA NARRACIÓN INSERTA EN EL DIÁLOGO.

El servicio a varios amos es el procedimiento que utiliza el escritor de novela picaresca con el objeto de llevar la crítica a todas las capas sociales. El pícaro sirve a algún miembro de la Iglesia, ya sea a un cura, a un arcipreste o a un cardenal, o lo vemos también al lado de algunos personajes revestidos de autoridad como el alcalde, el alguacil o el capitán; asimismo es normal encontrar también en estas novelas, al clásico hidalgo, al médico, al pintor, al "autor" de comedias, al sacristán, a estudiantes, y hasta alguna viuda.

El doctor Alcalá Yáñez se sirve de Alonso para hacer literatura religiosa y literatura picaresca como antes había hecho Mateo Alemán con Guzmán de Alfarache; con ella pretende llevar al hombre por el camino del bien de acuerdo con las normas que señalaba la ascética, al mismo tiempo que mediante el ejemplo de los demás, buenos o malos, considerados estos últimos como escarmiento y lección, aunque se trate de los sujetos más infames, como algunos de los casos que él mismo presenta en el libro Verdades...

Alcalá Yáñez pone en juego, por un lado, sus conocimientos teológicos, y por otro, su larga experiencia como médico, adquirida en el ejercicio de su profesión, al tener que asistir a los enfermos de varios conventos segovianos por muchos años, así como a los de entidades benéficas,⁸ cuyo resultado fue ciertamente, El donado hablador.

Alonso se pasa la vida aconsejando a los demás sobre qué deber hacer o evitar; critica a sus amos y superiores quienes al fin, llegan a cansarse de él y lo despiden sin contemplaciones. El bueno de Alonso, lo es desde que se inicia como criado al lado de unos estudiantes, hasta el momento en que lo vemos, como ermitaño, en amena charla con el cura de San Zoles.

Alonso, como Guzmán de Alfarache, es andaluz, detalle que posiblemente tuvo muy en cuenta el médico segoviano al hacer nacer a su personaje en una villa de Andalucía. Si bien es cierto que los dos protagonistas van por caminos totalmente distintos al enfrentarse a la vida, no obstante, coinciden en la forma insistente y machacona en que con frecuencia aconsejan, reprenden y censuran a los demás. Alonso es fiel

a sus principios en todo momento; Guzmán, en cambio se aleja del ideal que predica y jamás pone en práctica los excelentes consejos que ofrece a otros. Ciertamente, los dos se caracterizan por su locuacidad, incontenible a veces en Alonso, quien no tiene reparo en vituperar los males, vicios, flaquezas y deficiencias que ve en la sociedad, con frecuencia agrandadas por su manera tan especial de ver las personas y las cosas. La actitud del pícaro Guzmán que sabe "vivir" y se instala cómodamente al lado del cardenal y del embajador francés, en Roma, contrasta con la de Alonso a quien sus amos no lo pueden aguantar por mucho tiempo debido a la costumbre de meterse donde no le llaman. Teniendo en cuenta este aspecto, hasta cierto punto se comprende que el aprovechado Guzmán sirva tan sólo a cinco amos, número que resalta más todavía frente a los diecinueve que tiene Alonso, trece en la primera parte y seis en la segunda.

Las ansias de libertad y el deseo de llevar una vida más alegre, impulsan a Alonso a huir de la casa del tío cura quien al encargarse del sobrino se había propuesto hacer de él un hombre de bien, y sobre todo, un hombre de provecho. Contaba entre quince y dieciséis años cuando, una noche, amparado por la oscuridad se puso en marcha hacia Castilla la Vieja, como él dice, "solo y sin blanca".

En una venta, cuatro estudiantes se ofrecen a ayudarlo y darle estudio a condición de que vaya con ellos. El muchacho ve el cielo abierto, pues como Marcos de Obregón, tendrá oportunidad de asistir a clases en la universidad de Salamanca, aunque no en forma regular, ya que sólo asiste en los ratos en que sus labores le dejan libre. Alonso pone de

manifiesto el interés que mostraba en aprender, y hasta alude con satisfacción a los conocimientos que llegó a adquirir; por el contrario, destaca la actitud de "sus" estudiantes, quienes malgastaban el tiempo, viéndose obligado a veces, a recordarles sus obligaciones. El protagonista se hace eco de las travesuras y del ambiente estudiantil, y en forma delicada, se refiere a la novatada que, cual otro Pablos en Alcalá, también tuvo que pagar, tras la cual el ferreruelo quedó "más blanco que la nieve". Los cuatro estudiantes, sin dinero y empeñados, antes que volver a su tierra y causar un gran disgusto a sus padres, optaron por entrar en religión dejando al criado "solo y desamparado".

Alonso, como Guzmán y otros pícaros, sirve también a un capitán, y como ellos destaca algunas fallas y vicios de quienes, a menudo ilusionados por la honra que adquirirían mediante el servicio al rey, se alistaban como soldados bajo el mando de jefes sin escrúpulos, y cometían toda clase de abusos, frecuentemente en provecho de aquellos. Por cierto tiempo y al lado de otros compañeros, Alonso merodea por pueblos castellanos hasta que un inesperado incidente ocurrido al capitán, obliga a los soldados a dispersarse, y a él a buscar a quién servir.

En una villa, un sacristán recibe al joven en calidad de ayudante, mas no lo puede aguantar por mucho tiempo; en pocas ocasiones se muestra Alonso tan impertinente, pues a su amo no lo deja en paz un momento reprochándole su poco respeto para con las imágenes y objetos del culto, así como su modo de andar por el lugar santo. La reacción del sacristán no tardaría en llegar, y con ella el despido del muchacho, quien en vez de callar trataba de dar lecciones a su amo, de ahí que un buen día le

dijera: "Por vida vuestra que mudéis hoja y no os metáis a gobernar al pueblo; que no os es dado a vos ni yo he menester criado que me enseñe, sino que haga lo que yo le mandare". (N.P., p. 1214).

La lección del sacristán de poco le sirvió, pues lejos de ponerla en práctica, tan pronto como entró a servir en casa de un caballero toledano, los consejos y las observaciones sobre el manejo de la hacienda estaban siempre en labios de Alonso; de manera especial menudeaban los avisos y buenas palabras a la señora de la casa, a la cual reprochaba el dejarse llevar de las apariencias.

La osadía del criado llegó al colmo, al predicar justicia en la misma casa del alcalde cordobés, justamente a quienes acudían a pedirla. Las gentes pronto le señalan con el dedo llamándole "el soplancillo", contrariedad que le obligó a abandonar la ciudad.

Entre los amos de Alonso está un médico sevillano, a quien sirvió por más tiempo, y al que llegó a coger cariño por el buen trato que le daba; no obstante, alguna vez llegó a culparle de presumido al oírle fijar la hora en que alguno de sus enfermos había de morir, hecho que Alonso le reprochaba en vano, pues veía que sus consejos caían en el vacío. En alguna ocasión, su atrevimiento le mereció alguna severa reprimenda por parte del galeno.

Sevilla es el centro de las actividades del protagonista de El donado hablador, pues desde allí viaja a Valencia y a México, y en ella se establece al regresar del Nuevo Mundo a las órdenes de un director de comedias y como criado de un convento de monjas.

La primera parte de la novela del doctor Alcalá concluye al entrar el protagonista como donado en un convento en el que permanece catorce años, al cabo de los cuales refiere su vida al padre vicario. En la segunda parte, Alonso desempeña el mismo papel, y el relato da comienzo al exponer al cura de San Zoles los motivos por los que los frailes lo habían despedido.

El silencio es la regla de oro que más estiman los buenos religiosos, necesario para todo tipo de trabajo, sobre todo intelectual; sin embargo, el donado lo tenía en poca estima, y la costumbre de meterse en la vida ajena le dominó también al lado de aquellos. Las faltas que para Alonso eran apenas leves, eran consideradas por el reglamento como muy graves, y en consecuencia, los religiosos se vieron obligados a despedirlo. Con cincuenta reales en el bolsillo se vio el antiguo donado tras los muros del convento sin otro remedio que emprender otra vez su vida de servicio. Muy tarde ya, se lamentaba el pobre Alonso de no haber hecho las cosas como debía, de haber hablado tanto, culpando al mismo tiempo a quienes, según él, teniendo el deber de avisarle, no le habían llamado la atención a tiempo.

De hecho, el protagonista siempre había tenido a quien servir, y por lo mismo, nunca le había faltado que comer; pero cuando la necesidad le apriete, cuando ante el jefe de los gitanos se vea sin ropas, con hambre y sin saber qué decir, entonces reflexionará y se acordará de su poca discreción y demasiado hablar que lo habían llevado al estado en que ahora se encontraba; en tal situación se lamenta con estas palabras: "Oh, si siempre hubiera sido tan callado, cuánto me valiera". (N.P., p.1279).

Zaragoza es la ciudad donde Alonso pasa más tiempo, aunque no en calidad de sirviente, sino como honrado esposo de una viuda rica, aunque fea y desabrida, según el protagonista, la cual a los dos años y medio pasó a la otra vida dejándole a él en libertad y en la calle, pues tan pronto como sus dos hijos se enteraron de la enfermedad de su madre, vinieron a casa no tanto para cuidar de ella, cuanto para apoderarse de cuanto tenía.

En Lisboa, el protagonista de El donado hablador desempeña un oficio de categoría, pero renuncia a él antes que ser cómplice de la deshonra que se cernía sobre la casa de su amo.

El Alonso reformista llega a enemistarse con su amo el pintor al enjuiciar desconsideradamente sus cuadros, en especial los que hacía de la Virgen María. Menos mal que el criado confiesa su falta, y si tuvo que alejarse a pesar del aprecio en que el artista y su mujer le tenían, fue debido a su acostumbrada osadía de meterse en todo, defecto que él mismo reconoce cuando dice: "Pero era yo de tan mal natural, que cuanto mal me parecía, nunca guardaba respeto, y sin tener polilla en la lengua, lo decía a las claras, topase donde topase". (N.P., p. 1319).

Segovia es la ciudad en la que el personaje de Alcalá Yáñez exterioriza a sus anchas los sentimientos religiosos y patrióticos con motivo de la visita que hace a la Virgen de la Fuencisla y al contemplar los viejos monumentos, símbolos de la ciudad; en ella trabaja Alonso como operario textil en un taller particular por muy poco tiempo, y más tarde, en una fábrica en la que llegó a sentirse muy a gusto.

Varias ciudades de la Mancha, Murcia, Alicante, y por fin Argel, son otros tantos puntos geográficos todavía frescos en la mente de Alonso al confiar sus recuerdos al cura de San Zoles.

Convencido estaba el antiguo donado de que el mucho hablar y el tener que dar su opinión gustase o no a su oyente era su ruina, mas el propósito de ser más prudente no duraba mucho. La lengua que había sido su arma de ataque, se convierte al final de la novela en arma defensiva, y ante la acusación de que son objeto sus compañeros los comediantes por parte del virrey de Argel, Alonso los defiende y se defiende; logra así el perdón propio, aunque no el de los demás artistas quienes son martirizados. De este modo pierde la palma del martirio, y con ella el poder ser llamado el santo hermano Alonso, según le hace notar el eclesiástico. La inmediata respuesta de aquel revela cuál había sido en todo momento su pecado: "No merecía yo tanto bien, que aun hasta en esto me hizo daño el hablar". (N.P., p. 1339).

Entre todos los protagonistas de novelas picarescas, Alonso es posiblemente el más locuaz, pues no teme importunar con inesperados consejos, a pesar de que todos sus afanes resultan siempre inútiles. Lo único que consigue es ser despedido por sus amos, acabando por refugiarse en un convento al final de la primera parte de la novela, y en la soledad que le brinda la ermita de San Zoles, en la segunda. El protagonista, desde su retiro, parece querer darnos la última lección, la de la humildad, al reconocer que todos sus deseos por mejorar la sociedad habían sido infructuosos. Tal vez pensaba que con el ejemplo podría conseguir lo que no había logrado a base de palabras y consejos.

El espíritu reformador de los citados diálogos de Alfonso de Valdés está presente en El donado hablador, y sobre todo son evidentes las enseñanzas del Coloquio de los perros, de Cervantes, en el que Berganza va mostrando los vicios de la sociedad a medida que sirve a diferentes amos, y no se halla satisfecho hasta que encuentra la virtud personificada en el viejo Mahudes.

Berganza y Cipión, "excelentes murmuradores, dicen todo cuanto quieren y como quieren"⁹, porque no ofenden, porque la crítica que hacen la envuelven en la más sana intención; su murmuración es una sátira encaminada a mejorar la sociedad. Esto mismo se había propuesto el personaje de Alcalá Yáñez al predicar, reprender y aconsejar constantemente a los demás, sin exceptuar a sus superiores.

Sin duda alguna, Cervantes alude a la filosofía cínica cuyos seguidores en la antigua Grecia eran críticos por vocación, y como tales, fustigaban los vicios de la sociedad. La intención y la forma del coloquio cervantino está en la línea del diálogo lucianesco, muy en boga en la primera mitad del siglo XVII, debido a la influencia de Erasmo y al entusiasmo de sus discípulos.

Como la novela ejemplar de Cervantes, El donado hablador, de Alcalá, también es dialogada, y como aquella, también está empapada de ansias de renovación social. La gran admiración que sentía el médico segoviano por el insigne novelista explicaría en parte, la elección de la forma dialogada para su novela; sin embargo, tampoco hay que olvidar que la forma coloquial había sido utilizada durante siglos con un propósito crítico-didáctico, muy acorde con el objetivo principal de la

novela. Tal vez John H. Utley no hubiese tachado de "poor choice"¹⁰ la forma dialogada de El donado hablador, de haber tenido presente la finalidad del coloquio y la intención crítica que se le había asignado desde la antigüedad.

NOTAS

¹ Marcel Bataillon, Erasmus y España (México: Fondo de Cultura Económica, 1969), p. 614.

² Américo Castro, El pensamiento de Cervantes (Madrid: Taurus, 1925), p. 25.

³ Una idea de la popularidad que llegó a tener el diálogo erasmista en el siglo XVI, la da el hecho de que los Coloquios de Erasmo fueron el libro más popular en Inglaterra durante este siglo; el mismo sirvió de texto en las escuelas, y alcanzó noventa y nueve ediciones en 1546, Cf. Elizabeth Merrill, The Dialogue in English Literature (Yale Univ. Press, 1911), p. 40.

⁴ María Rosa Lida de Malkiel, Originalidad artística de la Celestina (Buenos Aires: EUDEBA, 1962), p. 110.

⁵ Fray Luis de León, De los nombres de Cristo, Ed. de Federico de Onís (Madrid: Espasa Calpe, Clásicos Castellanos, N. 28, 1956), pp. 21-22.

⁶ Vida de Lazarillo de Tormes, Ed. de Francisco Rico, La novela picaresca española, op. cit., p. 7.

⁷ John Herbert Utley, Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera: Alonso, mozo de muchos amos. A Critical Edition... (Abstract of the Thesis), (University of Illinois, Urbana, 1938), p. 11.

⁸ Manuela Villalpando, op. cit., p. 28.

⁹ Antonio Oliver, "La filosofía cínica y el Coloquio de los perros, de Cervantes", HR, 41 (1973), p. 305.

¹⁰ John Herbert Utley, Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera: Alonso, mozo de muchos amos. A Critical Edition (Univ. of Illinois, Urbana, 1938), p. 75.

CAPÍTULO V

ALONSO FRENTE A OTROS PROTAGONISTAS DE NOVELAS PICARESAS.

Al aparecer en 1554 la Vida de Lazarillo de Tormes, surge un nuevo género literario; la novela picaresca. La obra, breve en sí, pero profunda de contenido, sirvió de modelo a otras que irían apareciendo a lo largo del siglo XVII.

Las fuentes del Lazarillo, y por extensión de la novela picaresca, hay que ir a buscarlas mucho más allá de las obras contemporáneas, ya que tienen antecentes en El asno, escrito en griego por Luciano de Samosata, y en La metamorfosis o El asno de oro, escrito en latín por Lucio Apuleyo (114 D.C.). La forma autobiográfica y la estructura que presentan estas dos obras, sobre todo la primera, son otras tantas características que hallamos en toda obra picaresca. El asno narra sus propias aventuras y el relato se enlaza mediante episodios en sarta como harían más tarde los pícaros.¹ Sin lugar a dudas, los libros de Luciano y Apuleyo constituyen una sátira de costumbres en la que en forma humorista y grotesca señalan los vicios de la sociedad, personificados en una serie de individuos representativos de la misma, en general, incompetentes, explotadores y rapaces. De hecho, es lo que harán los protagonistas de novelas picarescas.

Como Luciano, también Menipo de Medara había formado parte de la escuela cínica cuya filosofía alcanzó su apogeo en el siglo II. La sátira que él crea, llamada menipea, llega a triunfar gracias a los escritos de Luciano en uno de cuyos diálogos introduce el nombre de aquel, y

más tarde, a través de las obras de los latinos Terencio Varro y Petronio pasa a las literaturas occidentales. En el siglo XVI, Luciano es muy conocido entre los humanistas europeos gracias a la traducción que de algunos de sus diálogos hace Erasmo, según decíamos en el capítulo anterior, en los que expone cuestiones de filosofía práctica de acuerdo con las tendencias de la escuela cínica que representa, cuyo eco llega hasta el famoso Coloquio de los perros, de Cervantes, en el que a su vez influye en El donado hablador, de Alcalá Yáñez.

Además de El asno de oro, traducido por López de Cortegana en las postrimerías del siglo XV, dentro de la literatura española, el autor del Lazarillo contaba asimismo con una larga tradición de tipo crítico-social que se remontaba hasta el Libro de Buen Amor y El Corbacho. Más cercanas a él estaban las Coplas de ¡Ay Panadera!, las Coplas del Provincial y las Coplas de Mingo Revulgo, las cuales ridiculizan a la sociedad del siglo XV, de manera especial, a la nobleza y a la Iglesia. A finales de esta centuria y principalmente en la primera mitad del siglo XVI, Gil Vicente, Torres Naharro, Diego Sánchez de Badajoz, Juan del Encina, Sebastián de Horozco y algunos más, continúan la tradición crítica en algunos de sus escritos, sobre todo contra el clero. De entre estos escritores se destaca Sánchez de Badajoz con sus incisivas farsas, sobre todo, por la Farsa de la Muerte, dirigida contra los canónigos de su ciudad, en la que les reprocha, al mismo tiempo que su holganza, el orgullo en que viven, al estilo del escudero al que sirve Lázaro.

Es curioso el hecho de que esta tendencia crítica que apunta a temas como la honra y el mal vivir de quienes, por vocación debían dar ejemplo, aparezca desde diversos ángulos y por los mismos años. Los escritos de Diego Sánchez de Badajoz son coetáneos de la Vida de Lazarillo, y tanto algunas de las farsas de aquel como la novela anónima, ridiculizan a eclesiásticos y nobles indistintamente. Podría pensarse que esta coincidencia se debe al hecho de que ambos autores fueran conversos, mas no eran los únicos en adoptar tal actitud, pues también otros contemporáneos señalan semejantes abusos, como la falta de caridad en los miembros de la Iglesia, la explotación de la fe de los humildes, la avaricia, la venta incontrolada de bulas y beneficios eclesiásticos o la injusticia social, tópicos que luego amplían otros escritores, sobre todo los autores de novelas picarescas.

Si el Lazarillo, en punto a temática no presentaba mayores innovaciones, en cambio en relación con la estructura sí suponía gran novedad. Aparece el anónimo libro, narrado a modo de carta dirigida a un gran señor, en forma autobiográfica, lo cual constituye, en expresión de F. Márquez Villanueva, "el gran descubrimiento de la quinta década del siglo".² No es ciertamente el Lazarillo la primera obra en la que se usa esta modalidad narrativa, pero sí una de las primeras, característica que unida a otras, contribuyó, como dice don Américo Castro, "a la formación del género literario llamado novela",³ y sobre todo, inició la estirpe de la novela picaresca. Efectivamente, en la novela anónima aparecen ya las notas que habrían de definir al género, como son entre otras, las siguientes:

- 1- El hecho de que el pícaro proceda de padres viles.
- 2- El relato autobiográfico de un individuo humilde en el que aparece un sinfín de peripecias.
- 3- El hecho de que sirva a varios amos.
- 4- El proceso de niño a adulto, fase desde la cual, generalmente cuenta sus aventuras.
- 5- Actitud crítica y conducta inmoral.
- 6- El estado de deshonor al que llega.

En general, este es el esquema que encontramos en las novelas pícaras, aunque no siempre fue seguido por los autores, llevados tal vez, de cierto afán de originalidad o de un impulso creador; así, unos dieron a su obra un tono principalmente moralizador con lo que la novela viene a ser una mezcla de sermones y de juiciosos consejos; otros prefirieron que el protagonista fuese una mujer y hasta introdujeron una tercera persona narrativa. Autor hubo que incluyó en la narración composiciones menores y hasta entremeses, y no faltó quien recurrió al diálogo y hasta dotó a su protagonista de ascendencia noble.

Estas y otras variantes han dado que pensar a los críticos, y en ocasiones, al enfocar estas novelas a través de un patrón único, se han sentido tentados a considerarlas, si no ajenas al género, sí a marginalizarlas e incluso a juzgarlas inferiores. A continuación, veamos cómo se dan algunos de estos aspectos en la novela del doctor Alcalá Yáñez en relación con las que la precedieron.

A.- LA ASCENDENCIA DEL PROTAGONISTA.

Una nota esencial a la novela picaresca es la ascendencia vil del protagonista, de la cual se vanagloria. Como quiera que el honor en la España del siglo XVII se basaba fundamentalmente en el linaje o nobleza de sangre, el pícaro al presentarse ante la sociedad es capaz de ostentar, como escribe Maurice Molho, una "nobleza al revés, hidalguía negativa, fundamentada en una ascendencia de ladrones, estafadores, judíos y prostitutas".⁴ A este respecto, nadie había hablado tan claramente como la famosa moza de Mansilla de las Mulas, la pícara Justina, la cual se yergue airosa y retadora frente a Lázaro y Guzmán, y con osadía llega a decir "que el buen pícaro halo de ser por herencia". De todos modos, aquellos no se habían quedado atrás, y no les iría en zaga Pablos, el protagonista del Buscón, quien cínicamente se gloria de su ascendencia deshonorosa.

Volviendo al comienzo del género, recordemos que la necesidad obliga al padre de Lázaro a convertirse en ladrón ocasional, y a su madre, a entenderse con el moreno Zaide en ausencia del marido. Más bajo es el origen de Guzmán, hijo de un aventurero casado con una mora rica de Argel, a la que roba y abandona, y de una mujer que convive con un caballero y lo hace pasar por hijo de éste. Los padres de Pablos no son, en modo alguno más dignos, pues su madre, Aldonza de San Pedro, para probar que era cristiana vieja, había añadido a su nombre, el de los más preclaros santos, lo que no impedía el que fuese considerada como hechicera y alcahueta, según confiesa el mismo pícaro; además, completa el cuadro familiar diciéndonos que su padre era un barbero ladrón, y que en Sego-

via tenía un tío que desempeñaba el oficio de verdugo.

En 1605, el médico toledado Francisco López de Ubeda publica su obra, La pícara Justina; la protagonista se jacta de la honra de sus antepasados: unos de "poco más allá del monte Tabor", otro de oficio barbero, y hasta tuvo un abuelo casado con una bruja. Justina era hija de un mesonero ladrón, en cuyo oficio le ayudaba su mujer, muy hábil por cierto en el arte de allegar dinero.

Jerónimo de Salas Barbadillo publicó en 1612 La hija de Celestina o La ingeniosa Elena, como la llamó más tarde. Elena, como los anteriores, no siente ningún rubor en confesar su origen, y así declara que su padre fue Alonso Rodríguez, "gallego de sangre", lacayo y amante del vino; su madre era una esclava mora que respondía al nombre de Zara, aunque entre sus amos era conocida por María.

En 1618, Vicente Espinel publica la Vida del escudero Marcos de Obregón, en la cual se aparta en más de una ocasión del esquema fijado por Mateo Alemán lo que ha llevado a algunos críticos a negar a su obra la categoría de novela picaresca.⁵ Indudablemente, Marcos es en todo momento un personaje bonachón que no cambia en momento alguno, y si alude a su ascendencia es en momentos en que su honra se ve en peligro; con tal motivo aclara que es oriundo de la montaña, manantial de honra durante siglos, en la mente de caballeros e hidalgos.

Como sabemos, el doctor Alcalá Yáñez publica en 1624 su novela Alonso, mozo de muchos amos o El donado hablador, en la que hasta cierto punto respeta las características del género picaresco, circunstancia que contribuye a que la obra presente aspectos muy interesantes por el hecho

de tener mucho en común con las novelas anteriores, y sobre todo, por la peculiaridad que presenta el protagonista.

La influencia de la obra de Vicente Espinel, según hemos visto en un capítulo anterior, y sobre todo la formación religiosa de Alcalá Yáñez, contribuyeron a la creación de Alonso, quien ya desde el principio se presenta como un personaje singular, al estilo de Marcos de Obregón. Efectivamente, como éste se aleja de los pícaros en cuanto que su ascendencia no tiene que ver nada con el deshonor en que se ven Lázaro, Guzmán, Pablos, Justina o Elena.

Como los anteriores, Alonso también habla del lugar de su nacimiento, un pueblecito andaluz cuyo nombre no da; respecto de sus padres poco es lo que puede decir, ya que su progenitor murió cuando él tenía apenas veinte días de nacido, y aún era muy tierno cuando su madre se lo confió a un hermano suyo "cura de una aldea bien apartada" a fin de que lo educase. Alonso, al referirse a sus padres, alude veladamente a su honradez a diferencia de los pícaros que se jactan de su origen vil.

Al referirse a los ascendientes del protagonista, el doctor Alcalá Yáñez tiene presente la ley de la herencia, de ahí que Alonso, a pesar de lo poco que sabe acerca de sus progenitores, y como teniendo en cuenta su futura misión de "reformador", alude a ellos como gente humilde aunque muy honrada, aspecto que ciertamente resalta con estas palabras:

... me dicen que fueron personas de cuenta en mi pueblo, y téngolo por cierto, por mis buenos respetos y no haber sido jamás inclinado a cosas bajas y que desdican de honrados términos; señal evidente y clara de la buena sangre que me dejaron.

La ascendencia constituye un factor básico en la educación del futuro pícaro ya "ab initio", que hace que esté como predestinado al deshonor al cual ha de llegar irremediablemente. Así lo da a entender don Américo Castro cuando escribe: "En la novela picaresca el personaje central aparece previamente situado mediante un hereditario determinismo, prensado dentro de un mundo perverso del cual no podrá zafarse. Los actos del pícaro demuestran a posteriori que todo acontece como era de esperar".⁶ Ciertamente, el final vil en que acaban los pícaros confirma el aserto del gran crítico, si bien, sus palabras son asimismo aplicables a Marcos de Obregón y a Alonso, pues sus vidas y el desenlace están condicionadas por una ascendencia honrosa, aspecto que tanto Vicente Espinel como Alcalá Yáñez, destacan en sus respectivas criaturas.

B.- IDENTIFICACIÓN DE NARRADOR Y PROTAGONISTA.

El relato en primera persona, es, entre las características de la novela picaresca, la que sufre mayores variantes, ya a partir de la Vida de Guzmán de Alfarache. Efectivamente, en la obra de Mateo Alemán aparece la intromisión de una tercera persona que advierte en los prólogos cómo se ha de entender al leer la obra, aparte de otros momentos en que interviene el autor. A este doble aspecto narrativo se refiere Alberto del Monte cuando dice que "en el Guzmán de Alfarache el contenido moral y la armonía formal producen una perturbadora incomodidad por la asidua confusión del escritor con su criatura".⁷

En otras novelas posteriores se advierte asimismo la presencia de dos narradores: el protagonista que cuenta su vida, y el autor que trata de salvar la parte didáctica y moral, como sucede en La pícara Justina.

Jerónimo de Salas Barbadillo va más lejos, y redacta su obra La hija de Celestina, en tercera persona, a excepción del capítulo III en el que la protagonista cuenta quienes fueron sus padres y parte de su vida. Lo mismo se aprecia en la obra del doctor Carlos García, La desordenada codicia de los bienes ajenos (1619), en la que el autor presenta las moralizaciones y enseñanzas, en tanto que Andrés, el protagonista, refiere su vida como ladrón en la que no se ve por ninguna parte la idea de reformarse.

Por el estilo de las dos últimas novelas es Teresa de Manzanares, de Alonso de Castillo Solórzano, en la que además de la protagonista, aparece como narrador un ermitaño, cuya misión consiste en presentar la fugacidad de la vida y la manera de hacer méritos, frente a las truhanerías de la pícara.

En otras novelas posteriores a la de Alcalá Yáñez, como El bachiller Trapaza (1637) o La Garduña de Sevilla (1642), en las que la intención es predominantemente crítica, la narración está hecha en tercera persona.

¿Qué pensar de la Vida del escudero Marcos de Obregón y de El donado hablador consideradas desde el punto de vista del yo narrativo? Evidentemente está clara la intención moralizadora de ambas, aspecto didáctico que sus respectivos autores anuncian en el prólogo. Pero, como

hemos sugerido en varias ocasiones, entre los protagonistas de Vicente Espinel y de Alcalá Yáñez y los pícaros, hay gran diferencia; en estos últimos está patente la contradicción entre la moralidad que a veces presentan y su propia vida, circunstancia que obliga al autor a introducirse en la novela, ya se trate de Mateo Alemán o de Francisco López de Ubeda, o bien mediante la intromisión de una tercera persona, un ermitaño por ejemplo. No sucede así con Marcos de Obregón y Alonso, honrados y buenos en todo momento, lo que contribuye a que sus lecciones y consejos tengan mejor aceptación: mas, si en la Vida del escudero Marcos de Obregón y El donado hablador, el autor solamente aparece en el prólogo, a lo largo del relato se observa una peculiaridad que no se ve en otras novelas. Tanto Marcos como Alonso narran sus vidas en primera persona, pero sucede que, en infinidad de ocasiones no narran lo que les acontece a ellos sino lo que observan, aspecto que indudablemente se destaca en el segundo, llevado de su extraordinaria locuacidad; esta modalidad hace que el protagonista sobresalga más "como narrador que como personaje", según observa Alfonso Rey, quien escribe al respecto:

A decir verdad, en estas novelas existe una tercera persona narrativa disfrazada de primera persona: pues el yo no habla de sí (o habla poco), sino de personajes y acontecimientos externos.⁸

Aparte de esta variante, por lo que se refiere a la narración, el doctor Alcalá Yáñez presenta en El donado hablador una innovación muy importante: el uso del diálogo, de principio a fin de la novela, con el que ésta gana en amenidad al intervenir el interlocutor con relativa frecuencia, aspecto que hemos señalado en el capítulo anterior.

C.- CRÍTICA Y MORALIDAD EN "EL DONADO HABLADOR", CARÁCTER DEL PROTAGONISTA.

La crítica moderna ha tratado de explicar de diversas maneras la aparición y razón de ser de la novela picaresca en la literatura española. Para Miguel Herrero, "es un producto pseudoascético, hijo de las circunstancias peculiares del espíritu español, que hace de las confesiones autobiográficas de pecadores escarmentados un instrumento de corrección".⁹ Curiosamente, para el citado crítico, la novela picaresca es un sermón con alteración de proporciones de los elementos que entran en su combinación, mientras que el elemento picaresco constituye "la parte pintoresca de los sermones".¹⁰ Efectivamente, en estas obras aparecen frecuentemente citas bíblicas, profusión de ejemplos sacados de las vidas de los santos, y hasta trozos de sermones, como se aprecia en las novelas de Mateo Alemán y de Alcalá Yáñez.

Sin duda alguna, la ascética y la picaresca se dan la mano, y lo curioso del caso es que un mismo autor es capaz de escribir una obra picaresca, y poco después ofrecernos una obra religiosa, como hicieron Mateo Alemán, Quevedo, Castillo Solórzano y Jerónimo de Alcalá Yáñez.

Vicente Espinel no escribió ninguna obra religiosa, pero su peculiar existencia semi-picaresca en su juventud, y posteriormente como sacerdote, tal vez le movió a proyectar ciertos rasgos de su vida en las páginas del Marcos de Obregón, según ha demostrado G. Haley.¹¹

Desde el punto de vista del contenido ético, dos elementos importantísimos integran la novela picaresca: el satírico y el moralizador. La Vida de Lazarillo de Tormes es, en gran parte, una sátira amarga y lacerante contra la sociedad española del siglo XVI. Las novelas que

siguen al Guzmán de Alfarache añaden al ingrediente satírico el moralizador en igual o menor proporción. En la línea de la primera están el Buscón y la Vida de don Gregorio Guadaña, entre otras, las cuales si son eminentemente satíricas por su contenido, en cambio, carecen de toda consideración de tipo doctrinal. La mayoría de las restantes novelas picarescas siguen, en general, el modelo de Mateo Alemán, con mayor o menor fidelidad, y en ellas el sermón o la parte doctrinal ocupa un lugar muy importante. A este grupo pertenecen hasta cierto punto y de modo más evidente, La Vida del Escudero Marcos de Obregón, y El donado hablador.

En la Vida de Guzmán de Alfarache existe cierto equilibrio entre el aspecto crítico por un lado y el moralizador por otro; de hecho, los dos elementos se complementan. Mateo Alemán hace crítica social a través de la vida del pícaro, el cual al no tener nada que perder da rienda suelta a la lengua y cuenta sus aventuras y fechorías, no por el solo hecho de hacerlo, sino para que sirvan al lector al que se dirige con frecuencia con el familiar "tú", o con la cristiana expresión "hermano mío", propia de un predicador. Indudablemente, en el Guzmán de Alfarache, al lado del pícaro aparece frecuentemente el predicador que expone jugosa doctrina y presenta largos sermones con los que trata de mover el ánimo de sus lectores. En contraste con la Vida de Lazarillo, en la cual la crítica contra la Iglesia y los curas es mordaz y despiadada, en el Guzmán jamás aparece una palabra contra los eclesiásticos, y si en alguna ocasión muestra el protagonista cierta simpatía por sus amos, es por el cardenal a quien sirve en Roma, y cuyo trato le resultó tan provechoso.

En La pícara Justina, la moralidad aparece al final de los diversos números en que están divididos los capítulos, a modo de moraleja o aprovechamiento como prefiere llamarlo el autor; la intención aparece muy clara a través de toda la obra, ya que venga o no al caso, Justina no deja de exponer la consabida lección. Mas, por si el propósito moralizador no estuviese claro, López de Ubeda, al final del número tercero de la Introducción, explica que el mismo ha sido ofrecer "sanos consejos, vestidos del zurrón de chistes y gracias picarescas".¹²

La influencia de Mateo Alemán en la Vida del escudero Marcos de Obregón es evidente, si bien el sermón es mucho más breve; el matiz moralizador en esta última obra es innegable, aunque las enseñanzas de Marcos aparecen con frecuencia como diluidas en el mismo relato.

Es asimismo innegable la afinidad que en este aspecto hay entre la Vida de Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán, y El donado hablador, de Alcalá Yáñez, obras en las que se aprecia el equilibrio de la narración entre la parte crítico-picaresca y la parte doctrinal, llegando así a una auténtica fusión de los dos elementos, a diferencia de la mezcla que de los mismos se da en otras novelas. Estas dos obras tienen mucho en común, y tal vez sea debido a que sus respectivos autores tienen también puntos de contacto. Entre ellos destaca el hecho de haber estudiado ambos medicina, Alcalá Yáñez en Valencia, y Mateo Alemán, en Sevilla, Salamanca y Alcalá; aquel fue médico en Segovia, y éste, si bien no parece que ejerciese la medicina, al menos acompañó en múltiples ocasiones a su padre, también médico, en sus obligadas visitas a la cárcel sevillana, donde en expresión de Alborg, adquirió "sus primeras experien-

cias del mundo apicarado". El sevillano procedía de familia de conversos, y es muy probable que también lo fuera Alcalá; los dos escribieron obras religiosas: la Vida de San Antonio de Padua, el primero, y Milagros de la Virgen de la Fuencisla y Verdades para la vida cristiana, el segundo.

Crítica de la sociedad y moralidad son las dos principales características de la novela del doctor Alcalá Yáñez. En contraste con el pesimismo y la amargura que destilan las páginas del Lazarillo o el Buscón, El donado hablador trata de inyectar en el ánimo del lector un rayo de esperanza, primero al contemplar la figura simpática y bonachona del protagonista, y luego por medio de infinidad de lecciones que presenta.

Si en la obra de Mateo Alemán se mantiene el equilibrio entre el aspecto picaresco y el doctrinal, en la de Alcalá Yáñez, el fiel de la balanza cede ante la enorme cantidad de doctrina frente a la actitud propiamente picaresca de Alonso. El autor acentúa el matiz crítico-moralizador a base de infinidad de ejemplos religiosos y profanos, de historietas, de cuentos y de apólogos que proceden de las más variadas fuentes.

Si según opina Miguel Herrero García,¹³ Lázaro de Tormes todavía no es un pícaro, y si la sicología de Marcos de Obregón ha llevado a ciertos críticos a negar que la novela que protagoniza pertenezca al género picaresco, ¿qué diremos de Alonso, bueno desde que nace hasta el momento en que se retira a la soledad para hacer penitencia?

Ciertamente, como hemos anotado ya, entre Alonso y los pícaros hay ciertos puntos de contacto, como son el autobiografismo, la evolución de niño a adulto que se opera en ellos, o el servicio a muchos amos. Por el contrario, otros aspectos, como son su origen y su actitud ante

la vida lo alejan de aquellos; en Alonso hay, además, una característica que aparece mucho más acentuada que en los demás protagonistas, su locuacidad crítica.¹⁴

En general, los pícaros no se quedan cortos en el hablar, y si Lázaro se muestra un tanto parco en sus reflexiones, que utiliza a modo de apartes, los demás no temen excederse al enjuiciar a los miembros de la sociedad, representados en los amos a quienes sirven. Entre los protagonistas de novelas picarescas ninguno es tan hablador como Alonso, el mozo que sirve a mayor número de amos. No deja de llamar la atención el hecho de que quien hable tanto, sea justamente un donado, es decir, un individuo aceptado por una comunidad religiosa en calidad de miembro, aunque sin votos, encargado de los oficios más serviles del convento. Por lo demás, estaba obligado a observar las normas de la casa como cualquier religioso, sin excluir la del silencio que tan a menudo quebrantaba para censurar la conducta de los demás. Se diría que el autor se propone señalar esta actitud crítica de Alonso y la importancia que la misma tiene en su personaje, a través de la paradoja que encierran las palabras de aquel, al confesar que si por vocación debía permanecer callado, cosa que no había hecho, ahora iba a hablar con autorización de su inmediato superior y amigo, el padre vicario, no en lo recóndito de su celda, sino en pleno campo, en plena libertad, aunque él se la había tomado siempre, aun para criticar al prior. Con sin igual desenfado inicia su charla con estas palabras, que en gran parte dan la medida de la locuacidad del personaje de Alcalá Yáñez:

Paciencia tenga vuestra paternidad, pues manda que hable, y escúcheme atento; que si los donados no hablan, yo he de ser esta vez el hablador donado; y dé gracias a Dios que hablo en soledad, y que no hay paredes que nos escuchen; que en efecto, no teniendo oídos, le faltarán lenguas para contar mis faltas.

(N.P., p. 1200)

Como hemos visto, ninguna obra se parece tanto al libro del doctor Alcalá Yáñez como la Vida del escudero Marcos de Obregón, con la que coincide no sólo en la estructura y aspecto moralizador, sino también en cuanto a la sicología de los protagonistas. Hay un momento en que el personaje de Vicente Espinel pondera el buen uso de la lengua y advierte cuán lejos está la crítica de la murmuración. Así se lo da a entender Marcos al ermitaño que le ha dado hospedaje durante una tormenta:

Llaman satírico, de pocos años a esta parte, dice Marcos, al que tiene ruin lengua; mas impropiamente que no tiene lo uno parentesco con lo otro; porque las sátiras no nacen de la ponzoña de la lengua, sino del celo de reprender un vicio, que por ser insensible en sí, se reprende en quien lo tiene.

(Espinel, relación XIX)

Ciertamente, no es difícil pasar de la crítica a la murmuración, como reconocen Berganza y Cipión, los dos famosos perros de la novela de Cervantes. El primero, al narrar su penosa vida, frecuentemente es interrumpido por Cipión pues, casi sin proponérselo, siente cierto cosquilleo cuando empieza a hablar mal del prójimo. Los dos canes confiesan que es muy fácil irse de la lengua, y Berganza llega a decir que "mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversación sin tocar los límites de la murmuración".¹⁵ Está claro que Cervantes hace crítica constructiva, sana e

indulgente a través de los dos perros, y como recuerda Cipión a su amigo, "con intención limpia, aunque la lengua no lo parezca".

Desde su punto de vista, Alonso hace constantemente crítica, desde el momento en que señala y advierte a los demás lo que en conciencia cree que está mal, siempre con un fin corrector. Los demás verán en él, al entremetido, al soplón y al murmurador y así se lo dirán también a la cara, mas eso no le detiene, pues se cree llamado a decir la verdad a sus amos aunque no les guste, y en consecuencia tenga que abandonarlos.

Desde la aparición del Lazarillo, las novelas picarescas venían insistiendo en determinados males y vicios de la sociedad, según se ha dicho antes, pero solamente un autor anónimo podía hacerlo abiertamente y enfrentarse a los miembros de la Iglesia. Nadie después llegó a tal extremo, ni siquiera Quevedo, quien en su condición de cristiano viejo se permitió ciertas libertades. Aparte del Lazarillo, los autores de novela picaresca prefieren no tener que ver nada con la Inquisición, y por lo mismo no censuran a la Iglesia ni a sus representantes. Si aluden a ella es de pasada, y más que en plan de reproche, en tono de alabanza. Así sucede con Guzmán quien encuentra muy agradable el trato de los clérigos con quienes viaja al salir de Cantillana, y sobre todo, el del cardenal romano, su benefactor.

Como Guzmán, Alonso se muestra muy parco en su crítica de los miembros de la Iglesia, inclusive de los frailes que lo expulsaron del convento. Acerca del tío cura sólo habla de pasada, y al presentárnoslo, no se regodea como hace Pablillos en el caso del Licenciado Cabra, aunque no deja de tirarle una pulla al decir que "era algo allegador y amigo de andar por el camino ahorrativo, natural condición de clérigo,

y más si son viejos como el mío". (N.P., p. 1200). Es posible que el autor sugiera que el recuerdo de algún que otro palmetazo, y sobre todo el hambre que pasó a su lado moviera al protagonista a hablar así, aunque ello no implica tanto sufrimiento como el del buscón Pablos en Segovia. Con frecuencia juzga Alonso a sus semejantes con benevolencia; veamos algunos ejemplos. Los dueños de mesones y ventas eran tenidos por gente explotadora y sin escrúpulos, y no obstante aquél llega a compadecerse de ellos con motivo del viaje de sus estudiantes; no es que él no los conociera, ya que llega a decir que "si bien podrían haber ganado indulgencia plenaria hurtando al ladrón... era cargo de conciencia lo que se hurtaba de cada posada", pues si pagaban un real, "diez se le hacía de daño al pobre mesonero". (N.P., p. 1202).

Al lado del capitán, Alonso le recuerda el abuso que hace de su autoridad, al proteger a los soldados de quienes se servía para enriquecerse; inclusive afirma que aquel no habría sufrido trágica muerte si hubiera seguido sus consejos.

El sacristán a cuyas órdenes trabaja después se cansa pronto de Alonso, pues apenas llegado, se atreve a indicarle lo que ha de hacer, culpándole además del poco respeto que se guardaba en el templo, así como la forma irreverente en que actuaba en el lugar santo. Dos meses tan sólo pudo aquel aguantar al importuno mozo, al que un día no tuvo más remedio que decirle: "Mancebito predicador, yo no os pido consejos, ni vos sois persona para darlos". (N.P., p. 1211).

Curiosamente, el protagonista de El donado hablador se muestra muy benévolo e indulgente para con algunos de sus amos, y a ellos no les

hace objeto de censura; profesa gran simpatía al director de comedias, a la viuda valenciana y al alguacil de México. En cambio, la verborrea crítica de Alonso parece que no tiene límites al hablar del hidalgo toledano y de su mujer, aquel pagado de su honra, y esta, vanidosa y despilfarradora.

El alcalde cordobés es, a los ojos de Alonso, la encarnación de la injusticia, lo que le lleva a constituirse en abogado y consejero de cuantos acuden al despacho de su amo, aspecto que en tono jocoso destaca en cierta ocasión uno de los regidores, al referirse al mozo charlatán:

... es persona de gran caridad, mucho gobierno;
es procurador de enfados, o él lo está de todos;
da consejos a quien no se los pide ni agradece.

(N.P., p. 1230)

Parecida actitud presenta Alonso en casa del galeno sevillano, al que trata de presumido cuando le oye quejarse de que se le ha muerto algún enfermo, no en la hora que él había previsto, lo que según el criado, le acarreaba mala fama, aparte de que él no era el dueño de la vida. Se lamenta de que el médico, lejos de agradecerle sus consejos, alguna que otra vez le diga: "Anda en horabuena y en la otra; limpiad vos la mula y no os metáis en lo que ni habéis estudiado ni sabéis". (N.P., p. 1243).

En la segunda parte de El donado hablador, Alonso no cambia de personalidad, a pesar de los casi veinte años que lo separan de su encuentro con los estudiantes salmantinos. Su espíritu de reformador le impulsa a transformar cuanto cree que está mal y a conservar una actitud

crítica frente a la sociedad en que vive, reflejada en los amos a quienes sirve.

Ya al comienzo del relato de la segunda parte de la novela, Alonso confía al párroco de San Zoles una experiencia amarga, el mayor desencanto que hasta entonces había sufrido. Después de haber vivido en el convento, inesperadamente se ve en la calle a petición de los religiosos, a causa de su "poca discreción, poco saber y demasiado hablar", según le dan a entender al despedirlo:

En el tiempo que con nosotros ha morado no ha habido prior, vicario, predicador, sacristán ni portero que no hay pasado por su arancel: negocio insufrible, y mas de su mozo a quien de derecho se le debe poco respeto.

(N.P., p. 1275)

Contrasta la actitud crítica de Alonso con la que han mantenido hacia él los religiosos, pues según el donado, de haberle avisado a tiempo de sus faltas, habría podido emendarse.

En sus nuevas aventuras en compañía de los gitanos, Alonso ensalza su fortaleza y resistencia, virtudes que habían arraigado en ellos al contacto de la naturaleza. En la misma ocasión condena los ritos funerarios que él mismo presencia, así como el ejercicio de la astrología y adivinación con el que explotaban a la gente sencilla.

Al lado de su mujer, el protagonista se ve obligado a practicar constantemente la paciencia, circunstancia que aprovecha para exponer las razones que se han de tener en cuenta antes de tomar estado; a tal efecto, repite y amplía los consejos de San Pablo a los casados. A modo de lección jocosa, y disculpando siempre a los casamenteros y esposos, cuen

ta lo que él solía hacer a fin de evitar altercados y males mayores, cuando a ejemplo de Sócrates, "tomaba la capa y salía de casa".

En Lisboa, Alonso sabe que arriesga su puesto de administrador al constituirse en defensor de la honra de don Pedro, su amo, mas no teme enfrentarse a la hija de este quien le insulta y amenaza, y un buen día le dice: "Sois un bellaco descomedido, advenedizo, ruin, mal intencionado, y yo os haré moler a palos por hablador". (N.P., p. 1307). Lamenta el criado los malos tratos de la portuguesa y al fin, en buena forma se despide de su amo y se aleja satisfecho de haber cumplido con su deber, aunque no pudo evitar que la infamia manchase el buen nombre de su amo.

Alonso habla con verdadero cariño del pintor a que sirve por poco tiempo y de quien llega a decir que "no había persona de más noble condición". No obstante, una vez más se siente culpable de la animosidad que existía entre su amo y él: "... era yo de tan mal natural, dice, que cuanto mal me parecía, nunca guardaba respecto, y sin tener polilla en la lengua, lo decía a las claras, topase donde topase". (N.P., p. 1319).

Alonso no teme importunar a sus amos con sus observaciones y consejos, y éste parece ser su mayor defecto. En su mente no cabe la hipocresía, el engaño ni la doble intención, y por la verdad arriesga su propio bienestar y hasta su oficio. No teme ofender, y a sabiendas de lo que le pueda acontecer, aconseja y reprende duela a quien le duela; desde el principio de su vida andariega aparece como censor de los males que aquejan a la sociedad y se constituye en reformador de las costumbres, en predicador incansable, al estilo del prebendado cuyo ejemplo cita el

protagonista en el capítulo X de la segunda parte, por cuyos avisos y admoniciones se llevaron a cabo reformas en el concejo las que redundaron en beneficio de todos.

Ciertamente, no es nada envidiable la misión de Alonso, pues casi siempre acaba mal; es despedido o se ve obligado a abandonar a sus amos, y cuando no, se gana la antipatía de cuantos le oyen. Al final, acaba aplicándose el ejemplo del cervatillo, el cual al menor ruido a pesar de no existir peligro alguno, emprende la huida movido por la fuerza de la costumbre. Así le pasaba a Alonso, quien a pesar del propósito de enmendarse, volvía a su "antigua culpa", ganándose tan sólo "enemigos", "ser tenido por hablador" y además, "no sacar ningún provecho". Pero al personaje de Alcalá Yáñez le impulsaban otros motivos que justificaban el ser tenido en menos, y hasta la pérdida de su oficio, según explica a su amable oyente:

... pero en mi favor también hay bastantes razones que acreditan mi natural inclinación, y la primera será ser bueno y piadoso mi intento; y si decía o reprendía, era movido de caridad, justo celo y con ánimo de hacer algún fruto, sirviendo a Dios con buenos consejos...

(N.P., p. 1321)

Alonso hace crítica en forma directa, sin temor a ofender, sin rodeos y sin medir las consecuencias que sus palabras puedan tener. Otras veces, lo hace en forma más delicada, y a tal efecto se sirve de ejemplos como el del ciervo y el del predicador, antes citados. En alguna ocasión, ataca un vicio ridiculizando a quien obstinadamente se aferra a él, como sucede con la esposa del hidalgo toledano, mujer frívola, arrogante y amiga de presumir, aunque fuese hurtando lo necesario para el sustento del cuerpo.

La sicología de Alonso difiere de la de los pícaros, quienes eran asiduos visitantes de iglesias y conventos adonde acudían en busca del cotidiano sustento, pero pocas veces se les veía dentro en actitud devota. Alonso es una excepción, ya que pasa gran parte de su vida sirviendo en conventos, trabajando en calidad de donado, de sacristán y recadero, o visitando iglesias o santuarios marianos. Su vida en calidad de ermitaño, es la respuesta a una promesa hecha a Dios en momentos difíciles, aunque humanamente aparezca también como un fracaso ante su ideal de reformador.

Alonso se granjeaba enemigos sin proponérselo, por el solo hecho de hablar en pro de la justicia y del bien, tratando de que los demás fuesen mejores. En este sentido está claro que el protagonista de El donado hablador forma parte de otra categoría de "pícaros", pues entre él y los pícaros hay un abismo, ya que es casi imposible imaginarse a un pícaro aconsejando a los demás la reforma de vida por medio de la palabra, y menos aún con el ejemplo. Al lado de Lázaro, de Pablillos y sobre todo de Guzmán de Alfarache, Alonso parece un santo, y ciertamente es muy difícil ver en él a un auténtico pícaro, pues algunas escenas de su vida apenas si rozan el terreno de lo picaresco, y aún así no pasan de ser minucias y travesuras que, al parecer, no tienen otro objetivo que causar cierta hilaridad en el lector, al mismo tiempo que dar al relato un matiz picaresco.

La misma hambre que había obligado a Lázaro a ingeniárselas para abrir el arca en la que el cura de Maqueda guardaba las hogazas, forzaba a Alonso a encogerse y trepar por la chimenea de la casa donde estaba

hospedado, en busca de unas morcillas; si bien, se trataba de algo más, ya que su amor propio le impelía a demostrar a los soldados con quienes estaba que, como ellos, también era capaz de hacer alguna trastada. De momento se alegra de su hazaña, que a la larga sirve de diversión a sus compañeros, mas reconocido su error, no tardará en reprocharles su actitud irresponsable y abusiva, al mostrarse tan exigentes con quienes además de darles posada, los sustentaban gratuitamente.

No pasa de ser picardía de buena ley la que hace Alonso a su amo, el alcalde cordobés, al irse con el dinero que le había dado para la compra de la semana; él mismo se encarga de darnos la razón que tuvo para cobrar su paga de los cuarenta y cuatro reales: "Y habiendo hecho el cómputo con mi conciencia, me di por libre, pareciéndome que todo se salía allá, tomar lo que se me debía o pedirlo a mi señor, pues casi era uno; no hay para qué trate ahora si pequé o no en hacer lo que hice". (N.P., p. 1234). Este modo de juzgar y pensar es muy significativo, pues aunque no es raro oír a un pícaro hablar de pecado, su comportamiento contradice la moral que expone, cosa que nunca sucede a Alonso, quien además muestra tener una conciencia bastante delicada.

Se ha dicho que "ideología y conducta marchan en los pícaros por distintos caminos".¹⁶ Tal afirmación se cumple en casi todos los protagonistas de novelas picarescas a excepción de Marcos de Obregón y de Alonso. Efectivamente, el deshonor en que normalmente acaban los pícaros es consecuencia de su actitud ante la vida, la cual a su vez está condicionada por su ascendencia vil. No dándose esto en los personajes de Vicente Espinel y de Alcalá Yáñez, se comprende que su final sea totalmente distinto.

En Alonso, ideología y conducta van siempre en la misma dirección, lo que le origina no pocos sinsabores; a diferencia de Lázaro, que para vivir en paz y poder conservar su oficio de pregonero, prefiere no hablar, Alonso por el contrario, tiene que decir cuanto cree que está mal, aconsejar y reprender a los demás, pues cree que esa es su obligación, aunque luego tenga que abandonar su oficio.

Ciertamente, frente a la vida de los pícaros, la de Alonso aparece también como una cadena de fracasos, pero por muy distintos motivos. En la soledad en que vive en calidad de ermitaño, se diría que ha cambiado de táctica en su afán de mejorar a los demás, y en vez de lanzar palabras al viento, predica con el silencio, que al menos para él, acaso simbolizaba una victoria.

NOTAS

- ¹ F. Lázaro Carreter, Lazarillo de Tormes en la picaresca (Barcelona: Ed. Ariel, 1972), pp. 33-36.
- ² F. Márquez Villanueva, "Reseña de La vie de Lazarillo de Tormes", en RFE, XLII (1958-1959), p. 288.
- ³ Américo Castro, El "Lazarillo de Tormes", en Hacia Cervantes (Madrid: Taurus, 1967), p. 144.
- ⁴ Maurice Molho, Introducción al pensamiento picaresco (Salamanca: Anaya, 1972), p. 23.
- ⁵ Así opinan, entre otros críticos, Alberto del Monte, Itinerario de la novela picaresca, (Barcelona: Ed. Lumen, 1971), p. 108, y A. Zamora Vicente, "Tradición y originalidad en El escudero Marcos de Obregón", en Presencia de los clásicos (Buenos Aires: Col. Austral, 1951) pp. 75-140.
- ⁶ Américo Castro, "Perspectiva de la novela picaresca", en Hacia Cervantes (Madrid: Taurus, 1967), p. 125.
- ⁷ Alberto del Monte, Itinerario de la novela picaresca, op. cit., p. 80.
- ⁸ Alfonso Rey, "La novela picaresca y el narrador fidedigno", HR, 47 (1979), p. 68.
- ⁹ Miguel Herrero, "Nueva interpretación de la novela picaresca", RFE, XXIV (1937), p. 348.
- ¹⁰ Ibid., p. 349.
- ¹¹ George Haley, Vicente Espinel and Marcos de Obregón: A Life and its Literary Representation (Providence: Brown University Studies, 1959).
- ¹² F. López de Ubeda, La Pícara Justina, op. cit., p. 722.
- ¹³ Miguel Herrero, Estudio citado, p. 355.

¹⁴ Gonzalo Sobejano estudia este aspecto, común a casi todos los protagonistas de novela picaresca, en "Un perfil de la picaresca: El pícaro hablador", en Studio hispanica in honorem Lapesa. (Madrid: 1972), pp. 467-485.

¹⁵ Cervantes, Coloquio, op. cit., p. 296.

¹⁶ Miguel Herrero, Estudio citado, p. 351.

CAPÍTULO VI

EL ESCENARIO GEOGRÁFICO EN "EL DONADO HABLADOR".

El pícaro es vagabundo por naturaleza, y llevado ya por la necesidad, ya por su propio deseo de aventura, recorre ciudades y regiones españolas, y hasta prolonga su vida andariega por tierras de Europa y América.¹

Alonso, el protagonista de El donado hablador, no tiene rival en cuanto al número de años a los que sirve, unos diecinueve, lo que explica en parte su largo peregrinar por tierras de Andalucía, Castilla, Aragón o Valencia; pero, esto no es todo, pues como Estebanillo llega hasta Lisboa, y como Pablos pasa a Nueva España. Como Marcos de Obregón, es víctima de sus ansias de aventura, y un día, sin esperárselo amanece en tierras africanas.

En la geografía de la picaresca cobran importancia ciudades como Salamanca por el hecho de ser centros de estudios superiores; otras como Toledo, Valladolid o Madrid fueron la sede del gobierno, y por lo mismo, atraían gran número de indigentes. Sevilla ocupaba un lugar de preferencia, por ser el primer centro que comerciaba con las Indias, y como tal, ofrecía más oportunidades de ganarse la vida con poco o ningún trabajo. Otras ciudades como Valencia, Granada, Córdoba, Segovia, Zaragoza o Barcelona por ejemplo, ofrecen asimismo al escritor especial interés desde el punto de vista cultural, histórico o comercial.

A excepción de Lázaro y de Guzmán, todos los protagonistas de novelas picarescas verían la luz, a lo largo de la primera mitad del siglo XVII, lo cual no significa que antes no hubiese habido infinidad de pí-

caros anónimos. Cervantes, que tanto había recorrido y visto, al prorrumper en alabanzas del ventero socarrón que armó caballero a don Quijote, dice de él que en sus años mozos se había dedicado al ejercicio de la caballería y a otras aventuras famosas, dignas de las "escuelas" de pícaros que había frecuentado:

... los Percheles de Málaga, islas de Riarán, Campás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies y la sutileza de sus manos.

(El Quijote, P.I., cap. III)

Todo autor de novela picaresca, en forma consciente o inconsciente, pone especial cuidado al describir ciudades, edificios o monumentos, así como al narrar escenas y acontecimientos que puedan tener cierto interés para el lector; con frecuencia él mismo actualiza y revive situaciones personales por medio del protagonista, a través del cual exterioriza sus sentimientos, como hace a menudo Alcalá Yáñez.

Al acompañar a Alonso en su recorrido por ciudades, lugares y ventas, necesariamente tendremos que considerar al mismo tiempo, aunque sea de paso, a otros protagonistas de novelas picarescas, a fin de apreciar la actitud tan diferente que toman ante un ambiente común.

A.- ITINERARIO DE LA PRIMERA PARTE.

El relato de la primera parte de El donado hablador se inicia al salir Alonso del pueblecito andaluz en el que ha vivido con su tío cura. Toma el camino de Castilla, y en una venta encuentra a unos estudiantes a quienes acompaña hasta la ciudad del Tormes.

1.- SALAMANCA.

Si bien es cierto que algunas ciudades atraían a las gentes por su movimiento comercial, a Salamanca acudían no por su riqueza, sino por la enseñanza que se impartía en las famosas aulas de su universidad. Aunque son pocos los protagonistas de novelas picarescas que pasan por Salamanca, no obstante, la vieja ciudad ocupa un lugar importante desde el momento en que de allí y sus alrededores arranca el comienzo de la primera obra del género.

En Salamanca recibe Lázaro de Tormes su primera lección de parte del ciego de quien recibió "una gran calabazada en el diablo del toro" que está al extremo del puente. El muchacho jamás olvidaría "el dolor de la cornada", pues si físicamente le duró algo más de "tres días", la advertencia que le hace su amo, según la cual "el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo", (N.P., p. 86), le sirve para siempre. Con tal lección despierta a la vida, ya que "como niño, dormido estaba", y con ella inicia su adiestramiento cuya culminación será el oficio de pregonero.

Marco de Obregón es atraído por la fama de la universidad de Salamanca de la que hace grandes elogios. Habla con verdadera admiración de algunos profesores a los que conoce y trata, y nos ofrece algunos datos de la vida estudiantil. Se refiere a las dificultades por las que atraviesan los estudiantes, quienes, a menudo, a consecuencias del "hambre, necesidad y mal pasar", se desalientan y abandonan los estudios. No cabe duda que el personaje de Espinel habla por experiencia, pues al igual que otros muchos estudiantes, también él sufrió los rigores del clima y la picazón de la sarna, ocasionada al beber el agua fría del Tormes. (N.P., p. 962).

Una vez más, en Marcos de Obregón se advierte la lección espontánea y práctica que presenta al lector, al insistir en el respeto y cortesía que hay que mostrar a la autoridad, con motivo de una visita inesperada del Corregidor Bolaños, quien de no haber intervenido a tiempo el rondeño, habría castigado con la cárcel la insolencia de sus compañeros.

La necesidad en que se veían sus padres, obligó a Marcos de Obregón a ausentarse de Salamanca en un momento que no deja de ser doloroso para él, ya que entonces gozaba de una plaza en el colegio de San Pelayo, centro que se distinguía tanto por la selección del estudiantado como por la calidad de los maestros.

Alonso, el protagonista de El donador hablador también tuvo la suerte de estar en Salamanca a la que llama "madre de los ingenios del mundo y princesa de todas las ciencias" (N.P., p. 1202). Como Marcos de Obregón, también se detiene a contarnos algunas escenas estudiantiles, y como el buscón Pablos se complace en describir la novatada que tuvo que pagar. El personaje de Alcalá Yáñez también se hace eco del ambiente estudiantil, y frente a la prudencia de los padres que sólo enviaban a sus hijos lo necesario, pondera la irresponsabilidad de los estudiantes viciosos que malgastaban el tiempo y el dinero. Evidentemente, Alonso resalta la apatía de sus amos frente al interés que él manifestaba en aprender, aspecto que señala cuando dice:

"... íbame por los generales y oía al catedrático que más gusto me daba; unas veces entraba en leyes, otras en medicinas, otras en artes y sagrada teología, sin dejar las retóricas y matemáticas..."

(N.P., p. 1203)

Desde Salamanca, Alonso se interna en tierras de Castilla y entra al servicio de un capitán y más tarde de un sacristán; al ser despedido por este último se encamina hacia Toledo.

2.- TOLEDO.

En Toledo, como en otras ciudades, los pícaros tenían sus centros preferidos, y entre ellos ninguno lo era tanto como la plaza de Zocodover, la cual había servido durante siglos de mercado público, de plaza de toros y lugar de juegos de cañas, y hasta en ella se habían escenificado muchos autos de fe. Pero, también era según Francisco Rodríguez Marín, "uno de los principales centros de la picaresca de España, y en él solían hacer larga estancia muchos perdidos; y con ellos los que habían de perderse tiempo andando, ejercitaban su aprendizaje de cicaterue los, o sea de hurtadores de bolsas".²

Como luego veremos, en Toledo se quedó a vivir definitivamente Lázaro de Tormes, en calidad de pregonero oficial. Otros pícaros, a ejemplo suyo, visitarían mucho más tarde la ciudad imperial, a pesar de que ya no ofrecía tantos atractivos como cuando residía allí la corte.

En Toledo estuvo asimismo el más refinado pícaro, Guzmán de Alfarache, y no le fue muy bien; alguna noticia nos da de la citada plaza, en relación con lo que allí se tramaba y hacía, circunstancia que le obligaba a andar con mucho cuidado. Al hablar de Zocodover dice que "la atravesaba pocas veces y con miedo, y si salía de la posada era mal y tarde, no durmiendo tres noches en una, por no ser espiado si fuera conocido". (Guzmán de Alfarache, N.P., p. 325).

Pablos estuvo en Toledo por lo menos un mes dedicado al arte escénico, y luego entregado de lleno a devaneos, subyugado por la hermosura de las mujeres toledanas, la cual se atribuya, recuerda Alonso, a las maravillosas aguas del río que en gran parte circunda la ciudad.

Para Elena, la protagonista de la novela La hija de Celestina, Toledo, además de imperial, es "la ciudad gloriosa", pues "la reina a quien hacen corte los serafines la ennobleció con visitalla". (Cap. I, N.P., p. 891). Más lejos va Avendaño, el afortunado personaje de La ilustre fregona, para quien la ciudad del Tajo es "la mejor de España", y en ella se queda a servir, pues al ver a Constanza, se ha convencido de que allí viven las más discretas y bellas mujeres.

Con tales reclamos, no es de extrañar que los pícaros acudiesen a Toledo, y no precisamente a visitar alguna iglesia conventual al estilo del buscón Pablos, quien se pasaba largas horas oyendo vísperas y asistiendo a otras ceremonias sacras, con intenciones no muy "pías", esperando la contraseña de su dama.

Cervantes, en la novela que acabamos de citar, da a entender que al lado de los pícaros famosos como los esportilleros sevillanos y los cicateruelos de la plaza de Madrid, figuraban los no menos atrevidos de Zocodover. Los mismos conocían muy bien este lugar, y en general, solían buscar posada en las cercanías de la plaza; allí fue a parar el Lázaro de Juan de Luna, pues echaba de menos los buenos años pasados en la corte al lado de los alemanes, y el excelente vino que solía pregonar. Cerca de la plaza buscó posada también, Teresa de Manzanares, la protagonista de La niña de los embustes, la cual habría de ser "por herencia de sangre, buscona de marca mayor, sanguijuela de las bolsas y polilla de

las haciendas".³

No todo era en Toledo ni tan alegre ni tan peligroso como la citada plaza y sus alrededores, pues había otros lugares como la Posada del Sevillano a la que acudían caminantes, arrieros y vagabundos, según muestra Cervantes en la citada novela.

El doctor Alcalá Yáñez no quiso que Alonso fuera menos que los demás protagonistas de novelas picarescas, y a Toledo lo envió también a servir. Si bien, casi todos los pícaros alaban la ciudad, el protagonista de Alcalá Yáñez va algo más lejos y nos ofrece una panorámica de la antigua corte:

Llegué a Toledo un lunes de mañana, alegre de verme en aquella imperial y noble ciudad: consideré su maravilloso sitio y fuerte muralla, su admirable alcazar, su rica iglesia mayor... Entré en la plaza de Zocodover, teatro un tiempo de galanes andaluces, y ya por la gracia de Dios de fieles cristianos. Anduve de una calle en otra embelesado, mirando la riqueza de los mercaderes, sus grandiosas tiendas, su proceder y trato tan honrado y noble.

(N.P., p. 1216)

En cierto modo, Alonso recorre los mismos lugares que los pícaros, pues hasta cierto punto, a todos les mueve la misma causa: la lucha por la vida, aunque la diferencia está en el modo como se la ganan, pues mientras aquellos pretenden vivir sin trabajar, Alonso tiene que hacer de "cocinero, fregata, mayordomo y paje", según dice, y esto allí mismo donde aquellos trataban de llevarse la gran vida, pues al referirse a su nuevo trabajo tiene mucho cuidado en decirnos que la casa de su amo estaba no lejos de Zocodover.

Hay un momento en la vida de Alonso, en que al pensar en las consecuencias adversas que a menudo le ocasiona su verborrea, cuenta una his-

torietta que dice haberle sucedido a él mismo en un cigarral de Toledo, en momentos en que se entretenía con unos muchachos moriscos. Al preguntar el nombre a uno de ellos, cuenta el protagonista, aquel inquirió a su vez, cuál deseaba saber "si el de la calle o el de la casa". Al rogarle Alonso que le dijese los dos, el muchachito, con gran naturalidad, le respondió: "Mire, señor, en casa me llamo Hamete, y en la calle Juanillo". Alonso aclara que el muchacho era de corta edad, y comenta luego la malicia, al mismo tiempo que la prudencia con que actuaban sus padres, lección que trata de aprovechar él mismo al decir: "¿Por qué había de ser hablador ni en mi perjuicio ni en el ajeno?". (N.P., p. 1295). Indudablemente, la anécdota recoge un rasgo de la población toledana entre la que convivía una minoría morisca. Uno de los nombres que usaba el muchacho evoca el de Cide Hamete Benengeli,⁴ autor de la supuesta Historia de Don Quijote de la Mancha. Cervantes, al destacar el hallazgo de la misma en caracteres arábigos y lo fácil que le fue hallar traductor, posiblemente quiso destacar la presencia de los moriscos en Toledo, y por extensión a los de toda la Mancha donde se habían establecido a consecuencia del levantamiento de los del reino de Granada en 1568 y 1569, aunque la alusión no parece estar exenta de ironía al ridiculizar a los escritores de libros de caballerías, quienes pretendían que sus libros habían sido traducidos de otros idiomas, especialmente del árabe.⁵

No deja de llamar la atención el episodio que el médico segoviano emplaza en Toledo, el cual recuerda el tratado III de la Vida de Lazari-
llo de Tormes. Efectivamente, existe gran similitud entre el amo de Alonso y el de Lázaro; los dos se ven acosados por el hambre, los dos están sin oficio, y los dos se sienten preocupados por la honra, aunque en la

novela del doctor Alcalá Yáñez, quien está obsesionada por el "qué dirán", es la mujer, a la que presenta con rasgos moriscos.⁶ El protagonista, al ver que sus esfuerzos por hacer entrar en razón a la dama son inútiles, se va de casa, habiendo recibido por toda paga unos zapatos, después de haberles servido durante algunos meses. Tomó rumbo a la capital, distante de Toledo, aclara Alonso, "doce leguas"; hizo noche en Illescas, y después de visitar el santuario de la Virgen María y de reponer fuerzas con algunas limosnas que recogió, se retiró a descansar. Al día siguiente recorrió las seis leguas que le faltaban y se presentó en Madrid.

3.- MADRID.

En el itinerario de Alonso hay ciudades que, aunque no trabaje en ellas, ofrecen asimismo especial interés, ya por las observaciones de carácter social que hace, ya por la coincidencia de rasgos afines con otras novelas picarescas. Madrid, como antes había sucedido con Toledo, gozaba también de fama por la afluencia de vagos y trotamundos que a ella acudían en busca de trabajo o simplemente a probar fortuna. A la capital acudió también, Guzmán de Alfarache, atraído como él mismo dice, por la codicia de la corte, por ser "patria común y tierra larga... Allí al fin está cada uno como más le viene a cuento; nadie se conoce ni aun los que viven de unas puertas adentro". (N.P., p. 510).

El Guzmán apócrifo, de Mateo Luján, al enfrentarse en Alcalá a un grupo de estudiantes, les da a entender que no es ningún novato en punto a estudios y otras materias, ya que también se había "graduado" en colegios madrileños, por lo que decididamente les dice:

Es sevillano el que ven sin apariencia de estudiante, criado en San Juan de Alfarache, refinado de golpe en la Puerta del Sol de Madrid y calle de Toledo, transplantado en Roma, pasado por entre pícaro de cocina y estudiante de todas las lenguas, apurado en Nápoles, y aunque nuevo en Alcalá, viejo en todas las universidades.

(N.P., p. 628)

Aunque Pablos ofrece muchos detalles en relación con la vida de los pícaros en la corte, tan sólo se refiere al "cuartel" de San Luis adonde solía acudir a comer la sopa boba; aparte de la Puerta del Sol y de la mancebía de la calle de Toledo que cita Guzmán, en el Madrid de los siglos XVI y XVII, había otros lugares que solía frecuentar la gente de vida alegre, como la ribera de Manzanares, a la que se refiere Elena, la protagonista de La hija de Celestina, de Salas Barbadillo, al hablarnos de su madre en los siguientes términos: "Bajaba a lavar la ropa de sus amos y la de algunos criados de importancia, los sábados, al Manzanares, río el más alegre de fregonas y el más bien paseado de lacayos de cuantos hoy se conocen en España".)Cap. III, N.P., p. 899). No menos famoso era el Barranco de Lavapiés, del que se tenía noticia aun en Sevilla, según cuenta don Gregorio Guadaña, quien antes de buscar posada al llegar a Madrid, acompañó a doña Beatriz y a otra señora, "pues dijeron que traían cartas para una amiga suya que vivía en el Avapiés". (Vida de don Gregorio Guadaña, cap. VII, N.P., p. 1702).

Luis Vélez de Guevara sigue de cerca el sarcasmo y comicidad que vedescos al presentarnos la gente que acude a la calle de los Gestos y al Baratillo de los apellidos famosos, al que acude mucha gente, incluso los pícaros, en busca del "don", propio de nobles y personajes ilustres como los que al final de la obra vemos desfilar por la calle Mayor

hacia el Prado.⁷

Por razones de oficio y de seguridad, los pícaros solían permanecer poco tiempo en el mismo lugar, pues la justicia vigilaba a los falsos mendigos a fin de evitar que el número de vagos aumentara, medida que a veces se extremó en ciudades donde residía la corte. Así, el Lázaro de Juan de Luna, apenas si se detiene en Madrid, pues enterado de que la autoridad andaba en busca de algunos cofrades, se disfraza y abandona la ciudad. El protagonista de novela picaresca que más tiempo residió en Madrid fue Marcos de Obregón, pues vivía en el hospital de Santa Catalina de los Donados, institución benéfica que tenía por objeto ayudar a quienes habiendo sido honrados no podían ganar ya el propio sustento.⁸

Como otros muchos, Alonso también acudió a la corte en busca de fortuna, no recorre los tradicionales centros donde se cita el hampa y la gente alegre, sino que acuciado por la necesidad se dirige al palacio real; allí contempla el gran número de pretendientes que acude diariamente a solicitar algún puesto de la administración, o un beneficio que no llega a pesar de las promesas; y esto, aclara, no solamente uno sino muchos días, razón por la cual llama a Madrid el "dragón" que consume tantas haciendas de pretendientes y negociantes" (N.P., p. 1228). No le interesa a Alonso describirnos el palacio, mas sí el aspecto que presentaba tanta gente impaciente:

Allí consideré su grandeza, notando tantos señores como andaban por aquellos patios de una parte a otra, la muchedumbre de pretendientes, cada hora esperando lo que por tantos meses y años no acababa de llegar, acabándose antes muchas veces la vida, cansada ya, y con justa razón, de tan prolijas esperanzas.

(N.P., p. 1228)

Alonso, aunque en un plano inferior, pretendiente también, en cierto modo logró con habilidad que uno de los que acudían a palacio y que había sido nombrado alcalde mayor de Córdoba lo aceptara por paje. Mal podía el sagaz muchacho obtener que alguien diese fe de él como deseaba el nuevo funcionario; en descargo propio confesóle que sabía "leer, escribir y contar, y un poco de latín" circunstancia que contribuyó a que aquél lo llevase consigo, movido además por lo bien trajeado que iba, lo que le daba un aspecto de hombre de bien.

Alonso, tan amigo de visitar iglesias, al tratar Madrid no se detiene a hablarnos de los famosos templos de San Jerónimo el Real o el de las Descalzas, y menos aún del sobrio puente de Segovia, atribuido a Herrera, monumentos relativamente recientes los tres. A lo más, se contenta con llamarla "grandiosa villa" y "madre de advenedizos" entre los que se encontraba él mismo. Lo que le interesa es comunicarnos la impresión que le causa la multitud de confiados pretendientes que esperaban un lucrativo cargo, hecho social muy generalizado en España del cual se hace eco la literatura costumbrista.

4.- CÓRDOBA.

Ciertamente, no era Córdoba la ciudad más frecuentada por vagabundos y amigos de lo ajeno, aunque en los relatos picarescos no faltan alusiones a la capital de los califas, y sobre todo al monumento al potro, situado en la plaza del mismo nombre. Por dicha ciudad pasó Rufina, la protagonista de La Garduña de Sevilla, famosa por méritos propios, aunque algo debió de pegársele de padre tan culto como fue el Bachiller Trapaza. La heroína se refiere brevemente a la ciudad como una de las más importantes

tes de Andalucía por haber sido centro del poderío musulmán.

Alonso, más observador que la anterior, aunque no nos diga más en relación con otros muchos monumentos cordobeses, se detiene en la plaza más famosa de la ciudad, y desde allí nos describe el siguiente cuadro:

Tiene Córdoba, entre otras muchas cosas grandes,
una anchurosa y bien dispuesta plaza, y en medio
della una admirable fuente, de donde sale un le-
vantado pilar, y en su remate, con un pedestal ma-
ravilloso de jaspe, un bien labrado potro del gran
dor de un becerro de hasta de seis meses.

(N.P., p. 1229)

Es frecuente encontrar en la literatura alusiones al conocido cen-
tro cordobés, en relación con la gente avispada y tunante que allí vivía
y de allí salía. Las mismas reflejan el sentir de quienes no estaban dis-
puestos a recibir gato por liebre, como se advierte ya en estos versos
del Romancero General y flor de diversa poesía, de Miguel de Madrigal:

Adviertan bien que no soy
bobo ni dello me precio;
que me he criado en el potro
y aun he vivido con ellos.⁹

Según Diego Clemencín,¹⁰ el monumento al potro dio origen "al me-
són, a la fuente, a la calle y al barrio", lugares los más frecuentados
por transeúntes y sobre todo por gente sin oficio. El Potro llegó a ser
todo un símbolo que iba mucho más allá del famoso cuadrúpedo que se cria-
ba en las praderas cordobesas, y en el correr del tiempo dio origen a
frases y hasta refranes alusivos a la gente que vivía en dicho lugar o
que lo frecuentaba. Expresiones como ser del Potro o haber vivido en el
Potro, eran sinónimas de tener viveza o habilidad como para no dejarse
engañar fácilmente.

En su viaje de Ronda a Salamanca, Marcos de Obregón se detuvo en Córdoba y fue a parar al mesón del Potro. Allí tiene ocasión de conocer a un individuo que le dice que sabe muy bien quién es ya que la gente le llama "poeta, latino y músico", palabras que llenan de vanidad a Marcos, el cual se ve obligado a pagar la comida del entrometido y la bebida de otros más que se le "pegan". No es de extrañar que Marcos añada luego que aquel debía ser "vagabundo y gran maleante, que los hay en Córdoba muy famosos". (Espinela en N.P., p. 957).

Alonso no se contenta con describirnos el monumento al potro, sino que además de satisfacer la curiosidad del padre vicario al hablarle de la calidad del caballo cordobés, le explica el alcance de la expresión "ser del potro". A tal efecto, recuerda el famoso paño segoviano, el refino y el negro, tan renombrado como el de Londres adonde iba a parar, al cual se aludía cuando se deseaba ponderar la calidad de otros paños. Así, por asociación de ideas, al hablar del Potro de Córdoba, no puede por menos de referirse al Azoguejo de Segovia, plazuela por la que pasa el acueducto y en la que se reunía la gente maleante. Por tanto, para caracterizar al pillo que de tales lugares salía hecho todo un maestro, solía decirse: "Vos, hermano, potrico sois de Córdoba; refino podéis ser de Segovia", como recuerda Alonso.

El autor de El donado hablador repite por medio de Alonso los conocidos versos del que llama "divino y admirable ingenio natural de Córdoba", el cual remata una de sus letrillas diciendo: "Busquen a otro, que yo he nacido en el potro". (N.P., p. 1229).

Tres meses estuvo el personaje de Alcalá Yáñez en Córdoba al lado del teniente alcalde de quien, a modo de queja, dice que en todo ese tiem

po no le "había dado siquiera un par de zapatos", por lo que en la primera ocasión que tuvo lo abandonó. En compañía de un arriero atravesó Sierra Morena, y al atardecer llegaron a una venta donde se quedaron para descansar hasta el día siguiente. Esta es la única ocasión en que el médico segoviano se detiene para hablarnos de un mesón, y a través de lo que le sucede a Alonso, nos da una idea del hosco ambiente que en tales lugares se respiraba. Como otros protagonistas de novelas picarescas tiene una estancia accidental en la venta de la que sale huyendo tras el arriero al que logró dar alcance y a quien acompañó hasta Sevilla.

5.- SEVILLA.

Al hablar de Segovia y de Valencia, Alcalá Yáñez revela un conocimiento directo de las mismas, no sólo por los detalles que presenta, sino por los hechos y acontecimientos que evoca y que parece haber vivido, los cuales debían de tener profundo significado para él. No es de extrañar, pues, el afecto con que habla de las mismas. Sevilla no iba en zaga a las anteriores ciudades en cuanto a monumentos se refiere, y las superaba en la actividad comercial; mas, si en el corazón del médico segoviano, la ciudad del Betis no ocupaba el primer lugar, no andaba muy lejos. De todos modos, es muy significativo el hecho de que Alonso sirva en Sevilla en tres ocasiones durante casi dos años, tiempo que contrasta con los días o pocos meses que sirvió en otros lugares.

En el siglo XVII, Sevilla era, dentro del terreno de la ficción, "la Babilonia de la picaresca y germanía", en expresión de Valbuena Prat, frecuentada por los pícaros de Mateo Alemán, Cervantes, Espinel y Castillo Solórzano. Cervantes nos da una idea muy clara del ambiente picares

co sevillano a través de Berganza, de Rinconete y Cortadillo o del Carriazo de La ilustre fregona, el cual había pasado "todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almandrabas de Zahara, donde es el 'finibusterrae' de la picaresca" (N.P., p. 150). No lejos de ella y en la misma playa de Sanlúcar estaba también la almadraba de Conil, ambas muy frecuentadas por la picaresca, y no menos famosas que el Compás de Sevilla, situado entre la puerta de Triana y la del Arenal.

También Marcos de Obregón anduvo por la ciudad del Betis de donde salió peor de lo que hubiera deseado; en pocas palabras, el personaje de Espinel nos da a entender la impresión que le dejó la opulenta ciudad:

Estuve en Sevilla algún tiempo, viviendo de noche y de día inquieto, con pendencias y enemistades, efectos de la ociosidad, raíz de los vicios y sepulcro de las virtudes. Torné en mí y halléme muy atrás de lo que había profesado; que en la ociosidad no solamente se olvida lo trabajado, pero se hace un durísimo hábito para volver a ello.

(Espinel, N.P., p. 1010)

En su edición crítica de Rinconete y Cortadillo, Francisco Rodríguez Marín nos ha dejado un cuadro completo del ambiente sevillano, cuando los pícaros merodeaban por la capital andaluza. Lo describe así:

Para albergar gente perdida de toda la gran variedad de especies que constituía la picaresca en los postreros lustros del siglo XVI y en los primeros del XVII no ha habido en España ninguna ciudad tan a propósito como Sevilla. Su opulencia daba para todos, aun para los más ruines; su desgobierno y su desorden eran el más eficaz salvoconducto para todo linaje de traviesos y delincuentes.¹¹

Estas palabras del crítico sevillano confirman lo que ya nos habían dicho Cervantes y Espinel, entre otros, acerca de la gran metrópoli andaluza, a la que acudían vagabundos, pillos y buscavidas de toda España.

En general, los pícaros coinciden al señalar alguna de las cualidades de la ciudad que visitan. Así, Rufina, la protagonista de La garrucha de Sevilla (1632), de Castillo Solórzano, alude como Alonso, a la riqueza que a su puerto llegaba de América; según ella, Sevilla es "madre de nobles familias, patria de claros ingenios, erario de los tesoros que envían las Indias occidentales a España". (N.P., p. 1600).¹²

El elogio que los pícaros tributaban a la ciudad a la que llegaban, no falta en Alonso al divisar por primera vez Sevilla, a la que llama "madre de extranjeros y archivo de las riquezas del mundo". Allí vive en un ambiente típicamente picaresco, aunque por muy breve tiempo; la situación que nos describe coincide concretamente con la que pinta Espinel:

Despedido de mi compañero, dice, salí al río, donde me fue de provecho mi buena diligencia y trabajo, ayudando a traer a la ciudad algunas cosas ligeras de las que desembarcaban (ejercicio en que se ocupa en aquellos tiempos innumerables holgazanes, con no poco interés y granjería).

(El donado hablador, N.P., p. 1237)

El trabajo le pareció superior a sus fuerzas, por lo cual optó por alejarse y buscar donde, al estilo del más avezado pícaro, pudiese comer sin trabajar. "Dejé el arenal, aclara, y víneme a la lonja a buscar quien me diese de comer sin que yo tuviese cuidado de prevenirlo" (Ibid.). Con estos rasgos, Alcalá Yáñez tiende a resaltar el matiz picaresco de su novela; en realidad, la actividad de Alonso como pícaro no pasa de ahí, pues en Sevilla se ocupa de todo menos de eso.

En los tres capítulos que abarcan un período de casi dos años, en que nuestro protagonista vive en Sevilla, apenas si la nombra; nada de descripciones, y tan sólo en una ocasión brota de sus labios el citado

elogio a la ciudad. Alonso, aunque conoció ambientes picarescos, prefiere hablarnos de temas relacionados con la medicina, el arte, la honra o la virtud, personificados en los amos a quienes sirve, y de los que nos ocuparemos en los capítulos de análisis.

La primera vez que Alonso llega a Sevilla tiene la suerte de encontrar un excelente amo en la persona de un médico del que habla con veneración, al que defiende de las malas lenguas, y al que elogia por su capacidad de sacrificio. Ciertamente, la ciudad del Betis es el centro de la actividad del protagonista de El donado hablador en los tres últimos capítulos de la novela, ya que además de los meses en los que sirve al galeno, es el punto de partida y regreso del viaje al Nuevo Mundo; en ella entra a servir al director de comedias, aunque después recorre las poblaciones vecinas con la compañía; en el convento de monjas bernardas de Sevilla desempeña varias actividades como sacristán, recadero y "casi mayordomo".

Cierto día el protagonista se siente enfermo, y sin avisar a nadie se va al hospital; al regresar comprueba que han metido a otro mozo en su lugar, y a pesar de sus ruegos y protestas, se queda en la calle. Bastante contrariado, decide tomar un estado donde tuviera mayor seguridad la cual contribuiría, según dice, a su "salvación y sosiego".

6.- VALENCIA.

Alonso hace un penoso recorrido a pie y bajo un fuerte sol desde Sevilla, yendo "de lugar en lugar y de venta en venta". En el relato de su viaje, destaca como muy pocas veces lo había hecho, la sed y el hambre que pasó, pero lo que más le duele al protagonista es el verse tratado en

las ventas, de muy distinta manera que los que llegaban con dinero, pues cuando él pedía algo, parecía "como si Dios no lo hubiera criado". Menos mal que al llegar a las puertas de Valencia se diría que cobra alientos y exterioriza su júbilo en estos términos:

Valencia, segunda Roma, así por su grandeza de go-
bierno, noble en gente ilustre, como famosa en re-
ligión cristiana, rica en insignes reliquias, ador-
nada de maravillosas virtudes, fuerte en su altos
y levantados muros, y mucho más en tantos y tan
ilustres caballeros, celebrada por el mundo por ma-
ravillosa, no solo madre de sus hijos, sino tam-
bién acariciadora de extranjeros.

(N.P., p. 1248)

Por si el anterior elogio de la capital levantina fuese poco, de ella dice que no es menos que Génova, pues si ésta se precia de poseer el plato que el Señor utilizó en la última cena, Valencia conserva el sa-
grado cáliz, cuya composición y procedencia explica.

Alguna experiencia concede el autor a Alonso en punto asistencia a clases, ya que como hemos visto, le había hecho servir a los estudiantes salmantinos y en sus ratos libres había frecuentado las aulas. Si no había adquirido mucha cultura, al menos si sabía apreciar la calidad de los conocimientos que se impartían en la universidad valenciana. Posiblemen-
te es en esta ocasión cuando habla con mayor énfasis y afecto de la ca-
pital del Turia, debido a que autor y protagonista se confunden, pues es evidente que aquél aprovecha la ocasión para evocar sus años de estudios en esta ciudad de la que conservaba excelente recuerdo. Después de visi-
tar el colegio del hoy San Juan de Ribera y el hospital de San Vicente, Alonso recorre diversas calles y se presenta ante la universidad, de la que hace este elogio: "Llegué, dice, al Estudio General, de donde han sa-

lido y salen cada día tan excelentes médicos, pues sin adulación ni encarecimiento ni en los de Alcalá ni Salamanca los hacen ventaja". (N.P., p. 1248).

Dado que la vida de los protagonistas de novelas picarescas transcurre generalmente en ambientes urbanos, las referencias a escenas rurales y las descripciones de carácter bucólico constituyen casi una excepción. A su paso por Valencia, Alonso nos ofrece un cuadro campestre con el que trata de ambientar algunas situaciones que cuenta más adelante. Se refiere a una alquería o granja que tenía a las afueras de la ciudad la señora viuda a quien sirve. El personaje de Alcalá Yáñez destaca el contraste entre lo que había sido la casa de campo, lugar de "recreo que en otro tiempo debía de ser de mucho gusto" y lo que era en ese momento. Con la muerte del marido todo había cambiado, "y así los árboles como los edificios de ordinario piden un continuo desvelo, labranza y reparo, y esto les hubiere faltado, ya no había cosa con cosa, tan perdida y asolada la heredad, que era como un desierto páramo". (N.P., 1250). Alonso añade un dato muy significativo en relación con la presencia de moriscos en la región levantina, al relatar que en la alquería colindante con la de su ama trabajaban algunos en calidad de esclavos, siendo uno de ellos el que protagoniza una escena de horror a la que aludimos en el capítulo siguiente.

7.- VIAJE A NUEVA ESPAÑA.

Solamente dos protagonistas de novelas picarescas cruzan el Atlántico: el buscón Pablos y Alonso. El primero nos dice al final de su vida que decidió, en compañía de la Grajal, pasar a las Indias donde le fue

peor. Es todo lo que sabemos del pícaro segoviano, ya que la prometida segunda parte nunca apareció. No sucede así con el personaje de Alcalá Yáñez, quien tentó a la suerte en el Nuevo Mundo, al lado de don Fadrique, recientemente nombrado alguacil mayor de México. Nada nos dice de la antigua capital azteca, y apenas habla de una tormenta que les sobrevino poco antes de llegar, circunstancia que aprovecha para hacer algunas consideraciones sobre la muerte. En realidad, la aventura es un pretexto para condenar el afán de riqueza por el cual se sacrifican a menudo otros valores. Con tal propósito escribe:

Una de las ceguedades que padecen los hombres... y lo que más ha destruido y acabado el mundo, es la ambición y codicia de las riquezas, aquel adquirir y allegar con una sed insaciable, como si siempre hubiésemos de ser moradores deste miserable suelo...

(N.P., p. 1254)

Alonso perdió cuanto había ganado al naufragar el barco que llevaba sus paños a la China. A modo de ejemplo, reconoce que también a él le había ofuscado la ambición, mas al ver en qué habían parado sus desvelos, prefirió volver a España, resignado y pobre como había salido.

B.- ITINERARIO DE LA SEGUNDA PARTE.

Del mismo modo que la narración de la primera parte de El donado hablador da comienzo y concluye en dos puntos geográficos de Andalucía, el relato de la segunda se desenvuelve en el marco de dos centros religiosos: en un convento floreciente y en un monasterio en ruinas.

Alonso, después de haber pasado catorce años en un convento de Navarra, emprende otra vez su vida andariega, aunque ciertamente menos agitada que la anterior, efecto de los cuarenta años que iba a cumplir. Con

cincuenta reales que le dieron los religiosos al despedirlo, se puso en camino, y al anochecer cayó en manos de unos gitanos quienes lo llevaron a su aduar donde le quitaron cuanto llevaba. Con ellos vivió algunas semanas lo mejor que pudo, hasta que una noche, protegido por la oscuridad, se internó en el monte y se puso en camino hacia la capital de Aragón. Contento y antes de lo que se esperaba, Alonso se presentó en Zaragoza, pues en el bosque tuvo la osadía de desvalijar a un caballero muerto en duelo, y más tarde se encontró con un carretero que llevaba su mismo camino. La ciudad en la que iba a vivir durante más tiempo que en ninguna otra, dos años y medio, es digna de admiración y de ella habla con afecto.

8.- ZARAGOZA.

Zaragoza es para el protagonista de El donado hablador, una ciudad rica que se abastece a sí misma, pues entre otros productos, abunda en "trigo, aceite, vino y seda". En historia se puede comparar con las ciudades más antiguas de la península, conocida en otro tiempo como Saldúvar, y después, con el nombre actual, en recuerdo de "Augusto César, explica Alonso, que la ganó y fabricó sus murallas". Junto al matiz histórico, aparecen los señores de títulos y la nobleza, quienes hicieron de Aragón uno de los reinos más importantes de España.

Hay un rasgo que el protagonista se apresura a señalar, y que constituye el timbre de gloria de la ciudad: su religiosidad. Y es que Zaragoza, cuenta Alonso, es "el relicario y custodia de los innumerables mártires", además de que "aquel sagrado pilar" constituye el centro de la devoción del pueblo español a la Virgen María.

El doctor Alcalá Yáñez nos ofrece por medio del protagonista, un comentario sobre la vida cultural, al pensar en el centro universitario de prestigio que allí había; así, de Zaragoza dice que es famosa también por sus "estudios y doctísimas escuelas donde se leen diversas cátedras de todas artes y ciencias, desde la gramática, retórica, artes, medicina, cánones y sagrada teología, siendo segunda Salamanca en sus catedráticos". (N.P., p. 1293).

Marcos de Obregón también pasó por Zaragoza, pero nada nos dice de ella. En cambio, centra su pensamiento en un matiz puramente artístico y en el valor de la amistad, en virtud de la cual fue recibido con grandes muestras de afecto por un gran príncipe, amante de la música. Fiel al propósito de servir de guía y consejero de la juventud, nos da la razón de haber sido acogido con especial simpatía, al mismo tiempo que se presenta como ejemplo para los demás:

Yo fuí siempre con cuidado de no mirar a ventana - que son celosísimos los de aquel reino-, ni tomar pesadumbre con nadie, ni asir de palabras de poca importancia, que es de donde se traban las enemistades y odios.

(Espinel, N.P., p. 993)

En Zaragoza, el personaje de Espinel es objeto de burla con ocasión de acompañar a un amigo durante la noche; al quedarse esperándolo afuera en un poyo, se quedó dormido hasta el día siguiente en que las campanas y el ruido de los curiosos que estaban mirándole lo despertaron. Avergonzado, echó a correr seguido de chiquillos y de perros hasta la posada.

Estebanillo, que también pasó por Zaragoza, se fija en la "amenidad de campos y fertilidad de arboledas", y como Alonso, nos dice que la ciu-

dad es un compendio de historia; como buen bufo, es algo más libre que los anteriores, y no sin gracia dice que su lugar preferido era la "taberna del blanco y tinto".

Zaragoza ocupa un lugar preferencial en el corazón de Alonso, y en ella se queda más tiempo que en ninguna otra ciudad. Bien trajeado y hasta presumiendo, solía acudir a las ceremonias religiosas, propias de bodas y bautizos, y luego "haciendo figura de buen escudero" se metía entre los comensales. Una de estas escenas la describe así: "Sentáronse todos, y yo aunque no tomé el mejor lugar, escogí un frontero de los novios. Sacaron sus principios, sirviendo sus antes, medios y postres, no dejando desde las perdices hasta los gruesos y manidos pavos..." (N.P., p. 1294). Tal vez ocasiones como esta fueron el incentivo que movió a nuestro protagonista a casarse, aunque con mala suerte, pues su mujer,¹³ "viuda, vieja y con dos hijos", al poco tiempo pasó a mejor vida, y él no tuvo más remedio que buscar a quien servir; con tal motivo acompañó a un caballero que en un carruaje se dirigía a Portugal. Al contar el viaje a su interlocutor, le advierte que no fue de menor trabajo que los demás, aunque no deja de manifestar su satisfacción.

9.- LISBOA.

El carretero, a diferencia del que había encontrado Alonso camino de Toledo, debía de ser todo un caballero, "hombre tan de bien y buen término, que le quedé obligado mientras la vida me durare", dice. El protagonista sabe apreciar la calidad de las personas, y en este caso se muestra muy agradecido, pues ve que a pesar de que el carruaje iba muy cargado, el viajero hace todo lo posible por ayudarlo, gesto que le paga

aquel haciendo de mozo de mulas hasta llegar a Lisboa. En ninguna ocasión había empleado Alonso una expresión similar a la que usa al referirse a la capital portuguesa, a la que llama "una de las mejores que el mundo tiene", y a la cual le asigna unos ochenta mil vecinos. Le atrae sobre todo, "el celebrado Tajo, por cuya anchura navegan infinidad de navíos; tampoco faltan, como en Zaragoza, "muchos señores titulados y caballeros ilustres", a uno de los cuales entraría a servir.

Cincuenta años más tarde, Estebanillo González llega también a Lisboa en traje de peregrino que muda con frecuencia y acabará empeñándolo; la visión que de la ciudad había presentado Alonso, coincide con la que nos da de la misma el pícaro bufo:

... me fui a la ciudad de Lisboa, donde quedé fuera de mí viendo la grandeza de su habitación, lo sumptuoso de sus palacios, la generosidad y valor de sus títulos y caballeros, la riqueza de sus mercaderes y lo caudaloso de su sagrado Tajo, sobre cuyas espaldas se veía una copiosa selva de bajeles...

(Vida y hechos de Estebanillo, N.P.,
p. 1751)

Alonso no se contenta con enaltecer las bellezas de la gran ciudad lusitana, sino que tiene una atención para sus habitantes a los que califica de "afables, amorosos, tratables, bien acondicionados, animosos y de grande ingenio, entendidos, y por armas y letras, insignes..." (N.P., p. 1305).

Hay una nota que destaca Alonso al hablar de Lisboa: se refiere a la "abundancia de pan, vino, carne y frutas a tan moderado precio" cuya causa era la riqueza que llegaba de "sus Indias", y de la cual, según el protagonista, participaba por entonces Castilla, de la que formaba parte.

10. SEGOVIA.

Segovia ocupa por muchos conceptos, el primer lugar en el corazón de Alonso, que es tanto como decir en el de Alcalá Yáñez, y no es para menos, siendo su ciudad adoptiva, además de ser entonces una de las ciudades más activas de España, debido a la poderosa industria de paños que allí había desde mucho tiempo atrás.

No es Segovia la capital de la picaresca ni mucho menos, pues ninguna ciudad le disputaría la primacía a la opulenta Sevilla; de todos modos, no era una novedad en materia picaresca, pues era la cuna de Pablos, el protagonista del Buscón, y aunque oriundo del vecino pueblo de Zaramala, en la ciudad del Eresma había aprendido las primeras letras otro pícaro, el futuro Bachiller Trapaza. Al oír hablar a Alonso, bien pudiera pensarse que también él era de Segovia, a juzgar por el cariño que demuestra al hablar de la ciudad. Más que un relato novelesco, se diría que nos transmite una página de la historia antigua de Segovia de la cual es símbolo el famoso acueducto romano, cantado explica el protagonista, por Jorge Váez y Antonio de Valvas y Barahona, los dos, segovianos ilustres. Un matiz histórico más reciente aparece en la actitud con que la ciudad recibió a los Reyes Católicos cuando otras les eran todavía hostiles. Alonso, consigue dar mayor realismo al relato al referirse a algunos personajes de la época, tales como el señor don Melchor Moscoso y Sandoval, obispo de la ciudad e hijo del conde de Altamira; en el plano civil, al hablar de don Sancho Girón, encargado del gobierno de la misma.

De todo el capítulo dedicado a Segovia se destaca la nota religiosa, la cual define en gran parte la novela de Alcalá Yáñez. Alonso no

puede por menos de exteriorizar su alegría al narrar cómo se llevó a cabo la construcción de la catedral nueva, a base del esfuerzo de todos los segovianos, con un celo no menos digno del que mostraron los hijos de Israel al edificar el templo de Salomón. Una página gloriosa de la historia de Segovia es la relativa al milagro que hizo la Virgen de la Fuencisla, en favor de una judía principal, cuyo relato confía Alcalá Yáñez a Alonso, quien dice haberlo leído en el santuario, con lo que da mayor verismo al portento obrado por la Madre de Dios. A él habremos de referirnos más adelante.

Anteriormente hemos visto que Cervantes cita, al lado de otros famosos centros adonde concurrían los pícaros, al Azoguejo de Segovia. En el siglo XVII era corriente oír expresiones como "es de Segovia", "ha estado en Segovia" y "es fino y refino de Segovia", aplicadas a bellacos y buscavidas, vivos y astutos, como si se tratase de elogiar los famosos paños que en aquella ciudad se confeccionaban. A pesar de la intención netamente moralizadora de El donado hablador y de que Alonso no se mezcla con los pícaros, no falta la nota picaresca que destaca al mismo tiempo que las glorias que ostenta la ciudad. Si Pablos no nos dice nada al referirse a su "pueblo" en relación con el Azoguejo que debió de frecuentar, no sucede así con Alonso quien se aventura a compararlo con el Potro cordobés:

En aquel barrio y plazuela, como en el Azoguejo de Segovia se crían mozuelos que pueden dar quince y falta a los que más se precian y presumen de saber, entender y penetrar las cosas más arduas y dificultosas, así para bien como para todo género de vicio.

(N.P., p. 1229)

Llama la atención la manera tan distinta de cómo ven Segovia el protagonista del Buscón y Alonso; para Pablos, la ciudad no tiene categoría de tal, y así, al hablar de su madre dice: "Sospechaban en el pueblo que no era cristiana vieja". El mismo término emplea al referirse a su padre cuando al ser llamado por su tío Ramplón, verdugo de oficio, regresa de Alcalá para recoger el dinero que aquel le había dejado antes de morir. En forma despectiva dice: "Llegué al pueblo, y a la entrada vi a mi padre en el camino, aguardando a ir en bolsas, hecho cuartos a Josafá". (El Buscón, en N.P., p. 1120).

Para el protagonista de El donado hablador, Segovia era "verdadera madre de extranjeros", y ciertamente hablaba por experiencia, a pesar de haber desempeñado allí el trabajo más duro, cual era el de cardador; el afecto que había cogido a la ciudad, viene expresado por las palabras que pronuncia al tener que abandonarla a causa de una pendencia surgida entre sus compañeros, y con cierta pena nos dice: "Sin salir de Segovia me estaría mientras me durara la vida". (N.P., p. 1330).

A pesar del cariño que demuestra Alonso hacia la ciudad con las anteriores palabras, prefirió "poner tierra en medio", como él dice, y se puso en camino hacia la Mancha con la idea de llegar a Alicante, y desde allí pasar a Barcelona. Recibe generosa ayuda de villas y poblados tales como Ocaña, Tembleque, Albacete y Jumilla, y se detiene más tiempo en Murcia.

11.- DE MURCIA A ARGEL.

Al hablar de Murcia, Alonso lo hace con verdadera emoción, pues no hace sino expresar los sentimientos que le presta el autor al recordar su ciudad nativa a la que llama "muy noble y leal", y a la que ensalza en

estos términos:

... es rica por su noble trato de seda, regalada por su famosa huerta y caudaloso río Segura, que la riega y fertiliza; noble por las muchas casas de caballeros ilustres que la ennoblecen; no contenen tándose con menos, es cabeza de reino.

(N.P., p. 1331)

Entre las glorias y fuente de riqueza que Alonso atribuye a Murcia destaca un tópico muy importante y novedoso: se trata de la cría del gusano de seda, faena que a la sazón estaba en la fase más delicada. Cual experto sericultor, el protagonista explica el proceso de la fabricación de la seda, y a continuación se refiere al hecho de que la gente estuviese tan preocupada, pues era el momento "del subir de los gusanos para hilar", de tal importancia, que según Alonso es el "tiempo en que se pierde o se gana una casa". Con estas palabras da a entender lo que representaba el cultivo del gusano de seda para Murcia, idea que amplía cuando dice en términos comparativos: "... como otras tierras tienen cosecha de pan, vino y aceite, fruta, pesca y hierro y otras mercaderías de trato, el de Murcia es de sola la seda que se coge..." (N.P., p. 1332).

Antes de abandonar Murcia, Alonso exterioriza, como había hecho al dejar atrás Segovia, el afecto y cariño hacia la ciudad, no solamente a causa de lo que él llama "buen trato de mis murciananos", sino porque el protagonista es el portavoz de los sentimientos del autor. A pesar de que dice que de buena gana se quedaría en la ciudad, otra vez emprende viaje.

El sueño de Alonso de visitar Barcelona, a la que califica de "ciudad insigne y famosa por sus grandes riquezas" no se cumple, ya que después de salir del puerto de Alicante, inesperadamente se encuentra con

los demás navegantes frente a la costa de Argel, a causa de una tormenta. No era el primero en perder la libertad, pues entre muchas personas y personajes que habían sido llevados como cautivos, se encontraban entre otros, Cervantes y Marcos de Obregón.

Alcalá Yáñez, a ejemplo del autor del Quijote, expone los sufrimientos de los cautivos, costumbres y manera de vivir de los naturales. Al final, Alonso es rescatado, y la última vez que lo vemos es en la ermita de San Zoles, al lado del párroco al que narra su vida y donde concluye el itinerario.

Como acabamos de ver, el protagonista de novela picaresca es un vagabundo por naturaleza, de ahí que no pueda estar por mucho tiempo en el mismo lugar. La descripción de lugares, y en especial de ciudades en las que el pícaro trabaja o recorre, viene a ser un tópico de esta clase de novelas, usado no tanto con fines propiamente artísticos, sino más bien para dar ambiente al relato, y situar al protagonista en un escenario nuevo.

Ciertamente, el autor de novela picaresca, al ubicar a su personaje en los más variados ámbitos geográficos, unas veces actúa llevado por sus gustos, preferencias y conocimientos, y otras, como pretexto para ofrecer al lector ciertos aspectos de la vida local o nacional. A veces, las palabras del protagonista son un trasunto de lo que observa, pero otras, exterioriza los sentimientos del escritor.

Alonso, el protagonista de El donado hablador no se mueve de una ciudad a otra sin un propósito bien definido, pues aparte del tema que motiva el amo a quien sirve, aquella le sirve de marco apropiado a la exposición que va a hacer. Así ocurre, por ejemplo, con Zaragoza, Valencia

o Segovia, cuyos nombres le dan al protagonista motivo para exteriorizar sus sentimientos religiosos. Por el comercio con las Indias Sevilla era la ciudad más rica, aspecto que destacan casi todos los protagonistas de novelas picarescas, entre ellos Alonso, quien palpa esa realidad al trabajar durante algunas horas en el puerto.

Otras ciudades como Toledo, Segovia o Madrid, por el hecho de ser centros importantes a los que acudía gente alegre y maleante, en la novela de Alcalá Yáñez contribuyen a aumentar el matiz picaresco.

Frente a la ociosidad que observa en la corte, el protagonista de El donado hablador pondera el trabajo de los artesanos de Segovia, entre los que se contaba él mismo. El dolor que le causa el tener que abandonar la vieja ciudad castellana, guarda relación con el afecto que le tiene. No menos aprecio demuestra a los habitantes del valle del Segura, quienes a su paso hacia Alicante lo han tratado tan bien; a ellos se refiere con la expresión "mis murcianos". De este modo y en forma delicada, el autor manifiesta por medio de Alonso, el cariño que profesaba a la ciudad que lo había visto nacer y a la ciudad en que se había criado y vivido.

NOTAS

¹ En relación con el escenario geográfico son de gran interés los estudios siguientes:

P. Penzol, "Algunos itinerarios en la literatura castellana", en Erudición Ibero-Ultramarina, V (1934), pp. 288-313.

George Haley, "Chapter VII", pp. 130-160 en Vicente Espinel y Marcos de Obregón, (Providence: Brown University, Press, 1959).

Miguel Herrero García, Ideas de los españoles del siglo XVII, Madrid: Gredos, 1966.

Joseph L. Laurenti, Estudios sobre la novela picaresca, Madrid: C.S.I.C., 1970.

² Francisco Rodríguez Marín, "Mapa de la picaresca" en Miguel de Cervantes, El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, Nueva edición crítica (Madrid: Ediciones Atlas, 1949), tomo IX, pp. 115-164. Cf. p.158.

³ Alonso de Castillo Solórzano, La niña de los embustes, en La novela picaresca española, op. cit., p. 1343.

⁴ Miguel de Cervantes, El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, ed. del IV centenario (Madrid: Ediciones Castilla, 1966), cap. IX.

⁵ Miguel de Cervantes, El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, ed. del IV centenario, op. cit., p. 1104, nota 20.

⁶ La descripción que hace Alcalá Yáñez de esta dama en forma caricaturesca, a la que compara con María de Peñaranda, un caso clínico al que nos referíamos en el capítulo II, constituye un rasgo de la misoginia que presenta la novela; nos la presenta así:

... alta de cuerpo, muy derecha, sobre media vara de chapines, con sus varillas de plata de un gran geme; lo que le faltaba de gruesa y de corpulenta, sobraba de enjuta y reseca; tenía el rostro como el de María de Peñaranda la barbuda, y tanto, que se pudiera alzar los bigotes y dormir con bigoterías; carilarga, la nariz apia, quitada y vuelta al lado derecho; los ojos, uno mayor y más crecido que el otro, no iguales en el asiento, cuyas niñas, aunque no menores de edad, miraban a dos parroquias; cejijunta, boquihundida y de oreja a oreja; dientes anchos y apartados unos de otros al modo de almenas...

(N.P., p. 1216)

⁷ Luis Vélez de Guevara, El Diablo Cojuelo, en La novela picaresca española, op. cit., Tranco III.

⁸ Vicente Espinel, Vida del escudero Marcos de Obregón, edición de M.S. Carrasco (Madrid: Clásicos Castalia, 1972), Rel. I, Vol. I, p. 84, nota 59.

⁹ Miguel de Madrigal, Romancero General y flor de diversa poesía, citado por F. Rodríguez Marín en El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, op. cit., tomo IX, p. 157.

¹⁰ Miguel de Cervantes, El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, ed. del IV centenario, op. cit., p. 1033, Nota 9.

¹¹ Miguel de Cervantes, Rinconete y Cortadillo, edición crítica de Francisco Rodríguez Marín (Madrid: Tip. de la "Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos, 2da. ed., 1920), p. 69.

¹² Luis Vélez de Guevara, al pasear al Diablo Cojuelo y a don Cleofás por Sevilla no soslaya el matiz picaresco, pues por medio de ellos nos presenta el ambiente que hay en el garito, en el que de noche se reúnen "pobres" y "pobras" a entretenerse y asignar a cada uno el barrio en el que al día siguiente irán a mendigar, costumbre que años atrás habían practicado ya los súbditos de Monipodio. Pero, más que el cuadro picaresco, a Vélez de Guevara le interesa darnos una idea de la grandeza de la ciudad, con sus iglesias y monumentos, las mansiones de familias ilustres y las glorias sevillanas; sobre todo, pone especial cuidado en explicarnos que Sevilla era la sede de una gran cultura y cuna de grandes ingenios que solían reunirse en la Academia a la que asisten don Cleofás y Diablo Cojuelo. (El Diablo Cojuelo, en La novela picaresca, op. cit., p. 1670).

¹³ A excepción de la viuda valenciana, las pocas mujeres que encontramos en la novela que protagoniza Alonso, son objeto de un sarcasmo digno de un Quevedo, inclusive al referirse a su mujer a la que describe con estas palabras:

Era mi lograda mujer pasante de edad, de razonable cara, aunque con algunas arrugas, surcos de los años sesenta y dos que tenía, desmoronadas las almenas de la boca, con cuatro o seis potillos, que se divisaban no demasiado, por un poco de bozo con que se cubría, aunque no bastante al disimulo de los grandes colmillos, que salían afuera: anchurosa la frente, razonable nariz, buenos ojos, pero corta de vista.

(N.P., p. 1297)

Thomas Hanrahan, califica a Alcalá Yáñez como un escritor "rabiosamente antifeminista", y hasta llega a decir de él que "no solamente le disgustaban las mujeres, sino que parecía odiarlas positivamente". (La mujer en la novela picaresca española, Vol. II (Madrid: Ed. José Parrúa Turanzas, 1967), p. 317). Es innegable que en El donado hablador la misoginia está muy acentuada, mas no se ha de olvidar que constituye uno de los ingredientes de la novela picaresca; el hecho de que se presente a Alonso como antifeminista no supone que el autor sea un misógino rabioso y que odie a las mujeres. Tales afirmaciones quedan desmentidas por toda una vida consagrada al propio hogar y por el afecto que mostró en todo momento hacia las dos esposas que tuvo.

CAPITULO VII

LA PROBLEMÁTICA DE LA HONRA EN "EL DONADO HABLADOR".

El lector que se asoma con curiosidad al período áureo de la literatura española observa de inmediato que el problema de la honra ocupa un lugar muy destacado, solamente superado por el tema religioso.

El honor, tal como aparece en los dramas de nuestros clásicos no es privativo del pueblo español, puesto que se trata también en otras literaturas; lo que sucedió fue que en España alcanzó proporciones gigantescas a causa de los diversos factores humanos que allí se dieron, y que por lo mismo contribuyeron a que el sentimiento del mismo se expresara de manera muy diversa.

A.- CONCEPTO HISTÓRICO-LITERARIO DEL HONOR ESPAÑOL.

Antes de adentrarnos de lleno en el problema que durante siglos constituyó una pesadilla para millones de españoles, veamos el significado que encierran los vocablos "honor" y "honra". Américo Castro señala la diferencia que hay entre ellos cuando escribe:

El idioma distinguía entre la noción ideal y objetiva del "honor", y el funcionamiento de esa misma noción, vitalmente realizada. El honor es, pero la honra pertenece a alguien, actúa y se está moviendo en una vida. La lengua literaria distinguía entre el honor como concepto y los casos de honra.¹

Para Menéndez Pidal, "honor, según las Partidas, concurrentemente con Santo Tomás, es loor, reverencia y consideración que el hombre gana por su virtud y buenos hechos".² Tenemos aquí dos elementos muy importantes:

uno íntimo, la virtud de la persona, y otro ajeno a ella, la actitud de los demás que valoran sus actos. Con razón el mismo crítico añade luego que "aunque la honra se gana con actos propios, depende de los ajenos, de la estimación y fama que otorgan los demás".³ Tales palabras nos revelan el profundo significado que para el español de entonces iban a tener los binomios honor-vida y deshonor-muerte. De ahí que la aspiración primordial para él fuese conservar la honra que tenía, o en caso de carecer de ella, adquirirla a toda costa, pues en su mente constituía el mayor bien humano que podía apetecer, aparte de que con ella podía adquirir posición social, cargos, y en consencuencia, también riquezas; este modo de concebir la honra explica el gran interés que siempre hubo en España por ascender en la categoría social.

La historia completa este aspecto del honor que nos presenta la literatura desde sus orígenes. Impresionan los datos que ofrecen los historiadores en relación con la nobleza española en los siglos XVI y XVII. Claudio Sánchez-Albornoz llega a decir que "nadie se asombraba en Italia y Francia, por ejemplo, de que los hidalgos peninsulares no trabajasen en tareas mecánicas, no nobles: lo que sorprendía era el número de los que en España disfrutaban de hidalguía".⁴ La distribución geográfica de la nobleza no era uniforme, pues respondía al proceso lento y en ocasiones angustioso, de la reconquista. En relación con el número y lugar de origen de los hidalgos de la España de entonces, es curioso observar que en Santander y Asturias eran nobles el cincuenta por ciento de sus habitantes, y en Castilla, la décima parte, según Antonio Domínguez Ortiz.⁵ "La máxima concentración se hallaba en las provincias cantábricas; en dos de ellas, Guipúzcoa y Vizcaya, toda la población reclamaba

tal calidad, de modo que bastaba acreditar ser de Vizcaya para gozar en España de sus privilegios... Toda esta nobleza norteña era de hidalgos con muy escaso número de caballeros y títulos".⁶ Con tales datos no es de extrañar la infinidad de alusiones que se hacen en la literatura general, pero sobre todo en el teatro y en la novela picaresca en relación con la montaña, siempre que se trata de probar hidalguía.

El rey era el máximo distribuidor de la honra, mas no era el único. Según Alfonso García Valdecasas, la mujer era también manatíal de honor, y de ella dependía el de la sociedad y el del mismo rey. Según este escritor, "el honor español residía fundamentalmente en la mujer: en su pudor, honestidad y virtud. Y residía en ella tanto su honor como el del hombre: el del marido, en la mujer casada; el del padre, y en su defecto el hermano, en la mujer soltera, hija o hermana".⁷ Estas palabras reflejan la actitud y cuidado que debía mostrar la mujer a fin de no mancillar la honra familiar, preocupación que es una constante en el teatro español desde la comedia Ymenea, de Torres Naharro, hasta El castigo sin venganza, de Lope de Vega, o El alcalde de Zalamea, de Calderón.

El profesor Gustavo Correa⁸ distingue entre la "honra immanente u honra vertical", y la "honra horizontal". La primera podía ser heredada o innata y de carácter político, según tuviera su origen en el linaje, o bien en el rey o en los nobles, quienes por la posición que ocupaban conferían honra a sus súbditos. De hecho, la honra de tipo político fue la que más proliferó, sobre todo con Felipe IV. Frecuentemente, los reyes, carentes de recursos para hacer frente a las necesidades de la guerra o al decoro que exigía la buena marcha de la corte, vendieron títulos nobiliarios, hábitos de Órdenes Militares, cargos, hidalguías y ejecutorias

a quienes, a menudo sin merecerlo, estaban dispuestos a pagar cuantiosas sumas de dinero, o a contribuir con determinado número de soldados para la guerra. De este modo aparece el rey irradiando honra a los diversos estamentos sociales, desde la categoría más alta hasta la más baja, la del hidalgo, y en ocasiones excepcionales hasta el mismo villano o labriego, como se aprecia en el caso de Peribáñez o Pedro Crespo.

Frente a la honra vertical aparecía la honra horizontal que no era sino la estimación, fama o reputación que se tenía ante los miembros de la comunidad de quienes dependía y a quienes hasta cierto punto pertenecía también dicha honra. Tanto la honra vertical como la honra horizontal llegaron a constituir verdadera obsesión para el español de los Siglos de Oro, por el hecho de equiparar la honra con la fama y esta con la misma vida.

La honra horizontal podía afectar normalmente a un pueblo entero, como ocurre en Fuenteovejuna, cuyos habitantes se expusieron a la muerte al enfrentarse al mismo comendador mayor de Calatrava cuya conducta constituía una deshonra para todos. La honra horizontal se proyecta principalmente, en el ambiente familiar, en el que la mujer, casada o no, ha de ser la salvaguarda de la misma. La ruptura de la armonía familiar, ocasionada por la actuación de aquella, hace que se pierda la honra y no haya otra solución que recuperarla, aunque sea dando muerte al ofensor, a la propia mujer o a los dos. Ejemplo del primer caso lo tenemos en El alcalde de Zalamea, en cuya obra, el capitán don Álvaro paga con la muerte la seducción de la hija de Pedro Crespo; de este modo, la honra de la familia del alcalde queda a salvo y hasta acrecentada, al ser confirmado

en su puesto por el rey quien además, le concede el cargo como vitalicio. En el drama El médico de su honra, don Gutierre se arregla para que la infiel doña Mencía se desangre, aparentemente sin tener que ver él en el asunto. En A secreto agravio, secreta venganza, don Lope asesina al pretendiente y a su propia esposa a fin de proteger su honra. ¿De dónde provino el hecho de que en España el tema del honor se acentuase mucho más que en otros países y llegase a tales extremos, que a pesar de los cuatro siglos transcurridos, todavía nos sobrecogen y hacen pensar semejantes dramas, cuando las gentes de aquella época los aceptaba con la mayor naturalidad? Si bien es verdad que entonces la fama, la opinión y la honra habían llegado a ser una misma cosa, el acierto de los dramaturgos estuvo en llevar a las tablas el tema de la honra en el momento en que cada individuo lo sentía como propio. De todos modos, si esto fue así, ¿por qué en España el honor alcanzó tales límites y a qué fue debido?

Los críticos han opinado muy diversamente en relación con el honor que aparece en el teatro español. Algunos lo han atribuido a la influencia árabe, a la legislación visigótica, a ciertas corrientes italianas, al influjo de la literatura caballeresca,⁹ y más recientemente a la lucha de castas. Para abreviar exponremos las tres teorías que han tenido mayor acogida en relación con el tema que estamos estudiando.

Don Ramón Menéndez Pidal afirma que las ideas sobre el honor en el teatro español no son "sino el desarrollo de principios universales que regían en la Edad Media".¹⁰ La excelencia y número de obras en torno al honor se deben a la influencia caballeresca, aunque enseguida, el maestro de la crítica se apresura a aclarar que tal influencia se debe no a "lo caballeresco de los libros de caballería, sino de la epopeya".¹¹ En

efecto, los dramaturgos van a beber a las dos grandes fuentes: el Roman-cero y las crónicas, cuyos temas, principales se trasvasan al teatro.

Ahora bien, la gran novedad de este género fue dar suma importancia a la venganza de tipo conyugal, la cual se lleva a cabo de diferente manera en los libros de caballería, en los cuales corre a cargo de su apuesto príncipe, de un esforzado paladín o de la misma autoridad, caso que no se da en los dramas, en los cuales la venganza la ejecuta el mismo esposo ofendido, de acuerdo con el código del honor conyugal.

Claudio Sánchez-Albornoz se refiere al "homo hispanus" para quien el honor era uno de los elementos sobresalientes de su personalidad; según él, "la concepción germánica sobre la posición de la mujer en la familia, en alianza con la ferocidad gótica, dio nacimiento a prácticas sangrientas que habían de servir de gérmenes a ideas hispanas sobre la honra".¹² También se refiere Sánchez-Albornoz a la Lex Visigotorum, en la que "se exime de delito al marido que para castigar el adulterio de su esposa la matare, y matare también a su cómplice".¹³ Confirma su aserto con una serie de ejemplos acaecidos en Castilla y León durante la Edad Media, en los cuales, el rapto o adulterio se vengaba con la muerte de los ofensores. Tales hechos no serían sino la continuación en el tiempo de lo que dicho historiador llama dos pruebas sucesivas a favor de la tesis visigótica, o sea, el asesinato del rey Teodisclo a manos de los nobles cuyos tálamos había profanado, y la venganza del conde don Julián, quien favorece la entrada de los árabes en España a causa de la deshonor de su hija por don Rodrigo. En no pocos documentos aparece la estimación que los nobles tenían de su honor, y se aprecia cómo extremaban el cuidado en conservarlo; sin embargo, no fue exclusivo de aquellos, pues según

el mismo Sánchez-Albornoz, "el villanaje castellano se contagió temprano del sentimiento del honor caballeresco".¹⁴ Llegó un momento en que en la mente de la gente humilde, la honra ya no era patrimonio de los de arriba, pues si no podían alcanzar honores gracias a algún privilegio real o a través de las manos de algún gran señor, al menos podía adquirir por su propio esfuerzo la honra horizontal.

Según Américo Castro, el sentimiento del honor llevado hasta sus últimas consecuencias, surge al enfrentarse entre sí la casta de los cristianos, la de los árabes y la de los judíos; no es que este crítico rechace su existencia anterior, sino que justamente el sentimiento del mismo se exterioriza mucho más al tratar cada una de aquellas de sobresalir, de "empinarse", y en definitiva, de dominar a las otras. Así, "la prieta vecindad y la sostenida rivalidad de esas tres castas, es lo que en último análisis hace comprensible la forma española de entender la honra como reflejo de la opinión, y no como una pertenencia de la persona".¹⁵

En el teatro de los Siglos de Oro, no faltan ejemplos de actitud crítica frente al concepto de honra horizontal u honra opinión; mas, la crítica de este tipo de honra se iba a dar, sobre todo, en las obras en prosa, con cuya lectura la mente podía captar mejor el sentido de la honra verdadera, a diferencia de la representación teatral que tanto excitaba el ánimo de los espectadores, circunstancia que explotaron con frecuencia los autores de comedias, ávidos del triunfo, ante el cual sacrificaban sus gustos a fin de captar el favor del público.

B.- CRÍTICA DE LA HONRA EN LAS PRINCIPALES NOVELAS PICARESCAS ANTERIORES
A "EL DONADO HABLADOR"

La crítica de la honra-horizontal u honra-opinión aparece sobre todo en la novela picaresca, en gran parte obra de conversos quienes a veces, agazapados tras el anonimato, lanzan a diestro y siniestro diatribas, pullas y ataques contra la misma, y en cambio defienden la honra que proviene de la virtud. Evidentemente, la novela picaresca ocupa tan sólo una parcela frente a la inmensa producción dramática de los Siglos de Oro; mas, si comparamos estos géneros desde el punto de vista de la honra, podríamos afirmar que la novela picaresca es a la honra-virtud lo que el drama es a la honra-opinión. La crítica sistemática de la honra es uno de los temas que aparecen constantemente en el género que se inicia con el Lazarillo de Tormes, pues no hay novela picaresca en la que no aparezca en mayor o menor proporción. Muy claramente lo hace notar Marcel Bataillon cuando escribe:

Los temas favoritos picarescos se organizaban, no alrededor del tema del hambre, de la indigencia y la lucha por la vida, sino alrededor de la honra, es decir alrededor de la respetabilidad externa, que se funda en el traje, el tren de vida y la calidad social heredada, ya que el pícaro es la negación de esta honra externa.¹⁶

En el capítulo V veíamos cómo los pícaros se jactaban de poseer honra a causa del linaje, con lo que el sarcasmo se hace más evidente y la burla más cruel, al pretender que seres tan bajos como Lázaro, Guzmán o Pablos sean capaces de ostentar honra cual si se tratara del más encumbrado noble. A continuación vamos a detenernos brevemente en las principales novelas picarescas que preceden a El donado hablador, a fin de ver

cómo funciona la honra en cada una de ellas.

1.- El Lazarillo de Tormes.

Lázaro ha desempeñado una serie de oficios más o menos humillantes; la necesidad le ha obligado a ello, pero la vida y los amos a quienes ha servido le han abierto los ojos. El contacto con el escudero, le ha hecho pensar en lo que es capaz de hacer un hombre por conservar la honra, y ese juego entre la apariencia y realidad que su amo y él mismo representan, lleva a Lázaro a pensar en que también él, a pesar de su condición, puede llegar a obtener honra. Si el escudero sufre tantas privaciones por salvar las apariencias, a fin de que los demás le tengan por persona honrada, Lázaro, aunque se da cuenta del aspecto negativo de la honra, en adelante él también aspira a ganar honra ante los demás. De todos los amos a quienes sirve, a ninguno muestra tanto afecto como al escudero, al que inclusive llega a mantener pidiendo limosna. Si para Lázaro el escudero es el inspirador de la honra, el bulero será el maestro que le enseñe el camino de la hipocresía y del engaño, ya que de él aprende que a veces se obtiene más callando y sufriendo que lamentándose. Sólo por esa vía llegará a obtener el oficio de pregonero de Toledo.

En el tratado sexto aparece ya la oportunidad de que Lázaro pueda llevar a la práctica sus aspiraciones; la ocasión se la da el capellán a quien sirve durante cuatro años. A costa de penoso trabajo pudo ahorrar para vestirse decentemente y comprar una espada vieja. Es el sueño de Lázaro que ya empieza a realizarse. Como afirma el profesor Márquez Villanueva, "Lázaro no se conforma con seguir siendo lo que es; quiere honrarse, subir, ennoblecerse, que es el sentido simbólico de la espada

herrumbrosa que se cuelga".¹⁷ Las aspiraciones del protagonista se ven cumplidas en el tratado séptimo, que es como el eco del prólogo. El antiguo guía del ciego ha llegado a la cumbre de la gloria, al poder ostentar un oficio público, obtenido con la ayuda de "amigos y señores". Por fin, Lázaro es el pregonero oficial, todo un cargo, aunque humillante, pues tiene que acompañar a los condenados y publicar su pena, pero que a su modo de ver, le acarrea honra ante sus semejantes; no obstante, se calla ante lo que los demás dicen de él, pero de ser necesario, jurará que su mujer es tan buena como las que viven en Toledo. Tal es la culminación de la carrera del antiguo mendigo, quien a sus propios ojos ha logrado honra horizontal ante los demás, cuando afuera todos hablan del extraño caso en que él mismo se ve envuelto y que le lleva a tomar una extraña actitud, como advierte Fernando Lázaro Carreter, pues revela "la pugna entre su conveniencia y su deshonor" y ante el cual "adopta una fórmula de solución en verdad sorprendente: hace callar a quien le cuenta verdades".¹⁸ La honra que el pregonero cree haber logrado es justamente el pago de su deshonor; prueba de ello es que se ve obligado a ocultar la verdad de lo que ocurre, a fin de poder mantener el empleo alcanzado. "Desta manera, concluye, no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa".¹⁹ Ante la ilusión de haber alcanzado la honra-opinión que depende de los demás, Lázaro lo sacrifica todo, inclusive la honra de su mujer, situación que le lleva a la mayor deshonor.

2.- Guzmán de Alfarache

Mateo Alemán, por boca de Guzmán de Alfarache, critica la honra que se apoya en las apariencias, en el efecto externo, en el "qué dirán los demás". Muy a menudo cita ejemplos de quienes fatuamente se precian de tener honra porque descienden de un apellido ilustre o de padres ricos. Estando en Madrid de pícaro, se da cuenta de lo que sufren los hombres preocupados por la honra, al estilo del escudero a quien sirve Lázaro. A ellos se refiere cuando escribe: "Si bien consideras, hallarás los tales no ser hombres de honra sino honrados, que los de honra ellos la tienen de suyo... Como si no supiésemos que la honra es hija de la virtud, y tanto uno fuere virtuoso, será honrado, y será imposible quitarme la honra, si no me quitaren la virtud, que es centro della".²⁰

Como Lázaro, Guzmán da mucha importancia a los vestidos lujosos que abren muchas puertas, como le aconteció a él con el capitán de quien llega a ser servidor. Tampoco podía faltarle la espada con que llegaría a defender a su señor el embajador, de presentarse la ocasión: "Desenvainé la espada y en otra mano la daga..." (Guzmán de Alfarache, p. 263). Tanto la espada como el vestido, el dinero o la nobleza de que presume en ocasiones como cuando dice ser "don Juan de Guzmán", hijo de un caballero principal de la casa de Toral, no son sino apariencia e hipocresía, es decir, honra vana de la que se burla el pícaro y de la que se aprovecha para poder vivir alegremente. La confesión que nos hace es muy significativa: "Por el mismo caso que miento, me sustentan, me favorecen y estiman. Mentir y adular apriesa que es manjar de príncipes". (*Ibid.*, p. 553). Mas, aunque así parezca su actitud, no es tal, pues es capaz de

reconocer el verdadero valor de las cosas y de los cargos: "Cuando allí me hallé igual que los gentileshombres /en casa del embajador/, con capa y espada, conocí mi necesidad". (Guzmán, op. cit., p. 559). El reconocer el error es ya un paso grande hacia el buen camino, el de la virtud. Hacia él se dirige Guzmán en su nuevo viaje, "llevando propuesto de allí adelante hacer libro nuevo, lavando con virtudes las manchas que me causó tal vicio". (Ibid., p. 562). Se advierte aquí en Guzmán un cambio, o al menos deseo de cambio, de mejora, al dejar el vicio y apuntar hacia la virtud que es la que alimenta la verdadera honra.

En Guzmán de Alfarache se advierte a lo largo de la obra una lucha entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio. Las caídas del protagonista se suceden a pesar de sus promesas de mantenerse en el buen camino. Si Lázaro llega según él mismo cree a "buen puerto", Guzmán, por el contrario llega a "mal puerto", y tan malo, que va como esclavo a servir a las galeras. Sin embargo, una vez más, se va a realizar la gran paradoja, pues la verdad es que a pesar de tantas penalidades como ha sufrido el pregonero toledano por subir, por adquirir honra ante los demás, lo único que consigue es envilecerse más con el "oficio real" que tanto pondera. En definitiva, quien arriba a buen puerto es Guzmán al aprovechar la grave lección del dolor, pues como él observa, "ya en las desventuras iba comenzando a ver la luz de que gozan los que siguen la virtud, y protestando con mucha firmeza de morir antes de hacer cosa baja o fea..." (Ibid., p. 889).²¹

3.- El Buscón.

Desde la advertencia al lector, Quevedo nos anuncia el objetivo que se ha propuesto al escribir su libro, todo él repleto de burla, de ironía y sarcasmo contra la sociedad de su tiempo, y no de un modo velado, sino abiertamente. Una y otra vez hace mofa de la limpieza de sangre, como base de la honra, y proyecta su crítica contra los conversos, quienes como los demás, al no poder vivir sin ella, se esforzaban por conseguirla.

El pícaro Pablos, aspirante a hidalgo, se refiere a los problemas que tenían quienes carecían de honra, como él entre otros muchos, pues procedía de sangre impura. "Iba yo, escribe, pensando en las dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester primero tapar la poca de mis padres; y luego tener tanta que me desconocieren de ella".²² Como sucede con Lázaro y Guzmán, Pablos examina primeramente la situación familiar, y luego al comprobar la poca honra que le puede venir de los suyos, se lanza a conquistarla.

En el Buscón no podía faltar el clásico hidalgo como el que aparece en la Vida de Lazarillo. Pablos se encuentra con uno de camino hacia la corte quien por la facha parecía ser el duque de Arcos o el conde de Benavente; a fuer de bueno, el pícaro le presta su cabalgadura. Aquel, para disimular mejor su indigencia le confiesa llanamente:

"Veeme aquí, v.m. un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañés, que si como sustento a la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne, no se sustenta buena sangre, y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada".

Gloria vana y nada más la que tenía el hidalgo, o mejor, el que pretendía ser hidalgo apoyándose en la sangre solamente y no en las buenas obras. No se podía hacer burla más refinada de la honra, a la cual hasta los más viles pícaros aspiran, pues no tiene otro linaje el que así habla, quien poco después será amigo y cofrade del protagonista del Buscón.

El sarcasmo que muestra Quevedo en relación con el linaje como fuente de honra, contrasta con la idea tan absurda a que se había llegado, de que el converso por su ascendencia carecía de ella, lo que había originado la compra de títulos de nobleza y ejecutorias, con los que aquellos trataba de probar que eran tan dignos como los demás. Un ejemplo que da a entender la relación estrecha entre la honra y la limpieza de sangre por un lado, y la situación del converso y la no-honra por otro, es el que protagoniza Pablos al presenciar una discusión entre su carcelero, un tal Blandones de San Pedro y su mujer doña Ana Moráez. Esta había sido tratada no de limpia, y ella, enojada, increpa a su marido por haber sido incapaz de defenderla; el esposo reconoce la verdad, y con franqueza le confiesa: "¡Ay, mujer, que callé porque dijo que en esa aspa teníades vos dos o tres madejas; que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por no lo comer!". (N.P., p. 1136). Entonces interviene Pablos al oír de labios de doña Ana Moráez que es hija de Juan de Madrid, a quien conoce como converso por ser primo de su padre, y para ganarse al matrimonio de quien depende su libertad, como inspirado, toma la palabra y trata de probar la hidalguía de las dos familias: "Si salgo de la cárcel, añade, yo le haré desdecir cien veces al bellaco; ejecutoria tengo en el pueblo tocante a entrambos en letras de oro". (N.P., P.1136). Qué bien sabía el pícaro que el citado patronímico era muy utilizado por

los conversos, y con qué gracia alega que también él posee una ejecutoria al estilo de la que aquellos obtenían con frecuencia a base de influencia y de dinero.

La transformación de Pablos ha sido progresiva, y al final finge ser un gran caballero. Si Guzmán había sido famoso, el protagonista del Buscón toma, a su ejemplo, un nombre que suene, y disfrazado, va a la posada a preguntar por sí mismo. La mujer que pretende casarse con él, a la que ha convencido de su "nobleza", le llama, como las demás personas que están con ella, "Don Felipe Tristán" y le tiene por todo un caballero, muy honrado y además, rico. Pero el pícaro es hidalgo por muy poco tiempo, porque poco le dura la "honra", ya que todas las tretas que ensaya para lograrla, concluyen en burlas humillantes; y lo inusitado del caso es que su antiguo amo, don Diego Coronel, conocido en Segovia como cristiano nuevo,²³ desenmascara al falso hidalgo, y el pícaro, abochornado, se ve obligado a huir.

4.- Vida de Marcos de Obregón.

Marcos de Obregón, a diferencia de Lázaro, Guzmán o Pablos, se refiere a sus antepasados sólo por necesidad, cuando al ser apresado por un moro ve su honra comprometida; de ahí que se le encare y le diga:

"Yo soy montañés, de junto a Santander, del valle de Cayón, aunque nací en el Andalucía; llámome Marcos de Obregón; no tengo oficio, porque en España los hidalgos no lo aprenden, que más quieren padecer necesidad o servir que ser oficiales; que la nobleza de las montañas fue ganada por armas, y conservada con servicios hechos a los reyes..."

(N.P., p. 1016)

En modo alguno alardea Marcos de su ascendencia, pues no ignora que la honra que no está apoyada en la virtud vale muy poco. Entre otros oficios que desempeña está el de consejero de un hidalgo castellano y ayo de sus hijos. Aquel está preocupado por la educación de sus vástagos, pues desea que sean "industriados en virtud, valor, estimación y cortesía, que son cosas que han de resplandecer en los hombres nobles y principales". (N.P., p. 945). Muy sutilmente, el improvisado pedagogo le va aconsejando sobre la influencia perniciosa que pueden tener las costumbres y vicios de los padres sobre los hijos, y hábilmente le conduce al terreno de la honra. Así, entre otras cosas le dice: "Sería lo más acertado sepultar las memorias de algunos linajes, que por ellos se van imitando lo que oyeron de sus mayores, que más valiera que no lo oyeran para que no lo imitaran". (Ibid.)

Aparte de hechos y referencias más o menos afines con las obras picarescas anteriores, Vicente Espinel nos introduce en el problema de la honra familiar. Progresivamente el autor nos ha venido sugiriendo el tema por medio del protagonista, quien en conversación con doña Mergelina de Aybar apunta ya a situaciones delicadas que pueden surgir en la vida conyugal. La primera lección práctica se deriva del conflicto que surge entre dicha dama y su esposo, el doctor Sagredo, a causa de un músico joven al que aquella se había aficionado. El caso no llegó muy lejos a causa de la intervención del experimentado consejero, Marcos. Del resultado habla la dama al mismo tiempo que se confiesa: "El desengaño me ha cogido antes que el gusto me asalariase; aunque la voluntad se dobló, la honra quedó en pie". (N.P., p. 936). Este conato de incipiente

infidelidad, le sirve a Espinel de pórtico al estupendo cuadro en el que se refiere a la honra familiar en los descansos seis y siete de la relación segunda.

En la época en que escribe Vicente Espinel su novela, todavía estaba en boga la tiránica ley que obligaba al marido injuriado, a vengarse en su mujer dándole muerte como también a su amante. Contra ella se rebela el autor de Marcos de Obregón y aconseja la paciencia que puede evitar una venganza injusta a la que a veces se llegaba por simples sospechas o por una difamación humillante. Un ejemplo muy aleccionador es el que pone el autor en boca del protagonista estando este en Venecia. Un caballero se acerca al soldado español Marcos y le invita a ir a su casa. Allí le confía su angustia, que no es otra que la ocasionada por un competidor situado entre él y su esposa; se trata nada menos que de un criado suyo, Cornelio, a quien había dado muerte a causa de los celos. Luego, prosigue: "Y con la misma furia subiendo a dar de puñaladas a mi esposa, se me cayó la daga de las manos, y todas cuantas veces intenté hacerlo me hallé incapaz de mover el brazo para herir aquel cuerpo, que tan superior había sido a mis fuerzas". (N.P., p. 1046). Después de haberse expandido el afligido caballero, interviene Marcos con ánimo de aconsejar a quien le daba tales muestras de confianza; al mismo tiempo que trata de consolarle, desea que vuelva en sí a fin de que considere su injusta actitud al pretender matar a su mujer; luego, añade:

También me habéis dicho que este negocio, falso o verdadero, nadie lo ha sabido sino ellos dos que ya no pueden publicallo, y la honra o infamia de los hombres no consiste en lo que ellos saben de sí propios, sino en lo que el vulgo sabe y dice... Tenéis a vuestra esposa viva y quizá sin culpa, pues en cuantas veces la habéis querido matar no habéis podido.

(N.P., p. 1047)

La actitud que intenta sugerir Marcos de Obregón es de comprensión por parte del caballero hacia su mujer, pues posiblemente, esta no es tan culpable como él supone. Al fin, la esposa se decide a hablar, y como agradecida al soldado que le ha salvado la vida, le dice: "Si alguna vez, espantado de tan horrible caso os viniere a la memoria el referillo, sepáis la verdad, porque ni condenéis la crueldad de mi esposo, ni divulgéis la infamia que yo no merezco". (Ibid.).

Vicente Espinel rechaza la venganza basada en infundadas sospechas, y en cambio pone de relieve otros valores matrimoniales como el amor mutuo y la felicidad conyugal, muy superiores a la satisfacción que produciría la venganza por motivos de honra.

Como conclusión, podemos decir que el anónimo autor de la Vida de Lazarillo se enfrenta a la honra horizontal u honra-opinión a través del escudero principalmente; la defensa que este hace de la honra así como el elogio a la espada que lleva, despiertan en Lázaro el ansia por ascender hasta poder ostentar él también honra, que dado el modo como llega a ella, es justamente la negación de la misma.

En Guzmán de Alfarache se advierte cierto vaivén en el modo de actuar del pícaro; a pesar de la defensa que hace de la honra que se fundamenta en la virtud, a menudo la honra horizontal le lleva a cometer atropellos en cadena, hasta el punto de que no deja de ser un tanto violenta su propia conversión que se realiza al final de la novela, con la que en definitiva quiere demostrar que en él había triunfado la honra-virtud.

En el Buscón, Quevedo, a base de cuadros exagerados y de escenas grotescas pone en ridículo la honra que, según el sentir de la época se

fundamenta en el linaje, del que se burla constantemente a través del protagonista, quien a pesar de su origen, se cree digno de poseer la honra de un gran señor.

Vicente Espinel, en relación con la honra, aconseja sobre todo, mucha paciencia, pues considera que no vale la pena alterarse por poca cosa, y menos cuando se trata de gente que "trae siempre el honor y la vida entre las manos". (N.P., p. 927).

C.- NUEVO ENFOQUE DE LA HONRA EN "EL DONADO HABLADOR".

A leer la novela de Alcalá Yáñez, llama la atención la importancia que concede al tema de la honra; efectivamente, a ella se refiere al presentarnos a cuatro de sus amos en otros tantos capítulos, aparte de ejemplos aislados en los que alude a la manera ridícula en que algunos hidalgos presumían de honra, aunque sus hijos no tuviesen que comer. El médico segoviano ofrece algunos casos en los que la honra juega un papel primordial, y a los que con gran habilidad, logra dar una solución satisfactoria sin llegar a la venganza sangrienta a la que recurría el teatro de la época en ocasiones semejantes.

1.- Actitud del hidalgo toledano y su mujer frente a la honra.

En la novela de Alcalá Yáñez hay un caso en relación con la honra, el cual tiene gran parecido con el que presenta el autor de la Vida de Lazarillo de Tormes. Como el escudero en esta obra, el hidalgo de El donado hablador constituye un símbolo de la honra tal como se vivía en aquellos siglos difíciles, en los que la misma era una preocupación constante.

De ahí que la honra horizontal considerada como estimación social siempre constituyera una pesadilla en España, inclusive antes de que llegase a ser una nación.

Es muy significativo el hecho de que Alcalá Yáñez presente a su hidalgo en Toledo, con lo que aparece clara la influencia del Lazarillo, obra que deja huella en todas las novelas de este tipo. A pesar de todo, el escritor segoviano imprime en su hidalgo características muy personales, que hacen que el capítulo IV de la primera parte de El donado hablador ofrezca particular interés.

A poco de llegar a Toledo, andaba Alonso por una calle aledaña a la plaza de Zocodover en busca de alguien a quien servir, cuando de pronto se encuentra con el que iba a ser su amo, al que describe de este modo:

Entre los que pusieron en mí los ojos fue un gentil hombre, bien aderezado al uso de ahora, cuello azulado y abierto, calza entera de obra, sombrero con plumas, espada dorada, ferreruelo aforrado con felpa, guante de ámbar, y al cuello una vuelta de cadena de oro de moderado peso.

(N.P., p. 1216)

A diferencia del escudero a quien sirve Lázaro, el hidalgo de Alonso tiene casa "razonablemente aderezada", y sobre todo, ofrece la particularidad de que está casado. Característica de todo hidalgo era el hambre que pasaba, circunstancia de que se lamenta en varias ocasiones Alonso, pues de este modo también a él le llegaban los efectos de la honra que no había buscado. Muy pronto se dio cuenta de que en casa no había que comer, pues habían dado las doce y no había movimiento en la cocina. No tarda en convencerse de que su nuevo amo, como antes el de Lázaro, tam-

poco "tenía en la posada cosa por junto", ya que al poco rato le entrega dos cestas, y los dos se van a comprar comida. En el camino le cuenta cómo hacía tres días que se había casado contra la voluntad de sus padres, aunque "muy a su gusto, y principalmente con una dama de tan buenas partes como la que había escogido para su regalo y descanso". (N.P., p. 1217). Al regresar, el criado tuvo que hacer de cocinero y mayordomo, oficio que no se le daba tan mal. Alonso casi nunca pasaría hambre, mas si ocurrió alguna vez, fue cuando estuvo al servicio de amos preocupados por la honra; así le sucedió en casa del hidalgo y su mujer, quienes a menudo comían de fiado, y cuando no, era de lo que el padre de aquel les enviaba, único recurso que tenían, como luego da a entender Alonso cuando dice:

Mi don Fernando por todo había pasado, no reparando en galas ni en las que había menester la señora esposa. Andaba en pleito con su viejo padre, pidiendo alimentos y alegando ser principal y no tener oficio ni modo alguno de ganar de comer, aunque las ganas todos las teníamos, pues con ser cerca de las dos de la tarde, aun no habíamos traído la comida.

(N.P., p. 1218)

En distintos momentos, Alonso, como queriendo hacer notar la calidad de su amo, le llama don Fernando, así con el "don" tan característico de la época y que tanto significado tenía; a él se refiere más adelante, con motivo del muerto que encuentra en un bosque camino de Zaragoza, y del que dice que era un noble a juzgar por el nombre, pues como luego aclara, "en Navarra y Aragón, sólo llevaban el don quienes de veras eran nobles". (N.P., p. 1289).

Alcalá Yáñez insiste en los efectos de la honra externa u honor horizontal al considerar, no tanto la actitud de don Fernando, cuanto la de su mujer. Evidentemente, contrasta la necesidad que había en la casa

del hidalgo con las pretensiones de su esposa, circunstancia que hace notar Alonso al decir: "Acabóse el pan de la boda, andando nuestra casa como la de esgrimidor o escudero el más pobre, que aun pan no teníamos ni con qué comprarlo, y la señora mi ama pedía gollerías". (N.P., p. 1218).

Era esta dama irritable y presuntuosa, amiga de vivir más de apariencias que de otra cosa, por lo que el criado, considerando la necesidad en que estaban, de vez en cuando se atrevía a reprenderla, echándole en cara sus vanas pretensiones en el vestir cuando en casa no había que comer.

No hay que olvidar que la preocupación por la apariencia era la actitud de mucha gente que se esforzaba por mantener honra, y por el "qué dirán" se pasaban hambre Alonso y sus amos; y aquel, que sentía más necesidad de pan que de honra, trataba en vano de convencer a la señora de que era más necesaria la comida que los vestidos que se había propuesto comprar para no ser menos que las demás. Era inútil todo esfuerzo, pues tras mucho perorar, aquella, como respuesta le decía: "No ves Alonso, que las señoras como yo han de andar al uso, y el ser quien soy me obliga a quitármelo de la boca por el qué dirán? ¿No ha de haber diferencia de vestido de la mujer ordinaria al de la que es noble y principal?". (N.P., p. 1223). Tales palabras mal podían persuadir al criado, convencido como estaba de la futilidad del argumento de su señora, por lo que él a su vez, también le da su opinión, al decirle que "no todos los nobles son ricos ni con la buena sangre vinieron los tesoros del mundo". (Ibid.), por lo tanto sería ridículo mantener el principio: "Soy noble, luego rico". Se diría que Alcalá Yáñez está jugando con las palabras "noble-rico", y tal vez por prudencia no se atrevió a invertir los términos a fin de obtener

"rico-noble". La verdad es que mediado el siglo XV, el primer binomio se cumplía las más de las veces, aunque no fue así más tarde, sobre todo entre la clase de hidalgos, cuando el número de ellos aumentó considerablemente.

Alonso reprocha a su ama su "simpleza" al ver que está obsesionada por aparecer como las demás de su clase cuando no tiene con qué. El criado está de acuerdo con que la gente noble se trate como tal si tiene medios, "pero el que no, aunque su descendencia sea de los godos, razón será no se alargue más de lo que puede, ni el qué dirán le obligue a salir de compás y término". (Ibid.). Ciertamente, la única preocupación de la dama era salvar las apariencias por el qué dirán los demás; como último recurso, Alonso pone fin a su exposición contándole la historieta del campesino que en compañía de su mujer y de su hijo se dirigían con un asno al pueblo vecino, de la que Don Juan Manuel ya nos había dado una primera versión en el Libro de los enxemplos. De poco sirve la lección de Alonso, pues por toda respuesta, su ama le dice que no tiene razón ya que "todas traen lo que pido a don Fernando; ello ha de ser, falte donde faltare". (N.P., p. 1225).

Aparte de lo dicho en relación con el hidalgo cuya inquietud por la honra le preocupaba tanto a él como a su mujer, hemos de fijarnos en otro aspecto que presenta el médico segoviano al final del capítulo. Ya antes había hecho una alusión a las características somáticas de la dama en el momento en que Alonso nos ofrece su retrato, un tanto caricaturesco como resultado de la concepción misógina, muy de acuerdo con la tradición picaresca. Alonso nos la presenta como de "tez morena o mulata", detalle al parecer mínimo y que parece diluirse entre otras características; sin em-

bargo, algo más adelante aparece una referencia mucho más clara en relación con la ascendencia de esta pareja. No deja de tener especial interés la circunstancia que señala expresamente Alonso al hacer notar que este matrimonio tenía su casa no lejos de Zocodover, lugar próximo al Alcaná donde Cervantes sitúa el encuentro de la citada historia a Don Quijote.

Don Fernando es poeta, y además, poeta muy enamorado que canta a su mujer (no se olvide que llevan pocos días de casados) en sonetos, romances y redondillas. Por otra parte, cultivaba temas orientales y moriscos hasta que la musa que cantaba la destreza del moro Gazul y las proezas de guerreros persas y africanos enmudeció súbitamente, y el hidalgo se puso a ensalzar los encantos de la vida pastoril. ¿A qué fue debido tal cambio? Alcalá Yáñez pone en boca de Alonso la explicación: "Hízonos Dios merced de que en este tiempo saliese una cédula real del católico rey Don Felipe III, nuestro señor, en que mandaba desterrar los moriscos de España, arrancando de nuestra tierra tan perniciosa semilla..." (N.P., p. 1225).

La referencia a este hecho histórico en términos elogiosos era corriente en aquellos años por el peligro que suponía ponerse a defender a los moriscos, y más todavía si personalmente uno no se sentía seguro, situación que inclusive explicaría el elogio de la expulsión por parte del autor, así como la aparente prudencia con que habla del hidalgo. De todos modos, es muy significativa la indicación que hace Alonso de que don Fernando cambiase de tema tan de repente, actitud que aparte de la alusión concreta a la expulsión, tal vez pretenda sugerir que se trata de

un morisco, aunque es innegable que su mujer sí lo era. Lo curioso del caso es que el autor los presenta como hidalgos siendo de ascendencia árabe, de lo cual no habría que extrañarse si se piensa que con motivo de la capitulación de Granada, uno de los acuerdos fue el que los moros pudiesen conservar sus títulos de nobleza, aunque posteriormente y con motivo de algunos levantamientos se les negó este privilegio. ¿Qué querrá decirnos el médico segoviano al presentarnos a este hidalgo y a su mujer de origen árabe? Tanto a él como a la dama los hemos visto ufanos en mostrar su condición de hidalgos, exentos de oficio, pasar hambre, y a ella sobre todo, preocupada por el qué dirán. Si la casta dominante negaba la honra a los de origen árabe o hebreo, ¿por qué esta pareja muestra tanto celo en ostentar honra? ¿Sería sólo por el hecho de proceder de familia noble? Se diría que al presentar este caso, Alcalá Yáñez va más lejos de lo que a primera vista parece, pues es como si quisiera probarnos que la honra no era privativa de nobles o de cristianos viejos, ni se debía al lugar de origen, ni mucho menos al capricho de la casta dominante, la cual, por miedo más que por otra cosa, llegaron a negar honra a las otras dos.

2.- Crítica de la honra a la que se llega mediante el dinero.

Solamente dos protagonistas de novelas picarescas pasan a América: Pablos de Segovia y Alonso. Todo lo que sabemos del primero es que pasó a las Indias, referencia con que pone punto final a su vida. No sucede así con Alonso, quien al igual que otros muchos compatriotas, vio logrado su sueño de viajar al Nuevo Mundo y comprobar por sí mismo las maravillas que contaban aquellos a quienes había favorecido la fortuna, pues

ni todos los que iban regresaban, ni todos los que volvían podían hablar de la misma manera. No pocos, con espíritu aventurero y ansias de riqueza, tuvieron que hacerse la misma reflexión que se haría también el protagonista de El donado hablador: "No son las Indias para todos". (N.P., p. 1257).

Alonso, aún conservaba fresco el recuerdo de la cárcel valenciana cuando llegó a Sevilla y muy pronto tuvo la oportunidad de entrar a servir a don Fadrique, quien recientemente había sido nombrado alguacil mayor de México. El señuelo de las riquezas del Nuevo Mundo y la esperanza que su amo tenía de volver rico contagiaron pronto al criado, quien con ellas pensaba asegurar su vejez. Después de estar a punto de naufragar en aguas del golfo, el galeón San Francisco los dejó en Nueva España. Don Fadrique tomó posesión de su cargo, y Alonso, del suyo en casa de aquél. Tan bien le fueron las cosas al criado, que a pesar de haber llegado "sin un cuarto" se halló muy pronto con quinientos ducados, ganados, como él dice, "en buena guerra, de pura industria y diligencia mía, prometiéndome, si así iba creciendo mi caudal, en breve tiempo dos mil ducados". (N.P., p. 1256). El deseo de adquirir mayor fortuna se apoderó de Alonso, y al mismo tiempo se le fueron abriendo los ojos "no para seguir la virtud, sino para el aumento de mi caudal y hacienda..." (N.P., p.1256). Se metió en negocios de lienzo que envió al Perú, y a los diez meses un amigo de su amo le envió diez mil reales. El dinero le hizo subir de categoría, se creyó superior, y por supuesto, se granjeó amigos. Ya se jactaba Alonso de tener quien le sirviera, pues vivía independientemente, y hasta podía prestar dinero a su antiguo amo, a quien no le había ido como fuera de desear. La prosperidad trastornó a Alonso e hizo que cambiara

de mentalidad, al considerar el salto que suponía pasar súbitamente de criado a señor. "Yo, cuenta él, ya era el ejemplo de la buena suerte y ventura, y señalado con el dedo de los nobles de México, por la gran mudanza en tan pocos días, el estimado por la riqueza, el que podría prestar y dar a mi amo..." (N.P., p. 1256).

Dichoso se consideraba Alonso al pensar en los caprichos de la fortuna, pues recordaba haber visto en Sevilla a algunos que habían ido a las Indias con grandes ilusiones y habían vuelto peor de como salieron. Años más tarde, consideraría de qué es capaz el dinero y la hinchazón que causa al creerse superior a los demás y hasta "mirar a los pobres tan a lo señor". Nuestro protagonista, al narrar la situación envidiable a que había llegado, recuerda la del escudero de Lázaro, quien decía haber abandonado su tierra por negar el saludo a un caballero vecino. ¡"Oh, cuántas veces dice Alonso, por no llamar a uno de vuestra merced, allá por rodeos decía: El señor Fulano quería esto, y no ha lugar!". (N.P., p. 1257). Con el tiempo, el mozo reconocería su error al haber mirado a los demás por encima del hombro, "como si el rico y noble por ser afa^{ble} y amoroso con todos, perdiese algo de ser quien es". (Ibid.). Mas, no acabó así todo, pues las ansias de aumentar su caudal le llevaron a comerciar con la China adonde envió un cargamento de paños y lien^{zos} que no llegó a su destino, ya que a causa de una tempestad, la tripulación se vio obligada a aligerar el barco a fin de salvarse del naufragio, con lo que Alonso perdió en un momento el trabajo de muchos meses. Al verse en la calle y como había llegado, los amigos se olvidaron de él y no tuvo más remedio que acudir a su antiguo amo con quien estuvo poco tiempo

ya que un ligero dolor de costado acabó con la vida del alguacil, y el criado no tuvo más remedio que volver a Sevilla, pobre como había salido.

La lección que se propone dar Alcalá Yáñez a base de la experiencia de Alonso, está clara. Si resulta antipática la nobleza de tantos personajes que llegaron a ella mediante el dinero, sobornando a quienes debían testificar a su favor al presentar las pruebas de limpieza de san gre, no lo es menos cuando se trata de obtener honra-horizontal por el mismo camino. Es lo que hace Alonso en México donde adquiere renombre ante los demás, estimación, en definitiva, honra; pero es tan frágil y deleznable como los mismos bienes que ha amontonado, los cuales en un abrir y cerrar de ojos se los traga el mar. Del mismo modo se esfumó la honra-horizontal que el protagonista de El donado hablador había adquirido, pues ya nadie hablaba de él, nadie le señalaba con el dedo como an tes, a no ser, como él dice, para "deshonrarlo". Tal parece ser la lección del novelista segoviano respecto a la honra-horizontal, tan frágil por el hecho de depender de la opinión y lengua del vulgo, como lo fue la de Alonso al depender del vaivén de las olas.

3.- Varios casos de honra familiar: Solución que presenta Alcalá Yáñez.

a) Un caso típico de honra familiar ocurrió en Lisboa, en casa de don Pedro, caballero noble y rico, en la que entró Alonso en calidad de mayordomo. Tenía aquel una hija joven a la par que hermosa, la cual con el tiempo habría de ser la heredera de su hacienda, circunstancia que con tribuyó a que no le faltaran pretendientes. Dio ella en favorecer, no a los más nobles y apuestos, sino a uno de los más pobres y de peor talle, el cual con la ayuda de una sirvienta lograba entrar en la casa, a pesar

del cuidado del celoso mayordomo, quien se había constituido en guardián de la honra del noble portugués. Mal recuerdo debió de quedarle al interesado pretendiente una noche de invierno, cuando al no poder pasar del jardín estuvo durante varias horas bajo la lluvia, hasta que compadecido Alonso, no tanto del intruso, cuanto preocupado del buen nombre de su amo, le dejó salir, pues de enterarse los demás que dormían, corría peligro de perder un buen nombre la heredera de la casa.

De nada servían los consejos que el mayordomo daba a la muchacha y a las criadas que le ayudaban en tal peligroso juego; a aquella le afeó su conducta, le recordó lo que cuesta ganar "buen nombre, fama y crédito", y no obstante cuán fácilmente se puede perder. Cansado de advertencias y de consejos, los cuales le merecieron serias amenazas por parte de la joven, no quiso ser cómplice de la deshonra de su amo, pues a pesar del cuidado que tenía, el pretendiente seguía acudiendo a la cita, hasta que una noche, al bajar aquella acompañada de una criada al jardín donde la esperaba el enamorado mozo, el ruido de una puerta despertó a don Pedro, el cual empezó a dar gritos al sospechar que le estaban robando. Acudieron algunos vecinos y poco después la autoridad, y entre todos confirmaron la sospecha de don Pedro, quien de no estar presente la justicia, hubiera dado cuenta de los amantes y de la criada alcahueta. El joven fue a parar a la cárcel, y la muchacha, a la casa de una vecina viuda; para evitar males mayores, a los pocos días los enamorados jóvenes se casaron. El noble, indignado, renovó todo el personal de la casa, desheredó a su hija, y a fin de tener un heredero de su mayorazgo, se casó con una joven de su categoría. Tal es el caso que Alcalá Yáñez pone en boca de Alonso, en el que por un capricho de la joven heredera, la deshonra fami

liar llega a la casa del caballero portugués.

De haber sido llevado el caso a las tablas, el mismo padre deshonrado debía haber tomado inmediatamente la venganza. Pero no sucede así, no porque en el momento en que escribe el médico segoviano hubiese cambiado el sentimiento de la honra familiar, sino porque justamente es eso lo que pretende lograr el autor. Al dar un final distinto al hecho, Alcalá Yáñez trata de encauzar la honra por otro camino donde la misma tenga fundamentos más sólidos, y no dependa tan sólo del linaje, ni del dinero, ni de la "lengua del vulgo", según la expresión de Alonso. La lección, si no es tan fuerte, ya que no hay muertos, no deja de ser eficaz, ya que la hija de don Pedro pierde todo derecho familiar, y los criados, aun los que no habían tenido que ver con el problema, tienen que abandonar la casa.

b) En Valencia, Alonso sirvió en casa de una viuda, al parecer de ascendencia hidalga. Con el fin de mitigar el dolor que el recuerdo de la cercana muerte del esposo le causaba, se fue a vivir a una alquería que poseía en las afueras de la ciudad, llevándose consigo a su hijo pequeño; con ellos se fueron también Alonso y una sirvienta.

Trabajaba no lejos de allí, en la finca de un caballero, un esclavo mulato, quien al ver a la señora quedó prendado de su belleza. Buscaba ocasión para entrar en la casa, e inesperadamente se la dieron Alonso y la criada, quienes una tarde, habiendo ido de compras a la ciudad, tuvieron que pasar allí la noche a causa de una tormenta, circunstancia que aprovechó el atrevido joven para entrar en la casa de la viuda. Esta lo

entretuvo lo mejor que pudo mientras hacía la cena, y conociendo sus intenciones, nada honestas por cierto, aprovechó un momento en que fue a buscar algo y se encerró en un cuarto. El esclavo, al verse burlado le rogaba que abriese, y ante la negativa de la señora, la amenazó con matarle al hijo si no lo hacía. Tales palabras no le hicieron cambiar de idea y se negó rotundamente a abrir la puerta al mismo tiempo que le decía:

Haz lo que quieras, desventurado, y sé verdugo de ese ángel y envíale al cielo para donde se crió, que si pretendes, por perdonarle a él, que yo pierda mi honestidad, vives muy engañado; que primero, a tenerlas, perdiera mil vidas que consentir con tu torpe y deshonesto apetito.

(N.P., p. 1252)

Sintiéndose derrotado después de acabar con la vida del niño, el cruel mozo se propuso derribar la puerta del cuarto donde estaba encerrada la madre. Al no lograrlo, consideró que sería más fácil entrar abriendo un boquete y como lo pensó, así lo hizo, removiendo para eso algunos ladrillos. Estaba el esclavo forcejeando y ya con la cabeza y parte del cuerpo dentro del cuarto, cuando la señora, temblando al verse ante aquel mastin, como le llama Alonso, que pretendía quitarle la honra y acaso también la vida, asió un hacha que allí encontró y le cortó la cabeza. Posteriormente, la justicia dio por libre a la viuda, mas Alonso y la sirvienta fueron a parar a la cárcel, de la cual salieron a ruegos de su señora después de pasar en ella cerca de un mes.

Este caso de la viuda valenciana se puede considerar como uno más de los que sucedían entonces y que responde al sentir de la época. La dama, con no poca astucia, cual otra Penélope, va entreteniendo al intru-

so y hasta consigue que le ayude a preparar la cena. Llegada la oportunidad, y ante la superioridad del enemigo, se encierra en un cuarto, con la intención de salvar su honor. Como él porfía en entrar, ella toma una decisión, la que hubiese correspondido al padre, esposo o hermano, encargado de la venganza según el criterio de entonces; al no tener a nadie, la valerosa viuda se decide, sacrifica a su hijo y mata al enemigo que pretende quitarle la honra. Si en punto a honra, una simple sospecha podía justificar la muerte del agresor, en esta ocasión se trataba mucho más que de simple sospecha, de ahí que la actitud que ella toma sea justa ante la sociedad; prueba de ello es que no tiene que responder ante la justicia.

Aunque esta interpretación de acuerdo con el sentir de entonces, no obstante, dada la intención de Alcalá Yáñez, podríamos analizar el caso desde otro ángulo, de modo que la conclusión podría también ser distinta. Al referirse Alonso a su ama, se diría que pretende darnos a entender la calidad moral de la viuda: "Era mi señora, nos cuenta, mujer de muy buena traza, de mediana edad, moza entrada en años y virtuosa, y aunque pobre, apartada de ocasiones y de dar que decir a sus vecinas". (N.P., p. 1251). Al tratar de consolarla en su soledad, Alonso le recuerda la doctrina de San Pablo, quien manda honrar a las viudas. Insiste el criado en que no trataba de "dar que decir a sus vecinas", preocupación máxima como veíamos anteriormente en relación con la mujer del hidalgo toledano. Al parecer, según Alonso, a la viuda no le interesa solamente la honra-horizontal, que podría provenir del temible "qué dirán" los demás, sino que le interesaba mayormente la honra que proviene de la virtud.

Estos indicios llevan a considerar, teniendo en cuenta la orientación de la novela, que el hecho podría considerarse desde el punto de vista religioso-moral. En efecto, al amenazar el mulato a la dama con matarle el hijo, ella consiente en que así sea, antes que quebrantar la ley de Dios; por eso que llega a decirle: "Sé verdugo de ese ángel, y en víale al cielo para donde se crió". (N.P., p. 1252). Además, ella misma le advierte que sería capaz de perder mil vidas antes que su honestidad, o sea su pudor, su honra, pero concebida como consecuencia de su propia actitud ante Dios, es decir, de acuerdo con el verdadero sentido de virtud, considerada como razón de ser de su entereza personal y no como resultado de la opinión ajena.

Ciertamente, no se habla de pecado, pero virtualmente la idea está implícita desde el momento en que el niño, por el mismo hecho de serlo está exento de él; de ahí que si lo asesinan irá al cielo. Por parte de la señora, el hecho de no estar dispuesta a perder la honestidad, explica la resistencia que presenta al esclavo, más por sus convicciones religiosas que por lo que pueda decir la gente.

c) Un caso muy especial en el que el honor, aparentemente mancillado, sufre un cambio de enfoque a través de la pluma de Alcalá Yáñez es la leyenda que se refiere a la judía Ester; esta había sido acusada de adulterio por la mujer de su pretendiente, quien además logró que el juicio tuviera visos de verdad con la deposición de testigos falsos. Nadie se interesó en defenderla, y menos su marido, pues como dice Alonso, "era el mayor contrario, y sus mismos deudos y más cercanos parientes los que

la perseguían, como en negocio que tanto tocaba en su deshonor y honra". (N.P., p. 1323), por lo que fue condenada a ser despeñada.

Alcalá Yáñez interpreta este hecho ocurrido en 1237, durante el reinado de San Fernando, en el que se nos habla del "deshonor y honra" que tan de cerca tocaba al marido de Ester. Mas, si en el momento en que el médico segoviano escribe su novela la deshonra se lavaba con sangre, no sucedía de otro modo en el siglo XIII, aunque se tratase de simples sospechas; lo único, que no es el marido quien toma la venganza.

Es innegable la importancia de la nota mariana como motivación literaria, al presentarnos el milagro de la Virgen de la Fuencisla en favor de la virtuosa mujer, pero al mismo tiempo se diría que el autor de El donado hablador quiso resaltar la futilidad del honor que llevaba a tales extremos, a menudo sólo por sospechas, el cual hallaría eco en los terribles dramas conyugales de la época. Alcalá Yáñez presenta el milagro que obra la Reina del Cielo al hacer que Ester no perezca al ser despeñada, sino que por el contrario se vea milagrosamente a salvo, quedando así manifiesta la actitud injusta de quienes debido a una concepción mezquina de la honra son esclavos de ella. De este modo aparece la honra horizontal, la cual dependía de los demás, frente a la verdadera honra que al tener por fundamento la virtud, acaba por triunfar sobre aquella, aspecto que ciertamente señala el autor al destacar que la misma Virgen María quiso refrendar la inocencia de Ester.

Como hemos visto, está muy lejos de Alcalá Yáñez la burla hiriente de Quevedo quien por medio de Pablos se mofa de la honra de los conversos, quienes al verse frente a la casta de los cristianos viejos, para no ser

menos hacían cuanto estaba de su parte para conseguirla.

El autor segoviano está en la línea de Mateo Alemán, para quien la honra reside en la parte más noble del individuo cuando trata de ajustar su conducta, no a lo que piensen o digan los demás, sino a las normas morales aceptadas por la comunidad. Alcalá Yáñez, por medio de su protagonista, insiste, como casi todos los escritores de esta clase de novelas, en la honra que tiene como sede la virtud, a la que se refiere en bastantes ocasiones.

La intención de presentar el lado flaco de la honra, según la idea de la época, aparece muy clara en El donado hablador al pintarnos algunos hidalgos típicos ubicados en un medio familiar. De hecho, aunque el hidalgo también participaba de la escala nobiliaria, no podía competir con otros miembros de la nobleza en la ostentación de riqueza de la que estos hacían gala. Se comprende que así fuera desde el momento en que se consideraba indigno de realizar determinados trabajos, como aclara Marcos de Obregón al ser capturado. Ya que por el lado de las riquezas, el hidalgo no podía parangonarse con el noble, la compensación la realizaba a base del orgullo familiar, atribuyendo su hidalguía al hecho de haberla adquirido sus antepasados en el guerra contra los árabes, o por considerarse oriundo de la montaña. En estrecha relación con esto, Alcalá Yáñez pone a nuestra consideración dos ejemplos de hidalgos cuyo rasgo común es la pobreza. Se diría que el propósito del autor es mostrar no solamente lo vacías que estaban sus casas, cuanto lo vacías que aparecían sus vidas. La gran pasión del primero era la caza, y el mayor timbre de gloria del segundo consistía en abrir un arca en la que tenía un libro con su genea-

logía y enseñárselo a sus hijos. Mas, con esto no lograba mitigar el hambre de sus vástagos, tanto que un buen día uno de ellos le respondió: "Más quisiera ser villano y tener que comer bien". (N.P., p. 1226).

Tal es la nueva orientación de la honra que Alcalá Yáñez presenta a través de ejemplos prácticos, los cuales no dejan de ser otras tantas lecciones que pone a la consideración del hombre de su tiempo, tan inclinado a juzgar el problema de la honra de acuerdo con el sentir tradicional. De hecho, los casos que presenta el autor segoviano no son diferentes de los que por los mismos años llevaban a las tablas los autores dramáticos.

Como quiera que la honra, inherente a la hidalguía, era una constante en la literatura de la época, Alcalá Yáñez hace posible que un matrimonio morisco sea capaz de ostentar honra, a pesar de que por su ascendencia se le negaba tal prerrogativa.

La crítica de la honra a la que se llegaba por el dinero, la hace el autor a través del ejemplo del protagonista; este se vanagloria de ser honrado, inclusive entre la gente noble de México, a causa de la riqueza adquirida, aunque tal estado lo pierde al arruinarse y quedar como había llegado a Nueva España.

En cuanto al noble portugués si no se habla expresamente del triunfo de la virtud, en cambio, el desenlace que presenta el autor constituye una gran lección, pues la venganza, tal como la presenta Alcalá Yáñez, ya no es sangrienta, aunque no por eso resulta menos provechosa al ver que la hija de don Pedro pierde todo derecho a la herencia paterna, además de verse separada de los suyos.

En el caso de la viuda valenciana, tanto la honra como la virtud juegan un papel primordial, ya que ambas son el resultado del propio valer, independientemente de lo que piensen los demás.

La honra que se fundamenta en la virtud tiene digno colofón en la interpretación que el doctor Alcalá da al portento obrado por la Virgen de la Fuencisla en favor de la judía Ester, la cual se hace acreedora a tan singular favor por parte de la Patrona de Segovia.

NOTAS

¹ Américo Castro, De la edad conflictiva (Madrid: Ed. Taurus, 1963), p. 63.

² Ramón Menéndez Pidal, "Del honor en el teatro español", en De Cervantes y Lope de Vega (Madrid: Col. Austral, N. 120), pp. 145-146.

³ Ibid., p. 146.

⁴ Claudio Sánchez-Albornoz, España un enigma histórico (Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1971), tomo I, p. 670.

⁵ Antonio Domínguez Ortiz, De Carlos V a la paz de los Pirineos 1517-1660 (Barcelona: Ed. Grijalba, 1974), p. 124.

⁶ Ibid., p. 125.

⁷ Alfonso García Valdecasas, El hidalgo y el honor (Madrid: Rev. de Occidente, 1958), p. 155.

⁸ Gustavo Correa, "El doble aspecto de la honra en el teatro del siglo XVII", HR, XXVII (1958), p. 100.

⁹ Américo Castro, "Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII", en Semblanzas y estudios españoles (Princeton: Princeton Univ., 1956), pp. 320 y ss.

¹⁰ Ramón Menéndez Pidal, op. cit., p. 155.

¹¹ Ibid., p. 155.

¹² Claudio Sánchez-Albornoz, op. cit., p. 617.

¹³ Ibid., p. 617.

¹⁴ Ibid., p. 619.

¹⁵ Américo Castro, De la edad conflictiva, op. cit., p. 33.

¹⁶ Marcel Bataillon, Pícaros y picaresca (Madrid: Taurus, 1969), p. 216.

¹⁷ Francisco Márquez Villanueva, Espiritualidad y literatura en el siglo XVI (Madrid: Alfaguara, 1968), p. 94.

¹⁸ Fernando Lázaro Carreter, "Lazarillo de Tormes" en la picaresca (Barcelona: Ediciones Ariel, 1972), p. 166.

¹⁹ Lazarillo de Tormes, ed. A. Valbuena Prat en La novela picaresca española, op. cit., Tractado VII, p. 111.

²⁰ Guzmán de Alfarache, ed. Rico, op. cit., pp. 261 y 263.

²¹ No deja de ser problemática la conversión de Guzmán de Alfarache, y no faltan críticos que la admiten, y otros, en cambio que la impugnan. Enrique Moreno Báez (Lección y sentido del "Guzmán de Alfarache", Madrid: 1948), no pone en tela de juicio la conversión de Guzmán, pues la novela, con toda la cargazón religiosa que presenta, responde a los objetivos de la Contrarreforma, parecer que comparte Alexander A. Parker (Literature and the Delinquent: The Picaresque Novel in Spain and Europe, 1599-1753. Edinburgh Univ. Press, 1967, pp. 31 y ss). Gonzalo Sobejano afirma que de acuerdo con la idea que se había propuesto Mateo Alemán al presentar una "lección de crítica educativa", Guzmán no tenía otra alternativa que la "redención". ("De la intención y valor de Guzmán de Alfarache", en Forma literaria y sensibilidad social. Madrid: Gredos, 1967, p. 54). Para Alberto del Monte, la conversión de Guzmán viene a ser "como una superposición autobiográfica, en el sentido en que afirma la supremacía del conformismo ortodoxo sobre la desesperación del escritor". (Itinerario de la novela picaresca: Barcelona, Ed. Lumen, 1971, p. 96). Como los anteriores, Angel San Miguel insiste en el arrepentimiento y conversión de Guzmán, proceso que explica en (Sentido y estructura del "Guzmán de Alfarache" de Mateo Alemán. Madrid: Gredos, 1971, pp. 102 y ss.).

En cambio, J.A. van Praag está en contra de la tesis de la conversión de Guzmán, pues tras poner en dudas el cristianismo del autor por el hecho de provenir de familia de conversos, aduce una serie de citas las cuales revelarían una actitud cínica y sarcástica contra la doctrina y prácticas religiosas. (Cf. "Sobre el sentido del Guzmán de Alfarache", en Estudios dedicados a Menéndez Pidal, t. V. Madrid: 1954, pp. 283-306). En la línea de este último está Carroll B. Johnson (Inside "Guzmán de Alfarache". Berkeley Univ. of California Press, 1978), quien duda de la conversión del pícaro de Mateo Alemán al considerar la contradicción que existe entre el final de la novela y toda una serie de hechos relacionados con la vida de Guzmán.

²² Francisco de Quevedo, el Buscón, ed. de A. Valbuena Prat, en La novela picaresca española, op. cit., p. 1114.

²³ Cf. Julio Caro Baroja, Los judíos en la España moderna y contemporánea, op. cit., t. I, p. 178.

CAPÍTULO VIII

EL MÉDICO EN LA NOVELA PICARESCA Y EN "EL DONADOR HABLADOR"

En páginas anteriores nos hemos referido al rechazo de que eran objeto los moriscos por parte de la sociedad española, hasta el punto de que no se les permitía entrar en las aulas universitarias. Mas, no sólo esto, sino que inclusive se llegó a prohibirles el ejercicio de la medicina en núcleos habitados por cristianos viejos. Tal medida diferenciaba de por sí la calidad profesional existente entre los médicos que egresaban de las aulas universitarias y los que habían adquirido la ciencia a base de esfuerzo personal, entre los que estaban, por supuesto, los sanadores moriscos. Este factor repercutía en la sociedad, pues normalmente aquellos no asistían a la gente pobre ni a los moriscos, los cuales formaban la tercera parte de la población de los reinos de Valencia y Granada. Nos da una idea de este fenómeno el hecho de que en la ciudad del Turia, donde había mayor número de médicos, "en 1552 había 35 (doctores y licenciados), con una tasa aproximada de 8 médicos por 10.000 habitantes", cifra que prácticamente era la misma que a principios del siglo XV.¹ En tal situación no es de extrañar que muchas personas, hombres y mujeres, se dedicasen a curar todo tipo de enfermedades, con mucho o poco éxito, guiados tan sólo de cierto conocimiento logrado a través de los años, a base de observación y experiencia.

A pesar de la prohibición, hubo ocasiones en que médicos moriscos acudieron a la cabecera de prominentes miembros del clero y de la aristocracia, lo que daba lugar al enfrentamiento con otros médicos de carrera;

eran llamados en casos en que estos habían agotado todos sus recursos, como sucedió en la enfermedad del príncipe Carlos, primogénito de Felipe II; a curarlo acudió el famoso curandero valenciano Pinterete, del cual se burló más tarde el famoso cirujano Daza Chacón, al ver que también había fracasado. En cambio, otro morisco, Jerónimo Pachet, de Gandía, que también fue a la corte llamado por el rey Prudente, salvó la vida al príncipe Felipe, entonces de ocho años.²

El recelo y hasta miedo con que siempre se miró a la población morisca, desde el punto de vista religioso y político, daría por resultado la expulsión de la misma decretada a principios del siglo XVII, y preparada por mucho tiempo, entre otros, por el duque de Lerma y por el entonces virrey y arzobispo de Valencia, San Juan de Ribera. La expulsión de 1609 no hizo sino agravar la situación política y económica de España; en el campo de la medicina las cosas siguieron igual que antes, a juzgar por una premática del año 1617, en la que se habla de sanadores y curanderos que ejercían la medicina en forma ilícita, y a los que se imponían multas de seis mil maravedíes la primera vez que eran sorprendidos, y doce mil y el destierro a más de cinco leguas del lugar donde estaban curando, la segunda.³

La mala fama que se había creado al médico de carrera, acaso por influencia de médicos y curanderos moriscos durante siglos, continuó después de la expulsión de estos, y a ella alude el conocido refrán que trae el Maestro Correas: "Médicos de Valencia, largas faldas y poca ciencia".⁴ Muchos escritores de la época, hablan con frecuencia del galeno en forma irónica y chispeante; de modo especial, se complacen en poner de manifies

to el descrédito del médico los autores de novelas picarescas, a excepción de Jerónimo de Alcalá Yáñez, quien lo defiende valientemente por medio del protagonista de El donado hablador.

A.- EL MÉDICO EN LA NOVELA PICARESCA.

Se ha dicho que la literatura picaresca es realista por el hecho de pintar la sociedad de la época en que se produce. En principio, no es que tal afirmación sea errónea, aunque tampoco es enteramente cierta, ya que el cuadro que el pícaro presenta de la sociedad es incompleto. Se comprende que así sea, ya que muchas veces se mueve en ambientes sórdidos, y la perspectiva que el autor le presta, obedece al propósito de poner de manifiesto el mal; además, es un ser inconscientemente incapacitado para ver lo que ocurre en un plano superior. Samuel Gili Gaya, al referirse a la postura que adopta casi siempre el protagonista de la novela picaresca, escribe lo siguiente:

El pícaro no tiene ojos para ver lo elevado, lo noble. Su mirada enturbiada por el resentimiento, no sabe descubrir más que lo infrahumano; cuando ve pasar virtudes y grandezas, se encoge de hombros con escepticismo ..., por esto la novela picaresca no es más que parcialmente realista: capta con certera intuición una parte de la realidad española de su tiempo; pero no abarca la realidad entera.⁵

De hecho, no son muchos los protagonistas de novelas picarescas que sirven a médicos: sin embargo, casi todos se creen con suficientes conocimientos como para hacer de aquellos sus víctimas preferidas, contra los que lanzan su mirada socarrona. Indudablemente, el hecho de que otros escritores, aparte de los autores de novelas picarescas, se refieran despectivamente al médico, es un índice revelador, como es entre otros tex-

tos, el estudio de Julián de la Villa y Sanz, "Una premática del siglo XVII, por la que puede deducirse el estado de la Medicina en esta época".⁶

Por entonces las antiguas universidades de Valladolid y Salamanca, fundadas en el siglo XIII, y la de Alcalá, creada por el cardenal Cisneros en 1508, eran las únicas que, en principio, concedían títulos de Bachiller, Licenciado y Doctor en Medicina; algunas más, gozaban de este privilegio si en sus estudios tenían "por lo menos tres cátedras: de Prima, de Vísperas y Cirujía y Anatomía", según consta en el documento aludido.

La premática citada permite apreciar la falta de ética y los fallos de muchos médicos, sobre todo, de los curanderos a quienes se perseguía y se imponían fuertes multas. Este recelo era extensivo a los cirujanos, de quienes no debían de fiarse mucho, ya que solamente la noche anterior al día en que debían rendir el examen, eran notificados por un alguacil, a fin de evitar cualquier soborno. Esta breve noticia sobre la actividad de los que lícita o ilícitamente ejercían la medicina, explica en cierto modo, el hecho de que los autores de novelas picarescas al pintar a los distintos miembros de la sociedad, contra los que se ensañan casi siempre, incluyan al médico.

1.- Crítica de la persona, actitud y lenguaje del médico.

Guzmán de Alfarache ridiculiza a la clase médica, al referirse a la preparación y actitud del que llama un médico falso. A él se refiere con estas palabras:

No sabía letra ni había estudiado nunca. Traía consigo gran cantidad de recetas, a una parte de jarabes, y a otra de purgas. Y cuando visitaba algún enfermo, conforme el beneficio que le había de hacer, metía la mano y sacaba una diciendo primero entre sí: Dios te la depare buena, y así le daba la que primero encontraba.

(Guzmán de Alfarache, p. 149)

Francisco López de Ubeda hace que Justina escenifique en tono burlesco una consulta médica, a costa de la mesonera de León, Sancha Gómez. Con tal motivo, la pícara de Mansilla gradúa de inmediato en las artes médicas a su acompañante Bertol Araujo, quien bajo su dirección hace el reconocimiento a la enferma. La receta está compuesta de remedios caseros, de lo que se alegra Sancha, ya que así no tendrá que comprar nada a excepción de unas ventosas. Los "medicamentos" surten el efecto esperado, aparte de que mientras la señora permanece envuelta en una sábana, la pícara saquea la bolsa que aquella tiene colgada en un extremo de la cama.⁷

No hay nada en la persona del médico o cuanto se relaciona con él que no sea objeto de vituperio y digno de ponerse en ridículo; inclusive, a su fiel acompañante la mula, la hacen reo de los ataques más groseros, hasta compararla con la muerte por razón del paño y modo como va protegida en invierno.⁸

Marcos de Obregón, al presentarse al lector al que espera deleitar con el relato de su vida, alude a los buenos médicos que, antes de aplicar la medicina amarga, van preparando al enfermo con la suavidad de los jarabes. Con igual tino confiesa que ejercía él su oficio de ensalmador, cuyo "disfraz" era parecido al de los galenos; a él se refiere cuando dice:

... que por la excelente gracia que tengo de curar por ensalmos, puedo usar dellos... con traer unas cuentas muy gruesas, unos guantes de nutria, unos antojos que parecen más de caballo que de hombre, y otras cosas que autorizan mi persona.

(Espinel, N.P., p. 925)

A mediados del siglo XVII, Estebanillo González montaría una farsa por Carnestolendas en la que también se burla de los médicos. Para ello, alquiló un jumento, le amarró las patas, y cual si se tratase de un enfermo lo cubrió con una sábana y una colcha y lo metió en un carro. Un amigo del escritor-bufo simulaba ser la esposa del paciente, y junto a ella caminaban un barbero con ventosas y estopas, y un oficial con una enorme jeringa; algo disimulado, llevaban también un tonel de cerveza, que en el reconocimiento médico se transformaría en orina. El papel principal se lo había reservado Estebanillo para sí, y a tal efecto, se había disfrazado de médico, según él mismo cuenta: "Iba yo vestido de doctor, con una ropa de levantar y un bonete de caer, unos guantes arrollados y un gran sortijón de piedra de paqueca y chinelas terciopeladas".⁹ No faltaba ningún detalle de la tradicional consulta, pues el médico reconocía al enfermo, lo auscultaba y examinaba la "orina" que, tras demostrar repugnancia, acababa por bebérsela. De este modo iba el pícaro divirtiendo a la gente, en especial a la que en carrozas salía a distraerse como de costumbre.

Si la letra emmarañada era, según Quevedo, uno de los distintivos del médico, no lo era menos el lenguaje que usaba al hablar y recetar al enfermo; esto se daba sobre todo entre los médicos falsos quienes utilizaban palabras y expresiones latinas, a fin de disimular mejor una cien-

cia que no poseían.

Los pícaros, atentos asimismo al lenguaje del médico en momentos de recetar, critican los giros que emplea, los cuales denotan pedantería en el que los profiere y al enfermo lo dejan en la mayor confusión. Contra este abuso, sobre todo en médicos jóvenes, sale al paso Marcos de Obregón, quien además de criado, hace de consejero del doctor Sagredo. En la novela de Vicente Espinel hay un momento en que el galeno aconseja a su esposa, doña Mergelina, sacarse un poco de sangre a fin de disolver un hematoma, pero lo hace en términos tan difíciles que ella no entiende nada. Entonces interviene Marcos quien, a su vez usa un lenguaje ininteligible que no deja de extrañar al galeno; se ha producido la reacción que aquel esperaba, y entonces aprovecha la oportunidad para darle una lección de sencillez en el hablar, con estas palabras:

Pues menos entiende su mujer a vuesa merced; ¡que para decir que del golpe de la caída puede venir algún flujo de sangre y quedar señal en el rostro, se han de decir tantas pedanterías!: contusión, lapso, hipocondrios, profluvios, cicatriz, livor.

(Espinel, N.P., p. 937)

En el personaje de Espinel hay un matiz que no se da en otras novelas picarescas; efectivamente, Marcos de Obregón hace crítica como los pícaros, pero la hace de tal modo, que al mismo tiempo constituye una lección práctica, pues si señala el mal también expone la manera de remediarlo. En la charla que mantiene con su amo insiste en ciertas normas que debían tener en cuenta los galenos, sobre todo los jóvenes, de ahí que al doctor Sagredo le diga:

Yo creo cierto que es alivio para los enfermos que el médico hable un lenguaje que le entiendan para no poner en cuidado al pobre paciente. Tienen, fuera desto, obligación de ser dulces y afables, de semblante alegre y de palabras amorosas.

(Espinel, N.P., p. 938)

Alonso del Castillo Solórzano, en su obra picaresca La niña de los embustes, inserta el entremés que ha compuesto Sanabria, esposo de la heroína, Teresa de Manzanares; en él, tres médicos, Ribete, Rebenque y Mantanga, asisten a Ginés quien no entiende nada de lo que le dicen, pues emplean un lenguaje enrevesado y además plagado de latinajos. Una vez finalizado el reconocimiento salen del cuarto del enfermo, y en vez de aunar opiniones sobre la enfermedad del pobre Ginés, lo que hacen es hablar de su respectiva clientela y hasta de sus mulas. Por fin, vuelven a ver al paciente y uno de ellos le dice que la orina revela un mal muy peligroso por lo cual será necesaria la actuación del barbero y del boticario con ventosas y otros recursos benéficos. Las siguientes palabras del supuesto enfermo, que había espiado a los médicos en amena charla, constituyen una burla digna de los tres "alfanjes o montantes de la muerte", como los llama Ginés, quien antes de concluir la visita y en presencia de los doctores se bebe el vino que ellos habían confundido con la orina, y luego les dice:

Señores protoidiotas:
esta orina orinó en Yepes
el cuerpo de una tinaja,
y cada cuartillo puede
resucitar cuatro muertos;
yo examiné sus caletres
tan doctos, que es compasión,¹⁰
que a galeras no los echen.

2.- Codicia del médico.

La codicia es uno de los vicios que los pícaros señalan también al hablar de los médicos. A ella se refiere Guzmán de Alfarache después de contarnos algunas "virtudes" de los boticarios con estas palabras: "Pues el señor doctor lo adoba y pensarás que es menos. Si no le pagas, deja la cura; si le pagas, la dilata; y por ello algunas veces mata al enfermo". (Guzmán de Alfarache, ed. Rico, p. 280). Lo curioso del caso es que el mismo Guzmán que señala el vicio, poco después se hace cómplice y contribuye a fomentar la astucia y codicia de dos médicos que han acudido a curarlo. Por entonces, el gran pícaro se hallaba en Roma y pedía limosna a la puerta de la casa de un cardenal, quien una mañana, al salir para el "palacio sacro" encontró allí a Guzmán, y compadecido de su enfermedad lo metió adentro y ordenó a los criados que le diesen ropa nueva y lo acostasen en su propia cama. El gesto del purpurado y lo que haría por él, le lleva a Guzmán a hablar con afecto del eclesiástico, cosa que no hace con ninguno de sus amos. Aquel lo metió en su casa y llamó a dos cirujanos para que le curasen las llagas de la pierna, causadas por una yerba que al efecto se ponía. Temeroso de que los galenos lo descubriesen, se fue a verlos y de rodillas les suplicó que no dijese nada al cardenal; más aún, se ofreció a participar con ellos en el juego a fin de alargar la "enfermedad". Al cabo de seis meses dan de alta al pícaro, quien confiesa que la treta había tenido excelente resultado para todos:

Cuando pareció a los cirujanos tiempo, añade Guzmán, se despidieron, siendo de su poco trabajo mucho y bien pagados, y a mí me mandaron hacer de vestir y pasar al cuartel de los pajes.

(Guzmán de Alfarache, p. 407)

Muy delicadamente, Marcos de Obregón, alude a la codicia del médico al hablar de su amo el doctor Sagredo en momentos en que recuerda la atención y excelentes modales que ha de tener al tratar al paciente; el consejero se refiere a un gran médico de entonces, el doctor Luis del Valle, quien se preocupaba tanto de la salud del cuerpo como de la del alma, pues a los enfermos les hacía sacramentar, al mismo tiempo que les infundía esperanzas de curación. Luego, en forma un tanto irónica concluye diciendo "que hay algunos tan ignorantes... que sin estar una persona enferma, por encarecer su trabajo y su ganancia, dicen al enfermo que está peligroso, para que lo esté de veras". (Espinel, N.P., p. 938).

Entre las obras picarescas figura la del segoviano Antonio Enríquez Gómez, El siglo pitagórico y vida de Don Gregorio Guadaña (1644). De familia de conversos, y perseguido por la Inquisición, tuvo que pasar a Francia hacia 1636, y en Ruán, donde vivió por algún tiempo, publicó su obra. Era esta ciudad, en el siglo XVII, uno de los centros israelitas de mayor influencia, ya que servía de enlace con los Países Bajos, y contaba con la protección más o menos velada del cardenal Richelieu.¹¹ Con mucha franqueza, Don Gregorio Guadaña, el protagonista del citado relato picaresco, se refiere a la codicia que reinaba en casa de sus padres por razón de su oficio, él médico y ella partera, el que unido al del tío boticario no había que pedir más. A la farmacia del último y a las drogas que allí se vendían con la ayuda de su progenitor se refiere el hijo de esta manera:

Era su botica una piscina de ellas, y el ángel que la movía era mi padre... No se daba manos mi tío a llenar su botica, ni mi padre a vaciarla... Cuando conocía una enfermedad corta, le largaba la rienda ...; nunca la dejaba llegar a la posada de la salud, antes la rodeaba por el camino de la muerte sesteando todas en casa de mi tío el boticario.¹²

Son muchas las alusiones a la actividad del médico en la novela picaresca, pero acaso a excepción de Quevedo, nadie hable en tono tan sarcástico como el citado Antonio Enríquez Gómez en la Transmigración VIII de El siglo pitagórico..., en la que describe a un interesado galeno de este modo:

Compró media docena
De libros de Avicena,
Un quintal de Galenos,
Unos guantes de perros, que son buenos,
Una sortija, cuatro pañizuelos,
Y con estos anzuelos,
Desde su mula roma caballero,¹³
Iba pescando vidas y dinero.

Si entre el ataque al médico y la apología que del mismo hace Alcalá Yáñez hay un abismo, entre Marcos de Obregón y el protagonista de El donado hablador no hay más que un paso. Anteriormente hemos aludido a los consejos que da Marcos a su amo; no es que el criado fuese entrometido, sino que como hombre de experiencia observa cómo en vez de libros, a los que él es muy aficionado, las que abundan en casa de su amo son espadas de esgrima y otras armas, de las que se vanagloria el doctor Sagredo, hasta el punto de llegar a decir que son sus Galenos y Avicenas.

En el escudero de Espinel se advierte ya un aspecto muy particular en el arte de curar, el cual está muy de acuerdo con la moderna sicofisiología; en la amena charla que sostiene con el joven galeno, le dice estas palabras:

Los grandes médicos que yo he conocido y conozco, en llegando al enfermo, procuran con gran cuidado saber el origen, causa y estado de la enfermedad, y el humor predominante del paciente, para no curar al colérico como al flemático y al sanguíneo como al melancólico.

(Espinel, N.P., p. 938)

Para Marcos de Obregón, el conocimiento del paciente es fundamental, pues sólo así puede saber de antemano ciertas derivaciones que puede tener la enfermedad según el temperamento de aquel. No estaban de más los consejos del escudero de Espinel, convencido por experiencia propia de la importancia que tiene la alegría en la curación del enfermo; de ahí que aconseje al médico contar "donaires y cuentecillos" al paciente con el propósito de darle confianza y regocijarlo.¹⁴

B.- LA FIGURA DEL MÉDICO EN "EL DONADO HABLADOR".

Contra los detractores de la figura del médico alzó su voz Jerónimo de Alcalá Yáñez, quien por boca de Alonso defiende a sus colegas al mismo tiempo que se defiende a sí mismo. En ningún capítulo como en el sexto de la primera parte de El donado hablador demuestra tanto cariño por su profesión y se comprende que así sea, pues todo él lo dedica a mejorar la idea que del galeno habían ofrecido las novelas picarescas y los autores satíricos. El autor se queja, y con razón, según veíamos en la sección anterior, de lo desfigurada que había quedado la imagen del médico; no es de extrañar, pues, que exteriorice su preocupación con estas palabras: "Oh, cuántos se han desvelado, así en dicho como por escrito, en decir mal desta divina ciencia y de sus secuaces..." (N.P., p. 1241). Mas, no se contenta con esto, sino que llevado de singular entusiasmo nos ofre

ce la imagen perfecta del médico por medio de los atributos de Esculapio; esta bella idealización del galeno, contrasta con la figura burda y charlatana que del mismo había dejado la literatura picaresca y satírica.

El primer encuentro del protagonista Alonso con su amo ocurre en una calle sevillana; en su lenguaje no se aprecia ni el sarcasmo ni la ironía de que hacen gala los pícaros y autores satíricos al hablar de la indumentaria del galeno al que aquél se refiere con estas palabras: "Vi entre los que estaba con atención mirando, que pasaba un hombre de buena edad, gentil presencia, y bien aderezado, con una gruesa mula, con su gualdrapa (propio hábito de letrado o médico). (N.P., p. 1238). Este es el personaje con quien Alonso va a estar seis meses en agradable compañía, aunque no sin tener que trabajar mañana y tarde.

Frente a la actitud despectiva del pícaro que ve en la actividad del médico un recurso fácil de ganarse el sustento, Alonso, que refleja la experiencia del autor, reconoce cuán sacrificada vida lleva su amo; al ponderar el trabajo del galeno llega a compararlo con el del jornalero y con el de los esclavos, y aunque a primera vista esto pudiera parecer una desvalorización de la profesión del médico, no es así, pues su objeto es señalar que aun los más humildes trabajadores tienen horas destinadas a sus obligaciones, y otras al descanso, lo que no puede hacer el médico ya que debe estar listo para acudir en cualquier momento en que lo llamen, de día o de noche, con sol o con lluvia. El criado, o si se quiere el mismo Alcalá por boca de aquél, expone claramente a qué está sujeto el facultativo cuando dice:

Gane de comer el médico cuanto quisiere, tenga el crédito y opinión que pudiere desear, todo es poco para el continuo trabajo y cuidado de su vida, el no tener hora segura de día ni de noche, fiesta ni Pascua, para su descanso y quietud: cosa concedida al más trabajado oficial y al más vil sujeto esclavo.

(N.P., p. 1239)

Todo trabajo requiere su recompensa y el médico necesita vivir; Alonso se enfrenta a la actitud que a menudo critica la gente en relación con los galenos, y así dice, evocando a Guzmán de Alfarache:¹⁵ "En efecto, padre, tres caras dicen que tiene el médico, una de ángel, otra de hombre y otra de demonio" (N.P., p. 1239). Al principio, aclara, se le recibe con particular interés al esperar de él la salud; a medida que el enfermo va mejorando ya no se le mira con la estima que se debiera; por fin, cuando aquél está fuera de peligro se le recibe con indiferencia al suponer que viene a cobrar los honorarios. En su perorata, Alonso repite el caso de una viuda que se presenta ante el médico al que culpa de la muerte de su marido y de acudir a su casa con el único fin de llevarse su "hacienda". El concepto que tenía esta mujer de los médicos, le lleva a exponer la opinión, acaso corriente entonces, de que tal vez sería mejor que no los hubiera, como ocurrió en Roma por muchísimos años. Seguidamente, Alonso refuta esta idea y aclara que los que en verdad Roma echó de su imperio fue a los charlatanes, y no a los médicos.

Alonso pronuncia una frase que en más de una ocasión debieron de oír en boca del vulgo, Alcalá Yáñez y su criado para quienes no dejaría de ser un insulto: "Veis allí el criado del matasanos". Con no poco dolor explica luego Alonso la pena que le causaba al oírlo, y la reacción

que experimentaba, hasta el punto de afirmar que en caso de llegar a tener hijos, "a ninguno de ellos dejara estudiar semejante facultad".

Al recordar la literatura de su tiempo, la cual asociaba al médico con la muerte, Alcalá Yáñez se enfrenta por medio de Alonso, a la actitud exagerada de quienes suponían que el médico estaba para no dejar morir a nadie. Frente a esta idea tan disparatada, aclara luego que un galeno, por muy docto que sea, no siempre puede llegar a conocer todas las enfermedades, mayormente si en ello entra la voluntad del cielo. A renglón seguido, Alonso se refiere al poder del médico que es, en cierto modo "divino", por el hecho de rehacer la obra de Dios; de ahí que concluya con estas significativas palabras: "El tener bien o mal suceso, de arriba ha de venir; y por eficaces remedios que aplique un hombre, no son bastantes a dar salud cuando el cielo determina otra cosa; que entonces, Hipócrates, Galenos ni Avicenas no son de provecho". (N.P., p. 1242).

Hay un momento en que Alonso hace resaltar la indignación de su amo frente a los que ejercían ilícitamente la medicina, quienes con frecuencia eran más solicitados que los médicos. De hecho, dentro del ámbito de la picaresca, Lázaro de Tormes ya nos había contado las habilidades del ciego, del que decía que "Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre".¹⁶ En calidad de ensalmador, mucho más famoso es Marcos de Obregón, quien atraía mucha gente a su retiro de Santa Catalina de los Donados, de Madrid; y curiosamente, inicia la narración de su vida en el momento en que está haciendo un ensalmo, lo que le vale el apelativo de "embustero", de parte de un gentilhomme.

En el terreno de la vida real, la premática de 1617 a la que nos hemos referido anteriormente, el autor se lamenta de que hubiese gente que de modo ilícito ejerciese la medicina. No es de extrañar, pues, la queja que Alcalá Yáñez pone en boca de su personaje contra charlatanes, curanderos y ensalmadores, quienes abiertamente hacían la contra a los médicos; y si éstos, comenta Alonso, se pueden equivocar, qué no harán aquéllos sin haber estudiado. La conclusión es lógica para él, de ahí que indignado exclame:

¡Oh ceguedad del vulgo novelero! Llamas al zapatero para que te calce; al sastre, que te vista y al maestro del oficio que tienes necesidad, y en lo que tanto te importa, como tu salud y bien, dejas de llamar al médico, que por lo menos ha de conocer el mal que te aflige, y te ha de dar saludable remedio.

(N.P., p. 1244)

Si los curanderos y charlatanes constituían una plaga de gente inculta capaz de enfrentarse a los médicos, hecho que hacía sufrir al doctor Alcalá Yáñez, mayor preocupación le causaba todavía, la actitud de ciertos médicos, que lejos de ocuparse en acrecentar sus conocimientos y compartir las experiencias, eran amigos de echar la zancadilla a otros colegas, con ánimo de subir a cuenta de ellos. A esta situación se refiere Alonso al hablar de la pesadumbre que le causaban "las enemistades de los demás médicos, el procurar derribar los unos a los otros, la poca cortesía que algunos guardan en aniquilar al compañero, para levantar de punto su opinión y letras". (N.P., p. 1242).

Alcalá Yáñez reconoce las limitaciones humanas del médico, quien no por eso merece menos estima. Frente a los ataques de los pícaros, Alonso

no duda en acudir a la Biblia a fin de poner de manifiesto con la autoridad del Eclesiástico, la estima y consideración que el médico se merece.

Como digno colofón de la apología que hace del médico, el protagonista acude a la Historia Natural, de Plinio, y en el retrato que hace de Esculapio, nos presenta el paradigma de lo que ha de ser el médico, al adornarle con los atributos propios del dios, según acostumbraba representar la antigüedad. Alonso lo describe así:

Pintó al dios Esculapio, padre de la medicina, muy barbado, en la cabeza un sombrero, y por toquilla una guirnalda de laurel: tenía a su lado una hermosísima doncella, con unas alas muy ligeras; en la mano derecha tenía un cetro, en quien se enroscaba una culebra, junto de él una gallina y una lechuza, haciendo sombra al médico un dragón y un cuervo.

(N.P., p. 1244)

Después de exponer este bello cuadro, el protagonista de El donado hablador explica cada uno de los atributos del dios griego, viniendo a ser cada uno de ellos un mentís a cuantos vituperios habían lanzado los pícaros contra los médicos. La barba es símbolo de la experiencia, propia del que lleva muchos años entregado a su profesión. La doncella simboliza la "honestidad y recato", en virtud de las cuales se permite al galeno entrar hasta en los conventos de clausura. Las alas representan la presteza con que ha de acudir en ayuda del enfermo, y el sombrero, "el conocimiento que ha de tener de los cielos para saber en qué tiempo sangra o purga". El laurel simboliza la virtud de las yerbas que ha de conocer, así como sus propiedades. El cetro representa el poder que tiene sobre la enfermedad, y la culebra, la "sagacidad y prudencia". La lechuza es símbolo de la vigilancia que ha de tener de los pacientes; a su vez,

la gallina lo es del cuidado que ha de tener de los enfermos, del mismo modo que esta ave lo tiene de sus polluelos. Finalmente, el dragón y el cuervo son dos animales que intuyen el cambio del tiempo, y a su ejemplo, el galeno ha de saber discernir el proceso de la enfermedad a fin de ayudar al paciente en cuanto fuere necesario ya para el cuerpo, ya para el alma.

En relación con las ideas que expone Alcalá Yáñez sobre el médico, se advierte gran afinidad entre este capítulo del novelista segoviano y el Diálogo acerca de los médicos, de Pedro Mexía. En este coloquio intervienen cuatro personajes: dos amigos, Gaspar y Bernardo, y un enfermo al que han ido a visitar, más un hombre docto. Gaspar habla mal de los médicos y dice que no deben trabajar por dinero, y sobre todo afirma insistentemente que él jamás ha sido atendido por ninguno, ya que conoce muchas yerbas cuyas virtudes aconseja conocer por experiencia. Incluso atribuye la corta vida de los hombres a la presencia de los médicos, y recuerda cómo Roma vivió seiscientos años sin ellos. Reprocha asimismo a los médicos el uso de un lenguaje pedante en el momento de recetar, defecto que según hemos visto, criticaría más tarde Marcos de Obregón. Por el parecido que presentan las palabras de este último, anteriormente citadas, con las de Gaspar, nos permitimos reproducirlas a continuación por el interés que ofrecen, ya que prueban que se trataba de un hecho bastante generalizado. Gaspar responde a Bernardo de esta manera:

Y pues vos sois tan santo y juzgáis que los nombres y recetas oscuros no son hechos de industria y con malicia, haced que sean ellos tan acomedidos que por no darme a mí ocasión de pecar, las den de aquí adelante de buena letra y en romance y en lengua vulgar, y entonces yo juzgaré lo mismo.¹⁷

A su vez, Bernardo refuta las ideas de su amigo, y hasta acude a la Biblia, tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento, así como a varios médicos de la antigüedad. Al final interviene el maestro Velázquez, quien al estar a favor de los galenos, rechaza la mayor parte de lo expresado por Gaspar, y se pone al lado de Bernardo, aunque en lo relativo a la experiencia del médico comparte la idea de aquél, pues si "el médico perfecto ha de ser experto y letrado, antes sufriré falta de letras que de experiencia".¹⁸

Al confrontar el capítulo VI de El donado hablador con el diálogo de Pedro Mexía se advierten muchas coincidencias que sin duda alguna tenían un origen común y que por otra parte, en los años en que Alcalá Yáñez escribe su novela, flotaban en el ambiente por influencia de los seguidores de Erasmo, entre los cuales estaba el médico segoviano, quien al parecer, había asimilado bien las ideas del humanista holandés, expuestas en su Encomio de la Medicina.¹⁹ Como Erasmo, insiste en tópicos como el carácter divino del médico, en la gratitud que se le debe, o la injusticia que se comete al negarle el salario; como el maestro elogia la misión del médico, que además del cuerpo, puede curar el alma, inclusive con mayor eficacia que el teólogo, ya que por la situación en que se encuentra el enfermo es más fácil que ante un buen consejo tome una decisión seria, aunque no se halle en peligro de muerte.

En páginas anteriores veíamos cómo Marcos de Obregón, en casa del doctor Sagredo, en vez de libros no ve sino diversos tipos de espadas, a las que el médico da tanta importancia que las llama sus Galenos y Avicenas pues, merced a ellas, dice, su honra había quedado a salvo en Alcalá. Siguiendo la broma, el escudero llega a sugerirle que entonces "había aprendido más a matar que a sanar". Como defensa, el galeno confiesa que aprendió lo que los otros médicos, y que además, hacía poco que se había graduado. La falta de libros y su propia experiencia darían pie al antiguo ensalmador para hablar a su amo de las cualidades del médico y del modo de atender al enfermo.

Curiosamente, frente a esta falla que el personaje de Espinel encuentra en su joven amo, el protagonista de El donado hablador, nos hace pensar en Alcalá Yáñez cuando dice:

... está un pobre médico harto de estudiar toda su vida, sin tener otro modo de vivir sino andar de casa en casa todos los días visitando a uno y curando a otros, y por muchos años...

(N.P., p. 1244)

Confiados en la rectitud de Alonso, podríamos haber dado fe a sus palabras, pero hoy día no hay lugar a duda, ya que está probado que el autor habla por experiencia propia. Ciertamente impresiona la lista de libros sobre medicina, religión, literatura, filosofía e historia que el médico segoviano tenía en su biblioteca; de ellos, más de doscientos, sin contar los pequeños, eran sobre medicina. Muchos de ellos estaban escritos en latín y versaban sobre medicina general, anatomía, cirugía, fiebre, garrotillo, peste, bubas... Allí tenía las obras de Hipócrates y de Galeno, y las de los árabes Avicena y Averroes; también las de famosos mé-

dicos españoles y algunos extranjeros como Daza Chacón, Cristóbal Pérez de Herrera, Luis Mercado, Jacobo Forlino, Juan de Vigo, Vallés, Cristóbal de Vega, Nicolás Bocángel, Bartolomé Hidalgo, Francisco Valles, Juan Fragoso, y otros muchos.²⁰

En el inventario llama la atención una obrita titulada Libro de medicina de pobres, la cual hace pensar en el trabajo suplementario que tenía el doctor Alcalá Yáñez en el Hospital de la Beneficencia, en la fundación "Niños de la Doctrina" y a los pobres vergonzantes,²¹ tal vez por motivos de caridad, o bien como ayuda a los gastos de su numerosa familia.

No cabe duda, que entre la idealización del médico según lo presenta el novelista segoviano y el cuadro tan desfigurado que del mismo nos presenta la literatura picaresca, hay un abismo. De hecho, ni los médicos fueron como los pintan los protagonistas de novelas picarescas o los autores satíricos, ni seres perfectos como el cuadro que nos ha dibujado Alonso. La perfección como tal es imposible en el plano humano, mas esto no era óbice para que los médicos de la época áurea de la literatura española tratasen de desempeñar su "divina misión", como dice el protagonista de El donado hablador, con elevadas miras, como hicieron los anteriormente citados, y los médicos escritores, tales como Huarte de San Juan, Francisco López de Villalobos, Andrés Laguna, y ¿por qué no? Alcalá Yáñez, quien desde el campo de las letras se esforzó por mejorar la figura de sus colegas a través del personaje de su novela.

NOTAS

¹ Luis García Ballester, "El ejercicio médico morisco y la sociedad cristiana". (Discurso de recepción en la Academia de Medicina de Granada, 25 de enero de 1975), p. 14.

² Ibid., pp. 24 y 25. Fue famosísimo el hechicero morisco Román Ramírez, de quien Julio Caro Baroja dice que era gran declamador, por lo que era "solicitado por caballeros y señores. Tan solicitado que su fama le había hecho recitar ante la majestad de Felipe II, 'muchas veces' en el Pardo y en Aranjuez". Cf. Vidas Mágicas e Inquisición (Madrid: Taurus, 1967), Vol. II, p. 317).

³ Julián de la Villa y Sanz, "Una premática de principios del siglo XVII, por la que se puede deducir el estado de la Medicina en esta época", en Anales de la Real Academia de Medicina, LXXV (1958). p. 39.

⁴ Gonzalo Correas, Vocabulario de Refranes y frases proverbiales ... (Madrid: Est. tip. de J. Ratés, 1906).

⁵ Samuel Gili Gaya, "Novela picaresca en el siglo XVI", en Historia General de las Literaturas Hispánicas, dirigida por Guillermo Díaz Plaja (Barcelona: Ed. Barna, 1967), p. 85.

⁶ Julián de la Villa y Sanz, Estudio citado.

⁷ La pícara Justina, en La novela picaresca española, op. cit., p. 835.

⁸ Acaso ningún escritor se muestre tan sarcástico e hiriente como Quevedo quien llega a comparar la ciencia del médico con la de su cabalgadura:

Lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en
en pulgar, guantes doblados, ropilla larga y en
verano sombrerazo de tafetán: Y teniendo esto,
aunque no hayas visto libro, curas y eres doctor;
y si andas a pie, aunque seas galeno, eres plati-
cante. Oficio docto, que su ciencia consiste en
la mula.

(Libro de todas las cosas, en Obras Completas) ed. de Felicidad Buendía (Madrid: Aguilar, 1966), Tomo I, p. 115.

⁹ Vida y hechos de Estebanillo González, ed. de A. Valbuena Prat en La novela picaresca española, op. cit., p. 1800.

¹⁰ Alonso de Castillo Solórzano, La niña de los embustes, en La novela picaresca española, op. cit., Cap. XV, p. 1398.

¹¹ Julio Caro Baroja, Los judíos en la España moderna y contemporánea, op. cit., Tomo I, p. 258.

¹² Antonio Enríquez Gómez, Vida de Don Gregorio Guadaña, en La novela picaresca española, op. cit., Cap. I, p. 1679.

¹³ Antonio Enríquez Gómez, El siglo pitagórico y vida de Don Gregorio Guadaña, (Rohan: Empronta de Laurentio Maurry, MDCCXXV), Transmigración VIII.

Aparte de la novela picaresca, nada se prestaba tanto para hacer crítica social como un género menor, el entremés, en parte por ser eminentemente festivo y estar destinado al público en los entre actos de las comedias. Luis Quiñones de Benavente dedica nada menos que cuatro entremeses al médico, aparte de otras referencias aisladas; en el que lleva por título El doctor, según Emilio Cotarelo y Mori, o bien El doctor de enfermos de amor, según la profesora Hannah E. Bergman y estrenado según ella hacia 1629, Bezón, disfrazado de galeno describe así sus cualidades, con el mismo desenfado del más atrevido de los pícaros:

... Un doctor, aunque tenga
 más letras de ayer acá,
 con dos guantes y una barba
 empieza luego a ganar.
 Yo no sé más que mi mula,
 mas si veo un orinal,
 diré lo que tiene dentro
 a veinte pasos y más.
 Si muere, llegó su hora;
 si vive, me hago inmortal.
 ¡Bien haya la ciencia, amén,
 donde no se puede errar!

Citado en Colección de entremeses, loas, bailes y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII, edición de Emilio Cotarelo y Mori, (Madrid: BAE, 1911), Tomo I, Vol. 2do. p. 586. Hannah E. Bergman, Luis Quiñones de Benavente y sus entremeses, (Madrid: Ed. Castalia, 1965), pp. 284 y 285.

¹⁴ Marcos, convencido de la importancia que para la salud tiene el ejercicio físico, cuenta cómo un amigo suyo que se quejaba de no poder comer, dormir ni descansar, aceptó acompañarlo a pie a buscar unas yerbas; al volver a casa ya tenía muy buenas ganas de comer y hasta de dormir, por lo que conocido el resultado, el antiguo ensalmador, a modo de lección práctica que presenta al lector, añade enseguida: "Quien no se cansa, no puede descansar; y quien no tiene hambre, no puede comer; quien no tiene falta de sueño, no puede dormir; no se queje quien no hace ejercicio de males y enfermedades que le vengan, que la poltronería es el mayor enemigo que tiene el cuerpo humano". (Espinela, N.P., p. 1061).

¹⁵ Guzmán de Alfarache, op. cit., p. 158.

¹⁶ Lazarillo de Tormes, N.P., p. 86.

¹⁷ Pedro Mexía, Coloquios, ed. de José Bergua (Madrid: Ed. Ibéricas, 1957), p. 320.

¹⁸ Ibid., p. 326.

¹⁹ Erasmo de Rotterdam, Encomio de la Medicina, en Obras escogidas, edición de Lorenzo Riber (Madrid: Aguilar, 1964), pp. 415 y ss.

²⁰ Manuela Villalpando, op. cit., pp. 50 a 65.

²¹ Ibid., p. 28.

CAPÍTULO IX

EL ARTE ESCÉNICO EN "EL DONADO HABLADOR"

A principios del siglo XVII, gracias al genio de Lope de Vega, la comedia nueva era ya una realidad; sus discípulos y seguidores, al adoptar las normas que aquel había trazado, harían posible que el teatro español se mantuviese a gran altura hasta el último cuarto de dicha centuria.

La novela picaresca, a excepción de la Vida de Lazarillo de Tormes (1554), abarca casi medio siglo, pues va desde la publicación de la Vida de Guzmán de Alfarache (1599), hasta la Vida y hechos de Estebanillo González (1646), aunque algunas novelas posteriores todavía presentan características del género. Es interesante observar cómo, en bastantes de estas obras aparecen datos muy valiosos en relación con el arte escénico, y a menudo, sus autores presentan algunas teorías sobre el mismo, inspiradas mayormente en preceptivas de escritores contemporáneos.¹

Entre los escritores de novelas picarescas, ninguno trata de la representación con tanto detalle como Alcalá Yáñez, quien hace que el protagonista de su novela nos cuente sus experiencias al lado de un "autor",² en dos capítulos de la misma; pero si no con la extensión y énfasis con que lo hace Alonso, ya antes que él habían hablado del arte dramático o habían trabajado en calidad de comediantes, los citados Guzmán,³ Justina, Pablos, Berganza y algunos personajes cervantinos.

A.- DEFENSA DE LA COMEDIA Y DE LOS ARTISTAS EN "EL DONADO HABLADOR".

Al recorrer las novelas picarescas, se advierte que los protagonistas censuran determinados vicios de la sociedad, tales como la avaricia, la falta de caridad, o la injusticia, por ejemplo, tópicos que están en relación con los amos a los que sirven. Como quiera que su objetivo principal está en denunciar el mal en todo aquello que no está de acuerdo con su actitud ante la vida o según el modo de pensar del autor, por regla general, el elogio a personas y profesiones no es lo normal en este tipo de obras. Entre las pocas excepciones que se aprecian, están el director de comedias y los comediantes, para quienes casi siempre tienen palabras de comprensión, no sólo porque, hasta cierto punto llevaban una vida medio picaresca, sino porque ya otros se encargaban de atacarlos despiadadamente. Al presentarnos a estos artistas, necesariamente abogan por la comedia, tan maltratada y denostada por quienes la consideraban no como instrumento de educación y pasatiempo, sino sobre todo, como instrumento de perversión. Alonso, el protagonista de El donado hablador, se refiere a estos aspectos con el cariño y estima que demuestra quien aprecia su profesión, según vamos a ver en las páginas que siguen.

1.- Moralidad en la comedia.

A excepción de los dramaturgos, nadie defiende la comedia con tanta vehemencia como el doctor Jerónimo de Alcalá Yáñez, cuya actitud contrasta notablemente, dada su sensibilidad religiosa, con la mentalidad de tantas personas, especialmente eclesiásticos, quienes por aquellos mismos días la atacaban con obstinación.

El vicario del convento, cuya atención distrae Alonso con su experiencias, recuerda al donado que mientras él estaba en el siglo había oído "hablar mal de las comedias por ser acto donde se ofende a Dios, aprendiéndose en él la libertad, deshonestidad y cosas que la malicia humana cada día enseña". (N.P., p. 1261). Al escribir estas palabras, posiblemente Alcalá Yáñez pensaba en la polémica que se había suscitado a finales del siglo XVI, en relación con la participación de las mujeres en las representaciones, a raíz de la cual se les prohibió actuar, siendo sustituidas por muchachos; esta situación duró poco tiempo, pues como dice Alonso, resultaba forzado e impropio tener que dirigirse a un joven con lenguaje y ademanes femeninos, por lo que las mujeres pudieron volver al escenario.

La verdad es que, lo mismo que el confidente de Alonso, había muchas personas que no tenían otro concepto de las comedias; y si entre los pícaros, Pablos no estaba para sermones, en cambio, el Guzmán apócrifo, ya había hablado al respecto. El personaje del supuesto Mateo Luján se había hecho representante más por la inclinación que sentía hacia Isabel, una de las integrantes de la compañía de Alonso de Heredia, que por la comedia misma, cuyo ejercicio considera una "vileza", aunque no piensa lo mismo de la poesía, para la que tiene un cálido elogio. Como el interlocutor de Alonso, Guzmán no duda en exponer su opinión y la de los demás, con estas palabras:

... Consideraba que aunque la poesía es arte noble, principal y liberal, pero que la acción della en el teatro está muy abatida, de tal manera que hay muchos que no solamente tienen a los que ejercitan esto por infames, pero imaginan que no se les debe dar el Santísimo Sacramento, y aun lo oí decir a una persona grave...

(Mateo Luján, N.P., p. 680)

Berganza, como Guzmán, Pablos, Alonso y algunos pícaros más, también tienen ocasión de conocer el ambiente de la comedia en calidad de representante; sin embargo, con mucha prudencia, prefiere callar, pues para contar cuanto había visto necesitaría horas, y como el tiempo que el cielo le había concedido el uso del habla estaba para acabarse, antes de concluir el relato de su vida, aprovecha el momento que le queda para decir al amigo Cipión: "Pues todo lo que has oído es nada comparado a lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y vi desta gente... Cansóme aquel ejercicio, no por ser trabajoso, sino porque veía en él cosas que juntamente pedían enmienda y castigo".⁴ Como es habitual en Cervantes, Berganza omite ciertas cosas, hábil manera no obstante, de sugerir aquello que podría haber contado.

Más cercana a la novela El donado hablador, y como ésta, matizada de alusiones moralizantes, es la Gufa y avisos de forasteros que vienen a la corte, de Antonio Lilián y Verdugo, publicada en 1620. En el aviso quinto, uno de los personajes, el Maestro, viene a decir que las comedias son lícitas si son honestas; sin embargo, las que entonces se representaban no habían de parecerle muy buenas, ya que al compararlas con los coches, dice que "si fueran menos, serían menos dañosos". Después de insistir en las consecuencias que pueden tener las malas comedias, alegando que hasta los bárbaros las habían desterrado de sus repúblicas, concluye:

... en nuestros tiempos, nuestros españoles habían admitido y permitido una manera de comedias honestas y ejemplares; pero de unos días a esta parte han abierto la puerta a los bailes tan deshonestos que parece que vuelven las aguas por donde solían ir.⁵

En oposición a la idea expresada por el padre vicario, Alonso habla de las comedias que se representaban en otro tiempo, las cuales eran "el espejo de la vida, la entrada y lición de los ignorantes, el desengaño y luz de los que poco sabían". (N.P., p. 1262).

La anterior observación de Alonso parece que tiene bastante fundamento, pues a principios del siglo XVII, a raíz de la prohibición de las comedias, se escribieron muchas de santos, al parecer con la intención de dar al teatro un aspecto religioso, además de mitigar así los ataques de quienes veían en él un peligro para la moral y las buenas costumbres.

Sobre esto mismo, no podía faltar la nota sarcástica de Quevedo, quien por medio de Pablos ridiculiza a cuantos escribían comedias de santos cuando dice: "Atrevíme a una comedia, y porque no escapase de ser divina cosa, la hice de Nuestra Señora del Rosario. Comenzaba con chiri-rías, y había sus ánimas de purgatorio y sus demonios, que usaban entonces". (El Buscón, N.P., p. 1149).

Para Alonso, la comedia debe ser una lección donde en forma muy amena se enseñe a "bien vivir"; con tal intención, alude a las antiguas que "en cada palabra decían una sentencia con que satisfacer el entendimiento, viendo a la vista ya el premio, ya el castigo, seguía el uno por evitar el otro..." (N.P., p. 1263). Hay que reconocer que el protagonista veía muy claro lo que estaba pasando, y si según él este era el ideal de comedia, admite que ya no era así, puesto que no se repre-

sentaban con la "rectitud y llaneza que solían". Aunque no lo dice expresamente, considera injustas ciertas medidas que a veces se tomaban contra el espectáculo de las tablas del que salían perjudicados los empresarios, los cómicos y hasta los mismos hospitales.

Cervantes, que al escribir El Quijote debía de tener frescas las disposiciones de 1600 sobre las comedias, por medio de uno de sus personajes deseaba que "en la corte hubiese una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias que se representasen". (Parte 1, Cap. XLVIII). Del mismo modo opina el Maestro, de la citada obra de Antonio Liñán y Verdugo, y a su ejemplo, Alonso, antes de concluir su exposición sobre la comedia, recuerda a su superior una de las provisiones que obligaba a los "autores" a aprobar la obra antes de representarla:

... cuidado tiene el Real Consejo y las justicias de no permitir cosa que desdiga de la honestidad, buen nombre y virtud. Y en el reino de Aragón, jamás se permite representar comedia ninguna sin que primero no se haya censurado y corregido por el vicario o provisor, y en hallando alguna falta, se les manda a los autores no la presenten.

(N.P., p. 1263)

Diffícil sería juzgar hoy día de lo que entonces era moral y honesto y de lo que no lo era, pues si es innegable que en moral hay determinados principios que pueden considerarse inmutables, el concepto que se tiene hoy día de moralidad, es ciertamente distinto del que tenía el hombre a principios del siglo XVII, regido casi por un patrón único en el vestir, en el hablar y hasta en el pensar. Moral, arte e interés, tenían mucho que ver en aquellas apasionadas disputas en torno a la representación; miembros de la Iglesia, empresarios, representantes, dramaturgos,

y hasta administradores de hospitales, todos ellos veían el espectáculo desde distinto punto de vista, lo que hacía que en ocasiones, las comedias fuesen buenas o malas, según se ven en los datos recogidos por don Cristóbal Pérez Pastor.⁶

Para el Guzmán apócrifo, todas las comedias "tienen un fin que es la enseñanza, entretenimiento y deleite".⁷ Del mismo parecer es Alonso, y de ahí que se muestre totalmente a favor; al defenderla, no se contenta con decir que las hay que se pueden "oír de rodillas", sino que añade otras consideraciones después de contar una historieta sobre cómo un profesor de Salamanca logró por votos, que le diesen la cátedra, a pesar de que se decía que malgastaba el tiempo en el juego. La conclusión a que llega Alonso parece muy lógica, por lo que aplicada a su propósito, dice:

Así que señores, los que no gustan de oír comedias..., y sienten distraerse de su recogimiento y virtud cuando van a oírlas, no las vean.

(N.P., p. 1262)

Alonso ha expuesto sus ideas sobre la comedia, y su posición aparece muy clara, a pesar de que no se determina a juzgar "en pro o en contra", frente a "tantos juicios de una y otra parte", por lo que con cierta prudencia, concluye de esta manera: "cada uno siga lo que más le gustare". (Ibid.).

Hoy día sabemos algo de las dificultades que pasaban los escritores de los pasados siglos al tratar de publicar sus obras, por el riesgo que corrían; esto explica el hecho de que, con frecuencia, sólo se leyesen manuscritas, y muchas de ellas acabaran perdiéndose. No es pues, de extrañar que algunas, como el Buscón, tardase casi veinte años en impri-

mirse. Esta misma circunstancia nos lleva a pensar en la cautela con que Alcalá Yáñez hace hablar al donado Alonso, pues no ignoraba que se exponía a no ver publicada su novela si se ponía abiertamente en contra de la mentalidad de quienes no veían la comedia con buenos ojos, o de quienes pretendían convencer a los demás de que era mala. Una vez más, don Cristóbal Pérez Pastor viene a darnos una idea del criterio de los que formaban la Junta de reformatión, reflejado en uno de sus acuerdos; uno de ellos tiene tanto más interés cuanto que pertenece a 1625, año en que el autor de El donado hablador escribía la segunda parte de su novela. El acuerdo dice así:

... Y porque se ha reconocido el daño de imprimir libros de comedias, novelas ni otros deste género por el que blandamente hacen a las costumbres de la juventud, se consulte a su M^a ordene al Consejo que en ninguna manera se de licencia para imprimirlos.⁸

Después de leer estas líneas se comprende mejor por qué, en algunas ocasiones el doctor Alcalá Yáñez hace que el protagonista de su novela se cuide en el modo de hablar y hasta mida sus palabras. Como tal vez el donado no había leído la disposición de 1600 que vedaba la asistencia a las comedias a "prelados, clérigos y frailes", el autor se lo recuerda; Alonso, a su vez, transmite la idea al padre vicario, al mismo tiempo que, indirectamente revela su entusiasmo y admiración por el teatro, con estas palabras:

Lo que veo, padre, es que van a verlas personas discretas, doctas y de buen gusto, gente virtuosa, recogida y buena, y que dicen que el oír una buena comedia es el mejor rato que se puede tener y de mayor entretenimiento, y lo que es peor, que de mí sé decir que si me fuera lícito con este hábito ver las representaciones, ninguna perdiera.

2.- Los comediantes.

El Guzmán de Alfarache, de Mateo Luján, y Pablos, llegan al teatro por el camino del amor, ya que son atraídos por dos actrices. Alonso, como Berganza, el perro sabio del coloquio cervantino, arriba a la escena a través del hambre; a su regreso de México, pobre como había ido, se encuentra en Sevilla buscando a quien servir, y ocasionalmente, se topa con un "autor" que necesita de alguien que cuide "el vestuario con la ropa y los vestidos de la comedia". El mozo, a falta de recomendaciones, le dice que es "buen escribano, que lee y escribe y hasta hace versos"; con tales referencias, no dudó aquél en admitirlo en su compañía, y de camino hacia la posada, cuenta Alonso, "me leyó la cartilla de lo que había de hacer, y fue el escribir cada día los carteles, ir a la una a guardar la puerta hasta que mi amo llegase a cobrar, y después, acudir al vestuario". (N.P., p. 1259).

Al verse en esta situación, Alonso recuerda su permanencia en Nueva España donde había vivido con holgura, y un revés de fortuna lo había dejado en la miseria. Admirado él mismo de su nuevo estado exclama: "¡Oh, cuánto puedes necesidad y a cuánto obligas!" Para el que se halla en grave necesidad cualquier trabajo puede ser bueno, y no era otro el caso de Alonso, así que no duda en sumarse a la compañía, llevado más por el gusto que sentía por la comedia que por la misma paga. El protagonista se complace en transmitir las palabras del contrato, que incluía además del trabajo rutinario aludido antes, el sueldo y promesa de llegar a reemplazar a algún comediante: "Dejando aparte que le trataré y pagaré muy bien, podría ser que fuese de tan buena gracia, que se quedase con nosotros por

uno de los representantes". (N.P., p. 1259).

Efectivamente, aparte de los pequeños trabajos aludidos, Alonso, cuenta que presentó papeles de muerto, de dragón, de bailarín, de paje, de embajador y hasta participó en algún entremés. Más adelante tendremos oportunidad de ver cómo el novel actor demuestra gran afecto al "autor", como prueba del excelente trato que le había dado. Ahora bien, con relación a su jornal, aclara que le daba doce reales al mes, y aunque muy modesto, se siente satisfecho, tal vez al considerar que al menos tenía, en cierto modo, asegurado su futuro, pues contaba además, con techo y comida. Como punto de comparación con paga tan exigua no deja de ser interesante saber que en 1624, año en que sale de las prensas la primera parte de la novela de Alcalá Yáñez, el cantante Alonso de Robles, de la compañía de Juan Jerónimo de Valencia, ganaba seis reales de ración y once por cada representación.⁹ Ciertamente, aunque se trate de una figura estelar, la diferencia es muy grande; de todos modos, la experiencia y las continuas lecciones le servirían mucho, pues cuando más tarde se le ofrezca la oportunidad de entrar en otra compañía, alegará a su favor destreza y naturalidad, adquiridas al lado del empresario, por lo que muy ufano dice: "No me turbaba en el tablado como otros representantes nobles que a los primeros versos se quedan como recién casados". (N.P., p. 1332).

Ya de lleno en el ambiente de la comedia, y en contacto con las dificultades y trabajos que exigía la representación, Alonso se siente capacitado para hablarnos de cuanto se relaciona con el teatro; lo que más le duele, es que justamente los que más se quejan y hablan con mayor libertad, son aquéllos que menos entienden o han entrado a la función, de

balde. Alonso expresa el parecer de los asistentes con estas palabras:

... cual decía mal de la música, cual del verso y mala traza de la comedia, de la pobreza de conceptos, del estilo y modo de decir tan llano y ordinario; si las mujeres eran ya de días, poco airosas; los representantes mal aderezados...

(N.P., p. 1261)

Es muy raro encontrar en las novelas picarescas un elogio a la vida de los comediantes; Guzmán de Alfarache habla de ellos con entusiasmo y pondera la libertad en que viven sin preocupaciones del mañana; sin embargo, con la experiencia cambiaría de opinión. "Este exterior, dice, me satisfacía mucho, aunque después vi cuán amargo es lo que fuera parece deleitoso". (M. Luján, P.2, L.3, Cap. VII).

Guzmán y Pablos nos cuentan el viaje que hicieron, el primero a Valencia, y el segundo a Toledo; Alonso, no nos da referencia alguna, mas sabemos que por entonces su compañía recorría la provincia de Sevilla, y en uno de sus pueblos ocurre el triste suceso que ocasiona la desbandada de sus componentes. Sí se aventura, no obstante, a darnos algunas pinceladas sobre la vida que llevaban los cómicos, quienes cada dos semanas tenían que movilizarse para ir de "un pueblo a otro, hechos gitanos, con nieves y aguas, de venta en venta, pasando las incomodidades que en semejantes casos se padecen". (N.P., p. 1261).

Hubo ocasiones en que se tomaron medidas muy severas en relación con la actuación de las mujeres, como consecuencia de la libertad que a veces se tomaban; algunas de las que aparecen en las compañías teatrales a las que se alude en las novelas picarescas, sirven de ejemplo por la frivolidad con que actúan. Tal acontece con la comedianta a la que Pablos

llama "extremada sabandija", a la que conocía muy bien, pues iba con ella en amena charla en el mismo carro que los conducía a la Ciudad Imperial, la cual, aunque estaba casada, no tenía inconveniente en acoger a ciertos galanes. No le iba en zaga, la "estrella" que había cautivado al Guzmán de Juan Martí, y casi sin querer, de pícaro lo había transformado en comediante; a ella se refiere cuando dice que "con los ojos llamaba aun los descuidados. Era carta vieja; había pisado otra vez, y aun muchas, el teatro de Valencia, y sabía la calle de la Mar, plaza de la Olivera, el Grau y sus barracas, y el Regañón de la plaza de la Morera". (M. Luján, N.P., p. 686).

Alonso, que apenas si rozó ambientes picarescos, no puede aducir ejemplos semejantes, aparte de que lo que él se ha propuesto es justamente defender la comedia; lo más que puede presentar, es un caso que él mismo había presenciado, y lo aduce sobre todo para dar a entender el cuidado que habían de tener quienes estaban obligados a vigilar sobre el buen comportamiento durante la representación; con tal motivo cuenta haber visto retirar del tablado a una actriz que no intervenía con "aquella compostura y gravedad que era lícita en semejantes casos". (N.P., p. 1261).

Como sucede a menudo, la conducta de algunos actores y actrices llevó a algunos a generalizar y pasar a todos por el mismo rasero. De este parecer era el padre vicario a quien Alonso cuenta su vida, quien tiene ciertas dudas en relación con los comediantes, de ahí que le pregunte: "¿Sería mejor que no los hubiese o son de provecho a la república?" (Ibid.). El donado, en vez de responderle directamente, le contó la fábula del divorcio de la leona, en la cual, la raposa que había de hacer

de testigo, para no ser víctima de las iras del león como lo habían sido el oso y el lobo, se disculpó por motivos de salud. Otro tanto hace Alonso, quien como parte interesada, deja la respuesta en el aire, aunque es fácil de inferirla de la lección de la raposa. De todos modos, como Alonso prefiere corroborar sus palabras con el ejemplo, ahí está su compañía que puede servir de paradigma a cualquiera; además, como la crítica de quienes pretendían defender la moralidad de la comedia siempre apuntaban sus dardos contra las actrices, él destaca la conducta intachable de las mujeres que venían en su compañía cuando dice:

... aunque de muy buen parecer, eran honestas, virtuosas, y si algunas ha habido en otras compañías de buena opinión y fama, eran las que venían con nosotros, por excelencia de las más recoletas..."

(N.P., p. 1264)

3.- Los poetas.

Dentro del mundillo que vive de la escena, tan sólo hay una clase de personas que a menudo aparecen ridiculizadas por los pícaros: son los poetas, a quienes siempre pintan vendiendo sus versos. A ellos alude Berganza, quien por mucho tiempo había visto cómo el poeta que acudía a la huerta de su amo, se alimentaba de mendrugos, por lo que nunca con tan cínica ironía pudo decir de ellos: "Grande es la miseria de los poetas".¹⁰

Al referirse Alonso "al verso y mala traza de las comedias", refleja la deficiente calidad de muchas obras dramáticas, ya que no es el único en señalar este particular, pues Guzmán y Pablos, además de aludir a esta clase de representaciones, también se burlan de los poetas.

Berganza no es menos mordaz ni menos claro que los anteriores, y como ellos, también asiste a la lectura de una comedia, que a pesar de ser de su amigo el poeta que de vez en cuando le convidaba con mendrugos, llega a decir "que con ser un asno en esto de la poesía, me pareció que la había compuesto el mismo Satanás";¹¹ y en verdad que debía de ser mala, pues a no ser por el director que los contuvo, los doce comediantes que la estaban oyendo, hubiesen manteado al desdichado compositor.

Tanto Pablos como Guzmán o Berganza se burlan de los malos poetas, amigos por otra parte, de saquear obras ajenas que luego "arreglaban y zurcían", como dice graciosamente el protagonista del Buscón. Al parecer, Alonso no carecía de razón cuando al transmitir el parecer de los oyentes dice que no faltaba quien "hablase mal del verso y de la mala traza de la comedia, de la pobreza de conceptos y del estilo". (N.P., p. 1262). Naturalmente, frente a los malos poetas, a quienes ridiculizan los pícaros, se destaca la importancia de Lope de Vega, cuyas obras, así como las de otros dramaturgos de calidad, inundaban la escena española. Confirma esto, Alonso de Castillo Solórzano, quien refiere cómo después de leer el entremés de La castañera, los presentes elogian a su autor, Lorenzo Antonio, y luego rinden emocionado tributo a los poetas del momento.¹²

Al pensar en ambiente tan favorable a la comedia, y a la defensa que de la misma hace Alcalá Yáñez en su novela, no se ha de olvidar que el médico segoviano vivió en Valencia desde 1594 a 1599, y si no fue en la Academia de los Nocturnos, disuelta poco antes de llegar él, es de suponer que asistió a los cenáculos literarios o a alguna academia donde

se reunirían destacados poetas, entre ellos los dramaturgos Gaspar Aguilar y Guillén de Castro, con quienes debió de trabar amistad; es posible, incluso, que tuviese la oportunidad de tratar a Lope de Vega a raíz de su viaje a Valencia con motivo de las nupcias de Felipe III y de doña Margarita de Austria, de cuyo acontecimiento fue el cronista oficial. La afición que Alcalá Yáñez muestra por el teatro no debió de tener otro origen, y si no lo dice abiertamente, parece sugerirlo al recordar en varias ocasiones al poeta Gaspar Aguilar, cuya obra El mercader amante, estaba representando la compañía en que trabajaba Alonso.

4.- El "autor" de comedias.

En el epígrafe anterior nos hemos referido a los dramaturgos o autores de la comedia que se había de representar. También se llamaba "autor", al director de la compañía a cuyo cargo estaba la representación; a este último nos vamos a referir en las páginas que siguen.

Alonso, el protagonista de El donado hablador, al defender la comedia y a los comediantes de las críticas del público, no podía dejar de lado al "autor", su amo. Desde el primer momento lo presenta como un "gentil hombre", y hasta el final de su exposición será el prototipo de empresario. Al lamentar la postura negativa del público, ante la actuación de los cómicos y la calidad de la comedia, Alonso reconoce que tal actitud tiene que afectar necesariamente al "autor", de quien dependen la representación y el bienestar de los comediantes; el donado se refiere a los apuros económicos de su amo con estas palabras:

No pocas dificultades pasan los pobres autores, ya en los ensayos, ya en si salen mal las comedias;... y con poca gente y menos ganancia, siendo mucho el gasto, quedan los pobres asolados y perdidos; y así, no hay autor que no esté empeñado, lleno de deudas y por maravilla alguno llega a ser rico.

(N.P., p. 1261)

Ciertamente, la comedia había pasado por momentos difíciles, unas veces suprimida, otras, impugnada con pasión por quienes la juzgaban como un peligro para la moral. Al parecer, cierta desenvoltura de las actrices, había dado ocasión a que el 5 de setiembre de 1596 se prohibiese actuar a las mujeres, hecho al que también se refiere Alonso.

No siempre se cumplieron estas disposiciones, y de hecho se permitió muy pronto a las mujeres volver al escenario; en cuanto a los días hubo más o menos elasticidad y con esta inobservancia se aumentaban las censuras de quienes, entre otros inconvenientes, decían que con las comedias se apartaba a los jóvenes del trabajo, además de llevarles sus ahorros. No solamente Alonso había oído semejante queja, pues el citado Maestro de la Guía y avisos de forasteros, también suspiraba porque se representasen comedias en aquellos días en que no hubiese trabajo, según lo da a entender con estas palabras: "Hartos ojos tiene la república cristiana para vedarlo o permitirlo; lo que me duele es que sean mantenimientos de cada día, que pienso que bastara que las hubiese en los días en que no son de hacer algo..."¹³ En verdad, alguna razón debían de tener quienes así opinaban, y las quejas debían de ser frecuentes según se desprende de uno de los autos publicados por el gobierno municipal, correspondiente al año 1602, en el que se ordena mediante pregón "que ningún oficial de ningún oficio ni los maestros dellos no vayan a las comedias en

días de trabajo so pena de dos años de destierro y de dos mil más para la camara de Su Magestad y alguazil que los denunciare".¹⁴

Por supuesto, Alonso también tenía sus razones, y no era la menor, la necesidad en que se veía su amo del que dependían los representantes, y a quienes tenía que pagar hospedaje, manutención y viajes. Además, apoyado en el argumento que aducían los miembros del Ayuntamiento, quienes eran partidarios de mantener las comedias, el protagonista dice que sería injusto impedir la representación si no hubiese en qué emplear el dinero, pues de no gastarlo en la comedia, lo gastarían en "otras cosas más impertinentes".

También se refiere Alonso a determinadas épocas del año, en que a causa del frío o del excesivo calor, no se podía tener la representación. Asimismo alude a otro motivo que en varias ocasiones dio lugar a que se suspendiesen las comedias: "Si algún príncipe muere, dice, quítase todo género de entretenimiento, y los comediantes han de dejar su trato y buscar que comer o modo de vivir". (N.P., p. 1261). Tal vez, con estas palabras, Alcalá Yáñez alude a la disposición de Felipe II que ordenaba el cierre de los teatros de Madrid con motivo de la muerte de su hija doña Catalina de Saboya, ocurrida el 6 de noviembre de 1597. Los enemigos de la comedia aprovecharon esta circunstancia y renovaron los ataques, actitud que movió al rey a consultar a algunos teólogos, quienes se pronunciaron abiertamente en contra, y aunque el rey, al parecer no estaba muy de acuerdo,¹⁵ el dos de mayo de 1598 ordenó que en adelante no se representasen. La situación cambiaría, en parte, con la muerte del monarca, la cual tuvo lugar el 13 de setiembre del mismo año. Después de casi tres

años en que habían estado cerrados los teatros, no es de extrañar la aclaración que hace Alonso en relación con los comediantes, quienes debieron de abandonar las compañías y buscar medios de vida por otra parte. Muchos de los que todavía tenían la esperanza de volver a las tablas, tanto directores como representantes, debieron de perderla cuando en 1600 se autorizaron tan sólo cuatro compañías, número que ascendería a ocho en 1603, y a doce en 1615.¹⁶

Algunos de los pícaros pertenecieron a estas compañías, y no sin cierto orgullo, recuerdan a los "autores" de las mismas. Así sucede con Guzmán de Alfarache, quien perteneció a la compañía de Alonso de Heredia, y de paso, recuerda la de Gaspar de Porres, a quien el poeta al que nos hemos referido antes, había ofrecido una comedia.

Pablos recuerda los nombres de Pinedo, Sánchez y Morales, quienes fueron grandes actores, y más tarde, empresarios. El protagonista del Buscón no consigna el nombre del "autor" de su compañía, aunque sí refiere el fin que tuvo, en estos términos:

Sucedió, pues, que a mi autor, que siempre paran en esto, sabiendo en Toledo que le había ido muy bien, le ejecutaron por no sé qué deudas, y le pusieron en la cárcel; con lo cual nos desmembramos todos, y echó cada uno por su parte.

(El Buscón, N.P., p. 1149)

Berganza, a su vez, recuerda haber visto a su amigo el poeta, en casa del "autor" Angulo el Malo, quien con su gente acude a oír la lectura de la comedia.

Alonso, al entrar por segunda vez a formar parte de una compañía, aduce su experiencia en las tablas, al mismo tiempo que recuerda a comediantes famosos, tales como Cristóbal Lovillo, Cintor Prado, Alcázar, Mel

chor de León y Hernán Sánchez, de los cuales, los dos últimos, por lo menos, fueron también directores de comedias. Asimismo aclara que algunos compañeros de cautiverio habían pertenecido a la compañía de Pinedo.

Con frecuencia, las compañías teatrales tenían sus propios poetas, según lo da a entender Pablos en el Buscón; otras veces, los "autores" se disputaban las obras de los buenos dramaturgos, como es el caso de Lope de Vega, quien por varios años escribió para Jerónimo Velázquez y para Gaspar de Porres. Normalmente, los pícaros se complacen en informarnos acerca de las obras que solían representar, o de las que más habían gustado al público. Guzmán menciona cuatro: Ifigenia, de Eurípides; Domine Lucas, de Lope de Vega; Caballero Sastre, del Licenciado Juan de Flor¹⁷ y El cautivo engañoso, obra que parece que sólo existió en la mente del pícaro al referirse al poeta que pretendía vendérsela a Heredia, quien decía que se le podía dar ese nombre.

La pícara Justina, en su recorrido por la ciudad de León, recuerda que con motivo de las fiestas se representaba una comedia de Santa Tais y Santa Egipciaca.¹⁸ Pablos cita la comedia El arca de Noé, que dice haber escrito el sacristán que acompaña al pícaro parte de su viaje de Alcalá a Segovia. También recuerda la de San Alejo,¹⁹ que había representado de muchacho, y que le sirve de prueba para entrar en la compañía.

Cervantes, por medio de uno de los personajes del Quijote, alude a algunas comedias entre las que figuran El mercader amante, de Gaspar Aguilar, y La enemiga favorable, de Francisco de Tárrega, los dos, antiguos miembros de la Academia de los Nocturnos.²⁰

Berganza recuerda haber oído al poeta que de mañana entraba en la huerta, ponderar la comedia que estaba escribiendo, y cuya representación constituiría un espectáculo no inferior a la comedia, hoy no existente, del Ramillete de Daraja, a la que también alude Cervantes en el Coloquio de los perros.

En dos ocasiones, por lo menos, cita Alonso la anterior comedia de Aguilar, considerada como su mejor obra, con un tema muy afín al de la novela del Curioso Impertinente, que Cervantes intercala en el Quijote. En la segunda parte de El donado hablador, el protagonista alude a otras de tema morisco: La rebelión de Granada y castigo por el prudentísimo rey Don Felipe II, el Ramillete de Daraja, y Los celos de Reduán.

Otras composiciones poéticas que recuerdan los pícaros son: el auto sacramental, el entremés, la loa y los romances. De la tradición que hasta hace poco aún pervivía en algunos pueblos castellanos en relación con los autos sacramentales y los misterios, se hace eco Alonso en el capítulo VII de El donado hablador, quien cuenta cómo en un lugar de Castilla la Vieja, los jóvenes celebraban el día del Corpus representando el auto de la Cena de Cristo nuestro Señor, y Judas, al observar que San Juan comía como los demás apóstoles, le llama la atención recordándole que debe dormir, y si no que ceda a otro su papel.

Alonso habla de la loa y hasta da a entender que la llegó a recitar con mucha naturalidad; no la presenta desde un punto de vista crítico como hace Pablos, quien a su modo, explica el objeto de la misma, que no era otro que llamar la atención de los espectadores sobre la obra que venía después. A ella se refiere con estas palabras:

Eché la primera loa en el lugar; era de una nave
-de lo que son todas- que venía destrozada y sin
provisión; decía lo de: "este es pueblo"; llama-
ba a la gente "senado"; pedía perdón de "estas
faltas" y silencio, y entréme.

(El Buscón, N.P., p. 1148)

En cuanto al entremés, en La pícara Justina se habla de la compañía que en las fiestas de León presentaba una comedia divina, y entre otros entremeses tenía el de "los sacristanes enharinados".²¹ En el Coloquio de los perros, Berganza confiesa que un poco tiempo había llegado a ser "grande entremesista", y poco después añade que "entonces los entremeses solían acabar por la mayor parte en palos".²² Alonso se refiere a los entremeses, a la loa y al romance, aparte de la comedia, que su nueva compañía representa ante el virrey de Argel, según veremos luego.

Antes de acabar su alegato a favor de la comedia, el protagonista expone la razón que le había llevado a permanecer con su amo año y medio, dato muy significativo, ya que con ningún otro había aguantado tanto tiempo. En todo momento está de acuerdo con el proceder del "autor", al que siempre presenta como muy digno y ejemplar, y del que hace el elogio siguiente:

Dejado aparte que mi amo era virtuoso, gran limosnero, muy recogido, y en sus compañeros no consentía que hubiese mal trato, ni término que desdijese de una buena correspondencia...

(N.P., p. 1264)

La compañía del honrado "autor" acaba como la de Pablos, pues en momentos en que iban a representar El mercader amante, un individuo se obstinó en entrar al espectáculo sin pagar, lo que consideró el empresario una ofensa para sus compañeros, y enfurecido, lo golpea con una bolsa lle

na de monedas, con tan mala suerte que muere poco después; al saber que la víctima tiene excelentes relaciones en el pueblo, optó por ponerse a salvo huyendo, y a los artistas no les quedó otra alternativa que dispersarse.

Aunque el pueblo siempre tuvo gran admiración por el teatro, hubo momentos en que la asistencia a los "corrales" disminuyó considerablemente como consecuencia del ambiente desfavorable que los enemigos del mismo le habían creado. Afortunadamente, la comedia conservó hasta la penúltima década del siglo XVII, la misma vitalidad que ya tenía a principios del mismo. El médico segoviano presenta en El donado hablador, tanto al "autor" como a los comediantes, como víctimas del osado espectador, cuya actitud, acaso podría simbolizar, en la mente de Alcalá Yáñez, a cuantos pretendían acabar con el arte escénico.

B.- UNA COMEDIA DE TEMA MORISCO EN "EL DONADO HABLADOR".

En el último capítulo de la segunda parte de El donado hablador, vemos de nuevo a Alonso entre un grupo de comediantes; el encuentro ha sido fortuito, pues al embarcarse rumbo a Barcelona, se encuentra con algunos conocidos que habían pertenecido a la compañía de Baltasar Pinedo. El protagonista, que no era corto de palabra, debió de ponderar sus cualidades como representante, pues si bien es cierto que la primera vez había entrado como ayudante, con el tiempo había ido cogiendo gusto a los versos, y hasta había trabajado en papeles secundarios. Su misma experiencia y la ayuda de los amigos que debieron de interceder por él, movieron al "autor" a admitirlo en su compañía. Alonso se muestra muy satisfecho, puesto que va a formar parte de la misma, no en calidad de suplente, sino

como un artista más; sus aspiraciones son tales, que sueña llegar a ser un "segundo Melchor de León, Sánchez, Cristóbal Lovillo, Cintor Prado, o Alcázar; personas, dice, que en representando tenían a los oyentes que no era menester pedirles silencio, según estaban suspensos de sus razones". (N.P., p. 1332).

Una tormenta los lleva al norte de África y acaban por ser presa de los berberiscos quienes los llevan a Argel; repartido el botín, los dieciséis actores, entre ellos tres mujeres, pasan a ser posesión del virrey Halí. Al principio trataron de disimular su oficio, mas pronto los delataron algunos renegados quienes dijeron haberlos visto actuar en la compañía de Pinedo.

No hay que olvidar que cuando Alcalá Yáñez escribe su novela, todavía está reciente el decreto de expulsión de 1609, y en Argel como en Túnez y otras ciudades del norte de África había muchos descendientes de musulmanes de los que habían abandonado la Península al caer el reino moro de Granada, como también moriscos que habían salido tras el infructuoso fracaso del levantamiento de las Alpujarras, y más recientemente, con motivo del decreto de expulsión de principios de siglo. A pesar del odio y del rencor que abrigaban en su pecho, muchos de ellos recordaban con nostalgia la vida y costumbres españolas; contribuía a esto, la dificultad que suponía para los desterrados el adaptarse a un medio que les era hostil desde el punto de vista lingüístico y cultural. Siguen hablando romance y no faltan autores que escriben en castellano,²³ lengua que si por un lado los distanciaba de quienes los habían visto llegar con indiferencia, por otro les hacía recordar y soñar en cuanto habían dejado en

España. Entre los desterrados surge una literatura en castellano que pretende levantar el ánimo de quienes al recordar lo que habían dejado atrás, no acababan de adaptarse, en parte por el ambiente adverso que encontraban en sus correligionarios. Juan Penella se refiere a este aspecto cuando escribe:

Dans les pays du nord-africains, le véritable incon-
vénient, l'hostilité, surgit de l'horizon culturel et
linguistique. Dans une communauté islamique authenti-
que, l'ignorance ou la méconnaissance de la langue
arabe de la part des Moriscos, fut ressentie comme
une espèce de tare ou de diminution spirituelle.
L'apparition de cette littérature morisque en cas-
tillan avait pour but de combler ce côté négatif
qui faisait des Moriscos un groupe à part, difficile
à assimiler et à initier à l'orthodoxie islamique
nord-africaine. ²⁴

La presencia de los comediantes cautivos, debió de suscitar entre los exi-
liados, deseos de oírles de nuevo, ya que el protagonista aclara que al-
gunos de los moriscos los habían visto actuar en España; posiblemente a
ruegos suyos, las autoridades les ordenaron preparar una comedia para la
próxima fiesta de San Juan, ²⁵ y los artistas, por mayoría decidieron re-
presentar la Rebelión de Granada, y castigo por el prudentísimo Rey Feli-
pe II. Llegado el día de general regocijo, acudió mucha gente noble a
casa del virrey, y según Alonso, "fueron sentándose en el suelo sobre
ricos tapetes turqueses". Seguidamente, se refiere a la parte artísti-
ca, la cual constituyó un verdadero éxito; abre el acto la música y can-
tan a tres voces el famoso romance de "La estrella de Venus", ²⁶ que agra-
dó muchísimo, sobre todo a las moras. A continuación, Alonso recita con
mucho acierto la loa, que versa sobre Apeles y el truhán. Como número
central, representan la citada comedia, con mucho éxito, al que contri-

buyen la vistosidad y el colorido de los trajes que para esta ocasión les han prestado. Hubo asimismo, dos entremeses, y el acto se cerró con unos bailes al estilo español. Si al principio los artistas despertaron entre los presentes gran alegría y entusiasmo, el final se convirtió en una auténtica tragedia para ellos, pues fueron a parar a la cárcel, acusados de haber "afrentado en la representación a sus reyes, y lo que peor era, a su profeta el poco respeto que se tuvo estando en cautiverio... (N.P., p. 1338). Sometidos a juicio, son condenados a muerte, aunque luego se les ofrece el perdón y la libertad, si renegando de su religión adoptan la ley de Mahoma. Ellos se adhieren a su fe y prefieren morir, a excepción de Alonso, quien al ver que todos se callan trata de defender a sus compañeros de la injuria que se cometía, sobre todo con él, pues dice que sólo había intervenido en la loa y en los entremeses, representando un muerto y un paje.

Frente a la actitud valiente y patriótica de los que mueren por permanecer fieles a su Dios y a su Rey, aparece el cinismo de Alonso, quien a modo de justificación explica que la suerte de sus compañeros habría sido muy distinta si hubiesen seguido su parecer, pues él había propuesto representar el Ramillete de Daraja o Los celos de Reduán. Según parece, Alonso pensaba que al representar una de estas comedias, inspiradas en romances moriscos, se habrían ganado el favor de la concurrencia, mas no fue así al prevalecer el parecer de la mayoría. La obra que representan no podía por menos que atraerles la animadversión y el odio de los espectadores, ya que trata de la rebelión que para los moriscos había sido de consecuencias catastróficas.

Es evidente la influencia de Cervantes sobre muchos de los escritores de la época, y Alcalá Yáñez no es la excepción. Al leer el último capítulo de la segunda parte de El donado hablador, enseguida vienen a la mente ciertas obras en las que aparecen cuadros como los que pinta Alonso en relación con la vida de los cautivos en Argel. Antes que el protagonista del médico segoviano, ya Miguel de Cervantes entre otros muchos, había recorrido las tortuosas y empinadas calles de dicha ciudad, y había sentido en carne propia los trabajos y sufrimientos que padecen los personajes de sus novelas y comedias. Allí había estado también, aunque con mejor suerte, Marcos de Obregón, quien había sido tratado no como esclavo, sino con el afecto debido al maestro que fue de Mustafá y Alima, hijos de su amo. (Espinel, N.P., p. 1028). Apenas capturados, Alonso empieza a contarnos cómo inmediatamente fueron aherrojados y conducidos ante el virrey quien se apoderó de los que le pareció mejor. Inmediatamente, describe la penosa vida que llevaban los cautivos y los trabajos a que eran sometidos, viéndose obligados a hacerlos so pena de perder algún brazo, las orejas o la misma vida. En el relato de Alonso están presentes el cautivo de la primera parte de El Quijote, y las dos comedias de Cervantes, Los tratos de Argel, y Los baños de Argel.

El paralelismo entre el relato de Alonso con las dos comedias citadas es evidente, sobre todo con la tercera jornada de Los baños, en la que aparecen treinta cristianos muertos; mas, la nota que domina en todo momento en el plano religioso es el martirio del niño Francisco a quien desea prohiar Caucalí, su amo, si se hace musulmán. El niño se muestra siempre despreocupado y alegre, pues no teme la muerte, y por fin, es

amarrado a una columna, y a palos acaban con su vida, sin la menor protesta de parte de su amo, al ver que sigue obstinado en su religión.

Alonso, por su parte, destaca la valerosa actitud de sus compañeros quienes "confesando la fe de Cristo Señor nuestro, ofrecieron muy de voluntad su cuello al yugo del martirio..." (N.P., p. 1339). Frente al dolor y sufrimiento que supone haber perdido la libertad, está la alegría de quienes ven en la muerte la auténtica liberación, mediante la cual llegan a unirse con Cristo.

El cautiverio, con toda la miseria material y moral que supone, es el tema dominante en las dos comedias de Cervantes; frente a él se presenta el de la libertad, que viene expresado de diversas maneras, ya en forma de huida, ya a través de la limosna, ya mediante la entrega personal. En varias ocasiones aparecen cristianos que tratan de huir (Cervantes lo había hecho cuatro veces), a pesar de los atroces tormentos a que son sometidos. Al final de Los tratos, el personaje Aurelio alaba la limosna que redime, sobre todo a quienes están expuestos a perder la fe:

¡Oh, cuán bien la limosna es empleada
En rescatar muchachos! que en sus pechos
No está la santa fe bien arraigada.
(Jornada III)

La noticia de que un navío de España se acerca, infunde en el ánimo de los cautivos un rayo de esperanza, pues en él vienen con limosnas Fray Juan Gil y Fray Jorge del Olivar. Frente a la libertad del cuerpo está la libertad del espíritu que ve en la muerte una liberación; es la luz de la gracia que brilla a medida que la vida de Cristo se refleja en el alma del que le entrega su vida, pues como el niño Francisco prefiere seguir fiel a su fe antes que abrazar la ley de Mahoma.

Alonso expresa ideas muy afines poco antes de concluir la novela que protagoniza; al hablar de los cautivos, expuestos a perder la fe, pondera también el valor de la limosna y el mérito de quienes por voto se dedican a sacar a aquellos infelices cristianos de las mazmorras en que están encerrados. El mismo Alonso logra la libertad gracias a la ayuda de fray Juan de Los Reyes, de la orden de la Santísima Trinidad; también Cervantes, en Los Tratos de Argel, ensalza esta labor de rescate, así como el esfuerzo de los cristianos que por cuenta propia trataban de lograr la libertad a través de la huida. En cambio, el protagonista de El donado hablador, usando razones de poco peso y en forma cobarde, a lo pícaro, se libra de la muerte. Sus compañeros, en cambio, dan su vida y "muchas que tuvieran" añade Alonso, por confesar la fe de Jesucristo, yendo así a gozar de la luz de la resurrección por el camino que había seguido Cristo, el del martirio.

Según Alonso, los artistas que sufren el martirio no son menos dignos que los que describe en la primera parte, modelos de recogimiento y virtud. Tal vez ellos mismos habían representado algunas comedias divinas o de santos, mas en esta ocasión tuvieron que dar de mano a la ficción y sacrificar su vida a fin de conservar la fe recibida en el bautismo. Con el relato de lo sucedido a los comediantes, tan ligado por otra parte al recuerdo de Cervantes, Alcalá Yáñez pone fin al alegato en favor del arte escénico que había iniciado en la primera parte de El donado hablador, y con el ejemplo de los valerosos mártires suple cuantos razonamientos pudiera aducir en favor de la comedia.

NOTAS

¹ Los autores y obras son, entre otros: Alonso López Pinciano, Filosofía antigua poética (1596); Juan de la Cueva, Ejemplar poético o Arte poética española (1606); Lope de Vega, Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo (1609); Francisco Cascales, Tablas poéticas (1617).

² Se llamaba "autores", además de los poetas dramáticos, a los directores y jefes de compañías cómicas. Nota de Diego Clemencín, El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, ed. del IV centenario, op. cit., p. 1446.

³ Al hablar de la comedia, nos referimos al Guzmán apócrifo de Mateo Luján de Sayavedra, Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, edición de A. Valbuena Prat, en La novela picaresca española (Madrid: Ed. Aguilar, 1966).

⁴ Miguel de Cervantes, El coloquio de los perros, en Novelas ejemplares, ed. de Mariano Baquero Goyanes (Madrid: Editora Nacional, 1976), p. 342.

⁵ Antonio Liñán y Verdugo, op. cit., p. 175.

⁶ Cristóbal Pérez Pastor, Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVI y XVII, edición del Bulletin Hispanique a cargo de G. Cirot (Bordeaux: Librairie Feret et Fils, 1914).

⁷ Mateo Luján de Sayavedra, op. cit., P.2, L.3, cap. VII, p. 630.

⁸ Cristóbal Pérez Pastor, op. cit., p. 57.

⁹ Ibid., p. 55.

¹⁰ Cervantes, El coloquio..., op. cit., p. 340.

¹¹ Ibid., p. 341.

¹² El autor recuerda dicho encuentro con estas palabras: "... en-carecieron los ingenios que ahora lucen, como son: un fénix de la poesía, fray Lope de Vega Carpio, Don Mescua..., don Pedro Calderón, don Montalván, un doctor Godínez, Gaspar de Ávila, don Antonio Coello, don Francisco de Rojas y otros insignes poetas que aplaude nuestra España por sus escritos, en particular aquel divino ingenio del Maestro Tirso de Molina, cuyas obras y comedias merecen eternas alabanzas, a pesar del tiempo". (Aventuras del Bachiller Trapaza, Cap. XV, N.P., p. 1512).

¹³ A. Liñán y Verdugo, op. cit., p. 175.

¹⁴ Cristóbal Pérez Pastor, op. cit., p. 31.

¹⁵ Si es innegable que la seriedad era consustancial a la personalidad de Felipe II, no obstante, según Casiano Pellicer, "gustaba de las comedias mímicas de Alberto Ganasa", y en palacio se celebraba el día de San Nicolás de Bari la llamada Fiesta del Zapato, a base de "imaginaciones, representaciones y músicas..." Tratado histórico sobre el origen y progreso de la comedia... (Madrid: Imp. de la Beneficencia, 1804), p. 74.

¹⁶ Américo Castro y H.A. Rennert, Vida de Lope de Vega (Salamanca: Ed. Anaya, 1968) cap. VI.

¹⁷ Cayetano Alberto de la Barrera, Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español (Madrid: Im. de Rivadeneyra, 1960), pp. 555 y 532.

¹⁸ La pícara Justina, op. cit., p. 1148.

¹⁹ El Buscón, op. cit., N.P., p. 1148.

²⁰ Cayetano Alberto de la Barrera, op. cit., pp. 564 y 546.

²¹ La pícara Justina, op. cit., p. 787.

²² Cervantes, El coloquio..., op. cit., p. 341.

²³ Juan Panella, "Littérature Morisque en Espagnol en Tunisie" en Recueil d'Études sur les Morisques Andalous en Tunisie, edición de Miguel de Epalza y Ramón Petit (Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1973), pp. 77 y ss.

²⁴ Juan Panella, "Los moriscos españoles emigrados al Norte de África después de la expulsión de 1609" (Barcelona: Universidad, 1971), Artículo editado en Recueil d'Etudes..., op. cit., p. 189.

²⁵ En realidad se trata de una fiesta musulmana que acabó confundiendo con la que los cristianos dedicaban a San Juan Bautista. A ella se refiere Marcos de Obregón al recordar la invitación que le hace su amo con estas palabras: "Ven conmigo, no como esclavo, sino como amigo, que quiero que con libertad te alegres en estas fiestas que hoy se hacen al profeta Alí, que vosotros llamáis San Juan Bautista". (V. Espinel, op. cit., N.P., p. 1023).

²⁶ Este romance es el más famoso de los que forman el ciclo de Gázul; en él se canta el desdén de que es objeto el esforzado moro al casarse Zaida con Albenzaide. Aunque Alcalá Yáñez no cita al autor, el romance es uno de los muchos que brotaron de la pluma de Lope de Vega, quien en forma velada presenta un rasgo más de su vida amorosa... (Cf. María Goyri de Menéndez Pidal, NRFH (1955), pp. 405 y 414.

CAPÍTULO X

OTRAS PROFESIONES Y OFICIOS

Hemos presentado anteriormente algunas profesiones, tales la del médico, la del autor de comedias y la de los actores. En este capítulo estudiaremos, dentro de su profesión, a algunos personajes más, de quienes también se ocupan los autores de novelas picarescas, como son los jueces, alguaciles y militares. Alcalá Yáñez se refiere además, con especial detenimiento a los artesanos, y hasta nos habla de un pintor cuyo arte le sirve al protagonista para exponer su teoría sobre el color en las imágenes antiguas, al mismo tiempo que para hacer una apología de la Madre de Dios.

Ofrece particular interés el capítulo en que el autor de El donado hablador presenta la industria de paños de su querida Segovia, a la que alude asimismo en otros lugares de la novela. A tal efecto, pone a servir al protagonista en casa de un modesto artesano, y poco después, en una fábrica textil.

Los pícaros coinciden en la manera de presentar a los servidores de la justicia, para los que reservan, tal vez, los juicios más hirientes. Ciertamente no les merece mejor concepto la clase militar, a la que demuestran conocer de cerca, ya que sirven a la misma en calidad de ayudantes, o las más de las veces, como soldados, a las órdenes de un capitán vicioso, y por lo mismo, casi siempre sin dinero, situación que le lleva a explotar a sus súbditos en forma humillante. A todos ellos los veremos con mayor prolijidad en las páginas que siguen.

A.- LOS ARTESANOS

Para el protagonista de El donado hablador, Segovia es "verdadera madre de forasteros" y allá se dirige desde Toro con la esperanza de encontrar un honrado trabajo. Sus monumentos, su historia y sus gentes, le merecen los más efusivos elogios; la necesidad en que se ve al abandonar a su amo el pintor, le obliga a pensar en la vieja ciudad castellana. Y es que también él se siente atraído por la industria "de los paños cuyos hacedores, dice, son sin número los que tiene Segovia, gente principal de todas las naciones, montañeses, vizcaínos, gallegos y portugueses..." (N.P., p. 1325).

Ciertamente, cuando en 1625 se escriben las anteriores palabras, la edad de oro de la industria segoviana había quedado atrás, ya que se según Le Flem abarca desde 1521 a 1598, aunque dentro de este marco hubo momentos en que tuvo sus altibajos.¹ Mas, si entonces la Ciudad del Eresma no podía competir con Florencia, con Venecia, con Padua y con Hondschoote como había ocurrido durante el quinquenio comprendido entre 1579-1584 en que producía 13.000 piezas de paño de cuarenta varas de longitud,² no obstante, la producción era suficiente como para absorber trabajadores de afuera, según aclara Alonso.

En verdad que Alcalá Yáñez, en la persona de Alonso revive no pocos momentos de su vida, en especial al referirse a Segovia a la que había llegado siendo todavía niño. El oficio en que va a trabajar el protagonista de su novela está relacionado estrechamente con la actuación profesional del autor, quien como médico, además de asistir a los enfermos de varias comunidades religiosas de la ciudad, tenía también, según

Manuela Villalpando "convenio con la Hermandad de tundidores y perailes, con esta última, durante los años 1617 a 1628..."³ Se comprende, pues, que Alonso hable con tantos pormenores del oficio de peraile que practica en casa de un modesto artesano; a él se refiere como "el de mayor trabajo", más apto para jóvenes que para gente de edad. Muy poco tiempo está con el maestro cardador, pero es suficiente para darnos a entender la manera de trabajar la lana, así como la calidad del paño y las limitaciones económicas de su nuevo amo. Este, tal vez necesitado de personal, no puso reparos en admitir al nuevo operario, a pesar de que Alonso aparentaba una edad no muy apropiada para trabajo tan penoso. Nuestro protagonista, gran observador, se fija en detalles al parecer mínimos que luego somete a nuestra consideración; así, no deja de tener especial interés el momento en que el dueño del modesto taller le da la primera lección práctica al decirle: "Empezad por ese bayarte, miradme a mí cómo empiezo a cardar, en el nombre de Dios y de su santa Madre". (N.P., p. 1327). La actitud del maestro cardador pudiera tildarse de prudente al entregar a Alonso un bayarte, en lugar de los famosos "veintidosenos", de los que se llegaron a fabricar hasta cuatro clases distintas; sin embargo, parece que no se trataba de mera precaución, según da a entender don Felipe Ruiz Martín con estas palabras:

... es posible que fuera debido a que Segovia, en el curso de mil seiscientos abandona las labores delicadas y costosas, a las que de preferencia, si no con exclusividad, se dedicó en el mil quinientos, para consagrarse a las labores bastas. La precariedad del siglo XVII no consentía los lujos del opulento siglo XVI.⁴

Indudablemente, el paño segoviano era el más cotizado de cuantos se hacían en España, y la calidad y fama que había logrado, hacían que a menudo las gentes llevasen a la capital sus propios trabajos, y una vez dentro les ponían el sello de la ciudad a fin de venderlos con más facilidad y a mejor precio. En la primera parte de la novela El donado hablador, Alonso se refiere en tono ponderativo a las famosas telas de Londres y al "refino y negro de Segovia, por hallarse en ella los mejores paños que se fabrican en España" (N.P., p. 1229). En verdad que estas palabras del protagonista no carecen de fundamento, pues es sabido que los paños segovianos se enviaban a Europa y a América; sobre la calidad de los mismos son elocuentes las palabras del embajador español en Londres, marqués de Gondomar, quien hacia 1620 escribía al respecto: "Aun aquí, dice, en Inglaterra, donde hay tanta abundancia de paño, es mucho más estimado el de España, porque es mejor fabricado y de más dura y mejor lana".⁵

Aunque Alonso no dice cuánto le paga su nuevo amo, sí aclara que por mucho que fuese "todo es poco para un cansancio y trabajo tan intolerable". Llevaba tan sólo hora y media en la faena cuando el reloj de la iglesia vecina da las siete, y los oficiales se van a sus casas a almorzar; no pueden hacer lo mismo Alonso y dos compañeros más, como aprendices que son, ya que por el reglamento, el aprendiz debía morar en "la habitación del maestro, donde se le proporcionaría cama y alimentación, y oportunamente vestidos, más una pequeña suma para sus gastos".⁶ Así que, en compañía del dueño se sientan a la mesa en la que hay "dos panes, una asadura guisada con su ajo y un jarro de vino".

Alonso, con el hambre atrasada que tenía, da cuenta muy pronto de su ración, y luego arremete con el pan, que va mojando en el "caldillo". El ama, que lo estaba observando fijamente, le pregunta irónicamente si quiere más, a lo que responde que no por estar convaleciente y cansado, aunque le promete comer con más ganas en el futuro. La "maestra", al comprobar la voracidad del novel cardador con lo que había ganado y su promesa de mejorar el apetito, optó por echarlo ella misma de casa, pues como dice el protagonista con sarcasmo, "tocábale mandar en aquellos días". No se arredra por esto, y con entereza y dignidad le responde: "Cuando vuestra merced me eche della, no faltará quién me reciba en su servicio, y más en año tan fértil de trigo". (N.P., p. 1328).

La confianza de Alonso no carecía de fundamento, y es que en esta ocasión como en otras muchas, su aserto se basa en la realidad, hecho que confirma el profesor Felipe Ruiz Martín, cuando al hablar de la penuria que había sufrido el pueblo segoviano en pasadas décadas, dice que "en 1609 se despeja un poco el horizonte; los sembrados nacen y crecen propicios. Y como excepción hecha de 1614 y 1615, cógense bastantes granos de 1609 a 1630, mientras el número de consumidores se ha reducido y se restan aun los moriscos expulsados, hay abundancia y baratura de pan".⁷ Alonso no se muestra pretencioso, ni muchos menos, pues a los dos días el capataz de un mercader lo admite como obrero en una fábrica de paños, tras alegar que había trabajado en Córdoba y Toledo. Con la lección que le había dado el maestro cardador y su propio esfuerzo, el nuevo operario se siente más cómodo entre los oficiales, ya por el número, ya por la manera de realizar el arduo trabajo, todo lo cual con-

tribuía a que el mismo fuese más llevadero. Una vez más, Alonso muestra ser gran observador y detallista en el dato que ofrece, de modo que sin esfuerzo vamos siguiendo el proceso de la elaboración de los paños; esta vez no en un taller de una casa particular, sino en una auténtica fábrica con capacidad para varios centenares de obreros. Alcalá Yáñez atribuye a los dueños de las "fábricas" de paños el apelativo de "padres de familia" al ofrecer trabajo a "innumerables oficiales". Diego de Colmenares, en su Historia de Segovia, no podía por menos de referirse a estos "empresarios" de manera encomiástica cuando escribe:

... los tratantes de lana y fabricantes de paños, que impropiamente nombra el vulgo mercaderes, /son/ verdaderos padres de familia, que dentro de sus casas y fuera sustentan a gran número de gentes (muchas de ellas a doscientas, y muchas a trescientas personas) fabricando por manos ajenas tanta diversidad de finísimos paños.⁸

Alonso describe paso a paso la faena diaria, la cual, como en casa del maestro cardador, empezaba a la luz del alba y llegaba hasta el momento del almuerzo que solía ser hacia las siete. Tras este descanso, volvían al trabajo, el cual se hacía más tolerable "con el cantar de los viernes los pasos, y los sábados los gozos"; a las diez, la animación era mayor, debida al tinto y algo de comida que solían traer de la taberna. A fe que en esta ocasión Alonso se siente muy satisfecho, y posiblemente al recordar su efímero paso por el taller del maestro cardador, exterioriza sus sentimientos al par que la alegría colectiva, al verse libre de la mirada escrutadora del ama con estas significativas palabras: "Aquí sí que se podía vivir y aun beber, sin estarnos mirando a la boca si se come, pues para trabajar todo es necesario..." (N.P.,

p. 1328). Así transcurrían las dos últimas horas de la mañana, y a las doce se iban a comer a sus casas. A la una empezaba la sesión de la tarde, no menos alegre que la última parte de la mañana, pues, solían amenizarla con romances cantados en memoria del rey Don Pedro, de Don Álvaro de Luna y de Don Sancho de Zamora, sin olvidar los que narraban las hazañas del Cid y Bernardo del Carpio.

Alonso, con la curiosidad e interés del sociólogo nos va informando de cuanto ocurre en el "obrador": horas de trabajo, en ocasiones más lentas, sobre todo las primeras de la mañana, y otras, más amenas, que transcurrían casi sin darse cuenta, entre cantos religiosos y patrióticos; de modo especial, insiste en las animadas charlas que tenían, sobre todo antes de concluir la tarea, tanto de la mañana como de la tarde, la cual a menudo acababa en acaloradas discusiones. Indudablemente, también ellos eran conscientes de los reveses que venía sufriendo España en política internacional que tanto afectaban al comercio y a la industria; la España del siglo XVII ya no era la que había sido con Carlos V y Felipe II, y la decadencia empezaba a evidenciarse. Las páginas que escribe Diego de Colmenares en relación con los acontecimientos que ocurren en Segovia en el primer cuarto del siglo XVII, años en que suceden los hechos narrados en El donado hablador, revelan cierto pesimismo que contrasta con la eufórica descripción del traslado de la Virgen de la Fuencisla a su nuevo templo. Así lo hace notar Jean Paul Le Flem cuando escribe:

Le réquisitoire que Colmenares fait sien est terrible: dépopulation de l'Espagne, inflation des clercs, fourmillement des vagabondes, parasitisme de la cour, insolence du luxe... Sans doute y a-t-il exagération, mais Colmenares voyait ainsi la situation de son pays et par suite de sa cité natale".⁹

En verdad, las guerras y la peste habían contribuido al descenso de la población de España, pues Castilla solamente había perdido más del medio millón de personas entre 1596 y 1602 a causa de la peste bubónica;¹⁰ a esto hay que añadir unos trescientos mil moriscos a quienes afectó la ley de expulsión de 1609. No es pues de extrañar que en el "obrador" en que trabaja Alonso se hablara de política internacional, de los enemigos de España, en especial de los musulmanes; se discute sobre el poderío del Sultán de Persia y el del Turco Solimán, el de éste basado mayormente en el elevado índice de natalidad de sus súbditos, factor que en España se había considerado peligroso al aplicarlo a los moriscos, sobre todo a partir de los levantamientos de las Alpujarras, a raíz de los cuales muchos de ellos fueron repartidos por diversas regiones, principalmente en Castilla donde se esperaba que fuesen asimilados por los demás pobladores. Según Le Flem,¹¹ en el censo de 1594, en la provincia de Segovia había 1946 moriscos, de los cuales 748 residían en la capital. Aparentemente, no son muchos los que se dedican a la industria del paño, mas como observa el citado hispanista, es muy posible que a fin de evitar represiones por parte de la Inquisición prefiriesen ocultar, no solamente sus creencias religiosas, sino también, según parece, su condición de nuevos convertidos, a fin de encontrar más fácilmente trabajo. De todos modos, en 1625 la expulsión estaba todavía reciente, y es muy posible que en el taller en que trabajaba Alon-

so hubiese algunos conversos y cristianos viejos casados con moriscas, o simplemente amigos de los que habían tenido que salir, cuyo rencor se enfrentaba al patriotismo de los demás, y la discusión acabó a golpes entre partidarios del Sultán y del Gran Turco; uno de los presentes golpea a otro con "los palmares en la cabeza... alcanzándole con los gavi-lanes una mortal herida" (N.P., p. 1330). Al ver correr la sangre, los presentes cogen miedo y procuran ponerse a salvo antes que llegue la justicia. Alonso, como solía hacer en ocasiones semejantes, también prefiere poner "tierra en medio", y a través de la Mancha se encamina a Alicante con la idea de embarcarse rumbo a Barcelona.

Si son valiosas las referencias históricas y los elementos descriptivos que ofrece Alcalá Yáñez por medio de su protagonista, en relación con Segovia, ciertamente no lo son menos, los datos que aporta sobre la industria del que fue el primer centro textil en la España de los Austrias.

B.- LOS MINISTROS DE LA JUSTICIA

El pícaro, al enfrentarse a la sociedad, lo hace desde su punto de vista, acentuando normalmente aspectos negativos y cuanto cree que hay que enmendar; en cambio pasa por alto otros valores que es incapaz de descubrir. Los pícaros se complacen en presentar determinados tópicos, como los apuntados anteriormente y no es excepción el relativo a la corrupción social, de la que hablan además otros escritores de la época. De hecho, no hay pícaro que no se refiera a los representantes de la justicia, quienes con motivo o sin él, acaban por enviarlos a la cárcel.

Entre ellos, ninguno se muestra tan duro como Guzmán de Alfarache contra jueces, alguaciles, corchetes, cuadrilleros, cómitres y demás ministros del orden, al sufrir en carne propia las consecuencias de la codicia de aquéllos.

Alcalá Yáñez enfoca el tema de la corrupción social, no en forma esporádica como sucede con otros autores, sino que se enfrenta al mismo en todo un capítulo, aparte de otros momentos en que el protagonista de El donado hablador arremete contra los que, debiendo servir a la justicia por profesión, atentan contra ella, atrevimiento que le cuesta el oficio, llevado de su insaciable deseo de mejorar la sociedad en que vive.

1.- Cómo ven los pícaros a los ministros de la justicia.

Pocos son los protagonistas de novelas picarescas que sirven a los ministros de la justicia, aunque casi todos ellos se refieren con mayor o menor insistencia a la manera tan interesada en el momento de aplicar la ley. Berganza, con su acostumbrada malicia, dice que le duele tener que "hablar mal de alguaciles y escribanos", a lo que replica su confidente a modo de aclaración, que hay muchos que son "buenos, fieles, legales y amigos de hacer placer sin daño de un tercero", aunque luego parece dar la razón al amigo al concluir que "no todos como prenden sueltan y son jueces y abogados cuando quieren".¹² Sí, admitamos con Cipión que también los había de haber buenos, honrados y honestos, a pesar de que no hay un sólo pícaro que se compadezca de ellos. Antes de referirnos al protagonista de El donado hablador, veamos brevemente a los pícaros que precedieron a Alonso en relación con los encargados de velar

por la justicia.

Lázaro de Tormes sirvió por muy poco tiempo a un alguacil al que dejó por ser "oficio peligroso", tanto que una noche, unos fugitivos los corrieron a pedradas, circunstancia que le movió a buscar otro amo.

Guzmán de Alfarache se refiere prácticamente a todos los ministros de la justicia para quienes tiene palabras muy amargas, ya que todos sufrían del mismo mal: la codicia. Ante la imposibilidad de referirnos a todos, nos limitaremos a dos tipos representativos, en quienes la avaricia aparece más acentuada, cuyo vicio los hacía más odiosos. El pícaro de Mateo Alemán, tras aludir a la injusticia que cometió un alcalde con un hidalgo pobre, expone un caso que le sucedió a él mismo. Se hallaba el gran pícaro en Bolonia y quiso recuperar los lujosos vestidos que le había robado Alejandro Bentivoglio, y con tal intención acudió a un estudiante jurista de aquella universidad. Sus buenas palabras y mejores deseos de nada le sirvieron, pues el padre del ladrón, al ver que el caso era conocido en la ciudad, lo consideró una ofensa, y como "tenía poder y el juez, ganas de hacerle placer", el que salió mal parado fue Guzmán, pues lejos de recuperar lo suyo, un buen día y sin esperárselo, desde la calle fue trasladado a los calabozos del Torrón, la famosa cárcel boloñesa. Cara le costó su reclamación, y en la soledad de su celda se hacía esta reflexión: "... siempre suelen amor, interés y odio hacer que se desconozca la verdad, y con el soborno y favor pierden las fuerzas razón y justicia". (Guzmán de Alfarache, p. 606).

Por la coincidencia con otros autores, merece destacarse la actitud de Guzmán frente a los escribanos, a los que se dirige en forma verdaderamente humillante, sobre todo, al poner sus palabras en boca de un predicador, el cual tras confesar que otra clase de personas pronto o tarde cambian de vida, de aquellos afirma:

A todos he hallado señales de salvación; en solo el escribano pierdo la cuenta ni le hallo enmienda más hoy que ayer, este año que los treinta pasados; siempre es el mismo... Porque informan y escriben lo que se les antoja, y por dos ducados o por complacer al amigo y aun la amiga -que negocian mucho los mantos- quitan las vidas, las honras y las haciendas... Pecan de codicia insaciable, tienen hambre canina...

(Guzmán de Alfarache, p. 117).

Pablos, el protagonista del Buscón, también tenía experiencia en la virtud del dinero, "poderoso caballero" como diría el autor de la conocida letrilla, y estando en la cárcel madrileña echaría mano de recurso tan eficaz. Al conocer la debilidad del carcelero, le pasa unas cuantas monedas, y al escribano le confía los ahorrillos que le quedan, al mismo tiempo que le pide que favorezca la "causa de un hidalgo desgraciado que por engaño había incurrido en tal delito". (El Buscón, N.P., p. 1136). Muy contento el escribano al ver el dinero, sugirió al pícaro que al alguacil también "importaba acallarle con mordaza de plata", en vista de lo cual Pablos sacó cincuenta reales más, lo que le valió mejor trato y una recomendación para el carcelero, quien de inmediato le quita los grillos al ver que el pícaro le pone un escudo en la mano. La habilidad de Pablos para salir de la cárcel demuestra cuán bien conocía el pícaro segoviano a la camarilla compuesta por jueces,

leguleyos, alcaldes, alguaciles, regidores, escribanos, corchetes, cuadrilleros y demás miembros a cuyo cargo corría la justicia, muy unidos todos ellos, no tanto para velar por su defensa, cuanto para vivir a cuenta de ella, gente que como dice Pablos, "no hace virtud si no es por interés".

Ningún atractivo debía tener servir a los alguaciles, ya que los pícaros siempre huyen de ellos; Lázaro abandona en mal momento al que sirvió apenas unos días, y tenemos que llegar a Berganza para encontrar a alguien que, sin ser escribano o corchete, camine al lado de un alguacil, pues acaso confiado en sus afilados colmillos se atrevió a servir a uno de ellos. Ningún pícaro habla tan mal de los alguaciles como Berganza, tal vez porque los conocía mejor a través de su amo. De él dice que "presumía de valiente y de hacer capturas famosas", a costa de otros ladrones y rufianes, todos ellos clientes de Monipodio, gran amigo suyo, en cuya casa se reunían. No era la bravura su principal adorno, pues Berganza dice que tenía un amigo escribano que le acompañaba a todas partes, y los dos "estaban amancebados con dos mujercillas, no de poco más o menos, sino de menos en todo", las cuales servían de soplonas. Sin embargo, según Berganza, su amo era ante todo un ladrón que se amparaba en su vara de alguacil; su avaricia le llevó a echar el ojo a un caballo que vendían unos ladrones, de modo que aunque no había pagado, quedó corrido y burlado, ya que tuvo que devolvérselo a su verdadero dueño.

Ciertamente, a Berganza le repugnaba la conducta de su amo, al que abandona, no sin darle antes una lección. Habían salido de ronda una noche el alcalde, su asistente, los corchetes y Berganza, cuando al

atravesar una encrucijada alguien pasó corriendo, cuando en esto, el asistente dando gritos para azuzar al perro, le dice: "¡Al ladrón, Gavilán! Ea, Gavilán, hijo al ladrón, al ladrón, al ladrón!"¹³ El perro, que confiesa que ya las maldades de su amo le tenían hartos, no se hace de rogar y se lanza sobre él derribándole en el suelo. Lo quitaron los corchetes y hasta quisieron pegarlo y aun habrían intentado matarlo si el asistente no se lo impidiera al decirles: "No le toque nadie, que el perro hizo lo que le mandé". Seguidamente, el prudente Berganza añade que "entendiósse la malicia", y que de no quitarlo habría vengado a "más de cuatro".¹⁴

2.- El protagonista de "El donado hablador" frente a la injusticia.

Aunque Alonso no es pícaro, también sufre los rigores de quienes interpretan la justicia a capricho, movidos más por el interés personal que por un esmerado celo de mirar por el bien común. A diferencia de los pícaros anteriores, Alonso presenta un enfoque más amplio sobre la manera de administrar justicia por el hecho de no limitarse a señalar las deficiencias contra la misma, sino que en su afán de buscar la perfección, expone el ideal que debería tener todo funcionario público en materia de justicia.

Mientras Alonso está al servicio de la viuda valenciana, también experimenta las amarguras de la cárcel, ya que por una simple sospecha, en ella pasa veintiséis días, durante los cuales conoce los rigores del hambre y los malos tratos de otros penados. Como Pablos, Alonso recuerda la debilidad de los funcionarios de quienes depende su libertad; de modo especial alude a los escribanos, tan hábiles en "encarecer y disi-

mular los delitos". Los ruegos del ama consiguen, al fin, que lo saquen del calabozo después de verse obligado a entenderse con el escribano, con el juez, con el fiscal y con el carcelero; con evidente ironía, se refiere a la "tal mala pasada" que aquéllos le habían jugado, a los que alude con estas significativas palabras: "No sé qué se tiene esto del pagar, que todo lo facilita y con este negro interés todos se mueven". (N.P., p. 1253).

Hasta aquí, Alonso coincide con los pícaros en sus quejas contra el abuso de la autoridad. Presenta además, otros aspectos en relación con la vida diaria, ya a través de su experiencia, ya a través de lo que oye a los demás.

En dos ocasiones sirve Alonso a servidores del Estado: una como criado de don Fadrique, a quien el rey había dado la vara de alguacil mayor de México. Su viaje al Nuevo Mundo le da ocasión a Alonso para hablar, principalmente de la honra, de las riquezas y de la muerte, como se ha indicado, a causa de un temporal que pone en peligro su vida antes de llegar a Nueva España. No sucede lo mismo con el letrado al que nuestro protagonista acompaña desde Madrid a Córdoba; su majestad le ha nombrado teniente mayor de esta ciudad, cargo que le merece el parabién de conocidos y amigos, y por el que muchos habrían dado, según Alonso, mil ducados, pues era oficio de "mucha ganancia y mayor honra". El criado piensa en lo que había sido su amo y en lo que ahora era, debido al cargo, merced al cual los mercaderes y otras gentes que esperaban favores, le traían regalos y cuanto podía desear, por lo que muy pronto empezó a gobernar a gusto de los poderosos. Frente a la liberalidad que

el juez usa con éstos, el protagonista recuerda la actitud que muestra para con los pobres, para quienes se reserva "el rigor, el castigo y condenación". Alonso no se calla aunque tenga que enfrentarse con su amo, e incluso llega a afear su conducta ante quienes acuden a su despacho a pedir justicia, pues no admite que haya una para el rico y otra para el pobre. En cierta ocasión, a ruegos del juez, cuenta la fábula en la que los animales acuden ante la zorra, y unos tras otro, para hacer penitencia, le confiesan sus atrocidades; aparentemente, muy compungidos se acercan a ella el león, el oso, y el lobo, y para todos tiene palabras de comprensión y de aliento, ya que de algún modo tienen que defenderse para poder vivir, aunque sea robando y matando. Llega por fin, el pobre jumento al que su amo tenía medio muerto, y se acusa de haber comido yendo de camino, unos bocados de alcocer; la zorra, muy zalamera y haciendo aspavientos, lo condena a recibir una paliza y a transportar pesada carga hasta que reviente. A pesar de que la moraleja está muy clara, Alonso acentúa la lección que de la misma se desprende con estas palabras:

Bien semejante es la fábula a lo que vemos cada día: para el poderoso y rico, blandura y amor, sobrellevar sus defectos, el castigo moderado, la corrección entre compadres como si no fuese; al pobre, al sin favor, al desamparado y solo, en cogiéndole en algún desmán y travesura, la menor tajada sea la oreja.

(N.P., p. 1231)

La vara, como símbolo de poder, tiene especial significado para Alonso, pues no en vano el "alguacil y el portero" aclara, las usan más gruesas, como que han de cumplir las órdenes que reciben; mas, "la del

juez ha de ser vara que tan presto se incline al necesitado y pobre como para el poderoso y rico, que a todas partes, sin exceptuar personas ni guardar respetos a cualidades ni señorías..." (N.P., p. 1231)

Si para Alonso la justicia ha de ser la misma tanto para el rico como para el pobre, el ejercicio de aquella requería las mismas consideraciones en cuanto a agravantes y atenuantes, así como el derecho de apelación. Sin embargo, no sucedía así, pues lo más corriente era ver cómo el pobre e indefenso sufría los rigores de la justicia por el capricho de jueces y alguaciles avaros. A menudo procedían tan arbitrariamente, que el pobre infeliz que caía en sus manos no sabía por qué lo habían metido en la cárcel, como le sucedió al "barbero" de la historieta que refiere el protagonista, quien al verse por tercera vez tras las rejas por tratar de separar a varios individuos que estaban riendo, preguntó a los que le había llevado: "Suplico a vuestras mercedes que digan qué he de hacer, qué diré, o cuando viere matarse los hombres adónde tengo que irme; porque no hay que dudar, sino que será menester alguna renta para tantas condenaciones como cada día me hacen". (N.P., p. 1233).

Alonso no se contenta con defender al humilde y oprimido, sino que como es costumbre en él, frente a la injusticia recurre a la Biblia y presenta a Jesucristo en el momento en que perdona a Judas, y luego, a modo de conclusión añade: "No todo se ha de entender de una manera. Distinción quieren las cosas; que aunque tiene peso la justicia, razón es siempre se incline a la piedad y compasión". (Ibid.).

En ningún momento retrocede Alonso ante lo que él cree que está mal, a pesar de que tenga que abandonar luego a sus amos, como sucede con el teniente cordobés; movido por este celo, refiere lo que sucedió en una ciudad en la que los encargados del gobierno de la misma, al no poder acudir los viernes de cuaresma a oír la palabra de Dios, acordaron reunirse el sábado, y con tal intención buscaron los mejores predicadores. Uno de ellos, que estaba enterado de cómo iban las cosas, con "elegante lenguaje, admirable comparaciones, mucha escritura", les llamó la atención muy delicadamente sobre la codicia y las consecuencias que podría acarrear el deseo inmoderado de aumentar los fondos públicos, al asignar determinados oficios mediante subasta, como había sucedido con el de "pesadores de la red del pescado", por el que habían pagado ocho ducados. Los "devotos" regidores no habían advertido el mal que ocasionaría el nuevo sistema de adjudicar los cargos, y las sorprendidas preguntas que hizo el orador desde el público les hizo reflexionar: "Este dinero, ¿de dónde ha de salir? ¿Quién lo ha de pagar?", repetía una y otra vez el elocuente predicador, quien además, les recordó el mal nombre que tenían los pesadores y los carniceros, por lo que mirando solamente el bien del pueblo, cambiaron la idea y determinaron que siguiesen en el oficio los mismos que lo habían tenido antes, y sin cobrarles nada. A modo de lección práctica, Alonso añade luego: "Desto sirve el tener quien vaya a la mano al mal orden, quien avise de los descuidos que hay en la república", (N.P., p. 1321).

Parecería un anacronismo hablar de democracia a principios del siglo XVII, máxime si se considera que el poder estaba en manos de gobiernos absolutistas; sin embargo, las anteriores palabras de Alonso no dejan de tener especial significación, así como también el término "república", pues está usado en el prístino significado que tenía en la antigua Roma, o sea, referido al Estado, a la administración pública y a la política. Indudablemente, Alcalá Yáñez presenta una idea muy moderna, en cuanto que se refiere a la participación en el gobierno y en la que, en cierto modo, se diría que está implícita la democracia.

El éxito que obtiene el orador sagrado del que habla Alonso, le lleva a él a insistir en la necesidad de que "con una buena amonestación y aviso se pone remedio y enmiendan las faltas que cada día fueran en mayor daño a no haber quien las estorbase y reprendiese". (N.P., p. 1321). Estas palabras del protagonista tienen vigencia, no sólo en el plano personal o familiar, sino principalmente, en relación con la administración pública. Los diferentes criterios, la misma oposición en el gobierno, la diversidad de partidos con distinta filosofía, todo ello contribuye al bien general, ya sea buscando lo mejor y más conveniente para la ciudad o la nación, ya denunciando el mal y la corrupción que puede ocasionar su ruina.

Alonso constituye un ejemplo en este sentido, pues sin miedo alguno se enfrenta a lo que cree que está mal, aunque se trate de sus amos, quienes en lugar de "darle las gracias por los avisos", como él mismo dice, se enojaban y lo menos que hacían era despedirlo; no obstante, se siente satisfecho ya que cree haber cumplido una obligación, según da a

entender a su interlocutor en la soledad de la ermita:

... y si decía o reprendía era movido de caridad,
justo celo y con ánimo de hacer algún fruto, sir-
viendo a Dios con buenos consejos.

(N.P., p. 3121)

Evidentemente, no todos los ministros de la justicia serían como los que nos pintan los pícaros; mas, con Cipión, el perro sabio del coloquio cervantino, tenemos que admitir que en el siglo XVII también los debía de haber "honrados y buenos". No obstante, es muy significativo el hecho de que los escritores de este tipo de novelas describan a los encargados de hacer justicia en forma tan humillante e inhumana, y no parece que haya mucha exageración, puesto que en ocasiones el mismo relato no llega a la realidad que algunos de sus autores palparon, como sucede con Mateo Alemán, quien por encargo de Su Majestad desempeñó la misión de "juez visitador" en 1593 en relación con la explotación de las minas de Almadén y los galeotes que trabajaban en ellas. El valor del gran novelista llegó al extremo al soltar a los presos que se encontraban en la cárcel de Usagre, y una vez vacía, encerró en ella al "alguacil de la provincia de León y alcaide de la misma".¹⁵ En verdad, los autores de novelas picarescas no solamente señalan este tipo de corrupción social, sino que abiertamente dan a entender que no están de acuerdo con la manera como a menudo se hacía justicia. Alcalá Yáñez, por medio de Alonso, va más lejos, y movido por un sentimiento cristiano, a la justicia humana opone la misericordia y el perdón, a ejemplo de Cristo. Alguna que otra vez, el autor insinúa un cambio en la manera de administrar justicia y la conveniencia de la deliberación, como se ve

por las palabras que dice Alonso al contar lo que le sucedió en casa de la viuda valenciana: "... a mí y a mi compañera, por si teníamos culpa, nos llevaron a la cárcel". (N.P., p. 1253).

C.- LOS MILITARES Y LOS CAMPEÑINOS EN LA SOCIEDAD DEL SIGLO XVII.

La novela picaresca denuncia otro aspecto de la justicia no menos acentuado que el que acabamos de considerar en el epígrafe anterior. Se trata asimismo, de otra clase de servidores del estado; los militares.

A principios del siglo XVII, todavía tenía vigencia el conocido refrán: "Iglesia, mar o casa real, quien quiera medrar". (Correas, 150). Efectivamente, la carrera eclesiástica o el convento, pasar a las Indias o servir al rey en el ejército, constituían entonces una aspiración de gran número de españoles. La doble misión que los reyes de España y los españoles se habían echado sobre las espaldas, daría por resultado la decadencia material, ocasionada en parte, por la despoblación del país. Las continuas guerras que sostuvo España en el exterior, y el crecido número de eclesiásticos, son los dos causantes principales que ocasionaron la disminución de población. Miguel Herrero García aporta una serie de datos de escritores de la primera mitad del siglo XVII en relación con la decadencia de España; alude a los setenta mil religiosos, sin tener en cuenta las monjas, repartidos en nueve mil conventos; como referencia al clero regular, cita a Gil González Dávila, confesor de Felipe III, quien en 1619 asigna treinta y dos mil hombres a las Órdenes de San Francisco y de Santo Domingo, y treinta y cuatro mil sacerdotes a las diócesis de Calahorra y Pamplona. El citado eclesiástico concluye

con estas palabras: "¿Pues qué tendrán las demás religiones y los demás obispados? Sacerdote soy: confieso que somos más de los que son menester".¹⁶

El otro factor humano, que sin proponérselo contribuyó a la decadencia del país, fue la actitud de los hidalgos, y a ejemplo suyo, infinidad de individuos que consideraban indigno el trabajo manual, y en consecuencia preferían alistarse como soldados, profesión que de por sí llevaba a la honra. Estos factores, unidos a la aridez de las tierras de la Península, contribuyeron a acentuar la decadencia material de España, la cual repercutió necesariamente en el campo político-militar. Durante el siglo XVII, España siguió la política de Carlos V y Felipe II, y hasta mediados de siglo, las guerras fueron casi continuas, situación que obligó a organizar levass constantemente. Aparte de las fuentes históricas, que a veces omiten pormenores de interés, poseemos otras de carácter literario en relación con una rama del ejército, la cual, lejos de ser el orgullo del mismo, a menudo constituía el baldón de la institución armada; estos documentos son principalmente las novelas picarescas.

A principios del citado siglo, ya Guzmán de Alfarache, quien sirve a un capitán, nos da a entender la mala situación en que estaban las arcas reales con estas palabras: "... cuán abatida estaba la milicia, qué poco se remuneraban servicios, qué poca verdad informaban della algunos ministros". (Guzmán de Alfarache, p. 338).

Como hemos indicado, el repudio de determinados trabajos fue la causa de que muchos se alistasen como soldados movidos más por el miedo personal que por un verdadero deseo de defender a la patria. Con tal objetivo, no hay por qué extrañarse de las atrocidades que aquellos cometían a su paso por pueblos y ciudades, incitados del "ansia de lucro y la falta de escrupulosidad y todo reparo para alcanzarlo", según afirma un historiador.¹⁷

Generalmente, los pícaros aparecen al lado de algún capitán como criados o como soldados, oficio que les permite observar minuciosamente al jefe y a sus compañeros. Si es humillante para la población la actitud y conducta de los soldados, a menudo, la del capitán es repugnante, ya que las trapacerías y atropellos que cometen los súbditos, casi siempre van encaminadas en beneficio del jefe. De todo esto nos hablan, antes que Alcalá Yáñez, Mateo Alemán y Cervantes en algunas de sus obras; después de Alonso, se continúa esta línea crítica en el Estebanillo González, cuyo protagonista abandona con la mayor naturalidad al capitán de turno para irse con otro que le promete más.

Guzmán de Alfarache usa un peligroso ardid para ayudar a su amo, quien por vicioso y jugador se ha quedado sin dinero, aunque todavía conserva algunas joyas, y entre ellas, un valioso "agnusdei". Con mucha astucia, el pícaro logra que un joyero de Barcelona se la compre, y luego para recuperarla le culpa de habérselo robado; los soldados y transeúntes dan fe a lo que dice, y el juez obliga al comerciante a que le devuelva la joya.

En el Quijote (P.I., cap. II), aparece un soldado avariento y fanfarrón, que da muestras de gran habilidad en el arte de seducir doncellas; sin mayor esfuerzo, ruegos ni lágrimas consiguió que la bella Leandra, desdeñando a sus pretendientes, huyese con él, aunque no muy lejos, pues después de robarle las joyas y el dinero que había sacado de casa, aunque no el honor, aclara el autor, la dejó abandonada.

Tomás Rodaja, el estudiante que aparece en El Licenciado Vidriera, muestra los pocos escrúpulos del capitán que quiere alistarlo, a pesar de que él prefiere ser libre; por todo estímulo le dice que estando en lista tendrá derecho a los "socorros y pagas".

Cervantes, que recorrió tantas tierras ya como soldado, ya en calidad de comisario, al contar cómo le fue a Tomás Rodaja por tierras de Cartagena, nos ofrece un cuadro completo sobre las actividades de la tropa:

Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de algunos aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pependencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios, y finalmente, la necesidad casi precisa, de hacer todo aquello que notaba mal y le parecía...¹⁸

Estebanillo usa un lenguaje más directo al referirse a uno de sus capitanes que iba reclutando gente por tierras de Andalucía, quien debiendo ser padre de su compañía, trataba solamente "de adquirir para sí a costa de sudor ajeno". Mas, si los jefes observaban tal conducta, los soldados tenían a quienes imitar, mayormente que a menudo se sentían apoyados por aquellos, además de estar respaldados por fueros y privile-

gios, que contribuían a que cometiesen toda clase de abusos y atropellos.

Las citadas palabras de Cervantes sintetizan estupendamente páginas enteras, en las que los pícaros describen la conducta de capitanes y soldados en los lugares por los que pasaban. A esta actividad se refiere también Alcalá Yáñez con mayor amplitud en El donado hablador.

El médico segoviano tampoco fue indiferente a semejante estado de cosas que constituía una verdadera injusticia social. La gente llana de los pueblos debía dar hospedaje a la tropa a sus expensas, tributo que se conocía como "carga de aposento", y del cual se veían exentos los nobles, los hidalgos y cuantos poseían alguna ejecutoria. Se comprende, pues, la actitud de rechazo hacia los soldados por parte de los moradores de los pueblos, ya que además de darles hospedaje, también corría por su cuenta la manutención.

De las ocho historietas que refiere el médico segoviano en el capítulo en que el protagonista sirve al capitán, cinco de ellas provienen, según James Wesley Childers, de la tradición oral, y algunas parece que son originales del doctor Alcalá; las otras tres, guardan cierta afinidad con relatos de Mateo Alemán, Cervantes y Lope de Vega.¹⁹

El capitán, a cuyas órdenes está Alonso, no es ni mejor ni peor que los que hemos visto anteriormente; el protagonista lo describe como "ancho de conciencia, nada escrupuloso", y como los demás, dejaba en plena libertad a sus soldados. Los corderos, las aves de corral, los enseres de las casas, todo peligraba al llegar la tropa; en consecuencia, los vecinos, tan pronto se enteraban de su presencia, tomaban las oportunas medidas, como el labrador que previendo lo peor, escondió las

gallinas en unas tinajas, aunque de nada le sirvió, pues los soldados, émulos de los compañeros de Estebanillo, que de noche "hacían cacarear a las gallinas, balar a los corderos y gruñir a los lechones" (Estebanillo G., N.P., p. 1759), dieron con ellas y al pobre campesino le trataron de embustero y miserable. Aquellos no se contentaban con una comida frugal, pues como estaban mal acostumbrados, los menos que exigían según Alonso, era "ave fénix empanada", aunque los soldados con quienes iba Estebanillo no se quedaban atrás, pues además, al patrón de turno le pedían "cazuelas de huevos de hormigas".

Una historieta que según James Wesley Childers recoge el autor de la tradición, y que constituye uno de los pocos rasgos picarescos del protagonista, es la siguiente: para no ser menos que los demás, Alonso quiso coger unas morcillas y un trozo de lomo que celosamente escondía una viuda en cuya casa se hospedaba con otros dos soldados; mas, antes que pudiese lograr su intento, aquella "olió" la trama, y con toda intención prendió lumbre, y el ratero no tuvo más remedio que bajar precipitadamente de la chimenea, como él dice, hecho un etíope. La travesura fue celebrada por los soldados y el capitán, quienes en adelante, en situaciones parecidas, aludían a la escena con palabras como: "Decidle a Alonso que alcance las morcillas". Este, en palabras que recuerdan la escena de la longaniza y el toro de piedra en el Lazarillo, reconoce la influencia que sobre él tuvo lo que llama en alguna ocasión "la soldadesca", y se aprovecha de la lección: "Fue Dios servido de que quedase bueno, aclara, y que con el humo abriese los ojos para echar de ver el mal estado en que estaba". (N.P., p. 1207).

Ante la perturbación causada en zonas rurales por las exigencias y abusos de ejércitos estacionados o en tránsito, hecho en el que insisten los pícaros y confirman los historiadores, nos permitiremos, antes de concluir, señalar ciertos aspectos en los que hace hincapié el doctor Alcalá.

Al referirse Cervantes a la atención que prestaba Tomás Rodaja a las diversas actividades de las tropas, sobre todo "a la industria y cuenta de los pagadores", "el rescate de las boletas", y el pedir bagajes más de los necesarios, no deja de traslucir una gran ironía del novelista. No obstante, la observación es muy valiosa en relación con lo que pasaba, y en ella vemos la confirmación de lo que cuentan los pícaros.

Conocemos la habilidad de Guzmán para salvar de apuros al capitán a quien también alimentaba con aves que cogía al vuelo; tan pronto como aquel se quedaba sin "blanca", el criado recurría a las boletas que colocaba a doce reales, y hubo algunas que a cincuenta.

Dos décadas más tarde, todavía los soldados seguían con las mismas tretas cuya ganancia iba a parar a manos del jefe. "Oh, cuántas veces, refiere Alonso, tomábamos boletos para tres y no era más de uno el que había de ir a la posada, y las demás las íbamos acomodando a veinte y cuatro reales". (N.P., p. 1205).

Hemos aludido a la obligación que tenían los vecinos, fueran ricos o pobres, a excepción de los que tenían alguna ejecutoria de hidalguía, de dar alojamiento a la tropa; mas, conociendo los frecuentes desafueros que cometían los soldados, se comprende que aquellos trataran de evadir

semejante carga, y con tal motivo compraban las boletas de las que hablan los pícaros; aparte de esto, no faltaban quienes, con la misma intención, sobornaban al capitán, el cual por dinero era capaz de todo.

La insolencia de los soldados llegaba al extremo, hecho que Alonso pone de manifiesto al exponer varios casos que presenci^ó él mismo. En uno de ellos se vio envuelto el capitán al que acudió un campesino que había sido maltratado por un soldado; aquél, que siempre salía en defensa de sus súbditos, por toda satisfacción, le dijo: "Sois un grosero ignorante, ¿no echáis de ver que ese hombre os pide dineros? Dádselos, que con ellos le volveréis pacífico, amoroso y más blando que una cera".

(N.P., p. 1205).

Es interesante observar que todas las anécdotas que pone Alcalá Yáñez en boca del protagonista suceden entre campesinos, con lo que parece demostrar especial inquietud por la explotación de que eran objeto. No deja de llamar la atención la historieta, también recogida de la tradición oral y elaborada por la pluma de Alcalá Yáñez, que dice Alonso haber oído a un labrador en la época de la sementera, el cual, al esparcir el trigo al voleo, cada vez que azotaba el viento con el puño lleno de granos, gritaba: "Una para Dios, otra para nos y ciento para los soldados". Tales historietas aclara Alonso, se las cuenta a los compañeros con ocasión de amonestarlos por los frecuentes abusos que cometían en las casas de los labradores; asimismo, les recuerda la obligación que tienen de restituir, y la actitud paciente de los campesinos quienes a menudo se imponían sacrificios para tenerlos contentos y hasta se privaban de muchas cosas para que no los maltratasen. Sobre todo, les re-

cuerda que quienes los acogen no son enemigos de su religión, sino cris
tianos viejos que trabajan por el bien de la patria:

Señores, les dice, advertid que estos que nos
tienen en sus casas no son herejes, ni enemigos
de nuestra santa fe católica, sino fieles cris-
tianos viejos, y que la guerra que vamos a hacer
no es contra ellos, ni su majestad gusta que de
ningún modo se les haga agravio, antes en su fa-
vor con justa razón cada día promulga pragmáti-
cas y libertades, echando de ver el provecho y
utilidad que se saca de su ordinario y continuo
trabajo...

(N.P., p. 1207)

Alcalá Yáñez, en forma indirecta y delicada, recuerda por medio del pro-
tagonista, los robos y desmanes que cometían los soldados, y cómo a me-
nudo la autoridad real tuvo que salir en defensa del sufrido campesino,
con ordenanzas y disposiciones, como se ve en la Recopilación de leyes
ordenada por Felipe IV en la que se lee: "Que en los aposentos... la ro
pa que se entregue que vuelva a su dueños antes de partir, y si fal-
tase, se entregue el precio, y que se dé conocimiento de la ropa que se
recibe al entrar en la casa del huésped y se tase..."²⁰

Se refiere Alcalá Yáñez, y se diría que con particular intención,
a los villanos, "cristianos viejos" en los que recaía el citado tributo
llamado "carga de aposento", frente a los hidalgos, que se veían libres
del mismo. Indudablemente, tal privilegio aumentaba las contribuciones
y molestias de aquéllos, provocando el consiguiente enojo, pues eran y
se consideraban tan dignos de ostentar honra como éstos. La expresión
de este sentimiento por un lado, y los abusos de los soldados por otro,
daría por resultado en ocasiones, el enfrentamiento entre éstos y los
vecinos del lugar, mayormente si se había menospreciado a las autorida-

des. Así ocurrió en el caso que según Alonso, aconteció en un pueblo de Castilla la Vieja, donde los soldados no fueron acogidos con el afecto y regalo que esperaban, y como "de su condición eran soberbios, aclara el protagonista, y venían mal acostumbrados de los alojamientos pasados", desmandáronse un poco tratando muy mal a los alcaldes y regidores del pueblo". (N.P., p. 1208). Cara les costó la insolencia, pues la gente acudió en defensa de las autoridades locales y hasta pidieron ayuda a las aldeas vecinas, y con piedras, hondas y garrochas los pusieron en fuga, y hasta algunos quedaron mal heridos. Peor le fue al capitán, quien trató en vano de apaciguar a los airados campesinos, quienes arremetieron con él y acabaron con su vida. Alonso, fiel a su misión de querer mejorar a los demás, alude al trágico fin de su jefe por no haber hecho caso de sus advertencias y consejos con estas palabras:

... el pobre caballero hubo de acabar miserablemente a manos de su soberbia, pues no poniendo nada de su casa, costándole tan poco de hablar bien, pudiera estorbar tantos desasosiegos y pesadumbres, tantos gastos y asolamientos de casas y haciendas...

(N.P., p. 1207)

Tal es el cuadro que nos presenta Alonso en relación con la actitud de los soldados a su paso por los pueblos, cuadro que no desdice del que aparece en otras novelas picarescas y obras de la época, por ejemplo en los Avisos de José Pellicer, o de Jerónimo Barrionuevo, en los que aparecen situaciones violentas ocasionadas por capitanes y soldados sin escrúpulos, amparados en privilegios y disposiciones reales. Tal situación la explica José Deleito y Piñuela del modo siguiente:

... un mal entendido espíritu de cuerpo inducía a los jefes y organismos militares a desatender las quejas de la población civil, por justas que fuesen. El capitán tenía a puntillo de honor el amparar las tropelías de sus soldados; el maestro excusaba las de éstos y las de los capitanes, y el Consejo de Guerra defendía a todos, no viendo en las más justas acusaciones sino menoscabo del fuero militar y entrometimiento de otro cuerpo y de otra jurisdicción.²¹

Tal vez para no complicar las cosas, Alonso no refiere la acción posterior a la muerte de su jefe a mano de "aquella gente indómita" por el menosprecio que los soldados habían hecho de las autoridades, pero es de suponer que la justicia militar solía dejar impune semejante atrevimiento. No hay que olvidar que a la justicia civil no le estaba permitido juzgar a nadie que estuviese bajo el fuero militar, situación de privilegio que concedía a los militares cierta seguridad, al mismo tiempo que los dejaba en plena libertad de cometer toda clase de atropellos, a menudo apoyados en la ley de la fuerza.

Tal vez Alcalá Yáñez, al escribir algunos de los ejemplos citados, tuvo presente el drama de Fuenteovejuna,²² en el que el protagonista es todo el pueblo. El enojo y odio que los vecinos tenían contra el Comendador, Don Fernán Gómez de Guzmán, venía de tiempo atrás, según lo da a entender un cronista de las Órdenes Militares: "Avía hecho aque ca ballero, escribe, mal tratamiento a sus vasallos, teniendo en la villa muchos soldados..., y consentía que aquella descomedida gente hiziese grandes agravios y afrentas a los de Fuenteovejuna, sobre comerles sus haziendas..."²³

En general, la manera en que Alcalá Yáñez presenta la actuación de los militares, y en especial la muerte del capitán, a modo de desenlace, a manos de los campesinos que hacen justicia por su cuenta propia, ofrece gran interés por la analogía que guarda con El alcalde de Zalamea I,²⁴ como lo llama Noel Salomón, atribuido a Lope de Vega, con el drama del mismo nombre, de Calderón. En estas obras, como en la novela de Alcalá Yáñez, está patente el sentimiento antimilitar de la población, que como en el caso de Fuenteovejuna, se había ido acumulando al paso de los años. Casualmente, las tres obras son otros tantos testimonios sobre hechos ocurridos en tres momentos diferentes durante la primera mitad del siglo XVII: El alcalde de Zalamea I, comedia escrita entre 1610 y 1620; El donado hablador, en 1624 y 1626; y el drama El alcalde de Zalamea, que Calderón debió de escribir en la cuarta década.

En El alcalde de Zalamea I, Pedro Crespo no deja de ser un personaje rudo e ignorante, aunque simpático por el gran sentido del honor; por el contrario, en Calderón aparece como sabio y justiciero, capaz de enfrentarse a la justicia militar, personificada en don Lope, y a pesar de las protestas y amenazas de este, ajusticia al capitán culpable, quien paga con su vida la deshonra de Isabel. Hechos como este, parece que no eran la excepción, y así lo da a entender Celina Sabor de Cortázar al enfocar la figura del capitán don Álvaro de Ataide:

El atropello a la honestidad de Isabel, escribe, la complicidad de sus subalternos obtenida mediante dádivas, la arrogancia frente al padre deshonrado, la confianza en los tribunales militares, no configuran un retrato psicológico de don Álvaro en particular, sino de cualquier militar de la época.²⁵

Tanto El donado hablador como la comedia y drama El alcalde de Zalamea, presentan con un lenguaje diferente, los abusos debidos a privilegios del cuerpo militar, así como el enfrentamiento del mismo con la autoridad civil; aunque el médico segoviano no mencione la justicia militar, la actitud y postura del protagonista no deja lugar a dudas. Es muy posible que hasta en esto, los autores de novelas picarescas tuvieran que actuar con prudencia y no oponerse abiertamente a la "justicia militar", sobre todo, si no se contaba con la fama y el respaldo de la corte, como en el caso de Calderón. De todos modos, ya en forma abierta, ya un tanto solapadamente, la denuncia del abuso de que era objeto el campesinado por parte de los militares, es evidente en ciertas obras de la época, y de modo especial, en las novelas picarescas.

NOTAS

¹ Jean-Paul Le Flem, "Vraies et fausses splendeurs de l'industrie textile ségovienne (vers 1460-vers 1650)", (Firenze: Leo S. Olschki Editore, 1976), p. 530.

² Cf. Felipe Ruiz Martín, "Un testimonio literario sobre las manufacturas de paños en Segovia por 1625", en Homenaje a Emilio Alarcos García, (Valladolid: Universidad, 1966), p. 792.

³ Manuela Villalpando, op. cit., p. 27.

⁴ Felipe Ruiz Martín, "Un testimonio literario..." art. cit., p. 797.

⁵ Miguel Herrero García, "Paños de lana", en ES, I (1949), p. 263.

⁶ Felipe Ruiz Martín, "Un testimonio literario...", art. cit., p. 796.

⁷ Ibid., p. 798.

⁸ Diego de Colmenares, Historia de la insigne ciudad de Segovia, op. cit., p. 547.

⁹ Jean-Paul Le Flem, "Vraies et fausses splendeurs..." art. cit., p. 535.

¹⁰ Felipe Ruiz González, "Un testimonio literario...", art. cit., p. 788.

¹¹ Claude y Jean-Paul Le Flem, "Un censo de moriscos en Segovia y su provincia en 1594", ES, XVII (1964), p. 10.

¹² Miguel de Cervantes, El coloquio de los perros, op. cit., p. 311.

¹³ Ibid., p. 315.

¹⁴ Ibid., p. 315.

¹⁵ Cf. Ángel San Miguel, Sentido y estructura del "Guzmán de Alfarache" de Mateo Alemán, (Madrid: Gredos, 1971), p. 131.

¹⁶ Miguel Herrero García, Cita de ..., en Ideas de los españoles del siglo XVII, (Madrid: Gredos, 1966), p. 43.

¹⁷ José Deleito y Piñuela, El declinar de la monarquía española, (Madrid: Espasa-Calpe, 1955), p. 208.

¹⁸ Miguel de Cervantes, El licenciado Vidriera, en Novelas Ejemplares, tomo II, edición de Mariano Baquero Goyanes, (Madrid: Editora Nacional, 1976), p. 10.

¹⁹ James Wesley Childers, "A Study of Sources and Analogues of the Cuentos in Alcalá Yáñez, Alonso, Mozo de Muchos Años", Abstract of a Dissertation, (Chicago: The University of Chicago Libraries, 1941), p. 2.

²⁰ Citado por José Deleito y Piñuela, op. cit., p. 212.

²¹ José Deito y Piñuela, op. cit., p. 213.

²² No se sabe exactamente la fecha en que Lope escribió Fuenteovejuna; S.G. Morley y C. Bruerton fijan el año de composición entre 1612 y 1614, en The Cronology of Lope de Vega's Comedias (New York: MIA, 1940), p. 367. Por su parte, Noel Salomón cree que debió de ser antes de 1613; en Recherches sur le theme paysan dans la "comedia" au temps de Lope de Vega (Bordeaux: Institut d'études Ibériques..., 1965), p. 864.

²³ Lope de Vega, Fuenteovejuna, edición de Tomás García de la Santa (Zaragoza: Ed. Ebro, 1972), Citado en..., p. 11

²⁴ Noel Salomón dice terminantemente que esta obra no es de Lope. "Il est malheureusement impossible d'avoir une idée précise sur la date de El alcalde de Zalamea I, longtemps attribuée a Lope; dans la forme où nous connaissons cette pièce, elle n'est certainement pas du Fénix. Chercherches sur le thème paysan dans la "comedia" au temps de Lope de Vega, op. cit., p. 899. A su vez, S.G. Morley y C. Bruerton, a pesar de que Menéndez y Pelayo, Durán y otros críticos se la atribuyen a Lope de Vega, dan como autor al Conde de la Roca, Don Juan de Vera. The Cronology of Lope de Vega's Comedias, op. cit., p. 374.

²⁵ Calderón de la Barca, El alcalde de Zalamea, edición y estudio de Celina Sabor de Cortázar (Buenos Aires: Kapelusz, 1966), p. XXXI.

CONCLUSIÓN

El contenido de una novela y su estructura, así como la actitud y desenlace del protagonista tienen mucho que ver en el momento de decidir si aquella pertenece o no al género picaresco. La fidelidad al módulo que presentaban el Lazarillo y Guzmán de Alfarache, habrían dado por resultado un conjunto de obras cuyo denominador común habría sido la monotonía, aspecto que ciertamente previeron sus autores desde el primer momento. Para no pasar por simples imitadores, aquellos alteran el esquema picaresco a capricho, y en ocasiones introducen variantes de cierta importancia, aunque siempre dentro del ámbito del mismo.

El escritor de novela picaresca se da cuenta muy pronto del problema que presentaba el relato en primera persona, el cual, según demuestra Alfonso Rey "no convenía al género"¹ y prueba de ello es que muchos autores utilizaron dos personas en el proceso narrativo o se pasaron a la tercera.

Es innegable el valor y el mérito que representan el Lazarillo de Tormes y el Guzmán de Alfarache ya que constituyen el punto de partida y triunfo del género picaresco; pero también es cierto que las novelas posteriores ofrecen gran interés por las enseñanzas e intención crítico-didáctica que encierran, debido justamente a las variantes que se dan a la narración y a la psicología y naturaleza del protagonista, lo que ha llevado a algunos críticos a excluir determinadas obras del grupo de la familia picaresca. La falta de límites del género, dio lugar a diversidad de opiniones en relación con esta clase de obras al juzgarlas a través del paradigma que había presentado Mateo Alemán.

Es un hecho que en las novelas que se escriben después de la publicación de la Vida de Guzmán de Alfarache, inclusive La Pícaro Justina, el espíritu picaresco se desvirtúa, la naturaleza del protagonista se altera y el relato adquiere formas diversas, de modo que estrictamente hablando, las obras picarescas puras se verían reducidas al Lazarillo, al Guzmán, y apenas al Buscón. ¿Qué hacer, pues, de las restantes que surgieron por influencia de la obra de Mateo Alemán, las cuales presentan variantes de cierta importancia? Excluir las del género habría sido empobrecerlo o tal vez anularlo; no obstante, tales novelas, aun las que se alejan más del canon picaresco, siempre conservan algunas características comunes, lo que supone cierta dependencia. Para obviar esta dificultad, Claudio Guillén² distingue dos grupos de novelas: uno formado por obras que siguen con mayor fidelidad al esquema que presenta la Vida del Guzmán de Alfarache, y otro más numeroso, constituido por novelas que se alejan de aquel, por el hecho de presentar variantes de cierta importancia, pero con nexos comunes. Tal criterio le lleva a considerar unas y otras dentro del género.

Fernando Lázaro Carreter presenta una solución clara y convincente en relación con este segundo grupo de novelas, a las que no duda en calificar de picarescas, sin reservas, en oposición al sentir de algunos críticos. Ha dificultado la comprensión de este tipo de novelas, explica el profesor Lázaro Carreter, "una abrumadora atención a los contenidos, y un nocivo olvido de que a un género lo caracteriza tanto o más su morfología, su diseño estructural. Después, el considerar esa literatura como un todo ya constituido, y no como un organismo que fue haciéndose..."³

Si todo artista deja algo de su yo en la obra que crea, del autor de novela picaresca podemos decir que ocurre en mayor proporción, ya que proyecta su personalidad, si bien en forma parcial, en la del pícaro. En este género de obras, se aprecia fácilmente el dato personal o la emoción surgida de un recuerdo grato, ya se trate de Cervantes, Mateo Alemán, Espinel o Alcalá Yáñez. El protagonista es mero instrumento del autor, y en ocasiones, a través de él apreciamos un hecho social, artístico, religioso o histórico que aquel vivió, como sucede, por ejemplo, con Vicente Espinel y el mismo Alcalá Yáñez, de quienes por medio de Marcos de Obregón y Alonso conocemos su respectiva inclinación por la música y por la medicina. Otras veces, por medio del protagonista evocan situaciones favorables o adversas que revelan sus propios sentimientos, de modo que la autobiografía de aquel viene a ser, en cierto modo, una síntesis biográfica, más o menos velada, del autor.

En los capítulos IV y V hemos apuntado algunas variantes e innovaciones que introdujeron los autores de este segundo grupo, entre los que ciertamente se encuentra el doctor Alcalá Yáñez. Sin lugar a dudas, El donado hablador es una de las novelas que más se alejan del canon picaresco, aunque sin apartarse en lo sustancial del mismo, lo que hace que presente algunos aspectos que contribuyen a darle cierta originalidad, como son la naturaleza y sicología del protagonista, así como el contenido y la estructura de la obra.

Alonso es un protagonista sin par, y como tal lo vemos de principio a fin de la novela; es bueno por naturaleza, porque así lo ha querido el autor, tan bueno que Alberto del Monte lo califica de "personaje agradable e inocuo"⁴ muy acorde por cierto con el papel que ha de representar en la

vida, el cual no consiste sino en amonestar y aconsejar a los demás con el propósito de encaminarlos hacia el bien. Tras una vida de continuos fracasos se retira a un convento y más adelante a la soledad en calidad de ermitaño.

El contenido de la novela, formado por infinidad de ejemplos e historias edificantes, citas bíblicas y experiencias personales del autor, hábilmente mezcladas con relatos picarescos, hacen de El donado hablador una de las novelas más amenas e interesantes del segundo grupo. Le añaden atractivo algunos temas de capital importancia en relación con el momento en que escribe el médico segoviano, y que hoy día nos ayudan a comprender mejor algunos aspectos de la vida del siglo XVII en relación con la honra, el arte, el estado de la medicina, la administración de la justicia o el fenómeno religioso, entre otros.

Desde el punto de vista de la narración, El donado hablador presenta un elemento especial al que alude Francisco Rico con estas palabras: "A decir verdad, entre 1620 y 1626, sólo Jerónimo de Alcalá Yáñez parece haber comprendido que usar el patrón del género con una cierta economía artística obligaba a establecer un nexo entre el pícaro actor y el pícaro autor".⁵ A diferencia de otros protagonistas, que en forma más o menos justificada exponen su vida por escrito, Alonso cuenta la suya al vicario del convento en que vive y al cura de San Zoles, quienes al mismo tiempo que son sus confidentes, a menudo dialogan con él. Pero sucede que el protagonista de Alcalá Yáñez habla de los demás tanto como de sí mismo, con lo que el yo narrativo se desdobra hacia una tercera persona, disfrazada de primera, la cual observa, comenta y juzga el mundo circundante poblado de toda clase de individuos, sin excluir los pícaros con quienes apenas si se roza.

Estas facetas hacen de El donado hablador una obra singular dentro de la picaresca a pesar de los cambios que introduce Alcalá Yáñez, los cuales aunque importantes, no anulan otros elementos que la mantienen dentro de la poética del grupo, pues en opinión de F. Lázaro Carreter, "un escritor está en el ámbito de un género mientras cuente con su poética, mientras la aprovecha para su creación, cualesquiera que sean las maniobras a que la someta".⁶

En realidad, esto es lo que hacen los novelistas posteriores a Mateo Alemán, deseosos de buscar formas nuevas en el proceso narrativo, de por sí muy limitado al verse obligados a seguir un patrón único.

Afortunadamente, la crítica empieza a reconocer el talento de ciertos autores de novelas picarescas del segundo período, ya que no se trata simplemente de epígonos; de hecho, no hay un solo autor que a fuer de original no introduzca una o más variantes al paradigma picaresco que tenían en la Vida de Guzmán de Alfarache. Ciertamente, entre este grupo de novelistas se destaca Alcalá Yáñez por la manera en que trata a su personaje, por la hábil trabazón con que presenta el contenido de carácter ascético-religioso y la ficción novelesca, así como por la forma dialogada, características todas ellas que hacen de El donado hablador una "obra por extremo bella e interesante", como la califica A. Valbuena Prat.⁷

NOTAS

¹ Alfonso Rey, "La novela picaresca y el narrador fidedigno", HR, 47 (1979), p. 72.

² Claudio Guillén, Literature as System (Princeton University, 1971) pp. 142-155.

³ Fernando Lázaro Carreter "Para una revisión del concepto Novela Picaresca", en "Lazarillo de Tormes" en la picaresca, (Esplugues de Llobregat: Ediciones Ariel, 1972), p. 199.

⁴ Alberto del Monte, op. cit., p. 138.

⁵ Francisco Rico, La novela picaresca y el punto de vista, (Barcelona: Seix Barral, S.A., 1976), pp. 133 y 134.

⁶ F. Lázaro Carreter, op. cit., p. 200.

⁷ Angel Valbuena Prat, La novela picaresca española, op. cit., p.29.

ABREVIATURAS

AIAHM	= Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina. Madrid.
BRAE	= Boletín de la Real Academia Española. Madrid.
CNRS	= Centre National de la Recherche Scientifique.
CSIC	= Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
ES	= Estudios Segovianos. Segovia.
EUDEBA	= Editorial de la Universidad de Buenos Aires.
HR	= Hispanic Review. Filadelfia.
N.P.	= La novela picaresca española, ed. de A. Valbuena Prat (1966).
NRFH	= Nueva Revista de Filología Hispánica. México.
RFE	= Revista de Filología Española. Madrid.

A.- BIBLIOGRAFÍA SOBRE "EL DONADO HABLADOR".

Del libro Alonso, mozo de muchos amos o El donado hablador, se hicieron varias ediciones casi seguidas en el siglo XVII, y a las mismas se refieren los bibliógrafos que aparecen a continuación:

- Diego de Colmenares. Historia de la insigne ciudad de Segovia y compendio de las historias de Castilla. En esta segunda edición sale añadido un índice general de la historia y vidas de los escritores segovianos. Madrid: Diego Díez, Impresor, 1640.
- Nicolás Antonio. Bibliotheca Hispana Nova, segunda edición, t. I, p. 566. Madrid: 1783.
- Bartolomé José Gallardo. Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, t. II. Madrid: 1866.
- Tomás Baeza. Apuntes biográficos de escritores segovianos. (Doctor G. Alcalá Yáñez...) Segovia: Viuda de Alba y Santiuste, 1877.
- Frank W. Chandler. Romances of Roguery, Part I: The Picaresque Novel in Spain. New York: 1899.
- José Simón Díaz. Bibliografía de la literatura hispánica, t. V. Madrid: C.S.I.C., 1958.
- Joseph P. Laurenti. Ensayo de una bibliografía de la novela picaresca: Años 1554-1964. Madrid: Cuadernos bibliográficos, N^o 23, 1968.

B.- EDICIONES DEL SIGLO XVII.

Alonso moço de muchos amos. Dirigido a don Luis Faxardo, Marques de los Velez y de Molina, Adelantado, y Capitan general del Reyno de Murcia, y Marquesado de Villena, reduzido a la Corona Real. Compuesto por el Doctor Geronimo de Alcala Yáñez, Medico, y Cirujano, vezino y natural de la Ciudad de Segovia. Año 1624. En Madrid, por Bernardino de Guzman. A costa de Iuan de Vicuña Carrasquilla.

Alonso moço de muchos amos. Barcelona. Esteban Liberos. A costa de Miguel Menesca, 1625. Esta edición es, básicamente, la misma que la anterior, aunque se observa a menudo distinta grafía y el uso de bastantes sinónimos .

Segunda parte de Alonso moço de muchos amos. /Dedicada al Dr. Agustín Daza, Canónigo de la Catedral de Segovia_/. Valladolid: Geronimo Morillo, 1626.

C.- OTRAS OBRAS DE JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ.

Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera. Milagros de Nuestra Señora de la Fvencisla, grandezas de su nuevo Templo, y fiestas que en su Translacion se hizieron por la Ciudad de Segouia, de quien es Patrona, Año de 1613. Salamanca: Empronta de Antonia Ramirez, 1615. (13 hs, 2 blancas y 163 fols.).

Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera. Verdades para la vida christiana, recopiladas de los santos y graves avtores. Valladolid: Geronimo Murillo, 1632. (15 hs. y 432 pp.).

Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera. Composiciones líricas. Las mismas se encuentran en el libro Milagros de Nuestra Señora de la Fvencisla, y en la recopilación que hizo Juan Alonso de Almela con el título Las reales exequias y doloroso sentimiento que la muy noble y muy leal ciudad de Murcia hizo de la muerte del muy Catholico Rey, y Señor don Phelippe de Austria, II. Valencia: Impr. Diego de la Torre, 1600.

D.- EDICIONES DE ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS o EL DONADO HABLADOR
POSTERIORES A 1700.

El donado hablador. Vida y aventuras de Alonso mozo de muchos amos, compuesto por el doctor Gerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, natural de la ciudad de Segovia. Madrid: En la Imprenta de Benito Cano, 1788. /A partir de esta edición, la obra es más conocida con el título de El donado hablador, y así aparece en las impresiones sucesivas, seguido de la expresión "Vida y aventuras", al estilo del Lazarillo, con el que se editó en alguna ocasión/.

- _____.Madrid: Imprenta de Ruiz, 1804. (Sale esta edición enmendada de varios defectos, que tenían las antecedentes, y con algunas notas, que ya que no le sirvan de ilustración, le servirán de aumento). /En el prólogo, el editor ofrece algunos datos sobre la vida del autor, tomados de la Historia de Segovia... de Diego de Colmenares/.
- _____.Madrid: Imprenta de Mateo Repullés, 1805, en dos volúmenes y con veinticinco láminas. /Contiene exactamente lo mismo que la edición anterior, a excepción de las láminas/.
- _____.En el tomo II del Tesoro de Novelistas Españoles Antiguos y Modernos, edición de Eugenio de Ochoa, (Librería Europea). París: Imp. de Baudry, 1847.
- _____.En Novelistas posteriores a Cervantes, edición de Cayetano Rosell, t. I, Biblioteca de Autores Españoles, Nº 18. Madrid: 1851.
- _____.En Obras en prosa, festivas y satíricas de los más eminentes ingenios españoles, t. III. Barcelona: La Maravilla, Imp. de Narciso Ramírez, 1863.
- _____.Edición de D.M. de Toro y Gómez, juntamente con el Lazarillo de Tormes, de D.D. H. de Mendoza. París: Librería de Garnier Hermanos, 1884.
- _____.Alonso, mozo de muchos amos. A Critical Edition by John Herbert Utley. Urbana: University of Illinois, 1938. /Se trata solamente de la primera parte; está inédita/.
- _____.En La novela picaresca española, edición de Ángel Valbuena Prat. Madrid: Aguilar, 1943.

TRADUCCIÓN

The Life and Adventures of Alonso, the Chattering Lay Brother and Servant of Many Masters... Translated into the English Language from an edition corrected of the various defects the former ones had, with notes by the translator. Edited by W.M. Christy. New York: 2 Astor House, 1844-1845. /La traducción está hecha por la edición de Ruiz, 1804 y se trata solamente de la primera parte. Lleva una breve biografía de Alcalá Yáñez y el Eulogium de George Barrow, Esq. Se advierten algunos errores tipográficos y geográficos⁷.

E.- BIBLIOGRAFÍA SOBRE J. DE ALCALÁ YÁÑEZ Y SU OBRA.

Childers, J. Wesley. A Study of Sources and Analogues of the Cuentos in Alcalá Yáñez "Alonso, mozo de muchos amos". Chicago: The University of Chicago Libraries, 1939.

_____. "Sources of the 'Magic Twig'; Story from 'El donado hablador'", Hispania, XLIX (1966), pp. 729-732. Hispania, L (1967), pp. 213-215.

Flechniakoska, Jean-Louis. "Défense et apologie des comédiens espagnols du Siècle d'Or par Jerónimo Alcalá Yáñez", Caravelle, XXVII (1976), pp. 117-125.

Gili Gaya, S. "Jerónimo de Alcalá y la tradición novelesca", en ES, I (1949), pp. 259-262.

González Herrero M. "Jerónimo de Alcalá Yáñez", en ES, VII (1955), pp. 57-135.

Lecea y García, Carlos. "Vida del doctor Alcalá Yáñez y Ribera", en El Verdadero Amigo del Pueblo, N^{as} 63, 66 y 67. Segovia: 1868.

Montero Padilla, J. "Jerónimo de Alcalá y la novela picaresca", en ES, XV (1963), pp. 259-272.

Penzol, P. "Algunos itinerarios en la literatura castellana", en Eru-dición ibero-ultramarina, V (1934), pp. 288-313.

Prieto, M^a Remedios. "Producción literaria del Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez", en ES, XVI (1975), pp. 43-63.

_____. "Picaresca, ascética y miscelánea en el Dr. Alcalá Yáñez", en La picaresca, orígenes y estructuras. (Actas del primer Congreso internacional sobre la picaresca, organizado por el Patronato "Arcipreste de Hita". Dirección, Manuel Criado del Val. Madrid: Fund. Univ. Española, 1979.

Vera, Juan de. "Notas sobre escritores segovianos", ES, III (1951).

Vergara y Martín, Gabriel M^a. Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes a la provincia de Segovia. Guadalajara: Talleres tipográficos del Colegio de Huérfanos de la guerra, 1903.

Villalpando, Manuela. Jerónimo de Alcalá Yáñez (1571-1632) y Segovia. Segovia: Publicaciones de la Obra Cultural de la Caja de Ahorros de Monte de Piedad de Segovia, MCMLXXVI.

F.- BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Alborg, Juan Luis. Historia de la literatura española. Vols. I y II. Madrid: Gredos, 1975.

Alemán, Mateo. Guzmán de Alfarache. Edición de Francisco Rico. Barcelona: Ed. Planeta, 1967.

Alfonso X. Cantigas de Santa María. Ed. de la Real Academia Española. Madrid: 1898, 2 vols.

Amezúa y Mayo, Agustín G. de. "Juan Rufo y su libro de las seiscientas apotegmas", en Opúsculos histórico-literarios, tomo I. Madrid: Artes Gr. Estades, 1951.

_____. Cervantes, creador de la novela corta española. (Intr. crítica y edición de las Novelas ejemplares). Madrid: 1958.

Angulo Íñiguez, Diego. "Pintura del siglo XVII", Ars Hispaniae, Vol. XV. Madrid: Ed. Plus Ultra, 1958.

Astrana Marín, Luis. Lope de Vega. Hospitalet: Ed. Juventud, 1963.

Ávila, B. Juan de. Obras Completas. Ed. de Luis Sala Balust. Madrid: Ed. Católica, 1952.

Barrera y Leirado, Cayetano Alberto de la. Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español. Desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII. Madrid: Imp. de M. Rivadeneira, 1860.

Barrionuevo, Jerónimo. Avisos. Ed. de A. Paz y Meliá. Madrid: 1892.

- Bataillon, Marcel. El sentido del Lazarillo de Tormes. París: Libr. des Editions Espagnoles, 1954.
- _____. Erasmus y España. México: Fondo de Cultura Económica, 1966.
- _____. Novedad y fecundidad del Lazarillo de Tormes. Nueva York: Las Américas, 1968.
- _____. Pícaros y picaresca. Madrid: Taurus, 1969.
- Belic, Oldrich. Análisis de textos hispanos. Madrid: Edit. Prensa Española, 1977.
- Bergman, Hannah E. Luis Quiñones de Benavente y sus entremeses. Madrid: Ed. Castalia, 1965.
- Blanco Aguinaga, C. "Cervantes y la picaresca. Notas sobre dos tipos de realismo". NRFH, XI, 1957.
- Bleiberg, G. "Mateo Alemán y los galeotes", Revista de Occidente, 39 (1966).
- Calderón de la Barca, Pedro. El médico de su honra. Madrid: Clásicos Castellanos, N. 142, 1956.
- _____. El alcalde de Zalamea. Estudio preliminar y notas de Celina Sabor de Cortáza. Buenos Aires: Kapelusz, 1966.
- _____. Campos, Juana G. y Ana Barella. Diccionario de refranes. Madrid: Anejos del HRAE (XXX), 1975.
- Caro Baroja, Julio. Los judíos en la España moderna y contemporánea. Madrid: Ediciones Arión, 1962.
- _____. Vidas mágicas e Inquisición. Madrid: Taurus, 1967.
- Carrasco, M^a Soledad. El moro de Granada en la literatura. Madrid: 1965.
- _____. El morisco reflejado en la novela picaresca. (En prensa).
- Casaldueiro, Joaquín. Sentido y forma del teatro de Cervantes. Madrid: Gredos, 1974.
- Cascales, Francisco. Tablas poéticas. Ed. del Benito Brancaforte. Madrid: Espasa Calpe, 1975.

- Castiglione, Baldassare. Il libro del cortegiano, commento di Paolo Zoccola. Milano: 1976.
- Castillo Solórzano, Alonso de. Aventuras del Bachiller Trapaza. Ed. de A. Valbuena Prat en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.
- _____. La garduña de Sevilla. Ed. de A. Valbuena Prat en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.
- _____. La niña de los embustes. Ed. de A. Valbuena Prat en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.
- Castro, Américo. El pensamiento de Cervantes. Madrid: Ed. Hernando, 1925.
- _____. "Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII, en Semblanzas y estudios españoles. Princeton: Princeton University, 1956.
- _____. De la edad conflictiva. Madrid: Taurus, 1961.
- _____. La realidad histórica de España. México: Ed. Porrúa, 1966.
- _____. "Perspectivas de la novela picaresca" en Hacia Cervantes. Madrid: Taurus, 1967.
- Castro, Américo y Hugo A Rennert. Vida de Lope de Vega. Salamanca: Ediciones Anaya, 1968.
- Cervantes, Miguel de. Rinconete y Cortadillo. Edición crítica de Francisco Rodríguez Marín. Madrid: 1912.
- _____. El casamiento engañoso y El coloquio de los perros. Edición de Amezcua y Mayo, Agustín G. Madrid: Bailly Bailliere, 1912.
- _____. El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Nueva edición crítica de Francisco Rodríguez Marín. Madrid: Ediciones Atlas, 1949.
- _____. El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Ed. del IV centenario. Madrid: Ed. Castalia, 1966.
- _____. La ilustre fregona. Ed. de A. Valbuena Prat, en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.
- _____. El coloquio de los perros, en Novelas ejemplares. Ed. de Mariano Baquero Goyanes. Madrid: Editora Nacional, 1976.

- Cicero, Marcus Tullius. De Senectute, De amicitia..., with an English translation by William Armistead Falconer. Cambridge: Harvard Univ. Press, 1923.
- Correa, Gustavo. "El doble aspecto de la honra en el teatro del siglo XVII", HR XXVII (1958).
- Correas, Gonzalo. Vocabulario de refranes y frases proverbiales... Madrid: Est. tip. de J. Ratés, 1906.
- Cortés de Tolosa, Juan. Lazarillo de Manzanares. Zaragoza: 1617.
- Cotarelo y Mori, Emilio. Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España. Madrid: Rev. de Arch. Bibl. y Museos, 1904.
- _____. .Colección de entremeses, loas, bailes y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII. Madrid: BAE, 1911.
- Cros, Edmond. Protée et le Gueux (Recherches sur les origines et nature du récit picaresque dans Guzmán de Alfarache). París: Didier, 1967.
- _____. .Mateo Alemán: Introducción a su vida y a su obra. Madrid: Anaya, 1971.
- Cueva, Juan de la. Ejemplar poético o Arte poético española. Madrid: 1606.
- Childers, J. Wesley. Tales from Spanish Picaresque Novels. A motif-Index. Albany: State University of New York Press, 1977.
- Deleito y Piñuela, José. El declinar de la monarquía española. Madrid: Espasa Calpe, 1955.
- Delicado, Francisco. La Lozana andaluza. Ed. de Bruno Damiani. Madrid: Ed. Castalia, 1975.
- Domínguez Ortiz, Antonio. "Los conversos judíos después de la expulsión", en Estudios de historia social de España. Madrid: Tomo 3 (1955).
- _____. .La sociedad española en el siglo XVII, tomo I, Madrid: C.S.I.C., 1963.
- _____. .De Carlos V a la paz de los Pirineos 1517-1660. Barcelona: Ed. Grijalba, 1974.
- _____. .Historia de los moriscos: vida y tragedia de una minoría. Madrid: Rev. de Occidente, 1978.

Espinel, Vicente. Vida del escudero Marcos de Obregón. Ed. de A. Valbuena Prat en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.

_____. Vida del escudero Marcos de Obregón. Ed. de M.S. Carrasco. Madrid: Ed. Castalia, 1972.

Enríquez Gómez, Antonio. El siglo pitagónico y Vida de Don Gregorio Guadaña. Rohan: Empreñta de Laurentio Maurry, MDCCXXV, 3ª ed.

_____. Vida de Don Gregorio Guadaña. Ed. de A. Valbuena Prat en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.

Erasmus de Rotterdam. Obras escogidas. Ed. de Lorenzo Riber. Madrid: Aguilar, 1964.

Flechniakoska, Jean-Louis. "Fêtes Solennelles du transfert de la statue de la Vierge de la Fuencisla (Ségovie, 12-22 septembre 1613), en Les fêtes de la Renaissance, Vol. III, réunies et présentées par Jean Jacquot et Elie Konigson. Paris: Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1975.

Froldi, Rinaldo. Lope de Vega y la formación de la comedia. Madrid: Anaya, 1973.

García, Carlos Dr. La desordenada codicia de los bienes ajenos. Ed. A. Valbuena Prat, La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.

García Ballester, Luis. "El ejercicio médico morisco y la sociedad cristiana", en Real Academia de Medicina. Granada: 1975.

_____. Historia social de la medicina en la España de los siglos XIII al XVII. Madrid: 1976.

García Valdecasas, Alfonso. El hidalgo y el honor. Madrid: Revista de Occidente, 1958.

Gili Gaya, Samuel. "La novela picaresca en el siglo XVI, en Historia general de las literaturas hispánicas", publicada bajo la dirección de Guillermo Díaz Plaja. Barcelona: Ed. Barna, 1953, pp. 81-103.

_____. "Apogeo y desintegración de la novela picaresca", en Historia general de las literaturas hispánicas, publicada bajo la dirección de Guillermo Díaz Plaja. Barcelona: Ed. Barna, 1953, pp. III-XXV.

Goyri, María, de Menéndez Pidal. "Los romances de Gazul", en NRFH, VII (1953).

Granjel, Luis S. "La figura del médico en el escenario de la literatura picaresca". ALAHM, II (1950).

_____. .El ejercicio de la medicina en la sociedad española del siglo XVII. Salamanca, 1971.

_____. .El ejercicio de la medicina en la sociedad del siglo XVII. Salamanca, 1971.

_____. .Historia general de la medicina española. Salamanca: Ed. Univ., 1978.

Guillén, Claudio. "Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y los inventores del género picaresco", Homenaje a Rodríguez Moñino. Madrid: Castalia, 1966, tomo I, pp. 221-231.

Haley, George. Vicente Espinel and Marcos de Obregón: A Life and its Literary Representation. Providence: Brown University Studies, 1959.

Hanrahan, Thomas. La mujer en la novela picaresca española. Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1967.

Herrera, Pedro de. Descripción de la Capilla de Ntra. Sra. del Sagrario que erigió en la Sta. Iglesia de Toledo el Ilmo. Sr. Cardenal D. Bernardino de Sandoval y Rojas, Arzob. de Toledo, 1617.

Herrero García, Miguel. "Nueva interpretación de la novela picaresca", RFE, XXIV (1937), pp. 343-362.

_____. .Ideas de los españoles del siglo XVII. Madrid: Gredos, 1966.

_____. .Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega. Madrid: Castalia, 1977.

Johnson, Carroll B. Inside "Guzmán de Alfarache". Berkeley Univ. of California, 1978.

Lain Entralgo, Pedro. "Coloquio de los perros: Soliloquio de Cervantes", en Vestigios: ensayos de crítica y amistad. Madrid: Ediciones y Publicaciones españolas, 1948.

Laurenti L, Joseph. "Imágenes e impresiones de ciudades italianas en las novelas picarescas españolas del Siglo de Oro", Romanische Forschungen, LXXVI (1964).

_____. .Ensayo de una bibliografía de la novela picaresca española: Años 1554-1964. Madrid: Cuadernos Bibliográficos, N° 23, 1968.

- Laurenti L, Joseph. Estudios sobre la novela picaresca española. Madrid: E.S.I.C., 1970.
- _____. Los prólogos en las novelas picarescas españolas. Madrid: Ed. Castalia, 1971.
- (Lazarillo), La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortuna y adversidades. Ed. de Francisco Rico. Barcelona Ed. Planeta, 1967.
- Lázaro Carreter, Fernando. Lazarillo de Tormes en la picaresca. Barcelona: Ariel, 1972.
- _____. "Originalidad del Buscón", en Estilo y personalidad creadora. Madrid: Anaya, 1966.
- _____. La vida del Buscón llamado don Pablos. (Estudio preliminar y edición crítica). Salamanca: C.S.I.C., 1965.
- Le Flem, Claude et Jean-Paul. "Un censo de moriscos en Segovia y su provincia en 1594", ES, XVII (1964).
- Le Flem, Jean-Paul. "Vraies et fausses splendeurs de l'industrie textile ségovienne. Vers 1460-Vers 1650". Firenze: Leo S. Olschki Editore, MCMLXXVI.
- León, Fray Luis de. De los nombres de Cristo. Madrid: Clásicos Castellanos, N^os 28, 33, 41, 1914-21.
- Lida de Malkiel, M^a Rosa. La originalidad artística de La Celestina. Buenos Aires: EUDEBA, 1962.
- Liñán y Verdugo, Antonio. Guía y avisos de forasteros que vienen a la corte. Madrid: Imp. de Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1923.
- López de Ubeda, Francisco. La pícara Justina. Ed. de A. Valbuena Prat, en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.
- López Pinciano, Alonso. Filosofía Antigua Poética. Madrid: 1953.
- Lucianus Samosatensis. Selected Satires of Lucian, edited and translated by Lionel Casson. New York: W.W. Northon & Company, 1968.
- Luján de Sayavedra, Mateo. Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache. Ed. de A. Valbuena Prat. Madrid: Aguilar, 1966.
- Luna, H. de. La segunda parte de Lazarillo de Tormes. Ed. de A. Valbuena Prat, en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.

- Mc Gowan, Margaret. "Les fêtes au service de la propagande politique et religieuse", en Les fêtes de la Renaissance, Vol. III, réunies et présentées par Jean Jacquot et Elie Konigson. Paris: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1975.
- Márquez Villanueva, Francisco. "Sebastián de Horozco y el Lazarillo de Tormes", RFE, XLI (1957), pp. 253-339.
- _____. Espiritualidad y literatura en el siglo XVI. Madrid: Alfaguara, 1968.
- _____. Personajes y temas del Quijote. Madrid: Taurus, 1965.
- Menéndez Pidal, Ramón. "Del honor en el teatro español", en De Cervantes y Lope de Vega. Madrid: Col. Austral, 1964.
- Merrill, Elizabeth. The dialogue in English Literature. Archon Books. Yale University Press, 1969.
- Mexía, Pedro. Coloquios. Ed. de José Bergua. Madrid: 1957.
- Molho, Maurice. Introducción al pensamiento picaresco. (1^{ra} ed. francesa, 1968), traducción de Augusto Galvez-Cañero y Pidal. Madrid: Anaya, 1972.
- Monte, Alberto del. Itinerario de la novela picaresca española. (1^a edición en italiano, 1957), traducción de E. Sordo, Barcelona: Ed. Lumen, 1971.
- Moreno Báez, Enrique. Lección y sentido del "Guzmán de Alfarache". Madrid: 1948 (anexo 40 de la RFE).
- Morley, S. y C. Bruerton. The Cronology of Lope de Vega's Comedias, with a discussion of doubtful attributions, the whole based on a study of his strophic versification. London: Oxford Univ. Press, 1940.
- Morón Arroyo, Ciriaco. "Sobre el diálogo y sus fuentes literarias". HR, 41 (1973).
- _____. Sentido y forma de la Celestina. Madrid: Ed. Cátedra, 1974.
- Nagy, E. "La honra y el marido agraviado en el Marcos de Obregón de Vicente Espinel". Hispania, XLIII (1960).
- O'Kane, Eleanor. Refranes y frases proverbiales españoles de la Edad Media. Madrid: Anejos del BRAE, 1959.

- Oliver, Antonio. "La filosofía cínica y el Coloquio de los perros de Cervantes", HR, 41 (1973).
- Oliver Asín, Jaime. "Un Morisque de Tunis, admirateur de Lope", en Recueil d'Études sur les Moriscos Andalous en Tunisie, ed. de Miguel de Epalza y Ramón Petit. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1973.
- Orozco-Díaz, Emilio. Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española. Madrid: Ed. del Centro, 1974.
- Panella, Juan. "Los moriscos españoles, emigrados al Norte de África después de la expulsión de 1609, en Recueil d'Études sur les Morisques Andalous en Tunisie, ed. de Miguel de Epalza y Ramón Petit. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1973.
- _____. "Literature Morisque en Espagnol en Tunisie", en Recueil d'Études sur les Morisques Andalous en Tunisie, ed. de Miguel de Epalza y Ramón Petit. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1973.
- Parker, A.A. Literature and the Delinquent: The Picaresque Novel in Spain and Europe, 1599-1753. Edinburgh University Press, 1967.
- Pellicer, Casiano. Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España. Madrid: Imp. de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1804.
- Pellicer de Ossau y Tovar, José. Avisos históricos. Ed. de Enrique Tierno Galván. Madrid: Taurus, 1965.
- Penzol, P. "Algunos itinerarios en la literatura castellana", en Erudición Ibero-Ultramarina, V (1934), pp. 283-313.
- Pérez Pastor, Cristóbal. Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVI y XVII. Ed. de G. Cirot. Bordeaux: Bulletin Hispanique, 1914.
- Pieri, H. "L'accueil par les Tunisiens aux Morisques expulsés de l'Espagne: un témoignage morisque, Ibla " (Tunis), 118 (1968).
- Porqueras, Mayo A. El prólogo como género literario. Madrid: C.S.I.C., 1957.
- Praag, J.A. van. "Sobre el sentido del Guzmán de Alfarache", en Estudios dedicados a Menéndez Pidal, Tomo V. Madrid, 1954.

- Quevedo y Villegas, Francisco. El Buscón. Madrid: Clásicos Castellanos, No. 5, 1965.
- _____. Obras completas. Edición de Felicidad Buendía. Madrid: Aguilar, 1966.
- _____. Vida del Buscón. Edición crítica de Fernando Lázaro Carreter. Salamanca: C.S.I.C., 1965.
- Quiñones de Benavente, Luis. Entremeses, bailes, loas, jácaras y mojigangas. Edición de Emilio Cotarelo y Mori. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1911.
- Recoules, Henri. "Les allusions au théâtre et à la vie théâtrale dans le roman espagnol de la première moitié du XVII^e siècle", en Dramaturgie et Societé, C.N.R.S., Paris, 1968, t. I, pp. 133-148.
- Rennert, Hugo Arbert. The Spanish Stage in the Time of Lope de Vega. New York: The Hisp. Society of America, 1909.
- _____. "Spanish Actors and Actresses between 1560 and 1680", en HR, (1907).
- Rey, Alfonso. "La novela picaresca y el narrador fidedigno". HR, 47 (1978).
- Rico, Francisco. La novela picaresca española. Barcelona: Ed. Planeta, 1967.
- _____. La novela picaresca y el punto de vista. Barcelona: Seix Barral, 1970.
- Rojas, Fernando de. La Celestina. Ed. de Julio Cejador. Madrid: Clásicos Castellanos, N^os 20 y 23, 1968.
- Rojas Villandrando, Agustín de. El viaje entretenido. Ed. de Jean Pierre Ressot. Madrid: Ed. Castalia, 1972.
- Romera-Navarro, Miguel. "Los disfrazados de varón en la comedia", en HR, II (1934).
- Ruiz Martín, Felipe. "Un testimonio literario sobre las manufacturas de paños en Segovia por 1625", en Homenaje al Profesor E. Alarcos García, II, Universidad de Valladolid, 1966, pp. 787-805.

- Salas Barbadillo, Alonso J. de. La hija de Celestina. Ed. de Angel Valbuena Prat, en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.
- Salomón, Noel. Recherches sur le theme paysan dans la "comedia" au temps de Lope de Vega. Bordeaux: Institut d'Études Iberiques et Ibero-américaines de l'Université de Bordeaux, 1965.
- Sánchez, José. Academias literarias del Siglo de Oro español. Madrid: Gredos, 1961.
- Sánchez-Albornoz, Claudio. España un enigma histórico, 2 tomos. Buenos Aires. Ed. de la Univ. de B.A., 1962.
- Sánchez Cantón, F.J. "Textos viejos sobre el Santuario de la Fuencisla", en ES, I, (1949).
- San Miguel, Angel. Sentido y estructura del "Guzmán de Alfarache". Madrid: Gredos, 1971.
- Santillana, Marqués de. Refranes que dicen las viejas tras el fuego. Sevilla: 1508.
- Sicroff, Albert A. Les controverses des status de "pureté de sang" en Espagne du XV^{eme} au XVII^{eme} siècle. Paris: 1960.
- Sobejano, Gonzalo. "Un perfil de la picaresca: el pícaro hablador", en Studia hispanica in honorem Lapesa. Madrid: 1972, pp. 467-485.
- _____. "El coloquio de los perros en la picaresca y otros apuntes". en HR, 43 (1975).
- _____. "De la intención y valor del Guzmán de Alfarache", en Forma literaria y sensibilidad social. Madrid: Gredos, 1967.
- Suárez de Figueroa, Cristóbal. El Pasajero, advertencias a la vida humana. Ed. de Justo García Morales. Madrid: Aguilar, 1945.
- Valbuena Prat, Angel. La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1943 (5^a ed. 1966).
- _____. Historia de la literatura española, 4 Tomos. Barcelona: Ed. Gustavo Gili, 1968.
- Valdés, Alfonso de. Diálogo de Lactancio y un Arcediano. Madrid: Clásicos Castellanos, No. 89, 1928.

- Valdés, Alfonso de. Diálogo de Mercurio y Carón. Madrid: Clásicos Castellanos, No. 96, 1929.
- Valdés, Juan de. Diálogo de la lengua. Madrid: Clásicos Castellanos, 1928.
- Vega, Lope de. Teatro, T. I, Ed. de F.C. Sáinz de Robles. Madrid: Aguilar, 1969.
- _____. El arte nuevo de hacer comedias en este tiempo (1609). Ed. de Juana de José Prades. Madrid: C.S.I.C., 1971.
- _____. Fuenteovejuna. Ed. de Tomás García de la Santa. Zaragoza: Ed. Ebro, 1972.
- Vélez de Guevara, Luis. El Diablo Cojuelo. Ed. de Angel Valbuena Prat en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.
- Vida y hechos de Estebanillo González. Ed. de A. Valbuena Prat, en La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1966.
- Villa y Sanz, Julián de la. "Una premática de principios de siglo XVII, por la que se puede deducir el estado de la Medicina en esta época". Anales de la Real Academia de Medicina, LXXXV, 1: 33-9, Madrid: 1958.
- Vives, Luis. Diálogos. Edición de José Bergua. Madrid: Ediciones Ibéricas, 1959.
- Zamora Vicente, Alonso. ¿Qué es la novela picaresca? Buenos Aires: Ed. Columba, 1962.
- _____. "Tradición y originalidad en el escudero Marcos de Obregón", en Presencia de los clásicos. Buenos Aires: Austral, 1951, pp. 75-140.